SANCHO EL SABIO

TELESFORO DE ARANZADI

El pueblo euskalduna. — Estudio de Antropología. San Sebastián, 1889. Con 26 bustos en fototipia, 2 contornos, 5 mapas y 11 gráficos. — (Publicado á expensas de la Excelentísima Diputación provincial de Guipúzcoa, y premiado con medalla de bronce por la Societé d'Anthr. de París.)

Le peuple basque. — (*Résumé par M. Azoulay dans les Bull. de la Soc. d'Anthr. de Paris*, 1894.)

Fauna americana. — (Conferencia leída en el Ateneo de Madrid, 1892.)

Observaciones antropométricas en los cacereños. — (*An. de la Soc. Esp. de Hist. Nat.*, tomo XXIII, 1894.)

Consideraciones acerca de la raza basca. — (*Euskal-erria*, tomo XXXV, núm. 577 á 580, 1896.)

Der ächzende Wagen und Anderes aus Spanien. — (*Archiv. fur Anthr.* Bd. XXIV, págs. 215-225; con 2 fotograbados y 22 figuras, 1897.)

Der spaniche Wagen. — (Extracto del anterior en Globus, Bd., LXXI, núm. 12, 1897.)

El origen del carro euskaldún. — (*Euskal-erria* tomo XXXVI, núm. 609, 1897.)

Setas ú hongos del País vasco. — Madrid, 1897. (Texto y atlas de 41 cromolitografías.) (Premiado con mención honorífica por la R. A. de Ciencias E. F. y N. de Madrid.)

La raza basca. — (*Euskalduna*, año III, núm. 84, 1898.)

La estética de la boina. — (*Euskal-erria*, tomo XXXVIII, núm. 639, 1898.)

El porvenir de la farmacia. — (*La región médico-farmacéutica vasco-navarra*, año VII, núm. 155, 1898.)

Arboles enfermos. — (*Euskal-erria* tomo XXXIX, número 653, 1898.)

Mercado de setas. — (*La región médico-farmacéutica vasco-navarra*, año VII, núm. 159. — (*Gaceta médica de Granada*, tomo XVI, núm. 13.)

EN COLABORACIÓN CON EL SR. HOYOS

Un avance á la Antropología de España. — Con veintitrés cuadros numéricos y tres mapas. — Un tomo en 4.° — 1892.

Sur l'Anthropologie de l'Espagne. (Résumé), *Bull. de la Société d'Anthropologie* de París. — 1893.

Vorläufige Mittheilung zur Anthropologie von Spanien. — *Archiv für Anthropologie.*—Bd. XXII, p. 425-433, con 3 figuras.

Lecciones de Antropología. — Antropología general. — Un tomo de 500 páginas.—Madrid, 1894.

Lecciones de Antropología. — Prehistoria y Etnografía. — Un tomo de 238 páginas. — Madrid, 1894.

La Nupcialidad y la natalidad en España.—Con 26 mapas y 52 cuadros. Premio de primera clase en el IX Congreso internacional de Higiene y Demografía. Extractada en francés, alemán, inglés y polaco.

LUIS DE HOYOS SÁINZ

Bibliografía antropológica de España. — 1889. — (*Anales* de la Sociedad Española de Historia Natural.)

Algunas Anomalías dentarias. — 1889. — (*Anales* de la Sociedad Española de Historia Natural y *Crónica científica* de Barcelona.)

La Hidrogeología. — 1890.

Notas sobre Geología y Antropología de Campóo (Santander).— 1891.

Los problemas de la Antropología. — 1891.

Deux cas d'anomalie numérique des doigts. — *Bull. de la Société d'Anthropologie* de París. — 1893. — (Reproducido en la *Crónica científica* de Barcelona.)

Elementos de Derecho usual. — Un tomo en 8.º, de 238 páginas. — Madrid, 1894. — (En colaboración con los Sres. Campo y García de Celis.)

Origen y emigraciones de los americanos. — Premiada por la Colombina Onubense. — 1892.

L'Anthropologie et la Préhistoire en Espagne et en Portugal en 1897.—(Extrait de *L'Anthropologie*, t. IX, 1898.) París.

Técnica antropológica. — Prólogo del Dr. Antón, dibujos del Dr. Aranzadi. — Un tomo de 408 páginas. — (Recomendada por la Dirección general de Instrucción pública. Informada muy favorablemente, así como las dos siguientes, por las Reales Academias de Ciencias y de Medicina.) — Madrid, 1893.

Estudio antropológico sobre el crecimiento. — 1892. — (Con seis cuadros numéricos y tres gráficos.)

Antropología social de España. — Problemas planteados. (En preparación).

Los Cántabros. — Estudio antropológico-histórico. (En preparación).

ETNOLOGIA

ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA

Y

PSICOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA COMPARADAS

H-10162
R-36810
ATN
17944

ETNOLOGÍA

ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA

Y

PSICOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA COMPARADAS

POR

TELESFORO DE ARANZADI

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA,
EX-AYUDANTE DE ANTROPOLOGÍA EN EL MUSEO DE CIENCIAS NATURALES
DE MADRID,
SOCIO DE LA D'ANTHROPOLOGIE DE PARÍS,
HONORARIO CORRESPONDIENTE
DE LA MÜNCHENER ANTHROPOLOGISCHEN GESELLSCHAFT

Segunda edición, enteramente reformada.

MADRID
IMP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
Calle de Juan Bravo, 5.
1899

ADVERTENCIA

PARA EL TOMO II DE LA SEGUNDA EDICIÓN

La división del trabajo entre los dos autores de la obra, fué el principal motivo que determinó el contenido de este Tômo II. Con el fin de darle valor independiente de los otros tomos y unidad de método y criterio, he creído conveniente modificar en algo la distribución y el orden de los capítulos y artículos, procurando á la vez no abusar de tecnicismos, para hacer asequible su lectura á toda clase de personas. Los alumnos de Antropología podrán ver al final la correspondencia de los capítulos, artículos y páginas con las lecciones del Programa del Sr. Antón.

No pretendo dar en las citas una bibliografía ni alardear de erudición, sino únicamente tener la sinceridad y hacer la justicia de declarar, siempre que

la memoria me lo permite, el autor de quien he tomado los conceptos citados. Tampoco presumo haber hecho obra completa ni limpia de lunares; pero si consigo extender la afición á estos estudios y aumentar el cariño hacia su objeto, habré cumplido mis más ardientes deseos.

T. DE ARANZADI.

Bilbao y Granada, 1898-9.

ETNOLOGÍA

INTRODUCCIÓN

1. Etnología. — El estudio comparativo de los pueblos, gentes ó naciones que se encuentran esparcidos por el mundo, constituye el objeto de la Etnología, la cual, como resultado de esta comparación, se propone establecer las leyes fundamentales de origen y desarrollo de la cultura.

Esta acepción de la palabra Etnología difiere de la que propone el Sr. Antón, quien entiende por Etnología lo que nosotros llamaremos Etnografía, y al estudio que aquí vamos á emprender lo designa con el nombre de Psicología y Sociología comparadas; la denominación que hemos elegido es conforme á etimología y corre como válida entre los principales etnólogos [1].

---

1 Achelis: *Moderne Völkerkunde;* Stuttgart, 1896, página 300. — Emil Schmidt: *Das System der Antrop. Disziplinen. Centralbl. f. Anthr. Ethn. u. Urg.;* 1897, p. 103. — Topinard: *Anthropologie générale*, p. 214.

2. Cultura. — Según Ratzel [1] se entiende por cultura «la suma de todas las adquisiciones mentales de una época. — La negación de la cultura radica en la limitación de lugar y tiempo, que aisla las cabañas, aldeas, los pueblos ,y también las generaciones sucesivas unas de otras; en lo contrario, es decir, en la reunión de los convivientes y conexión de los descendientes, está la posibilidad de la conservación y del desarrollo de la cultura.»

3. Pueblos incultos y pueblos cultos. — Para marcar la frontera entre la Etnología y la Historia de la Civilización, se ha querido dividir el género humano en dos grupos, cada uno de los cuales sea objeto de una de estas ciencias: los pueblos generalmente llamados salvajes, y los que á sí mismos se llaman civilizados: para no prejuzgar el aspecto moral con que se suele interpretar la palabra salvaje, prefieren los autores alemanes, y el Sr. Antón con ellos, llamarlos *pueblos naturales*, porque «la cultura significa liberación de la naturaleza, no en sentido de desligarse de ella por completo, sino en el sentido de que la unión sea más múltiple, amplia y extensa» [2], más independiente de los percances de momento; como no hay pueblos que carezcan en absoluto de cultura, ni, por consiguiente, completamente abandonados en brazos de la naturaleza, preferimos la denominación de incultos, que en cas-

---

1 Ratzel: *Völkerkunde;* Leipzig, 1894, segunda edición, I, p. 23.

2 Ratzel: *Ibidem*, I, p. 13.

tellano tiene más elasticidad de acepción. El mismo motivo hace que no podamos hallar un límite bien definido para precisar dónde empieza el pueblo civilizado; pero, teniendo en cuenta el propósito de distinguir la Etnología de la Historia de la Civilización, podríamos elegir como límite el de la existencia de una historia escrita, llamando con el Sr. Antón á los pueblos civilizados ó cultos *pueblos históricos*; pero hemos de recordar que la historia escrita apenas acostumbra más que á espumar la vida de las naciones, quedando abandonado en el fondo lo que se ha encargado de recoger el *Folklore* ó estudio del saber popular, estudio que, aunque se refiere á pueblos civilizados, entra de lleno por su método en el campo de la Etnología.

4. División. — Como *preliminares* al estudio de la Etnología necesitamos exponer el estado actual de nuestros conocimientos en lo que se refiere á la base física de los pueblos, es decir, al hombre corporalmente considerado, poniéndole en parangón con los animales y las razas entre sí, planteando los problemas de su rango en la creación, su origen, unidad específica, antigüedad, patria primitiva, dispersión y diversificación; con todo lo cual, constituiremos lo que el Sr. Antón llama *Antropología filosófica*, por la índole trascendental de estos problemas.

También podría estudiarse aquí, como la segunda base física de los pueblos, la Antropo-geografía ó estudio del mundo como habitación del hombre; pero, atendiendo á su carácter sintético y á que

podemos decir que constituye una de las condiciones más importantes del desarrollo de la cultura, preferimos dejarla para el final de la Etnografía.

A seguida entraremos en el estudio de la *cultura (Psicología y Sociología comparadas)*, empezando por la material, en que se incluyen la alimentación, habitación, vestido, técnica y comercio; siguiendo por la espiritual, que comprende el arte, idioma, ciencia, religión, usos y costumbres, y terminando con lo que de tales datos concretos se puede inducir para formar juicio imparcial del valor mental comparativo de los distintos pueblos y razas. De esta manera creemos que se podrá apreciar la utilidad práctica de esta ciencia; porque, como dice Cushing [1], «es de absoluta necesidad estudiar los pueblos en su carácter psíquico antes de educarlos, pues la culpa de que no quieran aprender está más bien en el maestro, que no comprende la significación de usos y costumbres, ni siquiera sabe bien el idioma, y en vez de empezar utilizando como base las ideas de los pueblos, se las condena y denigra, forzándoles á aceptar aquello cuya necesidad no pueden ver.»

---

1 Frank Hamilton Cushing: *The need of studying the Indian in order to teach him.;* Washington, 1897.

I. — PRELIMINARES

Antropología filosófica.

I

El hombre en la creación.

Entre todas las cuestiones que afectan á la Historia natural del hombre, la primera que debe plantearse es la del lugar que corresponde al hombre en la creación, el rango que ocupa entre los otros seres organizados, ó, dicho de otra manera, en la clasificación.

1. Categoría del grupo humano.—Si examinamos acerca de este punto los diferentes autores, veremos que hay para todos los gustos, desde La Mettrie, que le considera como la primera especie del mono, y Linneo, que hacía del hombre una de las especies del *género Homo*, en que se comprendía también al orangután [1] con el nombre de *Homo troglodytes*, hasta Geoffroy Saint-Hilaire y Quatrefages, que forman con el hombre el *reino hominal* ó humano; es decir, estableciendo una distinción tan radical entre el hombre y el resto de los animales,

---

1 El verdadero nombre es orang-útan, ú hombre de los bosques, y no como escriben los franceses orangutang, lo que en malayo querría decir hombre de deudas.

como entre éstos y los vegetales. Para Zenker constituye el hombre un tipo ó división primordial del reino animal, siendo los otros el de los animales sensibles y el de los zoófitos; para Carus constituye una clase al igual de mamiferos, aves y reptiles; para Owen, una subclase, arquencéfalos; para Blumenbach y Cuvier, un orden, el de los *Bimanos;* para Bonaparte, una tribu del orden de los primates, en que se incluyen los monos; y para Godman, Huxley y Broca, solamente una familia, Hominidos ó Antrópidos en el orden de los Primates.

2. Reino Hominal. — La constitución del reino Hominal no se funda en la organización fisica, que á nadie se le ocurre considerar como distinta de la de los animales, pues ya Aristóteles llamaba al hombre animal, aunque con el calificativo de racional, y Linneo decía también: «Yo no sé por qué caracteristica puedan distinguirse los trogloditas del hombre en Historia Natural: tan cercanos son los géneros humano y simio en cuanto á la estructura.»

De aquí se deduce claramente que el motivo de la fundación del reino hominal ha de buscarse en la existencia de la razón, y así lo hace Geoffroy Saint-Hilaire que, observando que el fundamento de la distinción de los tres reinos se apoya en un carácter general, no estructural ó anatómico, dice: «si el vegetal se distingue del mineral por tener vida, y el animal del vegetal por el movimiento voluntario y la sensibilidad, cualidades todas que se buscan fuera de los caracteres morfológicos ó anatómicos, debemos apreciar también la distinción tan radical

del hombre á los animales por la existencia ó ausencia de la razón, aunque no sea carácter morfológico ó anatómico, como los que sirven para distinguir los mamíferos entre sí, y el reino Hominal se encuentra perfectamente justificado.»

El reino Hominal de Geoffroy Saint-Hilaire no fué aceptado por la generalidad de los naturalistas; pero renació la idea con Quatrefages, que llevó la cuestión á la Sociedad de Antropología, donde la sostuvo contra casi todos, y principalmente contra Broca. Quatrefages admite, como Pallas, dos imperios, inorgánico y orgánico, divididos en reinos; en el imperio inorgánico se contienen: el reino *sideral*, regido por la gravitación, y el reino *mineral*, regido por la gravitación y por las fuerzas físico-químicas, que él llama etero-dinámicas; el imperio orgánico se divide en tres reinos: el *vegetal*, sujeto á la gravitación, á las fuerzas etero-dinámicas y á la vida; el *animal*, en el que, además de todas las fuerzas ya mencionadas en el vegetal, se añade el alma animal, causa del movimiento voluntario; por último, el reino *hominal*, sobre el que ejercen su acción las fuerzas etero-dinámicas, la vida, el alma animal y el alma humana, que se caracteriza por dos cualidades, la *religiosidad* y la *moralidad*, pues dice que los animales también son inteligentes; pero no sucede lo mismo con la moralidad y la religiosidad: «nada nos dice que los animales posean la noción del bien y del mal moral, independiente de toda idea de utilidad, ni que tengan el sentimiento de otra vida ni crean en seres invisibles superiores

que puedan influir en sus destinos: estos tres fenómenos fundamentales se encuentran en todos los hombres, han ejercido y ejercen todos los días una influencia universalmente reconocida, casi toda la historia de la humanidad se refiere directa ó indirectamente á ellos; son la expresión de dos facultades nuevas, la moralidad y la religiosidad, de las cuales no se percibe rastro el más pequeño en ningún animal, y tienen demasiadas relaciones entre sí para que no se las atribuya á una misma causa, el alma humana.»

Aún se podría añadir algo más á la característica dada por Quatrefages; el Sr. Antón daría otras dos condiciones más, y son: la conciencia de la propia personalidad, que sólo posee el hombre, y en virtud de la cual pueden determinarse la moralidad y la religiosidad, y la reflexión é inteligencia de sí mismo; todavía añaden los naturalistas otra cualidad, el lenguaje articulado, que también es propio y exclusivo del hombre.

Sin embargo de esto, no se coloca el Sr. Antón del lado de su maestro Quatrefages, porque, por una parte, en lo que se refiere á la conciencia de la propia personalidad, no es cualidad que tenga que ver con el estudio histórico-natural, sino que será más bien objeto de estudio en el Derecho, en la Teología, etc.; en otro caso sería la Antropología el conjunto de todas las ciencias que al hombre se refieren y que antiguamente se llamaban Humanidades. Por otra parte, en cuanto al lenguaje articulado, no podemos considerar este carácter suficiente para

formar un reino, porque en tal caso tendríamos también que separar, por ejemplo, los pájaros cantores de las demás aves, formando con ellos un reino. En realidad debe estar el hombre incluído en el reino animal, y lo que nos queda que averiguar es si dentro del reino animal ha de constituirse con el hombre un tipo, una clase, orden, familia ó género.

3. El hombre mamífero monodelfo. — No hay por qué detenerse á refutar la creación para el hombre de un tipo, clase ó subclase, puesto que la característica en todos estos casos estaba esencialmente fundada en lo mismo que sirvió para formar el reino Humano; y, rechazado éste, es evidente que el hombre queda perfectamente incluído en el tipo de los vertebrados y clase de los mamíferos: en efecto, el hombre tiene simetría bilateral, columna vertebral con apéndices dorsales (arcos vertebrales neurales) que rodean los centros nerviosos (médula espinal y encéfalo), y apéndices ventrales (costillas) que limitan una cavidad en que se contienen los órganos vegetativos, y además tiene dos pares de extremidades; como mamífero tiene la sangre caliente, circulación doble y completa, respiración pulmonar, piel cubierta de pelo, es vivíparo y tiene dos cóndilos occipitales. La subclase, fundada por Owen, tampoco tiene razón de ser, pues la cavidad anciroide y el pequeño hipocampo existen también en los antropoides, y en éstos también recubre el cerebro al cerebelo, aparte de que tales caracteres no serían suficientes para formar una subclase. De

modo que el hombre no forma subclase, y no sólo esto, sino que queda de hecho dentro de la subclase de los mamíferos monodelfos ó con placenta.

4. Orden bimanos ó familia homínidos. — Tampoco en el estado actual de la ciencia puede admitirse la opinión de La Mettrie, Bory Saint-Vincent y Lesson, que le aproximan más de lo que es justo á los antropoides: es evidente, teniendo en cuenta la anatomía comparada, que el hombre difiere de los monos más de lo que difieren dos géneros de una misma familia; por ejemplo, chimpancé y orangután; y con más razón, más de lo que difieren dos especies de un mismo género. De donde resulta que el hombre no puede formar dentro de la clase de los mamíferos más que un orden, conforme á la opinión de Blumenbach y Cuvier, ó una familia, conforme á la de Huxley y Broca.

Es de advertir que los naturalistas no están acordes en los caracteres que deben servir para establecer los órdenes y los que deben servir para establecer las familias; el único que intentó precisar este punto fué Agassiz, quien dice que «el orden debe caracterizarse por el grado de complicación de la estructura en los límites de la clase, y la familia por la forma ó aspecto, tal cual se determina por las particularidades de estructura» [1].

Con Cuvier se impuso por mucho tiempo la caracterización del hombre como un orden aparte, el de los bimanos, en contraposición al de los cuadru-

---

1 Agassiz: *L'espèce et la clasification*, p. 235 y 255.

manos ó monos; pero el famoso naturalista inglés Huxley [1], estudiando detenidamente la anatomía comparada de los monos, los antropoides y el hombre, vino á deducir que todos ellos debían formar un solo orden, el de los Primates, dividido en familias conforme al siguiente cuadro:

Primates.	Antrópidos.		
	Símidos.....	Catarrinos.....	Antropomorfos.
			Cinomorfos.
		Platirrinos.	
		Arctopitecinos.	
	Lemúridos..	Lemurinos.	
		Queirominos.	

Fundábase Blumenbach, para establecer el orden de los bimanos, en la posición vertical y estación bipeda, propia del hombre, y en la ausencia de manos en las extremidades abdominales, llamando mano á la extremidad con pulgar oponible.

Recientemente J. Ranke [2] admite también el orde los arquencéfalos, fundándose en los caracteres dependientes del gran desarrollo del cerebro en el hombre; «los monos antropomorfos tienen grandes apófisis espinosas en la región cervical, donde se inserta un ligamento elástico que sirve para sostener

---

1 Huxley: *A manual of the Anatomy of vertebrated Animals*. London, 1871, p. 388-420.

2 Johannes Ranke: *Ueber die aufrechte Körperhaltung der menschenähnlichen Affen und ueber die Abhängigkeit der aufrechten Körperhaltung des Menschen vom Gehirn*. «Correspondenzbl. f. Anthr. Ethn. u. Urg.», xxv, p. 154.

la cabeza (como el que en los cuadrúpedos llega hasta las dorsales), y esto tiene relación con su postura á medio levantar; en el hombre la cabeza está casi equilibrada sobre el pescuezo, y el hueso más pesado del cráneo resulta sostenido por la vértebra más debil; esto es lo que condiciona la postura recta, y á su vez depende de la posición del agujero occipital, que es consecuencia de la relación de tamaño del cráneo á su base y á la cara. El gran crecimiento del cerebro produce un ángulo en la sínfisis esfeno-occipital, que cambia la inclinación del agujero occipital; en los animales jóvenes hay un ángulo en dicha sínfisis porque aún está paco desarrollada la cara ó aparato de nutrición; pero á medida que crecen va borrándose aquel ángulo, y diferenciándose más del hombre por consiguiente. La estructura típica del cuerpo humano descansa, pues, sobre el gran desarrollo del cerebro, mientras que en los monos antropomorfos y en los cuadrúpedos descansa sobre el gran desarrollo de los órganos de nutrición; esta diferencia sirve para con todos los animales, incluso los invertebrados. La posición recta es la que en el hombre produce más trabajo útil con menos esfuerzo muscular, lo que no sucede en ningún otro animal.»

Aparte de la comunidad de caracteres entre el hombre y los monos, por lo que hace á la dentadura, las uñas, mamas, órganos genitales, placenta, orejas, órbitas, etc., anatómicamente considerado el pie del mono, no resulta adecuado el confundirle con la extremidad anterior en una denominación común:

la estructura del pie del hombre se manifiesta igualmente en las extremidades abdominales del mono, como la de la mano del hombre se manifiesta en las extremidades torácicas del mono; la modificación, por la que resultan prehensiles las extremidades abdominales del mono, es tan pequeña, que no las hace en modo alguno asimilables á las extremidades torácicas; además se observa, en cuanto á la posición vertical y estación bipeda, una cierta gradación, en lo que esto es posible, entre el hombre, los antropoides y los restantes monos, pudiendo decirse con Huxley que «las diferencias anatómicas que separan al hombre del gorila no son tan considerables como las que separan al gorila de los monos propiamente dichos.» Para hacer la comparación del hombre con los animales más próximos á él, hemos de considerar, por tanto, los monos antropoides (orangután, chimpancé, gorila) separados de los restantes monos, y hacer el paralelo entre el hombre y los antropoides, como entre éstos y los monos propiamente dichos.

5. El hombre y los antropoides.—Lo mismo en aquél que en éstos, á diferencia de los demás monos, la porción dorso-lumbar de la columna vertebral forma una curva sigmoidea, ó sea convexa primero y cóncava después (más pronunciada ciertamente en el hombre), y á diferencia de los restantes monos, que, como los demás cuadrúpedos, tienen una curva sencilla sin la concavidad lumbar; este carácter, con otros correlativos, hace que el antropoide esté quizás más lejos de la calificación de cua-

drúpedo que de la de bipedo; y en efecto, la posición de la columna vertebral no es ni horizontal como en aquél, ni vertical como en el último; las apófisis espinosas lumbares, ni en el hombre ni en los antropoides se dirigen hacia arriba ó adelante; en los antropoides es el sacro ancho y robusto, compuesto de cuatro ó cinco vértebras, que disminuyen gradualmente; de modo que aparecen intermedios respecto de los otros monos y del hombre, como sucede también en la anchura relativa de la pelvis, del tórax y del esternón, que es ancho y corto con relación á los otros monos; no tienen cola, y, excepto el Hylobates, tampoco callosidades isquiáticas, siendo todas las uñas planas; el género citado tiene un modo de marchar especial, apoyando la planta del pie de plano y usando de los brazos como balancín; tienen apéndice vermiforme en el ciego, y el origen de las grandes arterias es en el chimpancé y gorila como en el hombre, y á veces en el orangután; pero otras veces la carótida izquierda sale del innominado, y sólo la subclavia izquierda sale directamente de la aorta. Sólo una especie en el Hylobates tiene saco laringeo; en el orangután, chimpancé y gorila, enormes sacos aéreos resultan de la dilatación de los ventrículos laterales de la laringe.

La postura habitual en los antropoides ú antropomorfos es la oblicua, apoyándose en los nudillos de los dedos de las manos como sobre muletas. Apenas se distingue en ellos pescuezo ni frente ni barbilla; las piernas son más cortas que el tronco y los brazos mucho más largos, variando apenas las

proporciones desde el nacimiento hasta la edad adulta.

En los antropoides el pulgar de las extremidades abdominales, que es muy corto, es oponible al conjunto de los otros dedos, lo que no sucede en el hombre, por más que en algunos casos se valga del pie como órgano prehensil; pero lo hace, no por la oposición, sino por la flexión ó la aproximación (adducción) del dedo gordo; sin embargo de esto, la disposición anatómica, en las extremidades abdominales del antropoide, es más parecida á la del pie que á la de la mano del hombre; pues como dice Huxley, se reconoce la mano en la disposición de los huesos del carpo y metacarpo, y el pie en la presencia del flexor corto, extensor corto y peróneo largo; la pierna no tiene movimientos de pronación y supinación; el pie tiene talón, y su dimensión principal es perpendicular á la de la pierna.

Sin embargo, el primer dedo del pie en los monos no está, como en el hombre, unido á los demás por un ligamento metatarsiano transverso común [1], y los músculos interóseos del segundo dedo de la misma manera que en la mano generalmente.

El flexor largo del pulgar es independiente del flexor común en el hombre, y en general la mano del hombre tiene mayor número de movimientos independientes, propios del tacto, mientras que el antropoide ejercita más su mano en la prehensión

---

1 W. Turner: *Presid. Address before the Anthr. Sect. of the Br. Association*, 1897.

y hasta en la locomoción, y dobla casi siempre todos los dedos á la vez.

Otro carácter distintivo del hombre radica en el gran desarrollo de su cerebro y, por consiguiente, de su cabeza, dominando por encima de la cara en lo que se llama frente; mientras que en los antropoides la cara, sin frente, ocupa toda la parte delantera coronada por los arcos supraorbitarios, extraordinariamente desarrollados; sin embargo, hay algunos otros monos en que el cráneo aparece por encima de la cara: en los antropoides la forma exterior del cráneo está subordinada, más que á la forma del cerebro, á las inserciones musculares, marcándose una cresta sagital, sobre todo en el adulto. La fórmula dentaria es la misma, sin más diferencia que los caninos, sobre todo en el macho adulto, pasan del nivel de los demás dientes y se alojan al cerrar la boca en diastemas ó espacios huecos que hay entre los dientes del otro maxilar; y además, que el segundo molar verdadero es más grande que el primero; el borde alveolar en el hombre suele ser parabólico ó divergente, y en los antropoides en forma de herradura. La capacidad craneal mayor en el gorila macho adulto apenas llega á 600 centímetros cúbicos, mientras que la menor capacidad normal en el hombre adulto es de 1.100. El peso del cerebro del gorila es de 567 gramos, y el del hombre baja hasta 872, en los casos más extremos, y sube á más de 1.800, lo que da mayores diferencias dentro de la especie humana que entre el gorila y el hombre.

No es necesario insistir sobre las analogías embriológicas, que son tan grandes, ni sobre los caracteres fisiológicos, mencionando solamente el cosmopolitismo del hombre y la limitadísima área de dispersión de los antropoides, que no pueden vivir más que en países cálidos, explicándose esta diferencia porque el hombre es omnívoro y sabe abrigarse y fabricar armas y utensilios, mientras que el antropoide, aunque sabe hacer uso de piedras y palos, no fabrica con ellos instrumentos. El hombre se adorna, posee el lenguaje articulado; en cambio no se distingue del chimpancé y el gorila por su monogamia, ni de muchos monos por la organización de la sociedad bajo el mando de un jefe y la reunión de asambleas ó la confabulación para ejecutar una razzia. Hemos hablado ya anteriormente, con ocasión del reino hominal, de la moralidad y la religiosidad.

II

Origen del hombre.

1. Lamarck: Adaptación.—Ninguna teoría científica ha causado en las ciencias naturales una revolución tan grande como la teoría transformista, llamada teoría darwinista por fundarse hoy la explicación de la transformación de las especies en la selección natural que fué ideada por Darwin.

Cuando de alguna teoría ó invento se trata, es difícil saber á quién se debe atribuir, y así sucede también en el transformismo, del que se ven mil señales en los autores de Historia Natural de los siglos pasados, sobre todo del XVIII; pero es lo cierto que hasta Lamarck no puede decirse que tomó cuerpo dicha teoría. Este naturalista francés fué encargado por la Convención para que explicara la cátedra de invertebrados, y por entonces concibió la doctrina que después expuso en su *Filosofía zoológica* [1]; admite la generación espontánea para explicar la aparición de los seres más sencillos, y la transformación de éstos por grados sucesivos y

---

1 Lamarck: *Philosophie zoologique*, 1809.

de una manera paulatina, dando por resultado todos los demás seres de la escala; el procedimiento de la transformación, según él, consiste en la adaptación de los órganos á las condiciones de existencia, «en la creación de nuevos hábitos cuando cambian las necesidades por efecto del cambio de circunstancias; de aquí resulta el empleo de tal parte ú órgano con preferencia á tal otra, y hasta la falta total del empleo de tal órgano que llega á hacerse inútil; el empleo más frecuente de un órgano le desarrolla y agranda, y las nuevas necesidades hacen también nacer insensiblemente, por esfuerzos de su sentimiento interior, nuevas partes que inmediatamente entran en uso: no es el órgano el que crea la función, sino las circunstancias, el modo de vivir, los hábitos, las funciones de los antepasados las que han hecho á los órganos». Así se explica también la existencia de los órganos rudimentarios. Lamarck aplica al hombre esta teoría de la evolución ó transformismo, y para explicar la evolución en cuanto al alma dice que «la razón (del hombre) no es otra cosa que un grado adquirido en la rectitud de los juicios».

La doctrina de Lamarck no tuvo aceptación en su tiempo, y Cuvier tuvo necesidad de muy pocos esfuerzos para desprestigiarla; pero no por eso quedó del todo olvidada, pues á ella se adhirieron Bory Saint-Vincent, Geoffroy Saint-Hilaire, Oken, Gœthe y otros muchos, principalmente botánicos y geólogos.

2. Darwin: Selección. — Por último, apareció

la obra de Darwin dando una base más científica y más en armonía con los últimos progresos de las ciencias naturales. Las primeras ideas se le ocurrieron en su viaje alrededor del mundo; pero de vuelta en Londres, quiso esperar á asegurarse mejor, observar los resultados que obtenían los ganaderos y dedicarse él mismo á hacer experiencias, particularmente en las palomas; compró una casa con parque en el campo, y allí se dedicó á sus investigaciones, cuando cayendo en sus manos el libro de Malthus sobre *La población*, éste fué un rayo de luz que ayudó á su concepción de la selección natural. Tenía ya el trabajo hecho cuando apareció una Memoria de otro sabio inglés, Wallace, en que se exponían doctrinas muy análogas, por lo que se decidió á publicar ya su obra. La doctrina de Darwin parte de la variabilidad espontánea y la herencia, y del principio de Malthus, que dice que la población crece en razón geométrica, y los alimentos en razón aritmética, de donde resulta la concurrencia vital ó lucha por la vida, lucha contra el clima, lucha contra los seres de los dos reinos, competencia entre los individuos de la misma especie: ahora bien; en esta lucha quedarán dueños del campo los más aptos, que en unos casos serán los más fuertes, en otros los más ágiles, los más inteligentes, los más sociables, los mejor abrigados, los de color más parecido al del terreno, los de olor más parecido al de una especie peligrosa, etc., etc. Estos individuos más aptos y supervivientes serán los que se reproduzcan, y la cualidad ventajosa que les hizo

privilegiados y que apareció, aunque poco señalada, por la variabilidad espontánea en un cierto número de individuos de la primera generación, volverá á aparecer también en un cierto número de individuos de la segunda generación y con probabilidades de que el número de individuos que la presentan sea mayor, pues interviene ya la herencia favoreciendo su aparición; la lucha ya no se entablaría sólo entre los que la presentan y los que carecen de ella, sino también entre los individuos que presenten dicha cualidad ventajosa con mayor intensidad, y otros que la presenten menos desarrollada; vencerán los más aptos, pero no ya los que ofrezcan el grado de actitud que bastó para distinguirse en la primera generación, sino los que ofrezcan una aptitud más avanzada. Con un gran número de generaciones en que las circunstancias del ambiente tiendan siempre á dar la preferencia á la misma cualidad, resultará que, mediante el concurso de la variabilidad espontánea, la herencia y la concurrencia vital, se exagerarán de tal manera las cualidades ventajosas, que se originará por la adaptación al ambiente una forma nueva, lo suficientemente distinta para constituir una especie independiente. Este modo de formarse la nueva especie tiene cierta semejanza con lo que hacen los hortelanos y los ganaderos cuando intentan obtener formas nuevas: eligen los ejemplares que presentan mejor desarrollada la cualidad que á aquéllos les interesa, y estos son los que destinan á la reproducción por cruzamiento; siguen operando la elección entre los ejem-

plares de las sucesivas generaciones, y así consiguen modificaciones sorprendentes. Como á este sistema de obtener razas cultivadas ó domésticas nuevas podemos llamar *selección artificial*, así también al modo con que, según Darwin, se originan en la naturaleza las nuevas especies, podemos llamar *selección natural*.

En su obra *El origen de las especies*, Darwin no hizo referencia al hombre; pero posteriormente publicó otro libro, titulado *Descendencia del hombre*, donde examina la posibilidad de que la forma humana proceda de una forma simia; llegando á una afirmación positiva, es decir, que el hombre ha tenido antepasados de forma simia, comunes con los antepasados de los monos actuales. Los órganos rudimentarios, como el apéndice ileo-cecal, las tetillas en el sexo masculino, los músculos de la oreja, el coccix, etc., los caracteres atávicos, los fenómenos embriológicos, aparecen satisfactoriamente explicados con la teoría de la evolución.

3. Hæckel: el árbol genealógico. — El naturalista alemán Hæckel, afiliado á la filosofía materialista, al adoptar el transformismo no se contentó con las vagas afirmaciones de su maestro respecto á los antepasados del hombre, sino que traza el árbol genealógico de éste, desde la monera ó protoplasma sin membrana ni núcleo, hasta el antropopiteco, estableciendo 21 grados ó formas típicas transitorias, de las que las últimas serían el marsupial, el lemúrido, el mono catarrino, el antropoide y el antropopiteco: esto, ciertamente, es ir dema-

siado lejos en las conjeturas, y casi todos los transformistas, principalmente Carlos Vogt, han rechazado como muy poco fundadas estas afirmaciones, y algunas como muy poco probables. Hæckel estableció también en la doctrina de la evolución algunas nuevas fórmulas, como la de que la ontogenia ó desarrollo del individuo es una recapitulación de la filogenia ó desarrollo de la especie. Así, por ejemplo, el huevo humano en un principio es una monera, según Hæckel, después una amiba, más tarde una mórula ó conjunto de células originadas por división, y luego una gástrula, etc., etc.: en fases más adelantadas del desarrollo, el embrión presenta arcos branquiales como los peces y anfibios, desaparecen aquéllos, el encéfalo se conforma á la manera del de los reptiles, y luego como el de los mamíferos, la cola se hace en cierto período tan larga como la del embrión del perro, etc., etc.

4. Diversas tendencias.—Ulteriormente se han mantenido en el transformismo diversas tendencias, entre las que merecen mencionarse la hipótesis del aislamiento territorial (Wagner y Müller, [1]) el Lamarckismo ó doctrina de la transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos durante la vida, que ha sostenido principalmente el filósofo inglés Spencer, y, por último, el ultradarwinismo ú omnipotencia de la selección, doctrina desarrollada por Weismann. Todas estas doctrinas, hoy en período álgido

---

1 J. Müller: *Ueber Ursprung und Heimat des Urmenschen*, Stuttgart 1894.

de lucha, extreman sus argumentos para atacar las exageraciones del contrario y los tuercen para defender el exclusivismo propio.

5. Aplicación del transformismo al hombre.— Con relación al origen del hombre, se ha querido utilizar la doctrina de la evolución, imaginando explicaciones de sus caracteres diferenciales por medio de cambios de clima y vegetación, que le obligaron á cambiar sus hábitos de trepador por los de andarín [1], ó que le forzaron á aceptar la alimentación carnívora y á luchar, por tanto, con los animales, teniendo para ello necesidad de fabricar armas [2].

Se ha buscado en la embriología la anatomía comparada y la paleontología, la demostración de la realidad de los antepasados ó precursores del hombre, ó por lo menos su posibilidad, y últimamente, se ha hecho gran hincapié sobre el descubrimiento de Dubois en Trinil (Java), hoy todavía en discusión, respecto á la legitimidad del carácter terciario del yacimiento, la procedencia única ó múltiple de los distintos restos, y su carácter simio, humano ó intermediario, como puede verse en multitud de trabajos de Dubois, Manouvrier, Mortillet, Virchow, Hepburn, Ranke, etc., etc.

6. La evolución mental: Romanes.— La evo-

---

1 P. Mahoudeau: *La locomotion bipède et la caracteristique des hominiens.* Rev. mens. de l'Ecole d'Anthr. de París, 1896, página 233.

2 Müller, *ut supra.*

lución mental ha sido negada por algunos transformistas; entre otros, Wallace, el fundador de la doctrina á la vez que Darwin, dice que no puede admitir la evolución en el orden mental ó en cuanto al espíritu, pues no cabe tránsito del bruto al hombre inteligente.

No así Darwin, que entiende que la evolución mental se explica lo mismo que la otra, y que la selección natural ha elevado al hombre al estado de inteligencia actual; comenzó á trabajar sobre este punto; pero sintiéndose viejo, encargó á su discípulo G. J. Romanes la continuación de su programa, y éste escribió una obra, titulada *La inteligencia animal* [1], en la cual presenta multitud de ejemplos, todos bien probados, de las distintas formas psicológicas de la inteligencia de los animales; y partiendo luego de estos ejemplos, pretende demostrar que de las organizaciones sencillas de los animales se ha llegado á las superiores por medio de la selección natural. Que en los animales existen sensaciones parecidas á las del hombre, nadie podrá dudar; que tienen emociones, que experimentan el placer y el dolor como el hombre, nos es evidente; que tienen memoria, tampoco es posible dudar; tienen imaginación, y así, por ejemplo, hay veces que un perro está durmiendo y ladra por lo bajo, lo cual prueba que está soñando; tienen inteligencia, y ciertos actos es imposible referirlos al instinto, pues en tal caso

---

1 Traducida en Madrid por D. Manuel Antón.

siempre se ejecutarían de la misma manera y no se perfeccionarían por la educación.

«Con la complejidad de las condiciones vitales crece la complejidad de las sensaciones, permitiendo variedad de respuestas á las excitaciones exteriores; y de aquí se originó la inteligencia, que al principio no es tan eficaz como el instinto, pero que crece á medida de las necesidades [1], pudiendo considerarse la evolución mental del hombre como una sucesión de triunfos sobre las precarias condiciones de su vida; las razas florecientes han salido de la adversidad, y el progreso ha venido generalmente con la caída de los ineficaces.»

Sin embargo, encontramos una profunda diferencia que separa la inteligencia de los animales de la del hombre, porque en aquéllos no tenemos una prueba siquiera de que hayan pretendido formar una idea abstracta, pues para ello se necesita del lenguaje. El hombre es el único ser que reflexiona, volviendo su inteligencia hacia sí mismo y estudiándose; es también el único que sabe fabricar armas, pues si es verdad que el papión se vale de una piedra para lanzarla contra sus enemigos, no la fabrica para darla forma más apropiada á sus fines, como hace el salvaje.

Otros animales aprenden con la experiencia, pero el hombre es algunas veces capaz de anticiparla; su

---

1 David Starr Jordan: *The evolution of the mind. Appletons popular science monthly*, 1898, p. 439.

razón es algo así como el Álgebra superior comparada con la Aritmética elemental.

Se ha intentado también explicar la religiosidad humana por comparaciones verdaderamente infantiles, como la de asemejar los ladridos de los perros á la luna con los temores supersticiosos, tan frecuentes en el hombre, pero que en modo alguno pueden identificarse en un todo con la religiosidad.

III

Unidad especifica del género humano.

1. Especie, variedad y raza. — Clasificado el hombre como animal vertebrado, mamífero, monodelfo, unguiculado, y sea que se le considere como un orden aparte, el de los bimanos, ó sea que se le incluya en el orden de los primates, constituyendo la familia de los hominidos, no cabe ninguna duda de que todos los diferentes grupos humanos forman un solo género; pero no ha habido siempre la misma unanimidad para decidir si el género *Homo* consta de una especie ó de varias, si todos los hombres que hoy existen pueden considerarse dentro de lo que en Biología se llama especie, ó si se han de formar con ellos varias especies. Cuestión es esta que se relaciona íntimamente con la de si todos los hombres tienen el mismo origen (monogenismo), ó si, por el contrario, los diversos grupos ó variedades humanas tienen orígenes distintos é independientes (poligenismo).

Para resolver esta cuestión dentro de la ciencia, no tenemos más remedio que acudir á las leyes generales de la Biología, ver lo que se entiende por

especie y examinar después si todos los hombres se han de incluir en una sola ó no. Empieza la dificultad por la falta de conformidad de los naturalistas al definir la especie; por lo regular, en la práctica se suelen establecer las especies con criterio meramente morfológico, ó sea por la semejanza entre los individuos, sin transición á otro grupo próximo, cuando se debía tener en cuenta, siempre que esto sea posible y para las deducciones filosóficas, el criterio fisiológico, ó sea el cruzamiento con fecundidad ilimitada dentro de la especie. Así, pues, la *especie* estará constituida por el conjunto de individuos que se parecen entre sí más que á otros cualesquiera, y que se reproducen entre sí á perpetuidad heredando este parecido; si dos individuos de distinto sexo son de diferente especie, no se cruzarán, ó por lo menos no darán fruto, ó, en caso contrario, éste será estéril ó de fecundidad limitada á una ó pocas generaciones, y este producto se llamará híbrido. La *variedad* está constituida por el conjunto de individuos que presentan una desviación cualquiera del tipo de la especie; si los caracteres que distinguen á la variedad son permanentes, es decir, se transmiten por la herencia, constituyen lo que se llama *raza:* si dos individuos de distinto sexo son de la misma especie, pero de diferente raza, se reproducirán con fecundidad ilimitada; el producto, en cualquiera de sus generaciones, conservará sus caracteres intermedios á los de las dos razas que le engendraron, y se llamará mestizo.

Ateniéndonos al criterio morfológico, decidiríamos

que son de la misma especie dos individuos que presenten diferencias bastante chocantes de aspecto, siempre que consigamos hallar otros individuos de aspecto intermediario que nos permitan establecer el tránsito de un extremo á otro por gradaciones insensibles.

En la actualidad la cuestión de la especie ha variado bastante, pues los transformistas la consideran simplemente como una raza en evolución más adelantada, ó lo que es lo mismo, dicen que la raza es una especie en vías de formación; la cuestión ya no sería de esencia, sino de grado, y fuera de Vogt, que admitía la semejanza de razas por convergencia de caracteres entre especies de origen independiente, la generalidad de los transformistas sostienen la unidad específica, ó por lo menos de origen, de todo el género humano. Sin embargo, no hay que olvidar que, como dice muy bien Virchow, «empíricamente no se ha resuelto en el hombre el origen de sus razas», y por consiguiente la unidad de tal origen, y no se pueden utilizar sin más salvedades las pruebas de la unidad específica para demostrar la unidad de origen.

2. Monogenismo y poligenismo.—En la antigüedad clásica predominaba el poligenismo, y aun en los primeros tiempos del Cristianismo aparecieron las dos opiniones, pretendiendo ambas encontrar sus argumentos en el *Génesis*, hasta que se dejó afirmado el monogenismo de una manera definitiva en la obra de San Agustín [1]. Después de un silencio

---

1 *De civitate Dei*, lib. xvi, cap. viii, y lib. xii, cap. x.

de mil años, en el Renacimiento volvió á aparecer la cuestión con Paracelso, que negaba la posibilidad de admitir que los habitantes de América fueran hijos de Adán. En cambio los cronistas españoles de la época del descubrimiento idearon todas las hipótesis posibles para explicar la llegada de los primeros indios á América, hasta el punto de que todas las consideraciones que después se han hecho sobre esta cuestión las encontramos en Fr. Gregorio García y el Padre Acosta, con todos los rozamientos pertinentes al caso. Más que las opiniones de Paracelso llamaron la atención las de una obra sobre los *Preadamitas*, pretendiendo demostrar que antes de Adán existian hombres creados por Dios al mismo tiempo que los animales, y que, por consiguiente, hay dos especies de hombres: los adamitas y los preadamitas [1]. Contra este libro se escribieron 36 obras de diferentes autores; más tarde Fabricius escribió también una obra en defensa de la unidad de origen. Ulteriormente, y pasando por Virey, Bory, Saint-Vincent y Morton, el sostenedor de la doctrina poligenista en la Sociedad de Antropología de París fué Broca, teniendo enfrente á Quatrefages. El poligenista más celoso es hoy Daniel Brinton, de Filadelfia, y sigue todavía la discusión, sin ceder ninguna de las dos doctrinas.

Los poligenistas sostienen que la diversidad entre las razas humanas es mayor que la que suele juz-

---

1 Isaac de Lapeyrère: *Systema theologicum ex Preadamitarum hypothesi*, 1655.

garse suficiente para distinguir en Zoología las especies y aun los géneros; hay más diferencia del negro al europeo que del asno á la cebra; la diferencia intelectual entre aquéllos es mayor que entre el gorila y el chimpancé. Los monogenistas afirman que las diferencias entre las razas humanas no son mayores que las que hay entre las de los animales domésticos; el color varía tanto en las gallinas, la cantidad de pelo varía más del toro de la cordillera al toro *pelón* y *calongo* del Paraguay; y, sin embargo, proceden todos del toro español; la forma de la cabeza difiere más del jabalí al cerdo, del dogo al lebrel; y en las razas de la cabra, el toro y la gallina.

Es preciso tener presente además que la amplitud de variación no puede medirse de la misma manera en todas las especies animales, sobre todo comparando las de área muy restringida con las cosmopolitas y domésticas, y que el verdadero criterio morfológico de los naturalistas serios es el de formar una sola especie con aquellos individuos que, aunque presenten diferencias muy chocantes, aparecen ligados por otros intermedios y forman dos especies distintas con aquellos individuos que, aunque se diferencien bastante poco, no tienen otros intermedios que los aproximen.

Con razón dice Waitz que «la amplitud de variación qué se presenta en cada tipo nacional está tan poco precisada en la ciencia, que hoy por hoy apenas se puede decidir qué formas se pueden admitir dentro y qué formas se deben considerar fuera

de cada tipo, mientras que no parece inverosimil que dicha amplitud de variación invada muchas veces, y en gran extensión, el dominio de otros tipos» [1].

En cuanto al criterio fisiológico, las observaciones hasta hoy verificadas inducen á confirmar que todos los cruzamientos entre individuos de razas diferentes son fecundos. Se ha querido objetar que en Tasmania no se habia formado raza mestiza anglo-tasmania; pero hay que tener en cuenta que las relaciones que los ingleses han tenido con los tasmanios han consistido en asesinarlos sin piedad hasta exterminar la raza; en cambio, obsérvese el efecto de la dominación española en Filipinas, sextuplicando la población indígena. La fecundidad aumenta en la mezcla de hotentote con blanco, y las uniones de blancos con indias de América son más fecundas que entre indios é indias, hasta el punto de que la mayor parte de la población de Méjico y Repúblicas de Centro-América es mestiza.

Oportunamente hace observar K. E. von Baer, «que el poligenismo procede precisamente de hombres que no pueden saber si corre por sus venas más sangre bretona, celta ó germana. En algunos paises de Europa encontró esta doctrina secuaces, más por lo chocante que por la creencia de que en América es donde más experiencia habria acerca de la infecundidad de los mestizajes. Pero hemos entendido

---

1 Waitz: *Anthropologie der Naturvölker;* Leipzig, 1859, I, p. 265.

que el único argumento de esta especie consistía en la falta de vitalidad de los mulatos de britano y negra, efecto solamente de las malas condiciones de moralidad de tales uniones, y que de este único hecho se dedujeron rápidamente consecuencias generales en contradicción con otra multitud de experiencias. Esta generalización no hubiese prosperado tanto si no se hubiese visto en ella el único fundamento para el poligenismo. Y esta opinión, que según los principios histórico-naturales tan infundada aparece, ¿no será una necesidad sentida por una parte de los anglo-americanos para descargar su conciencia? Con dureza inhumana han expulsado de su territorio á los indígenas, y con egoismo refinado han mantenido en la servidumbre á los negros. Era natural que se afirmase que con estos hombres no había obligación ninguna, porque eran de peor especie. Basta recordar la experiencia de todos los países y épocas de que, cuando un pueblo tiene poderío sobre otro y se porta injustamente con él, no dejará de imaginárselo como muy malo é incapaz, y repetirá con mucha frecuencia y en voz alta esta afirmación» [1].

3. Hibridismo.—En la Memoria de Broca [2] *Sobre el hibridismo* se hace una clasificación, que con-

---

1 J. Ranke: *Der Mensch.*, seg. ed., 1894. II, p. 265.

2 Broca: *Recherches sur l'hybridité animale en général et sur l'hybridité humaine en particulier, considerées dans leurs rapports avec la question de la pluralité des espèces humaines.* París, 1860.

viene recordar, sobre los diversos grados de afinidad sexual entre dos especies ó dos razas: si no hay fecundación, se denomina *heterogenesia;* si la hay, *homogenesia;* la homogenesia *abortiva* es puramente teórica; la homogenesia *agenésica* da productos absolutamente infecundos, como la mula; la *disgenésica* da productos estériles entre sí, pero fecundos al unirse con cada una de las razas originarias; y estos mestizos de segunda sangre son infecundos, no pudiendo, por tanto, formarse raza nueva; la *paragenésica* da mestizos de primera sangre estériles entre sí ó en su segunda ó tercera generación; pero los mestizos de segunda sangre son indefinidamente fértiles, originándose, por consiguiente, una raza nueva por los colaterales; la *eugenésica* da mestizos indefinidamente fecundos en su primera y en su segunda sangre.

Aquí se presenta la siguiente cuestión: ¿puede haber eugenesia indefinida entre dos especies? El caso más conocido de hibridismo prolongado es el de la liebre y el conejo; en la primera generación todos son de forma híbrida, medio entre la liebre y el conejo; se unen entre sí individuos de esta forma y dan hijuelos iguales á los padres, pero ya algunos iguales al abuelo, y otros á la abuela; desechamos éstos y volvemos á unir los hijuelos de forma híbrida, que darán en la tercera generación pocos hijuelos de forma híbrida, siendo ya la mayor parte completamente liebres ó completamente conejos; siguiendo así no se ha podido llegar más que á la undécima generación, en la que la forma híbrida

desaparece por completo y no resultan más que liebres ó conejos. Se ve una tendencia de la naturaleza á volver á la forma específica, y esta tendencia es lo que se llama el *atavismo*. El atavismo suele ofrecerse también en el cruzamiento de razas: así, de padre y madre morenos nace á veces un hijo de pelo rubio, que indica que entre sus ascendientes más ó menos antiguos hubo alguno de pelo rubio.

Como en el género humano no se pueden verificar estos experimentos con la misma precisión y en suficiente número de generaciones, es muy difícil que terminen las discusiones entre las dos escuelas; pero todo parece contribuir en favor de la fecundidad y prosperidad de las razas meztizas, y cuando otra cosa sucede, se puede interpretar como efecto del desequilibrio moral resultante de la destrucción de la ética indígena, y de la insuficiencia de los mestizos postergados para llegar á la ética de la raza dominadora. Resumiremos con Mr. Quatrefages [1] las afirmaciones fundamentales de una y otra escuela, presentándolas paralelamente para su contradicción:

---

1 Quatrefages: *L'espèce humaine.* — Hoyos: *Técnica antropológica;* 1892, pág. 371.

MONOGENISMO	POLIGENISMO
Las variedades humanas sólo forman una especie.	Existen distintas especies de hombres.
Las diferencias de caracteres son de raza.	Existen diferencias verdaderamente específicas.
Un solo origen geográfico que hay que determinar.	Aparición múltiple y sucesión ó sincronismo en la misma en varios puntos de creación.
Emigraciones primitivas, hoy desconocidas.	No existieron emigraciones prehistóricas.
Sólo existe un pueblo autóctono fuera de América y Oceanía: ¿cuál?	Excepto las colonias modernas todos los pueblos son autóctonos.
El hombre se aclimató adaptándose al ambiente.	No hay más aclimatación que la actual, y es poco importante.
Las modificaciones del tipo medio.	No son modificaciones, sino diferencias.
El cruzamiento creó razas mixtas: ¿cuáles?	No hay razas mixtas ni problema etnogénico.
El mestizaje aumenta, y precisa estudiarle.	Ningún valor tiene el estudio del mestizo.
¿Cuáles son los caracteres del hombre primitivo?	Es inútil hallar dichos caracteres.

4. Consecuencias científicas de estas dos doctrinas.—Puede añadirse que el poligenista considera naturalmente inferior al negro, justificándose así la esclavitud; que considera también al mestizo como de menor resistencia ó vitalidad, resultando de aquí la opinión poco favorable á los mestizajes y añadiendo la inferioridad intelectual y, sobre todo, moral de los mestizos, con relación á las razas que les dieron origen; en cambio el monogenista censura la esclavitud y considera conveniente el mestizaje para la aclimatación, crecimiento de población y prosperidad de las colonias, y para elevar el nivel intelectual de las razas inferiores.

«Para el nacimiento y desarrollo de una civilización sirve cierta exclusión de mestizaje, pero éste es necesario para la difusión de aquélla; la limitación de la selección natural en las castas conduce á la degeneración, con la cual empieza el retroceso histórico de un pueblo y se regenera por mestizaje con otro más bárbaro, pero corporalmente más sano; esta regeneración lleva consigo un pequeño rétroceso en la cultura, que pronto se borra» [1].

5. Raza y tipo étnico. — Ahora bien: ¿qué valor tiene en Antropología la palabra raza? El mismo que en Zoología. Ya Francisco Bernier habia usado la frase *especies* ó *razas* en el sentido de suertes; pero Buffon fué el primero que introdujo la palabra en Historia Natural con una significación determinada.

Todo grupo que, dentro de una especie, presenta caracteres que le distinguen de los demás de la especie, de tal manera que esos caracteres se perpetúen por la generación y podamos suponer que provienen de una misma raiz ó ascendencia, á todo grupo que reuna estas condiciones le llamamos nosotros raza.

Pero la primera cuestión que se presenta es la de si la raza existe ó no en la naturaleza: aunque parezca mentira, ha habido quienes lo han puesto en duda. Lo que de cierto hay es que no existe pura, pues la mezcla que en virtud de las muchas disper-

---

1 Albert Reibmayr: *Inzucht und Vermischung beim Menschen*. Wien, 1897.

siones se ha verificado, y hoy se verifica más con los medios tan fáciles de comunicación, ha hecho se confundan de tal manera los pueblos, que es muy difícil, aunque no imposible, encontrar formas étnicas perfectamente determinadas. Mas si examinamos á la humanidad en las diferentes regiones que habita, veremos que, si en cada punto encontramos dos ó más razas diferentes, también es cierto que una de ellas será más general y habrá una tendencia, en los descendientes de los que allí lleguen de otras regiones á mezclarse, á confundirse con aquella raza primitiva ó no primitiva. Estudiando los caracteres individuales, se podrán encontrar formas que respondan á lo que es característico de la raza; de modo que hay en cada país una forma predominante y al lado de ésta otras secundarias. Cuando después estudiamos un conjunto de esos individuos, observamos que se encuentran algunos en los que existen todos los caracteres de la raza, y serán lo que se llama un *tipo étnico;* otros no tienen todos los caracteres, pero tienen la mayoría; otros los tienen cambiados, etc. Por ejemplo: en la raza papúa de Nueva Guinea, sin consideramos el índice cefálico, veremos que es por término medio de 72, es decir, dolicocefalia bien caracterizada; pero los índices individuales oscilan entre 68 y 76, alejándose más ó menos del tipo en un sentido ó en otro y presentando diferencias análogas en otros caracteres, de tal modo, que algunos que en el índice cefálico se aproximan mucho al tipo, en otro carácter se alejan mucho de él. Por *tipo étnico* se entenderá,

pues, el término medio de los caracteres de un raza, la forma propia de la raza.

Para Topinard el tipo está constituído por «el conjunto de los caracteres mejor acusados, más constantes en el grado deseado y más chocantes con relación á los de otros grupos; las razas serian los tipos hereditarios»[1]. Así, por ejemplo, dos de los principales caracteres del tipo vasco serian la estrechez de quijadas y la postura recogida de la cabeza.

6. Realidad del tipo. — Algunos han dicho que el tipo es la síntesis de las diferentes formas individuales, es decir, aquello que, examinándolas, se saca de común á todas ellas: Goethe decia que es una imagen abstracta y general que deducimos de la observación de las partes comunes y de las diferencias.

¿Existe el tipo en la realidad? Broca é Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire dicen que no; son concepciones abstractas, ideales, que brotan de la comparación de las variedades étnicas y se componen del conjunto de los caracteres comunes á un cierto número de entre ellas; estos caracteres ó rasgos comunes típicos son los más marcados y los que más frecuentemente se repiten. Para el Sr. Antón tiene el tipo el mismo valor real que en lógica los universales. El principal polemista que enfrente de Broca sostuvo la existencia real del tipo en los individuos, fué Pruner-bey, mostrándole todos los dias cráneos verdaderamente típicos; en las razas suficiente-

---

1 Topinard: *Anthropologie générale*, p. 193-4.

mente homogéneas, bastará la simple inspección de los individuos para hallar el tipo; mientras que en las razas más ó menos mezcladas, que son la mayoría, el tipo se debilita y se hace inseguro en muchos individuos, y en otros aparece imperfecto y combinado con los caracteres del tipo de otra raza.

7. Mestizos.—Los individuos que proceden de la unión de una raza con otra se llaman, como hemos dicho, *mestizos*. Cuando se trata de razas muy afines, no reciben nombre; pero en el caso contrario toman calificativos especiales; así el resultado de la unión de un blanco con una negra, ó viceversa, se llama *mulato;* el de la unión de un blanco con una americana, malaya, etc., se llama propiamente *mestizo;* el de negro é india americana se llama *zambo de indio*, etc.

Uniéndose los mestizos con las razas que les dieron origen, reciben también nombre *los diversos grados;* así el resultado de la unión de mulata con blanco, ó viceversa, se llama *cuarterón;* el de cuarterón y blanca, *quinterón;* éste y la blanca dan el *requinterón;* el producto de negro y mulata, *retorno*, *salto atrás ó zambo.*

El fruto de india con mestizo se llama en Perú [1] *cholo;* el de india con mulato, *chino;* el de china con español, *cuarterón de chino*, etc., etc.; en otras colonias difieren algo las denominaciones y su significado.

---

1 Véanse los cuadros al óleo existentes en el Museo Antropológico de Madrid.

La idea de que el mestizaje entre dos razas conduce á una relativa infecundidad [1], no parece hoy fundada, sobre todo si se atiende á lo que sucedió en Inglaterra, y ahora ocurre en los Estados Unidos [2]; sin embargo, en Alemania parecen menos fructíferos los matrimonios entre individuos de diferente secta, y sobre todo entre judíos y cristianos, y ciertamente que la Religión es muchas veces indicio más seguro de diferencia de raza que el lenguaje [3]; pero á pesar de todo, parece más probable que conduzca á la esterilidad la exclusión persistente de todo mestizaje; los hechos aducidos en favor de la primera interpretación por Lapouge [4] no son, en realidad, tan sencillos como él los expone, y debe atribuirse no pequeña parte en el resultado á la diferencia de condición social y á la influencia del ambiente [5].

Que el mestizaje entre dos razas conduzca á una minoría de nacimientos masculinos con relación á los femeninos, parece mejor comprobado; pero si fuesen verdad las teorías de Geddes y Thompson,

---

1 *Rev. d'Anthr. de Paris;* 1883, p. 179 y siguientes.

2 Dr. Boaz: *Verhand. der Berliner Ges. f. Anthr.;* 18 Mai 1895, p. 366 y siguientes. — W. Z. Ripley: *Popular Science monthly* Marz, Abril 1896.

3 Jacobs: *Journ. Roy. Statist. Soc.* London New Series, xx, p. 246.

4 Lapouge: *Rev. d'Economie politique;* 1895-96.

5 W. Z. Ripley: *Ethnic influences in vital statistic. Quaterly Publ. of the Amer. Statist. Associat;* 1896. v, núm. 33, pág. 18.

Düsing [1] y Westermarck [2], según las que las razas en decadencia, y después de guerras y hambres, producen más varones, la minoría de éstos no sería debida al mestizaje, sino á que éste coincide con las inmigraciones numerosas, indicio de prosperidad. Las estadísticas de Bélgica parecen servir de testimonio á la primera interpretación; pero las de Grecia y Argelia hablan en contra [3].

8. Pueblos y naciones.—Para determinar el tipo de la raza, y recordando que ésta casi siempre se encuentra en unión y combinación con otras en el país, necesitamos tomar como base de estudio *los pueblos;* éstos son, para el antropólogo, las colecciones humanas, tal como se presentan en el momento de la observación. Tienen una significación histórica, y los sociólogos no han podido ponerse de acuerdo acerca de su definición [4]. Para unos es la reunión de todos los individuos que hablan la misma lengua; para otros se confundía con él la raza; hay quien funda el concepto de pueblo en la unidad histórica; y por último, también suelen limitarlo geográficamente. No es suficiente una sola de estas condiciones, como tampoco la unidad religiosa, y más bien deberíamos definir el pueblo por el con-

---

1 Düsing: *Die Regulierung des Geschlechtsverhältnisses bei der Vermehrung des Menschen, Tiere und Pflanzen*, Jena, 1894.

2 *History of Human Marriage;* London, 1891, pág. 470 y siguientes.

3 Ripley: *ut supra*, pág. 25 á 31.

4 Topinard: *Anthr. générale*, pág. 211.

junto de varias de estas condiciones, si no todas, principalmente por la comunidad de lengua, artes, creencias, usos y costumbres. Lo que generalmente observaremos será que en la constitución de un pueblo entran varias razas más ó menos mezcladas y fundidas, como sucede, por ejemplo, en el pueblo español, en que, examinando los rasgos físicos de los individuos, se revela la persistencia de los tipos correspondientes á las varias razas que intervinieron en su historia, como son, sin mencionar las que desde los tiempos prehistóricos contribuyeron eficazmente á la población de la Península, los celtas, los fenicios, griegos, romanos, godos, judíos, árabes, berberiscos, etc.

Tampoco se ha de confundir la raza ni el pueblo con la nación; ésta está constituída por los habitantes reunidos bajo un mismo poder ó gobierno, cualquiera que sea su lengua y su religión, según unos; por los habitantes de una región bien circunscrita por fronteras naturales, según otros; por los habitantes de una región y que hablan la misma lengua ó sus dialectos, según una tercera opinión: según una definición más compleja, debida á Topinard [1], la nación será una asociación política, engendrada por las circunstancias, favorecida por la configuración del suelo, la unidad de lengua y la unidad de religión, cimentada por las costumbres, los recuerdos comunes de gloria ó sufrimiento, y muy accesoriamente por el interés.

---

1 *Anthr. générale*, p. 212.

Para Ripley [1], dos condiciones esenciales de la verdadera unidad política son las ligadas á la identidad de lenguaje por la necesidad del comercio mutuo de ideas y la posesión de un fondo de tradiciones comunes en historia y literatura; la primera es una consideración práctica, y la segunda forma la esencia sutil de la nacionalidad misma [2].

Etimológicamente, nación y patria corresponden al país en que se ha nacido, y generalmente se sobreentiende con estas palabras cierta unidad en la educación mental y en el ambiente social; si la unidad se extiende al lenguaje, creencias, usos y costumbres, de tal modo que las diferencias sean mínimas, se puede ya aplicar la denominación de pueblo; pero en ningún caso se debe usar en tal sentido de la palabra raza, que supone ya comunidad de herencia física. El concepto de Estado ó unidad de gobierno es completamente ajeno á la Antropología.

---

1 *Appletons popular science monthly.*; L., 4 Febr. 1897.

2 Véase la discusión detallada en *Bull. de la Soc. d'Anthropologie de Paris*, 1862. p. 264; *Journ. of the Anthr. Inst.*, v, p. 212; *Mittheil der Anthr. Ges.* Wien. Supp. I, p. VIII

IV

Antigüedad del hombre.

1. Fósiles.—Hasta hace muy poco tiempo no se admitia, ni para el hombre ni para el mundo en general, una antigüedad mayor de los 6.000 años que se deducian de las interpretaciones de la Biblia. Es verdad que los restos de conchas fósiles se conocian ya de muy antiguo; pero en vez de darlas la significación más natural, las atribuian: á una materia grasa fermentada por el calor, Agricola (1546); por la influencia de los astros (Mercati), etc.: en la antigüedad clásica hubo ya quienes, como Estrabón, las atribuian al paso de las aguas, depresión y elevación de las tierras; por fin, Leonardo de Vinci y Bernardo de Palissy las reconocieron como restos de seres vivientes; pero, por entonces, se empezó á atribuirlas al diluvio universal. En el siglo XVIII el P. Feijóo indicó que donde en otro tiempo hubo mares se produjeron tierras, y viceversa; poco después Buffón emitió una idea semejante; Arduino (1759) dividió ya las rocas en primitivas, secundarias y terciarias; Camper (1787) manifestó que ciertas especies han sido destruidas por catástrofes;

Cuvier determinó, con unos cuantos restos óseos incompletos, muchísimas formas específicas extinguidas, trazando así los fundamentos de la Paleontología, ó ciencia de los fósiles, y en reemplazo del diluvio único, insuficiente para explicar los hechos de la geología, admitió una sucesión de diluvios ó catástrofes que renovaban por completo la fauna y la flora ó población animal y vegetal de todo el globo; Lyell sustituyó esta teoría por la doctrina de las causas actuales y las transformaciones lentas, con lo que se preparó el advenimiento del darwinismo.

Formando como la base de toda la corteza terrestre, y con un espesor imposible de apreciar, se encuentran las rocas de origen ígneo, ó sea engendradas por el enfriamiento en la superficie del globo terráqueo primitivamente en fusión; en estas rocas no se encuentra vestigio de ser vivo, y constituyen lo que se llaman terrenos azoicos ó primitivos: las formaciones superpuestas al terreno primitivo, originadas por depósito ó sedimento de materiales en el fondo de las aguas, se llaman terrenos sedimentarios y se dividen en primarios ó paleozoicos, secundarios ó mesozoicos, terciarios ó cenozoicos, y cuaternarios. Todos estos depósitos encierran restos de seres orgánicos pertenecientes á especies extinguidas *(fósiles)* cuya organización se complica cada vez más á medida que el terreno es más reciente, no apareciendo las aves y mamíferos hasta los terrenos secundarios, y distinguiéndose los terciarios por la proporción relativa de especies vivientes y especies extinguidas de conchas que encierran tres

períodos, eoceno, mioceno y plioceno: en el terreno cuaternario las conchas son de especies que aun hoy viven; pero gran parte de los mamíferos pertenecen á especies extinguidas antes de los primeros tiempos de la historia.

Cada especie aparece en uno de los períodos en que los terrenos se dividen, y desaparece sin pasar al siguiente, aunque hay excepciones; las especies fósiles se parecen tanto más á las actuales cuanto más moderno es el terreno en que se encuentran: en los terrenos terciarios no encontraremos ninguna forma fósil idéntica á alguna de las actuales por lo que se refiere á los mamíferos; por tanto, en el terreno cuaternario han aparecido todas las especies de mamíferos que hoy existen. Siendo el hombre el mamífero más elevado en organización, debió aparecer el último, y para Cuvier la época de aparición del hombre se había de colocar entre el diluvium y el alluvium, en el fin del cuaternario y principio del actual, de donde resulta que el hombre no habria sido contemporáneo de ninguno de los animales extinguidos y no se podrían encontrar sus restos entre los de dichos animales á no ser en terrenos removidos, pero no en las capas regulares.

2. El hombre fósil.—Sin embargo, ya en 1774 había considerado el párroco Esper los huesos humanos encontrados por él en las cavernas de Franconia, junto á los de osos de las cavernas, como contemporáneos de estos animales [1]; en vida (1827)

---

1 Ranke: *Der Mensch.*, II, p. 394.

de Cuvier encontró Tournal, en la caverna de Bize (Aude), huesos y dientes humanos entre los de mamíferos extinguidos: un año después Christol recogió restos humanos en la cueva de Pondres, cerca de Nimes, en el mismo cieno que otros huesos de hiena y rinoceronte: pero, lo que es más notable, ya en 1823 Ami-Boué había extraído varios huesos humanos de un lœss en capas regulares de origen glaciar, y los envió á Cuvier, que se limitó á declarar que debían provenir de un cementerio antiguo y los arrinconó, olvidándose después su existencia hasta que Gratiolet los halló en un granero del museo detrás de un cajón. En 1700 se había encontrado en Canstadt un cráneo del tipo más primitivo, pero que no fué descrito hasta 1839.

En 1833 publicó Schmerling el resultado de sus heroicos trabajos de muchos años en las cavernas de Lieja, pero no consiguió despertar la atención de sus compatriotas; Lyell mismo, pasando por Lieja aquel mismo año, descuidó el comprobar tan abundantes pruebas de la contemporaneidad del hombre y de los mamíferos extinguidos, ó sea la existencia del hombre cuaternario. Tampoco influyeron en la opinión los descubrimientos de Nilson de Lund (1844) en las cavernas del Brasil, que tendían á demostrar la contemporaneidad del hombre y del megaterio, hasta que por fin la perseverancia de Boucher de Perthes llegó á convencer á los más reacios. Descendiente de una familia bien acomodada, vivía en Abbeville, con grandes aficiones arqueológicas; y con ocasión de varias obras que exigían excavaciones

en los terrenos de los alrededores, pudo recoger á 20 ó 30 pies de profundidad, muy cerca ya de la creta subyacente, huesos de animales extinguidos, como el mamut y el rinoceronte; descubrió más tarde (1836) pedernales bastamente tallados, y que en nada se parecían á las hachas de piedra pulida que hasta entonces se conocían, y expuso la opinión de que eran restos de la industria de una raza humana contemporánea de los huesos de mamíferos mencionados; por más que se presentó ante todas las sociedades científicas, ninguna le hizo caso. Rigollot, que antes lo había combatido, hizo también investigaciones, hallando centenares de pedernales tallados en Saint-Acheul (Amiens). En 1855 Lyell se declaró partidario del hombre cuaternario, y varios sabios ingleses quisieron cerciorarse por sus propios ojos, yendo á la Somme á investigar las canteras de Abbeville y siendo los primeros en dar la razón á Boucher de Perthes. Lyell publicó poco después un libro sobre la antigüedad del hombre, y en 1860 dirigía, sobre el mismo tema, una Memoria á la Academia de Ciencias Eduardo Lartet, cuyo hijo Luis descubrió el año 1862, en unión de Verneuil y D. Casiano del Prado, la estación prehistórica de los desmontes de San Isidro (Madrid), donde después se han seguido hallando numerosos ejemplares de hachas de piedra tallada; pero hay que advertir que hoy los obreros han aprendido á tallar la piedra en la misma forma que las hachas prehistóricas y las venden por legítimas.

Pero á todo esto cabía preguntar por qué no se en-

contraban los restos del hombre mismo, que servirian de argumento concluyente en favor de las opiniones de Boucher de Perthes, y este infatigable hombre de ciencia no desmayó hasta llegar á recoger (1863) en Moulin-Quignon (Abbeville), á 30 metros sobro el rio (Somme) y á 4,70 de profundidad, una mandíbula humana, que acabó de dirimir la contienda. Desde entonces se apreciaron en su verdadero valor los descubrimientos de los cráneos de Canstadt, de Neanderthal y otros; más tarde se descubrieron la mandíbula de la Naulette, otro cráneo en Gibraltar, los esqueletos de Cro-Magnon y tantos más, que proporcionaron ancha base para los fundamentos de la paleontologia humana.

3. Prehistoria. — Independientemente de la coexistencia del hombre y los mamíferos extinguidos, se habian establecido ya los principios fundamentales de la *prehistoria*, ó sea el conocimiento de la vida de la humanidad en los tiempos anteriores á toda narración escrita. De muy antiguo se conocía lo que se llamaba *ceraunias ó piedras del rayo*, formadas, según la creencia popular, por la acción del rayo y que sirven de amuleto entre la gente ignorante; el Emperador Augusto las habia llamado ya *arma heroum;* Mercati, mineralogista italiano del siglo XVI, las consideraba como instrumentos fabricados por los antecesores de Tubalcain; en 1723, Jussieu las comparaba á las hachas pulimentadas de varios pueblos salvajes actuales; en 1758, Goguet las atribuía á las poblaciones primitivas, atribuyendo al Diluvio universal la pérdida del conoci-

miento de los metales en la mayoría del género humano; más tarde los arqueólogos las llamaron *celtas*, por atribuir su uso á dicho pueblo, ó por la forma de cincel, en latín *celtis*.

Los estudios de Thomsen, Steenstrup, Worsaae y Forchammer fueron el punto de partida de la fundación de la *prehistoria* en Dinamarca. Estos tres sabios daneses estudiaron las turberas de su país, encontrando en el centro de ellas espesores de diez y más metros, en que se pueden distinguir diferentes capas caracterizadas del modo siguiente: una más superficial, cuya vegetación arbórea consiste en abedules, alisos, avellanos, de época anterior, por tanto, á la vegetación actual, constituida por hayas, que caracterizan el país ya desde tiempo de los romanos; debajo otra capa con restos de roble *(Quercus robur sessiliflora)*; y más baja otra capa con restos de pinos: éstos y el roble no hay memoria de que hayan formado parte de los bosques daneses en los tiempos históricos. En la capa de abedules no se encuentran más que instrumentos de hierro; en la del roble, objetos de bronce; la parte inferior de la del pino solamente contiene objetos de piedra; y debajo, en la de los musgos, algunas piedras mal trabajadas, pedazos de carbón y objetos de cuerna de reno: de aquí la división de la prehistoria en edad de piedra, edad de bronce y edad de hierro. Las turberas necesitan, según Steenstrup, para crecer tres á seis metros lo menos, 4.000 años, calcúlese por este *cronómetro prehistórico* la antigüedad del hombre en turberas de 12 á 14 metros

de espesor; por los cálculos de Steenstrup, se le asignaría á la edad de bronce una antigüedad de 35 siglos en Dinamarca.

Se descubrieron también en los *kjokkenmöddinger* ó paraderos del mismo país, constituídos por montones de ostras, multitud de huesos partidos de jabalíes, corzos, ciervos, castores, etc., restos del gallo silvestre contemporáneo del pino, instrumentos de piedra toscamente tallada, trozos de cerámica basta y utensilios de hueso y cuerno; pero ningún vestigio de animal doméstico, á excepción de una pequeña casta de perros. Comparando los instrumentos de piedra tallada de los paraderos con los de piedra pulida de los monumentos megalíticos, se vino á deducir la división de la edad de piedra en dos: paleolítica ó antigua, y neolítica ó reciente, y se consideró al hombre de los paraderos y de las turberas como cazador y pescador, sin vestigio de ganadería ni agricultura.

También se descubrieron restos de la industria y huesos del hombre cuaternario fuera de Europa, como en el Indostán por Bruce Foot, en Egipto por Hamy, en Argelia, Arabia y Palestina por Richard, etcétera, etc. Y no sólo en todo el antiguo continente, sino hasta en el nuevo: en Norte-América vivió contemporáneo del *Elephas Colombi*, y restos abundantes de hachas de piedra tallada se encuentran por todo el continente americano.

4. Cronómetros prehistóricos. — Los tiempos cuaternarios escapan por completo á los cómputos de los historiadores; no podemos valernos de su cro-

nología, y en sustitución á ésta se han ideado diversos cronómetros prehistóricos que establezcan, siquiera de un modo aproximado, la reducción de la cronología geológica á la astronómica, ó sea de las épocas geológicas á un número de años siquiera aproximado. Hemos citado ya el cómputo apoyado en el crecimiento anual de las turberas de Dinamarca. En los sondeos hechos en las riberas del Nilo se han encontrado ladrillos cocidos, cuchillos de cobre, etc., á 18 y 22 metros de profundidad; como el depósito de cieno que el río deja en sus desbordamientos anuales crece por siglo á lo más 15 centímetros, resulta una antigüedad de 12 á 15.000 años. En el delta del Mississipí el cálculo da 57.000 años de antigüedad á un cráneo humano encontrado á 16 pies de profundidad. Lyell, estudiando lo que atrasa en un año la cascada del Niágara, calcula en 36.960 años el tiempo que ha necesitado para desgastarse, á partir de su posición primitiva, en los comienzos de la época actual, ó sea en el período cuaternario, cuando ya el hombre vivía como contemporáneo del mamut.

Sin embargo, los cómputos fundados en la supuesta igual intensidad de los fenómenos de erosión y sedimento en la época cuaternaria, con relación á la actual, fallan por su base; pues es evidente que inmediatamente despues del levantamiento de una cordillera, el régimen torrencial es mucho más activo y más extenso que lo que ha de seguir siendo después; en vista de las recientes observaciones de Helland, Steenstrup y Rink en Groenlandia, deduce

Prestwich que el movimiento del hielo en grandes masas es mucho más rápido y, por tanto, la denudación es mucho mayor de lo que se había supuesto, por lo que limita la duración de la época glacial, incluyendo la preglacial y postglacial á quince ó veinte mil años; los instrumentos del valle de la Somme corresponderían á la primera parte de la época glacial y el fin de ésta datarían de hace ocho ó diez mil años [1].

5. El hombre terciario. — Ahora bien; estudiando los tipos humanos del cuaternario, los vemos tan distintos, que ocurre preguntar si, necesitándose tanto tiempo para la diferenciación de las razas, es posible que aquéllas del período cuaternario hayan tomado su origen del hombre primitivo dentro de este período, ó si más bien el primer hombre apareció en el terciario.

Schussenried y Taubach trajeron el convencimiento de que el hombre vivía ya en la Europa central durante el período interglacial, y sabía fabricar armas de piedra; pero verdaderas pruebas de una existencia anterior, todavía no las poseemos.

Los descubrimientos de Desnoyers, Delaunay, Capellini, Ducker y Sanson, interpretados por sus autores, como incisiones, taladros ó escotaduras hechas por mano del hombre, ayudado con instrumentos apropiados, en huesos de animales de la época terciaria, han perdido ulteriormente gran parte de su valor, por haberse demostrado en unos

---

1 Prestwich: *Geology;* 1886-8.

casos que no procedían de terrenos terciarios, y en otros que tales incisiones se debían á mordeduras de rodeores ó de tiburones, á embestidas de peces-espadas, á los golpes de pala del excavador, etcétera, etc.

Menos problemáticos son los hallazgos de artefactos de pedernal: en el Congreso Antropológico de 1867 presentó el abate Bourgeois varios de estos instrumentos procedentes de Thenay, formación caliza de Beauce, tránsito del eoceno al mioceno; pero las opiniones quedaron muy divididas respecto al carácter intencional de la forma de tales piedras. Cosa análoga ocurre con las piedras encontradas por Ribeiro en el Tajo (Portugal), Rames en Aurillac (Francia) y Nötling en Burma (India).

Los esqueletos de Savona y Castenodolo no parecen incontestablemente terciarios; por lo menos hay dudas en lo que se refiere á la remoción anterior del terreno. En cambio, en América van las cosas más en favor del hombre terciario: en los lechos auríferos de El Dorado encontró Boyce, en 1853, un homóplato, una clavícula y varias vértebras; en Tuolumne se hallaron una mandíbula y un trozo de cráneo bajo las lavas de Table Mountain; Withney encontró el famoso cráneo de las *Calaveras* junto con tibia, tarso, peroné y esternón á 130 pies de profundidad, en terreno generalmente tenido por terciario. Instrumentos parecidos á los de Thenay se encontraron en las arenas terciarias de Cow's Creek y en las orillas del South Platte; escotaduras, incisiones y taladros en huesos de desdentados fósi-

les, mastodontes é *Hipparión*, así como utensilios de pedernal y puntas de obsidiana descubiertos por Ameghino en las Pampas, no los tiene Burmeister por terciarios [1].

Terminaremos este asunto con las siguientes palabras de Dawkins: «Los monos superiores que se han encontrado en el mioceno y plioceno de Europa, reunen, en algunos casos, los caracteres de distintas especies de las hoy existentes; pero no muestran ninguna tendencia á los caracteres humanos; debemos confesar que el estudio de los restos fósiles arroja tan poca luz sobre las relaciones entre el hombre y los animales, como los documentos históricos. El historiador empieza sus trabajos con la civilización superior de Asiria y Egipto, y apenas puede presumir cómo se alcanzó aquélla; el paleontólogo encuentra los vestigios del hombre en las capas diluviales, y tampoco puede hacer más que presumir cómo llegó al grado de cultura que hacen suponer los utensilios encontrados. Sólo que el paleontólogo ha demostrado que el hombre es más antiguo de lo que presumia el historiador; pero ninguno de los dos ha contribuido en algo para la resolución del problema de su origen. Falconer ha hecho notar que los comienzos del hombre no se deben buscar en Europa, sino en los trópicos, probablemente en Asia; pero en el estado actual, todavía no tenemos la clave» [2].

---

1 G. Buschan: *Der tertiär Mensch.*
2 J. Ranke: *Der Mensch.*; 1894, II, p. 505.

V

Patria primitiva del hombre.

1. Autoctonismo. —Cualquier punto del globo donde el europeo haya llegado á poner su planta, se le ha mostrado siempre más ó menos poblado, si no es con la excepción de las inhospitalarias tierras antárticas, algunos islotes insignificantes y ciertos desiertos inhabitables. Todas estas poblaciones, separadas á veces unas de otras por inmensas extensiones de terreno, por grandes montañas, caudalosos ríos, y sobre todo, por ilimitados océanos, ¿hemos de suponer que son hijas del país que habitan, ó procederán de emigraciones varias y sucesivas á partir de un punto del globo, cuna de toda la especie humana?

La doctrina de que cada raza indígena ha nacido en el país, sin filiación directa con otras que por emigraciones la hayan dado origen, es lo que se llama el auctoctonismo, y se funda en la permanencia de tipo que se observa en ciertos países, como el Egipto, desde la más remota antigüedad, en la correspondencia que se puede apreciar entre la flora

y fauna, ó población vegetal y animal de una región, con la población humana de la misma; de modo que á flora y fauna diferente corresponde también raza humana diferente: se funda también en ciertas semejanzas que se observan respecto á los caracteres de razas humanas, y los caracteres de los antropoides conforme á la región que habitan: así el color del malayo se compara con el del pelaje del orangután, y el de la piel del negro con el del pelaje de los antropoides africanos; la braquicefalia del orangután con la de las razas amarillas, y la dolicocefalía del gorila y chimpancé con la de las razas negras: otro fundamento se halla también en la diversidad de idiomas, que hasta hoy no han podido reducirse á unidad, considerándose, por tanto, el idioma como natural é ingénito del pueblo que lo habla.

2. Centros de aparición. — Por geografía botánica y zoológica sabemos que á cada especie corresponde un centro de aparición ó cuna de la especie, determinada en sus condiciones geográficas, topográficas y biológicas, y á partir de la cual se propaga hasta donde su organización se lo permita; la extensión del territorio en que existen individuos de la especie es lo que se llama el *área de dispersión* de ésta. Como es natural, son rarísimos los casos en que dichas áreas coinciden exactamente para dos ó más especies; pero, á pesar de esto, se puede dividir el mundo en provincias ó regiones, en cuyo territorio, y con límites poco diferentes, están comprendidas bastantes formas de animales exclusivas

del país para dar un sello especial á éste constituyendo su *fauna*.

Correspondiendo á cada fauna diferente una raza humana indígena, al decir del *autoctonismo*, habrá tantos centros de aparición de razas humanas como provincias ó regiones se puedan distinguir en el globo respecto á su fauna. Agassiz, que sustenta esta teoría, admite nueve centros de aparición: el polinesio; el austral, negritos y papúas inclusive; el malayo ó indio; el hotentote; el africano; el europeo; el mogol; el americano; el ártico. Demostrado hoy positivamente que la Polinesia ha sido poblada por emigraciones, no puede admitirse el primer centro; el segundo comprende á tres razas muy distintas; el tercero es muy discutible, porque los malayos más bien constituyen una raza mixta, y en la India se encuentran rastros de las más diversas razas; tampoco suele admitirse el americano como centro único y originario, y el ártico es falso, por su falta de unidad, y porque su población animal no forma una fauna verdaderamente independiente.

3. Lemuria. — En contraposición al creacionista Agassiz colocaremos á Darwin, que sostenía la unidad de la especie humana, la unidad de origen, y, por consiguiente, un solo centro de aparición del hombre primitivo, allí donde se verificara la evolución de la forma simia á la humana; pero Darwin no hizo afirmaciones explícitas respecto á este punto, y Hæckel, más atrevido para inventar hipótesis y darlas como descubrimientos positivos, expuso la opinión de que el centro de aparición de la forma

humana, originada del *Anthropopithecus* fué el continente de la Lemuria.

«El mar del Sur — dice Hæckel [1] — formaba en otro tiempo un vasto continente que pudiera llamarse Pacífico, y del cual pueden considerarse como la cima de las más altas montañas las numerosas islas que hoy en dicho mar existen. El espacio ocupado por el Océano Índico lo estaba antes por un continente que ha sido llamado *Lemuria* por Sclater, á causa de los monos inferiores que, según él, caracterizaban su fauna; continente que se extendía desde las islas de la Sonda por Ceylán hasta Madagascar. La existencia de esta tierra es de la mayor importancia, por cuanto allí hubo de existir probablemente la cuna del género humano y el hombre se desprendió de su forma simia antropoidea.»

En efecto, los Lemúridos ó Prosimios caracterizan hoy las faunas de las islas de la Sonda, Ceylán, y sobre todo de Madagascar, estableciendo un lazo de unión zoológico entre los extremos oriental y occidental del Océano Índico; esta estrecha relación entre las opuestas orillas de dicho océano, con respecto á formas animales, para cuya dispersión ofrece el mar una barrera infranqueable, es la que hace suponer que existió el continente *Lemuria*, donde se originaron los Lemúridos, que es de advertir se han encontrado después en el África tropical y en el eoceno de Norte-América; otro indicio que aduce Hæckel es el de que los monos antropomorfos ó

---

1 Ernest Hæckel: *Historia de la creación.*

antropoides viven hoy como diseminados, como escasos restos vivientes del gran desarrollo que indudablemente alcanzaron en los tiempos anteriores al dominio del *Homo sapiens*, y los paises en que hoy viven se encuentran á uno y otro lado del supuesto continente, como indicando que éste fué el centro de aparición de tales formas; por otra parte, la Lemuria había de tener condiciones climatológicas parecidas á las de Madagascar, y, por tanto, muy favorables á la aparición del hombre; el continente mencionado desapareceria bajo las aguas al fin del periodo terciario, como compensación al levantamiento de la cordillera del Himalaya; y por último, M. Dubois habria encontrado en Java el precursor del hombre, *Pithecanthropus erectus*, todavia hoy en litigio.

4. Quatrefages.—Mr. de Quatrefages [1] rechaza la teoria de Agassiz, fundándose en la unidad de la especie humana y en las leyes de la geografia zoológica, que nos muestran para una especie, y hasta para un género, un área de dispersión tanto más limitada cuanto más elevada sea su organización, es decir, cuanto más moderno sea en la historia de la tierra; así ninguna especie de monos se encuentra en los dos continentes, el antiguo y el nuevo; se sobreentiende que se trata de animales salvajes, puesto que los animales domésticos, las plantas cultivadas y el hombre han podido en su dispersión salvar todos los obstáculos. Podria, por tanto, for-

1 Quatrefages: *L'espèce humaine*, 1, pág. 204 y siguientes.

mularse la siguiente ley: «Los seres organizados tienen un centro de aparición y área tanto más restringidos cuanto más perfeccionado es su organismo.» Fácil es comprender la razón; á mayor perfección orgánica va unida mayor complicación ó complejidad, que supone mayor especialización, mayor particularismo en las condiciones de existencia, y éstas á su vez exigen limitación geográfica más restringida.

La familia de los monos antropomorfos habita hoy en Malaca, en el Assam, Sumatra, Java, Borneo, África occidental desde los 10° S. hasta los 15° N.; pero el género Hylobates es el único que abarca toda el área oriental ó de Malasia; el orangután sólo vive en Borneo y Sumatra; el chimpancé va desde el Zaira al Senegal, y el gorila sólo ha sido visto en el Gabón y quizás en el país de los Ashantis: luego, siendo la organización física del hombre más elevada que la de los antropoides, su centro de aparición debió ocupar una superficie más limitada y ser además única, pues mal se comprende que en dos puntos distantes del globo se combinen las circunstancias de tal modo que resulten idénticas todas y cada una de las condiciones de existencia íntimamente relacionadas con la aparición de los primeros seres humanos.

Añade Quatrefages que la teoría de la Lemuria es puramente gratuita y no tiene en cuenta los cambios climatológicos que se relacionan con los períodos terciario y cuaternario, ni la distribución de las razas humanas.

En sustitución á la teoría de Agassiz y á la de Hæckel propone Quatrefages la suya, que tiende á afirmar la probabilidad de que el centro de aparición del hombre sea, ateniéndonos á los hechos actuales, la meseta del Pamir; y si tenemos en cuenta los hechos geológicos y paleontológicos, la Siberia. Las razones en que se funda su conclusión pueden resumirse en las siguientes:

Alrededor de la meseta supradicha se agrupan los tres tipos fundamentales de la humanidad, blanco, amarillo y negro; formando, por tanto, como un centro de irradiación, á partir del cual se esparcen en diferentes direcciones las principales razas humanas: el tipo blanco representado por persas, afghanes, indos, etc.; el tipo amarillo, por mogoles, chinos y tibetinos; y el tipo negro representado hacia el Sur por negritos de la familia Drávida. «No hay ninguna otra región del globo que presente semejante reunión de tipos humanos extremos distribuídos alrededor de un centro común.» Alrededor de esta meseta central se agrupan también los tres tipos fundamentales de lenguas: las monosilábicas en el Centro y Sudeste con el tibetino, chino, etc.; las aglutinativas al Nordeste, Noroeste, Sud (Drávida) y Oeste (turco); las de flexión al Sudy Sudoeste con el sanscrito y persa. Por todo lo cual parece probable que «nuestra especie se multiplicó en aquella región y permaneció en ella mucho tiempo, lo bastante para que se mostraran ya los tipos fundamentales físicos y lingüísticos, y que de allí partieron las colonias que por emigraciones escalonadas

llegaron á poblar todo el globo. Pero colocando en el Asia central nuestra primera cuna, quedaría sin explicación cómo en la época cuaternaria llegaron juntas á Europa las especies animales, hasta entonces terciarias en Siberia, y las tribus humanas que las cazaban, y cómo la superficie del globo parece poblarse en aquella época casi de un golpe: por esta razón cree Mr. de Quatrefages que es menester trasladar nuestro verdadero y primitivo centro de aparición á la Siberia, región que en la época terciaria alimentaba numerosísimas plantas y gran número de corpulentos animales, ofreciendo ancho campo á la actividad del hombre primitivo, y facilidades de existencia que hoy no tiene la Siberia; el tránsito del suave, benigno clima terciario al inhospitalario, riguroso de hoy, se debería el levantamiento del Himalaya, que sustituyó el mar que por el Sur limitaba á la Siberia, en la época terciaria, facilitando la llegada de las corrientes marítimas y atmosféricas cálidas, con la inmensa cordillera, que hoy ofrece barrera infranqueable á dichas corrientes y constituye una causa de enfriamiento en las masas de aire y vapor de agua.

5. Ranke.—No difiere mucho la teoría de Ranke [1] de la de Quatrefages; pero merece que la consignemos, porque la argumentación es muy distinta: parte del hecho de que, en la época glacial que se extendió por Europa y el Norte de Asia y de Amé-

---

1 Ranke: *Der fossile Mensch und die Menschenrassen*; *Corresp. f. Anthr., Ethn. u. Urg;* 1896, XXVII., p. 151.

rica, se verificó una transformación de fauna, extinguiéndose determinadas especies, emigrando al Sur otras é inmigrando á Europa animales de países frios, como el mamut y el rinoceronte velludo, procedentes de las mesetas del interior del Asia; siguió una gran inmigración de animales de las estepas asiáticas, y en la época interglacial avanzaron hacia el Norte los diluviales, volviendo parte de los preglaciales. «En medio de este flujo y reflujo del mundo animal apareció en Europa el hombre.»

Se manifiesta entre los cuaternarios inmigrados de Asia y deja señales de su existencia en los depósitos diluviales de toda Europa, Siberia, Sud de la India, Norte de África, Norte y Sud de América.

Las faunas diluviales de estos países son bastante diferentes; pero en épocas anteriores constituian una sola fauna, que podemos llamar Arctogea, el antiguo continente y Norte-América; en el terciario se desmembró, separándose, primeramente esta última región; pero de nuevo pasan en el diluvium por el Norte de Asia los inmigrantes asiáticos á Norte-América, entre ellos el mamut, por lo que podemos admitir que, hasta el fin del interglacial, estuvieron estas dos partes unidas. Con el mamut se dispersó el hombre, llegando á Europa antes que al extremo de Asia, de donde pasó á la América, y alcanzando por el Sur hasta el mar Caspio y el Norte de África. También Sud-América, por consecuencia de la fusión con el Norte al fin del terciario, recibió inmigrantes norte-americanos, como el caballo, ciervo, tapir, mastodonte, etc., y con ellos

entró el hombre como tipo ártico: su cultura era bastante homogénea en todo este territorio; ausencia de animales domésticos, uso de la piedra tallada y de los huesos labrados, así como del fuego para la preparación de los alimentos, que principalmente eran animales, con marcada afición al tuétano.

«La más antigua estancia paleontológica del hombre es, pues, esencialmente homogénea en el Norte de Asia y de África, Europa y América; todas estas tierras formaron durante una parte del cuaternario un área de dispersión unida, lo mismo para el hombre como para la fauna diluvial del centro de Asia, principalmente el mamut.»

Todas las razas que poblaron esta área, las considera Ranke originadas de una raza primaria, que llama *euencéfalos euricéfalos amarillos leiotricos*, y cuyos caracteres serian: gran cerebro, gran anchura absoluta del cráneo, cara relativamente poco desarrollada con relación al cráneo, dientes pequeños, tercer molar á menudo atrofiado, ángulo muy marcado en la base del cráneo; tronco largo y ancho, brazos y piernas relativamente cortos, esqueleto basto; color fundamental amarillo, que á veces tira al blanco y otras al pardo obscuro; pelos gruesos ó medianamente finos, lisos ú ondeados, de sección en óvalo ancho ó casi redondo; color de ojos y pelo bastante variable.

En parte del Sud del Asia, Australia é islas adyacentes y África al Sur del Sahara, se habría esparcido otra raza primaria; *estenencéfalos estenocéfalos negros ulotricos*, cuya patria primitiva sería

más difícil de fijar, porque carecemos de datos paleontológicos; pero probablemente estaría en el Mediodía de Asia. En tal caso, podríamos derivar las dos de otra única que se diferenció en el periodo cuaternario, quedando más próxima á ella la segunda, salvo que el color negro, según experiencias en razas de animales, no parece que deba ser primitivo.

Por los datos paleontológicos parece verosímil que llegó el hombre á Europa antes que al Norte de Asia y América; así se explicaría que el blanco, como más antiguo, tenga algunos rasgos de aproximación al negro en la forma del pelo, proporciones del tronco y extremidades, cráneo más frecuentemente dolicocéfalo, arcos superciliares más pronunciados y frente escapada (esto no reza con el africano), frecuente prognatismo dental, fositas prenasales, y en los melanocroides la finura del esqueleto. «El blanco ha conservado, pues, en mayor escala los rasgos del hombre primitivo».

No falta quien, como Ameghino, paleontólogo de la República Argentina, asegure que el hombre no es originario del antiguo continente, sino del americano, fundándose en el descubrimiento del hombre terciario en las Pampas en terrenos que él cree más antiguos que aquellos de Europa en que se encontraron también restos del hombre ó de su industria.

6. El hombre primitivo. — Blumenbach le supone blanco, explicando la formación de las otras razas por degeneración: teoría es ésta tan conforme con el *Génesis* bíblico, que se aceptó sin discusión

apenas, y Prichard la sostuvo también por su parte. Bory Saint-Vincent y Bech le suponen negro, Schaffhausen amarillo, y Eusebio de Sales rojo. Para Quatrefages el hombre primitivo se caracterizaría por un ligero prognatismo, pómulos abultados, tez amarilla, cabellera roja, y hablaría un lenguaje monosilábico; se funda el ilustre antropólogo francés en los fenómenos de atavismo, ó sea la aparición brusca ó aislada de los caracteres de un antepasado muy lejano en alguno de sus descendientes; el atavismo se presenta en las razas puras como accidente, y sobre todo en el mestizaje: pues bien; Quatrefages observa que en cualquiera de las razas puras como accidente, y en los mestizajes de unas con otras, se presentan aquellos caracteres que reune él luego para atribuirlos á nuestro común antepasado: además, estos caracteres aproximan el hombre primitivo al tipo amarillo, y hay que reconocer que este tipo es el más extendido, es el que más se ha desarrollado, el que presenta todos las caracteres más intermedios, y en cierto modo más originarios. Ya hemos visto en el párrafo anterior la opinión de Ranke.

VI

Dispersión del género humano.

1. Causas y posibilidad de la dispersión. — En los capítulos anteriores se ha visto ya que todos los hombres que pueblan la superficie del globo son de la misma especie, y por las leyes de la geografía zoológica se ha deducido que el centro de aparición de la especie humana ha sido único y de área relativamente muy restringida; luego la consecuencia inmediata y forzosa es que, á partir del centro de aparición, ha ido el hombre dispersándose lenta ó rápidamente, hasta llegar á los últimos confines de las tierras habitables. Los poligenistas ó autoctonistas consideran esta dispersión imposible en ciertos casos.

La imperfección del estado social primitivo, la carencia de los recursos que hoy podemos utilizar para los grandes viajes, no es óbice á la posibilidad de la diseminación; antes al contrario, los pueblos agricultores son necesariamente sedentarios, los pastores necesitan condiciones especiales para fijarse en un país, y los pueblos cazadores (condición primitiva de la humanidad, según todas las escuelas)

forzosamente tienen que vivir errantes, necesitan ancho espacio, y cuando la población aumenta tienen que separarse las tribus ó destruirse unas á otras, cambiando de país conforme á las emigraciones de la población animal y conforme al agotamiento ó abundancia de la caza. Son, pues, características de los pueblos pastores, que llevan vida nómada, y de los pueblos cazadores, que viven errantes, las grandes y lejanas emigraciones, mientras que los labradores, representando un período de cultura más avanzado, enviarán solamente el excedente de la población á nuevas tierras y serán, por tanto, colonizadores. Así el amor al suelo patrio únicamente aparece en un pueblo agricultor, sedentario, sustituyendo á la idea de tribu la de nación, ó sea país de nacimiento. Las causas de las emigraciones se comprenden desde el primer momento de examen: por una parte, la persecución de la caza agota ésta en un territorio; y, por otra parte, el crecimiento de población exige mayor cantidad de alimento; además, las alteraciones climatológicas fugaces ó duraderas ejercen influencia directa, sea en los vegetales que sirven de alimento á los animales fitófagos, sea en el organismo mismo de los últimos, diezmándolos ó forzándolos á emigrar, y de aquí que indirectamente resulte influida en el mismo sentido también la población humana. Causas análogas, si bien menos frecuentes y aminoradas en sus efectos, explican los casos de emigración de los pueblos pastores.

«Las barreras insuperables contra tales emigra-

ciones existen sólo en la imaginación de los hombres de civilización enviciada; nos figuramos en seguida viajes rápidos y precedidos de un plan muy meditado, atrevidos ensayos de colonización; pensamos en la necesidad de ciertas condiciones de existencia, en el abandono inmediato de los proyectos fracasados. La naturaleza trabaja con otros medios y realiza sus obras con más lentitud, tenacidad y seguridad. Las incultas tribus primitivas, no sólo eran más frugales y resistentes que nosotros, sino que obedecian también ciegamente las órdenes de su destino; no se espantaban ante las cifras de mortalidad y sufrían con paciencia hasta que llegaba el día de la redención, es decir, de la aclimatación completa» [1].

La posibilidad de la emigración en pueblos bárbaros, salvajes y primitivos, puede probarse también fácilmente por el examen imparcial de los hechos que narran las historias, algunas de ellas recientísimas, pero por eso mismo más concluyentes. Distinguiremos dos casos, de los que el primero es el de las *emigraciones terrestres*.

2. Emigraciones terrestres: éxodo de los kalmukos. — Hoy sabemos que el hombre cuaternario vencía ya al rinoceronte y al mamut; lo mismo en la antigüedad clásica que en los tiempos modernos, sabe vencer los obstáculos que le ofrecen las más altas montañas, los pantanos, los desiertos, los grandes ríos; únicamente el hombre puede detener

1 Hörnes: *Die Urgeschichte des Menschen*; Wien., 1892.

al hombre, y aun no siempre con eficacia, como lo prueban la conquista de la India por los primitivos arios y la marcha invasora de los pamues, que partiendo del centro de Africa avanzan hacia la costa en un frente de unos 400 kilómetros.

Pero un ejemplo reciente y bien concreto acabará de convencer [1]. Hacia el año 1616 abandonó una horda de kalmukos los confines de la China y acabó por llegar á las orillas del Volga, donde el Gobierno ruso les permitió gobernarse por sus costumbres patriarcales. Así vivieron de buen acuerdo hasta el momento en que la Emperatriz Catalina nombró á uno de dos pretendientes para el mando de la horda, y, despechado el otro, convenció al pueblo entero, incluso á su rival, y la conspiración se llevó con tal misterio, que escapó á la vigilancia rusa. En 5 de Enero de 1771 se reunieron todos en la orilla izquierda del Volga con las mujeres, los niños y los ancianos, carros y camellos, formando en conjunto más de 600.000 almas. Catalina envió un ejército con orden de hacerlos volver de grado ó por fuerza; los cosacos les salian al encuentro, diezmándoles sus huestes; se mataron los ganados y se salaron las carnes para alimentarse con ellas; se abandonaban los inválidos, se quemaron los carros para calentarse; cada campamento se señalaba por centenares de cadáveres helados; en cinco meses se recorrieron 700 leguas y habían perecido 250.000 personas; les cerraban el paso sus tradicionales enemigos, los

---

1 Quatrefages: *L'espèce humaine.*

baskires y kirguises; las poblaciones se levantaban en armas para defenderse contra aquellas masas de gente hambrienta, y el calor del verano llegó á producir tanta mortandad como los rigores del invierno, hasta que por fin el mes de Septiembre llegaron á las fronteras de China y el Emperador Kien-Long pudo salvar á tiempo los restos fugitivos que aún subsistian. El éxodo de los kalmukos presenta acumuladas todas las dificultades de la emigración, aun aquellas que no debemos suponer encontrasen las emigraciones primitivas, y, sin embargo, vemos que llegó al término de su viaje el pueblo constituído, sin perder su independencia, caracteres propios y vitalidad.

Aún podríamos citar hechos que demuestran la emigración de las razas del período cuaternario; como, por ejemplo, la raza de Canstadt ó de Neanderthal, que se ha encontrado también hasta en Gibraltar, y supervivientes suyos en todas las épocas hasta hoy, en toda Europa y hasta en Australia en la tribu de Adelaida; la raza de Cro-Magnon se ha encontrado, no sólo en Francia, sino también en Bélgica, Alemania, Berbería, Canarias, y el señor Antón la descubrió en la Cueva de la Solana (Segovia).

3. Emigraciones marítimas; los polinesios.— Las emigraciones marítimas son las que ofrecen á los autoctonistas el argumento más sólido, á su entender, para demostrar que, pueblos desprovistos de conocimientos astronómicos y de medios perfeccionados de navegación, como la brújula, no pudieron

en modo alguno poblar América, y sobre todo la Polinesia; las condiciones geográficas, el régimen de los vientos y de las corrientes debieron oponer una barrera infranqueable al hombre primitivo.

Por de pronto basta la simple inspección del mapa para comprender que una población, habituada á recorrer el archipiélago malayo, puede llegar con facilidad á Nueva Guinea, y de etapa en etapa correr toda la Polinesia, quedando fuera de ruta únicamente Nueva Zelanda y Sandwich; los estudios hechos acerca de los vientos y corrientes marítimas nos obligan á admitir que en ciertas épocas del año pueden fácilmente navegantes atrevidos, y que no teman perder de vista la tierra, llegar á los últimos confines orientales de la Polinesia, partiendo del archipiélago índico.

Horacio Hale [1], antropólogo de la expedición científica de los Estados Unidos, resolvió el problema de la población oceánica trazando un mapa de las emigraciones ó navegaciones de los polinesios, los cantos históricos de los maorís, varias otras tradiciones, los estudios de Gaussin sobre la lengua polinesia, y diversos datos de múltiples orígenes, fueron recopilados por Quatrefages, que publicó un nuevo mapa y un libro en que se trata esta cuestión en todos sus detalles.

El punto de partida fué la isla de Burú, entre Célebes y Ceram, el comienzo de la emigración poco antes de la era cristiana, y la fecha de la llegada

---

1 *Report on Ethnography and Philology*, vol. VII, 1846.

á las islas Marquesas sería el año 419 de nuestra era, si nos atenemos á los cálculos de Quatrefages, Hale, etc., fundados en los cantos y tradiciones de las diferentes islas; parte de tales emigraciones se explicaría también por accidentes de mar, que son bien conocidos entre los naturales; las tradiciones de la mayor parte de las islas las suponen deshabitadas antes de la llegada de los polinesios.

4. América.—La población de América se explica á su vez teniendo en cuenta la facilidad del paso por el estrecho de Behring; la presencia en las dos orillas de poblaciones de la misma raza; más al Sud la corriente que arrastra hasta California muchos juncos japoneses; la corriente ecuatorial, que produce efecto análogo á partir del África: los americanos, lejos de ser autóctonos, no tienen siquiera unidad de raza, lo que se explicaría perfectamente por la multiplicidad de orígenes de emigración; pero América ha tenido también su hombre cuaternario, que la pobló en toda su extensión, y á este propósito hace notar el Sr. Antón que los indígenas de América no pueden proceder de inmigraciones de los tiempos históricos, puesto que no conocían ninguno de los animales domésticos del antiguo mundo, á excepción del perro, y no es posible suponer que las tribus emigrantes, que poseían ya la oveja, la vaca y el asno, no los llevaran consigo; tampoco se puede admitir que estas inmigraciones prehistóricas procedieran exclusivamente del Asia, pasando por el estrecho de Behring, porque vemos que los caracteres físicos de los indígenas no se

pueden asimilar por completo á los de los mogoles, sino que influye también la sangre blanca.

Entre los etnólogos de Norte-América están hoy las opiniones bastante divididas; pues mientras el profesor Putnam cree en el contacto asiático-americano, Mr. Cushing supone que las semejanzas en artes é indumentaria son meros resultados de desarrollo psíquico, análogo bajo circunstancias parecidas, y el profesor Morse llega á la conclusión de que en la época del descubrimiento no había en América dialecto, arte, arma ni utensilio que estuviese en uso en el viejo mundo [1].

5. Centros de atracción. — Las primeras emigraciones del hombre primitivo, que sirvieron para dejar poblado casi todo el haz de la tierra que para ello sirviese, debieron cumplirse en condiciones verdaderamente anárquicas y obedeciendo á impulsos puramente individuales, verificándose á continuación el proceso de diferenciación del hombre en razas; razas que, ni por la amplitud de variación natural en cada una de ellas, ni por las condiciones de los países en que se formaron, podemos admitir como absolutamente limitadas y excluyéndose unas á otras de un modo total.

«En una época en que el hombre poseía las cualidades de ser social, estaba ya esparcido por toda la tierra habitable en innumerables grupos de escaso número de individuos cada uno, comparables

---

1 *Appletons popular science monthly*, LII; 3 Enero 1898, pág. 428.

á las pequeñas aldeas, parroquias, aduares, bandas de gitanos, etc., que hoy conocemos. Por el proceso social subsiguiente se formaron grandes *núcleos étnicos* de integración. No hay, pues, para los sociólogos centros de difusión, á partir de los cuales se extiendan las razas primitivas sobre territorios antes deshabitados, sino *centros de atracción*, alrededor de los cuales se agrupan los individuos hasta entonces étnicamente separados para formar una tribu ó estirpe primitiva. Las semejanzas de lengua, usos, costumbres, etc., las afinidades físicas no descansan, según esto, en un origen común de una raza primitiva única é idéntica, sino que son el efecto de la imitación, de la obligación forzada, del cruce y de la fusión. Nuestras razas actuales forman una mistura de innumerables componentes étnicos» [1].

Por su parte, Horacio Hale dice que «si con los geólogos debemos admitir que un ser de forma de hombre y con algunas de sus facultades, incluso probablemente alguna capacidad de hablar, existía en el cuaternario hace decenas de miles de años; sin embargo, el hombre social, con todas las facultades humanas, incluso el lenguaje articulado, apareció sólo hace siete ú ocho mil años, y este hombre era completamente igual por su capacidad física y mental, aunque no por sus conocimientos, á cualquiera de sus descendientes». [2]

---

1 Mario Morasso: *L'origine delle razze europee;* Arch. per l'Antr. e la Etn.; 1895, xv, pág. 269.

2 H. Hale: *Language as a test of mental capacity*, 1891.

Hay que distinguir, por tanto, la dispersión primitiva ó emigraciones de los hombres, con su diferenciación consiguiente, su reintegración por la concentración alrededor de núcleos dando origen á los pueblos, el aislamiento relativo consiguiente en éstos y su caracterización, la difusión de los pueblos, sus emigraciones ó éxodos, su penetración mutua y su fusión. De esta manera se evitará el confundir la mayor ó menor independencia que puedan tener los indios de América, por ejemplo, en cuanto á los orígenes de su cultura con su autoctonismo físico; la hipótesis del monogenismo no supone la negación del autoctonismo de los pueblos en cuanto á su cultura, ni siquiera en cuanto á la adquisición y fijación de los caracteres de raza; basta admitir dos posibilidades: la de que el hombre, en su condición inculta primitiva, fuese capaz de seguir en sus emigraciones al mamut y otros animales cuaternarios, y la posibilidad del transformismo como origen de las razas humanas, conservándose alguna uniformidad en la capacidad mental para el desarrollo de la cultura, que explique ciertas analogías ó coincidencias en ésta.

El autoctonismo absoluto es antifilosófico y la reducción de toda cultura á dos ó tres centros de difusión es tener la vista limitada con las malhadadas antojeras del clasicismo grecolatino.

6. Errantes y nómadas actuales. — En la actualidad las emigraciones de tribus enteras se han limitado extraordinariamente por la estabilidad que permite el grado de civilización representado por la

agricultura, dando más regularidad y seguridades de alimento, á la vez que permite mucha mayor densidad de población en un territorio determinado; y limita también mucho la emigración el hecho de encontrarse en todas partes población humana poco dispuesta á dejarse suplantar en la posesión del suelo y sus producciones. Sin embargo, y dejando para más adelante la explicación de las emigraciones parciales que sustituyen á la emigración total en los pueblos civilizados, aún tenemos ejemplos vivos de tribus errantes y nómadas actuales: tales son los botocudos, que los españoles dieron á conocer como errantes buscando la caza por los inmensos bosques del Brasil; los charrúas, tobas y foguinos; los apaches, que hasta hace poco recorrían las praderas de Tejas y Nuevo Méjico en persecución del bisonte; los bosquimanes, que se atreven hasta con el león; los naturales de Australia, viviendo de la carne del kanguro y del casoar, los negritos y tantos más: pueblos nómadas son las tribus que pastorean en la Siberia y el Turquestán, los beduinos, los hotentotes, y, aunque en pequeña escala, los lapones [1]; nómadas fueron también los judíos antes de la permanencia en Egipto y durante su éxodo, y recientemente los castellanos trashumantes de la mesta. La última reducción del nomadismo es la de los vaqueiros de alzada en Asturias, que el verano se trasladan á las brañas, y cosa análoga

---

1 Dr. G. Gerland, 1890: en *Berghaus' Physic. Atlas*, número 65.

ocurre en Urbia (Guipúzcoa) moviéndose los pastores dentro de su propio término municipal.

Como ejemplo de parasitismo de feria se puede citar también aquí el nomadismo de los gitanos.

VII

Aclimatación.

1. El problema de la aclimatación.—En su dispersión y emigraciones la especie humana ha encontrado los climas más diversos y ha sido menester que tuviera las aptitudes necesarias para plegarse á todas las condiciones de existencia naturales, es decir, que fuera capaz de aclimatarse y naturalizarse en todos aquellos países donde la encontramos.

La posibilidad de vivir y prosperar en regiones de clima distinto del natal, ha sido negada por los poligenistas; algunos monogenistas también limitaban mucho esta facultad, una vez formada la raza, y otros escritores han sostenido el extremo contrario, ó sea que el hombre puede aclimatarse en cualquier parte é inmediatamente.

En este problema hay que distinguir tres cuestiones: 1.ª, la posibilidad de vivir una generación de inmigrantes; 2.ª, la posibilidad de perpetuarse las generaciones de criollos; 3.ª, la posibilidad de mantenerse por el propio esfuerzo sin recurrir á la importación ni á la esclavitud.

Antes de discutir los resultados de un cambio de clima observados en los tiempos actuales, debemos considerar las verdaderas diferencias de clima y los cambios en el género de vida.

2. Clima.—Los elementos físicos del clima, en orden de importancia, son la humedad, el calor y sus oscilaciones. El calor por sí solo no afecta seriamente á la salud, y la limitación para la dispersión de una raza estaría más bien en las dificultades de alimentación que en el grado de calor ó frío [1]: «donde hay agua y fertilidad, el clima es mortífero, y donde éste es salutífero, no hay agua ni fertilidad» [2]. En tal sentido, la aclimatación francesa en Argelia sería una mera acomodación á uno de los elementos del clima; y lo mismo la prosperidad española en las altas mesetas de México, Perú y Bolivia y á lo largo de la árida costa del Pacífico, así como la holandesa en Transvaal, la inglesa en el Cabo, Australia y nueva Zelanda, y la francesa en el Canadá.

El calor de los trópicos adquiere importancia indirecta como causa y compañía de la humedad, que disminuye la traspiración insensible; de donde la falta de purificación de la sangre, la anemia y los desórdenes intestinales.

La brisa marina y el terral alternados, contribu-

---

1 Ratzel: *Anthropo-geographie*, p. 300. — Science, 27 Enero 1893.

2 Max Nordau: *Rabies Africana*, *Asiatic Quarterly Review* II series, II, p. 76.

yen á la salubridad del clima insular [1], sobre todo ayudados de la condición volcánica ó montañosa, como sucede en Jamaica; Singapore debe su prosperidad á la ausencia del paludismo. El cambio de estaciones aumenta las probabilidades de aclimatación, y ésta es una de las ventajas de las mesetas tropicales [2].

La altitud, tan favorable al blanco en los trópicos, es fatal para el negro y el indio; en las plantaciones de café de Sud-América, entre 4 y 6 000 pies de altitud mueren de disentería los braceros andinos y del aparato respiratorio los costeños [3]; la elevación de 3.000 á 4.500 pies es mortífera para el negro en África [4]; y no sólo esto, sino que por cambio de localidad pierde determinadas inmunidades sin ganar otras, razón por la cual es inútil su reimportación como colono en los trópicos [5].

3. Cambio en el género de vida. —Uno de los efectos inmediatos del clima tropical es la estimulación del apetito [6], que fácilmente conduce á la intemperancia; el Dr. Felkin aconseja satisfacerlo,

---

1 Jousset: *Traité de l'aclimatement*, París, 1884, p. 50.

2 Jousset: *Ibidem*, — Ramón dela Sagra: *Rev. d'Anthr.*, nuev. ser. I, p. 76.—*Proceedings of the, 7.ª Intern. Congr. of Demogr. and Hyg.*, London, p. 155.

3 Wallace: *Encyclopedia britanica. Aclimatization.*

4 Jousset: *Ibidem*, p. 57, 341 y 434.

5 Jousset: *Ibidem*, p. 279.—Boston: *Transcript*, carta de Méjico en 11 Agosto 1895.

6 Jousset: *Ibidem*, pág. 211.—St.-Vel: *Hygiène des européens dans les climats tropicaux;* París, 1872.

dado que sea con alimento adecuado; en esto la frugalidad de los mediterráneos lleva sus ventajas, comparada con las costumbres teutónicas, y sobre todo los más favorecidos son los chinos, por su afición al arroz [1].

La intemperancia en el uso de las bebidas alcohólicas, más dañina y más abusiva en los ingleses que en los españoles, produce el exceso de mortandad por hepatitis [2], cuando se comparan las cifras que arrojan los soldados ingleses en la India con las de los indígenas, ó las de las mujeres y niños de aquéllos.

La incontinencia sexual, tan frecuente con los amores fáciles de las colonias, produce una verdadera postración física y mental; uno de los efectos fisiológicos más sutiles del clima tropical es una sobreexcitación de los órganos sexuales, que en presencia de una población servil, y moralmente poco desarrollada, conduce á excesos desde la más tierna edad [3]. Este factor es preciso tenerlo muy en cuenta para eliminar efectos que se suponen debidos al cruce y al clima, en lo que hace á la infecundidad. Es una verdad inconcusa que el mulato, mestizo étnico é híbrido social, padece una pérdida de casta que le expone á muchas tentaciones.

---

1 Ripley: *Acclimatization.* — *Appletons popular science monthly;* 1896, Marzo y Abril.

2 Davidson: *Geographical Pathology;* Edinburgh, 1892, I, pág. 455.

3 Jousset: *Ibidem*, pág. 229. — *Verhandl. d. Berliner Gesellschaft f. Anthr.*, 1886, pág. 90.

La vida indolente es motivo de multitud de desórdenes; Quatrefages indica que en las Antillas el máximum de mortalidad lo dan los criollos ricos y no los pobres [1]; la superior vitalidad de malteses é italianos en Argelia debe atribuirse en parte á la profesión de marineros y pescadores [2]. La esclavitud vicia también las estadísticas con la terrible mortandad que ocasiona, pero ejerce una especie de selección en el negro.

4. Peculiaridades étnicas. — Las razas de color presentan marcadas diferencias en su predisposición respecto á las tres enfermedades características de los blancos: tuberculosis, sífilis y alcoholismo. En condiciones iguales de clima, el mogol es menos propenso á la tisis y el negro más que el blanco [3]: el chino prospera en la Guayana, y lo mismo en Mamiachín entre los hielos, que en Singapore bajo el Ecuador [4]; los malayos tienen alguna predisposición á la tisis, quizá por su inclinación al alcoholismo, del que se libran los chinos por el vicio del opio.

El negro prospera en la zona disentérica, pero no en la catarral de los trópicos [5]; traspira menos que el blanco, su piel es más gruesa y más densa, por lo que la oxigenación pulmonar es más necesaria;

---

1 *L'espèce humaine*, pág. 236.

2 Jousset: *Ibidem*, pág. 291.

3 *Rev. d'Anthr*, III ser., I, p. 77; nueva ser. IV, p. 236.

4 Ripley, *ibidem*.

5 Fuchs: *Medicinische Geographie;* 1853.— Rey: *Bull. de la Soc. de Geogr.*, París 1878.

donde y en la ocasión en que el blanco muere de desórdenes bilioso-intestinales, sucumbe el negro por enfermedad pulmonar [1]. El Dr. Ashmead [2] supone que los anchas ventanas de la nariz del negro no cumplen bien con la misión de calentar el aire antes de llegar á los pulmones; tal suposición resulta insuficiente para explicar la gran mortandad de los leptorrinos polinesios y la inmunidad de los chatos mogoles [3].

La sífilis es desconocida en el África central [4], aunque entre los negros de América parece prevalecer, así como entre los indios americanos y oceánicos; los chinos están exentos, pero no así los japoneses y malayos [5]. Es muy importante la consideración de esta plaga para la aclimatación, porque precisamente abunda en las clases sociales en que se suele verificar el mestizaje, comprometiendo el éxito de éste en India y Sud-América mucho más que en Cochinchina ó el Congo.

El negro parece predispuesto á la elefantiasis y el tétanos, é inmune contra la fiebre amarilla ó el vómito negro, la septicemia y los desórdenes biliosos. El mogol parece libre de enfermedades inflamatorias y en algún modo del cólera y beriberi. El

---

1 *Rev. d'Anthr.* v, p. 95.

2 *Science*, 31 Marzo 1893

3 Ripley, *ibidem.*

4 Lombard: *Traité de Climatologie médicale;* París, 4 volúmenes, 1877.

5 *Rev. d'Anthr.* nueva ser. IV, p. 236. — *Bull. de la Soc. d'Anthr.;* 1867, p. 543; 1881, p. 733.

polinesio parece ser inmune contra la escarlatina, y lo mismo el japonés. El Dr. Chibret afirma que el celta es inmune contra el tracoma ó conjuntivitis granular epidémica. La distribución geográfica de la caries indica también predisposición étnica [1].

5. Mestizaje.—El hecho del mestizaje complica mucho el problema de la aclimatación, y es muy difícil de eliminarlo en la interpretación de las estadísticas; á él se suele atribuir el éxito de los españoles y portugueses [2], aunque el Dr. Felkin indique como causa á la parte de sangre semítica que consigo llevan [3]; el Dr. Bordier dice que los españoles y franceses del Mediodía son más prolíficos en su matrimonio con negras [4]. Hoy es generalmente admitido por los antropólogos el mestizaje como remedio al defecto en la aclimatación, y la compañía de la bahía de Hudson rehusó por muchos años el admitir blancos casados con blancas, con el propósito de aumentar el número de mestizos [5].

En cambio, con el mestizaje suelen aumentar y sumarse las predisposiciones, mientras que desaparecen las inmunidades; el cerebro del mulato de retorno ó zambo es menor que el del negro [6]; moti-

---

1 Ripley, ibidem.

2 *Rev. d'Anthr.*, n. s., III, p. 265, 318.—*Bull. of the Americ. geogr. Soc.* 1883, n.° 2.

3 Scottish: *Geogr. Magazine;* II, p. 652.

4 *Colonisation scientifique*, p. 285. — *Rev. d'Anthr.*, II, s. VIII, p. 190.

5 *Political Science Quarterly;* II, p. 139.

6 Dr. S. B. Hunt: *Quarterly Journal of Psychol. Medic.* New-York, 1867.

vos que inducen á no considerar el mestizaje como remedio definitivo [1]. Ni los japoneses ni los malayos tienen la vitalidad de los chinos; en Guadalupe la menor mortalidad de cólera es la de los chinos, y la mayor la de los mulatos; los del Senegal se esterilizan á las tres generaciones, según Berenger-Feraud y Pruner Bey asegura que el parto es muy difícil en las mestizas [2]. Pero lo cierto es que el mulato, patológicamente, es intermedio al blanco y al negro; rara vez contrae la fiebre amarilla, y es menos propenso que el europeo al paludismo y á los desórdenes biliosos, teniendo casi las mismas predisposiciones que el negro: debemos añadir que muchos de los éxitos de aclimatación han ocurrido precisamente donde hubo ausencia completa de mestizaje, como entre los judíos de la isla de Borbón, los holandeses en Transvaal y muchos países sudamericanos [3]. El cosmopolitismo y facilidad de aclimatación de los judíos son admitidos por la generalidad de los antropólogos.

6. Aclimatación individual.—El primer efecto de un clima tropical es la aceleración de los movimientos respiratorios, la estimulación del apetito, la sobreexcitación de los riñones y de los órganos sexuales, el adelgazamiento, el aumento de tamaño del hígado, la alteración de la regla: un cambio

---

1 Dr. Ricoux: *Annales de demogr.*, VI, p. 5. — *Rev. d'Anthr.*, II, s. V, p. 54, 79, 85, etc.; n. s., I, p. 76.

2 *Etudes sur le bassin*, p. 13; París, 1855.—*Rev. d'Anthr.*, II, s. II, p. 577.—Pösche: *Die Arier.*, p. 10.

3 Ripley, ibidem.

muy importante es el aumento temporal de la temperatura del cuerpo, que dura bastante y que alcanza á medio grado en los europeos que llevan menos de dos años en Khartum, y un cuarto de grado en los que llevan cuatro años [1].

Quizás esté en relación este aumento de temperatura con la facilidad de ser invadido por enfermedades infecciosas, y ya Darwin habia indirectamente apuntado algo en este sentido [2]; á ello tiende también el reciente desarrollo de la hidroterapia [3]. La temperatura normal es además diferente según las razas; la del malayo, y sobre toda la del negro, es inferior á la del europeo y el mogol; la piel obscura, irradia más calor, por lo visto [4]. Los experimentos en animales parecen corroborar la teoria, y, en tal caso, la aclimatación perfectamente acabada se conseguiria cuando el nivel de la temperatura del inmigrado bajase, no sólo hasta su normal primitiva, sino hasta la de los indígenas; hasta este punto no han llegado ni los indos de hoy, á pesar de su larga permanencia en los trópicos [5].

Todos estos cambios parecen tender á la modifi-

---

1 *Proceedings of the Br. Ass. for the Advanc. of Sc.*, 1889 página 787.

2 Darvin: *Descent of Man*, I, p. 233 y siguientes.

3 Ripley: ibidem.

4 Glogner: *Arch. f. pathol. Anat. und Phys. und f. klin. Med.* CXVI, p. 540, CXIX, p. 256. — *Bull. de la Soc. d'Anthr.*; Paris, 1884, p. 380. — Jousset: *loco citato*, p. 383. — Felkin: *Proceedings of the Br. Ass. for the Ado. of Sc.*; 1889, p. 787.

5 Ripley: ibidem.

cación del organismo en sentido de aproximarle hacia las peculiaridades fisiológicas de los naturales del país; pero muy á menudo exige el clima un exceso de trabajo en determinado órgano, como por ejemplo, el hígado de los europeos en los trópicos ó pulmones del negro en nuestras latitudes, y esperar que una sola generación, trasladada repentinamente á clima muy distinto del nativo, realice lo que la naturaleza ha necesitado siglos para cumplir, es la mayor de las locuras [1].

En muchos casos la insalubridad de un país depende de condiciones accidentales, evitables por el saneamiento; en otros, la misma civilización acarrea como consecuencia la aglomeración urbana, y su consecuencia la disminución de la fecundidad; las malas condiciones higiénicas de los navíos difunden por todas partes las más graves afecciones, explicándose en cierto modo por este hecho la mortalidad y esterilidad creciente de los polinesios, á la par que prosperan sus mestizos, y aun los europeos sin mezcla, en las mismas islas.

Los progresos de la higiene han hecho disminuir las pérdidas de los ingleses en la India desde 80 á 50 por 1.000 [2]; las de los franceses en el Senegal desde 148 á 73, á lo que contribuye la repatriación de 150 por 1.000 [3]; en gran parte son debidos estos resultados á la brevedad de la estancia en los tró-

---

1 Ripley: ibidem.
2 *Scottisch Geogr. Magazine;* VII, pág. 647.
3 *Rev. d'Anthr.;* III s. IV, pág. 346.

picos con relevos frecuentes; en parte, al sistema de vacaciones, al régimen, á la moderación en la fatiga y exposición, á la labranza, á la extensión del sistema de altitud.

Sin embargo, una cosa es tolerar el clima y otra es la verdadera aclimatación; realmente no se puede decir hoy que los ingleses estén más aclimatados en la India que hace 60 años, ni los franceses en el Senegal, ni los holandeses en Java. La costa de Gabón es mortífera para el blanco, y aun para el negro, como sucedía en un tiempo con las marismas de Roma y otros lugares pantanosos de Europa; en Egipto persiste la raza indígena, y no han podido prosperar los negros ni los mamelucos.

7. Fecundidad. — La aclimatación de la raza no será un hecho, sea cualquiera la suerte del individuo, en tanto que su natalidad no sea mayor que su mortalidad [1]; pero en la evaluación de este resultado hay que tener mucho cuidado en eliminar los efectos del mestizaje, porque no se debe confundir la esterilidad efecto del mestizaje con la producida por cambio de clima y género de vida, y también hay que apreciar la importancia del dato de la vitalidad de los niños ó verdadera eficacia de la fecundidad.

Pruebas directas de la esterilidad consiguiente al cambio de clima, si hemos de descartar todos los demás factores posibles, aún no existen; los hechos

---

1 Virchow: *Verhand. der Berliner Ges. f. Anthr.;* 1885, pág. 202.

citados por Broca no están bien depurados; y por lo que hace á las Indias holandesas, difícil sería encontrar una familia que se conservase pura por tres generaciones; como ejemplos de fecundidad se citan los judíos de Cochinchina[1], los europeos en África[2], los españoles en Guayaquil[3], los franceses en Argelia[4]. En India y el Zambesi rara vez sobrevive la madre al parto, ó el niño muere antes de los siete años[5].

8. Aptitudes relativas de las razas.—La experiencia de Argelia prueba que no son iguales las aptitudes de los distintos pueblos europeos para la colonización por aclimatación[6]; el año 1854 es el primero en que los nacimientos exceden á las defunciones, y en los dos años siguientes aparecen por estos dos conceptos los españoles y malteses muy por encima de los demás europeos, siguiéndoles los italianos y quedando los franceses, y sobre todo los alemanes, en condiciones desventajosísimas[7]; la mortalidad de los niños de menos de un año sigue el mismo orden[8]. Todos los escritores reconocen que

---

1 Wallace: *Encyclopedia britannica, Acclimatization.*

2 Joest: *Verh. der Berliner Ges. f. Anthr.;* 1885, p. 473.

3 Wallace: ibidem.

4 Levasseur: *La population française;* III, pág. 432.—Quatrefages; *L'espèce humaine;* pág. 231.

5 Peschel, Wallace, Quatrefages, Jousset: *Verhand. der Berliner Ges. f. Anthr.;* 1885, pág. 258, para el Egipto.

6 *Rev. d'Anthr.*, II s. VIII, p. 190.

7 *Bull. de la Soc. d'Anthr.*, 1886, p. 269.—*L'Anthropologie*, VI, p. 120.

8 Ricoux: *Annales de Demogr.*, VI, p. 14.—Quatrefages: *L'espèce humaine*, p. 230.

los mediterráneos poseen peculiar aptitud para esta aclimatación, que en ellos, y por lo que se refiere á Argelia, apenas merece tal nombre; pero es tanto más curioso, cuanto que estos mismos provenzales resistian mejor que sus camaradas de Normandía y Champagne las campañas napoleónicas de Rusia [1].

W. Z. Ripley, cuya excelente monografía utilizamos en este capítulo supone que la relativa inmunidad contra la septicemia, unida á la excesiva sensibilidad climatérica, características ambas de los pueblos primitivos, son verdaderos signos de mayor vitalidad, y aparecen en los ingleses, si se los compara con los franceses, en parte como resultado de hábitos nacionales, y en parte como carácter de raza.

«En resumen, parece casi unánime la opinión de que la verdadera colonización de los trópicos es imposible para los blancos [2]; hace algún tiempo se fundaban las esperanzas en la altitud del centro de Africa, pero las opiniones expertas parecen desahuciarlas, con la excepción de la tierra de los matabeles.» Ante tanto testimonio, arguye Ripley que «la »propaganda de la emigración de mujeres y niños á »los trópicos, si no es un verdadero asesinato, por lo »menos es una incitación á él.»

«No quiere esto decir que un hombre blanco,

---

1 *Bull. de la Soc. d'Anthr.*, I, p. 326. — *Rev. d'Anthr.*, nueva serie, I, p. 76.

2 *Proceedings of the Intern. Geogr. Congr. at London*, 1895. — *Proc. of the 7.th Intern. Congr. of Demogr. and Hygiene*; London, XI, p. 170.

d

adoptando precauciones higiénicas y gran cuidado, no pueda vivir sano por mucho tiempo en los trópicos; pero una colonia no podrá perdurar en tanto que no esté en estado de abolir ó asimilar la población indígena»—dice el norteamericano Ripley—«y precisamente una de las cosas que le están expresamente prohibidas á todo colono blanco en los trópicos es la labranza; de aquí que la policía colonial en los trópicos considere á la población indígena como necesaria, á pesar de su manifiesta incapacidad para la independencia política, ó para una aproximación á las instituciones republicanas.»

9. Aclimatación original. — Admitida la unidad de origen de todos los hombres, y á pesar de los hechos actuales, que á primera vista parecen contradecirlo, no hay más remedio que, si el mundo se pobló por dispersión, tuvo que realizarse una verdadera aclimatación completa en cada uno de los climas tan distintos que sobre la superficie del globo existen.

La acomodación debió verificarse, ó por variación y selección natural, como quieren Weissmann, Wallace, Quatrefages y Brinton, ó por el hábito transmitido por herencia, como quieren Virchow, Buchner y Jousset. En el primer supuesto, á fuerza de trasladarse el mayor número posible de individuos, por eliminación quedarán unos pocos afortunados, y á costa de enormes sacrificios de vidas se establecerá un nuevo tipo relativamente inmune.

En el segundo supuesto, y utilizando las aptitudes naturales de las diversas razas, se seguirá un

procedimiento parecido al de las emigraciones naturales, corriéndose los mediterráneos hacia el Sud, obligando á sudaneses y semitas á moverse hacia el Ecuador, y á su vez bajando los franceses del Norte á reemplazar á los provenzales, mientras que dejan sitio libre para belgas y alemanes.

La emigración escalonada, lenta y siguiendo las analogías de clima mediante el enlace de las mesetas, montañas y altas latitudes por una parte, ó de las costas, llanuras y ríos por otra, nos explica la aparente contradicción entre la aclimatación imperfecta de hoy y la completa que en el período de formación de las razas tuvo que suceder; como que el hombre siguió en su dispersión á los animales que cazaba, y éstos obedecían á las analogías de vegetación, y por consiguiente también de clima.

No quiere esto decir que todas y cada una de las razas indígenas se encuentren perfectamente aclimatadas en lo que podemos considerar como su propio país. En la lucha con las terribles fuerzas naturales del septentrión y de los páramos del hemisferio meridional, alcanza muchas veces la derrota, particularmente en los límites de la tierra habitable, hasta la completa extinción de un pueblo» [1], y Virchow llega hasta considerar parte de los caracteres típicos de algunas razas, entre ellas los lapones, bosquimanes, indios Pah Ute y weddas, como verdaderamente patológicos [2].

---

1 Ratzel: *Völkerkunde;* 1894, I, p. 10.

2 Ranke: *Der Mensch;* 1894, II, p. 114.

10. Corrientes de inmigración. — Resulta que cada raza debe elegir una colonia distinta, un país de clima determinado; y, por tanto, las corrientes de inmigración serán distintas para cada país; los Estados Unidos se pueblan de inmigrantes del Norte de Europa, las Repúblicas hispano-americanas de europeos del Mediodia, los ingleses colonizan el Cabo, Australia y Nueva Zelanda. La aclimatación en el individuo, y también en las sucesivas generaciones, se facilita verificando la emigración por pequeñas etapas, como lo hicieron los primitivos arios, saliendo, según el *Zend-Avesta*, de una región en que el verano no duraba más que dos meses (clima análogo al de Finlandia), y llegando al Indus y al Ganges por once estaciones sucesivas.

Las corrientes de inmigración se determinan, pues, por las menores dificultades de la aclimatación para cada raza ó pueblo, buscando en las nuevas regiones las localidades más favorables, donde prosperará verdaderamente la raza inmigrante; de aquí que en muchos casos, lejos de ser las diferencias de raza consecuencia de las del clima, lo que suele suceder es que la raza sigue ó busca á su clima.

No sólo las analogías de clima, determinadas por la topografía, exposición, altitud, latitud y posición continental ó isleña, dirigen las corrientes de inmigración, sino también y muy principalmente las analogías de flora y fauna, ó sean las emigraciones animales y vegetales, porque al hombre le guía más la necesidad de alimento que la de abrigo, y

de aquí que las barreras naturales que se oponen á la emigración vegetal y animal detengan ó retarden la emigración humana; efecto análogo producen en los tiempos modernos los fenómenos sociales dirigiendo las emigraciones conforme al grado y forma de cultura, género de vida ú ocupación y facilidades económicas; los judíos emigran á las plazas de comercio, y los vascos y alemanes son verdaderos colonos en toda la extensión de la palabra.

11. Superposición y fusión de razas en un mismo territorio. — Las aptitudes de las razas hemos visto que varían, pero en más ó en menos todas ofrecen posibilidad para la aclimatación en país y hasta en clima distinto del natal; de aquí que en un mismo punto se encuentren en un momento histórico determinado varias razas distintas, tomando la supremacía numérica aquellas que menores dificultades presenten para la aclimatación y para las nuevas condiciones de vida que la ocasión exige. Un hecho que demuestra la realidad de las más diversas aclimataciones es la superposición y fusión de razas en un mismo territorio: ejemplo de lo primero los negritos, igorrotes y tagalos en la isla de Luzón; los fineses y lapones en el cabo Norte; las múltiples razas y castas de la India; los ainos y los japoneses, etc., etc., que hace también palpable la necesidad de un transcurso de tiempo inmensamente grande para llegar á formarse los rasgos tan característicos y distintos en razas que, á pesar de vivir en el mismo territorio hace tantos siglos, sin embargo, no han llegado á aproximarse en sus fisono-

mías, como no sea en los casos de mestizaje, mediante el cual se ha verificado la fusión; ejemplo de esto último lo tenemos en Europa, casi toda ella poblada por mestizos de diversas razas blancas, y los análisis antropológicos tienden á demostrar en el resultado tal fusión en muchos casos, tenidos primeramente como ejemplos de razas puras, tales como los tasmanios, habitantes de Australia, negritos, cafres, polinesios, japoneses, fineses, etc.

12. Antigüedad relativa de los coterráneos.— No siendo en aquellos casos en que los datos históricos nos dan resuelto el problema, ó cuando el período de aclimatación marca la no muy lejana fecha del arribo de una de las razas, se suele deducir la antigüedad relativa de las que habitan un mismo país por la posición que cada una ocupe con respecto á las otras, porque «los pueblos marchan de la llanura al valle y del valle á la montaña, último y miserable refugio de los vencidos y rechazados»— dice el Sr. Antón—, citando como ejemplo lo que sucede en Filipinas con los negritos respecto de los malayos, ocupando los igorrotes indonesios una posición intermedia.

Sin embargo, no siempre ocurre que la montaña sea lo más miserable, y ejemplo de lo contrario tenemos en muchas llanuras pantanosas, ciénagas, marismas, desiertos, páramos y eriales; tampoco hay que confundir lo selvático con lo montañés, á pesar de la ambigüedad de la palabra monte en castellano; las selvas son refugio de vencidos y rechazados, pero las montañas de altura media fueron la

cuna de la agricultura, allí donde el suelo obliga al trabajo, pero no presenta para el cultivo las dificultades, casi insuperables, de la lujuriosa vegetación de las tierras bajas, demasiado malsanas para que el hombre primitivo fuera capaz de arrostrar los inconvenientes de su roturacion; asiento de los imperios de Moctezuma y Manco-Capac fueron las tierras altas de Méjico y Perú; de lo alto bajaron los mogoles conquistadores de los chinos, los turcos conquistadores del Mediterráneo oriental y los castellanos reconquistadores de Andalucía.

«Los pueblos no se refugian en las montañas, sino que, aparte de algunas raras bandas de partidarios, el montañés lucha sólo en y por sus montañas; el nómada pastor y conquistador cede sus tierras fértiles al labrador, fijándose aquél más bien en las parameras» [1].

Así, pues, el esquema de que cuanto más hacia la montaña habita un pueblo, más antiguo es en el país, y se ha de suponer que se ha movido á partir del llano vencido y rechazado por el forastero, no sirve más que para las poblaciones isleñas, y tampoco en absoluto, como lo prueba el ejemplo de Escocia é Irlanda; es inexplicable en los continentes y en sus penínsulas, donde las tierras bajas han sido, sí, puerta de entrada para el comercio; pero en los grandes movimientos y luchas de razas han desempeñado el papel meramente pasivo de campos de

---

1 Regnault: *Lutte entre les peuples: Bull. de la Société d'Anthr.;* París, 1897, núm. 6.

batalla, que quedan domeñados por el último vencedor, sin tomarse el trabajo de librarse del yugo, y en caso forzoso lo hacen para ir á refugiarse en otras llanuras ó en el extremo desamparado de los continentes, convirtiéndose en verdaderos parias.

VIII

Formación de las razas humanas.

1. El problema de su origen. — «La antropología científica principia por las razas vivientes, y la primera etapa para la edificación de la doctrina transformista será la explicación de la manera como se han formado las razas humanas y las causas por las que han adquirido sus particularidades conservando al mismo tiempo la trasmisión hereditaria [1]; este problema no se ha resuelto aún dentro de los métodos de la historia natural» [2].

Y sin embargo, generalmente este postulado se convierte indebidamente en axioma, que sin desecharlo se arrincona para buscar en cada raza diferencias infranqueables é independientes del ambiente en que vive; como sucede á los monogenistas que, por el abuso de la teoría de las emigraciones, niegan implícitamente á cada país la capacidad

---

1 R. Virchow: apertura del Congreso intern. de Antropología preh. y de Arqueol. de Moscou, 1892.

2 R. Virchow: *Rassenbildung und Erblichkeit;* Berlin, 1896.

para transformar á sus primeros pobladores en raza propia, y en cambio, en las proximidades de un punto único del globo han de suponer la formación de las más radicales diferencias en el género humano.

2. Método de investigación.—La primera dificultad consiste en la limitación y caracterización de un grupo de hombres como raza; no existiendo grupo suficientemente numeroso de hombres que en absoluto esté libre de mezcla, y no estando los caracteres de raza tan libres de gradaciones intermedias como los de especie, la primera materia para el trabajo antropológico no puede ser la raza, sino el pueblo, y el resultado inmediato la caracterización de este pueblo ó de una gran parte de él como raza mestiza.

Estudiando con cuidado las variaciones de una raza mestiza, se podrán descubrir los tipos componentes de la mezcla; comparando éstos con los de otros pueblos bien estudiados y analizados, y próximos en lugar y tiempo, se podrá determinar la distribución geográfica de aquéllos y sus principales focos de irradiación; buscando las analogías y diferencias con los hombres que antiguamente ocuparon el mismo país, se podrán presumir los movimientos de emigración y el área primitiva de formación de cada tipo.

3. Influencia del ambiente.—Para la formación de una raza por predominio de un tipo es menester que éste brote por variación espontánea, cuyas causas y mecanismo permanecen ignorados;

dero esto no basta, sino que es preciso también que la variación sea transmisible por herencia, lo que no sucedería con la mayor parte de los caracteres adquiridos durante la vida individual, principalmente las mutilaciones y deformaciones, por ser independientes de ellos los elementos reproductores; para la persistencia y diferenciación gradual del tipo tampoco esto es suficiente, sino que se hace necesario un aislamiento relativo ó dificultad y disminución en el cruce con los otros tipos también en ciernes dentro de la misma especie.

Este aislamiento se hace efectivo por la selección fisiológica ó la natural [1]; esta última se verifica por la concurrencia vital entre los individuos, siendo los agraciados los más aptos para el ambiente que les rodea, y acumulándose esta aptitud en las generaciones sucesivas; por donde resulta venciendo el tipo más apropiado á las circunstancias exteriores, como si se hubiese acomodado y modificado por sí mismo el organismo individual. La selección fisiológica hace relación al ambiente interno del organismo respecto de cada una de sus partes, y explicaría la correlación y compensación de caracteres.

En el estado actual de la ciencia no tenemos para juzgar de la influencia del ambiente en la modificación de las razas humanas datos concretos suficientes y libres de interpretación por mestizaje con indígenas; pero por analogía con lo que conocemos

---

1 G. J. Romanes: *Darwin u. n. D. trad. alem. de Nöldecke*, 1897.

de la formación de razas en animales y plantas, y observando en el hombre determinadas relaciones con el clima, podríamos deducir la identidad de causas en unos y otros.

Sabemos á ciencia cierta que todos los toros de Sud-América son descendientes del toro español; en el nuevo país cambió de clima, de pastos, de todas las condiciones de vida, y originó razas tan diversas entre sí y respecto á la primitiva, como la desprovista de cuernos, nacida en Paraguay en 1770 y propagada en pocos años, á pesar de ser poco estimada, por la dificultad de prendarla á lazo; la raza pelona y la calongo; la raza chata ó gnato: el puerco español, que en América se hizo cimarrón ó alzado en los páramos de Venezuela y en los Andes, ha adquirido una especie de lana por la acción continua de un clima frío: el carnero, en las cálidas llanuras de la Meta (en África), si no se le esquila con regularidad, pierde la lana, que es reemplazada por un pelo corto, rígido y brillante. Todas estas razas son producidas por la influencia del ambiente.

Se ha citado por los monogenistas el hecho de que el color de la piel, cabello y ojos se distribuye en el globo según los climas: han objetado los poligenistas que los lapones, samoyedos y esquimales son muchísimo más morenos que los escandinavos y fineses, y que en la misma latitud que éstos son morenos los habitantes de Asia y América; que en el hemisferio Sud los patagones, tasmanios, hotentotes y cafres distan muchísimo de ser blancos, y mucho menos rubios; que los californios eran más

morenos que otras tribus á menor latitud; que en África los más negros habitan, no en el Ecuador, sino entre 12 y 15 grados de latitud Norte; que en el Sahara, en la India, en el Orinoco y el Amazonas se encuentran tribus enteras más claras que otras: los monogenistas han contestado con la influencia de circunstancias locales, como la altitud; los milaneses son más morenos que los suizos, los berberiscos rubios habitan más bien las alturas; los negros de las mesetas son más claros que los del llano de Guinea; en Abisinia se encuentran colores tan claros como en Europa: en cambio Quatrefages refiere que los abisinios obscurecen subiendo á las alturas, sin duda por la acción más inmediata de los rayos del sol; los peruanos del llano son blancos con relación á los de la montaña, pero esto se explica por la influencia de los bosques en los primeros. Humboldt atribuye el mismo color cobrizo á los indios de la zona tórrida en las altas mesetas de los Andes, á los de 45° de latitud Sud y á los de los valles estrechos y profundos de la región equinoccial; tampoco se explica el cabello lanoso del negro en el Ecuador y á los 45° Sud en Tasmania, mientras que la influencia del clima tórrido en el carnero es inversa; no se comprende el por qué del enanismo de los negrillos en un país tan feraz y el gigantismo de los patagones en aquellos áridos desiertos: á todo esto se puede objetar que, si bien hoy no tenemos la posibilidad de dar explicación satisfactoria de todos los hechos, ciertas contradicciones se explican por las sucesivas y múltiples emi-

graciones que llevan de un país á otro distinto una raza ya formada; tampoco ejerce hoy el ambiente tanta influencia, porque el hombre lo evita en parte.

Observamos que las razas salvajes no son nunca tantas ni tan distintas como las razas domésticas, y es que un procedimiento de formación de nuevas razas constituye lo que con Darwin llamaremos *selección artificial*, ó sea la elección de los reproductores entre los que presenten una variación de utilidad para el ganadero más marcada. Este procedimiento lo siguió el hombre desde los primeros tiempos consignados en el *Génesis* de Moisés y en el *Chu-King*, y por él se han obtenido modernamente la raza de carneros ancones, la de carneros de lana sedosa, una multitud de razas de perros, y diferencias enormes en las de palomas.

En el hombre mismo vemos aparecer variedades como el hombre puerco-espín, Eduardo Lambert (1717), que transmitió su anomalía hasta la segunda generación; la familia Colburn con cuatro generaciones de polidactilia; y la extinción de la anomalía en estos casos se comprende perfectamente por la falta de selección, por la persistente mezcla con sangre normal; pero en aquellos limitados casos en que la selección se ha realizado, se ha visto la persistencia de los caracteres, como en las razas de animales domésticos; ejemplo: los granaderos de Federico Guillermo y Federico II, los jockeys en Inglaterra.

4. Rubicundez germánica. — Este es uno de los caracteres que más en inmediata dependencia con

el ambiente climatérico se ha querido colocar; y á pesar de que los grandes viajes de la edad moderna nos han puesto en contacto con multitud de tipos humanos que viviendo en latitudes, altitudes y demás condiciones bastante análogas á las del Norte de Europa no son, sin embargo, sonrosados, ni rubios ni de ojos azules, persiste en muchos antropólogos aquella creencia y la explican por la menor exposición á luz intensa que suponen las largas noches del invierno, la frecuencia de días nublados en verano y la abundancia de bosques sombríos en el país.

Esta explicación, si ha de comprender la gran energía hereditaria de tales caracteres, presupone la herencia de los caracteres adquiridos durante la vida individual; porque la omnipotencia de la selección natural, que en caso contrario habría que admitir, no se puede aplicar más que á los caracteres útiles [1], como no hagamos intervenir la compensación ó correlación de caracteres efecto de la selección fisiológica ó de las células en el organismo, que daría por resultado la atrofia de la secreción pigmentaria allí donde desaparezca su utilidad.

5. Criollización de los blancos y negros en América. — Vese claramente que las diferencias dentro del género humano son menores que las presentadas en animales domésticos conocidamente procedentes de un origen común; vese cómo en los ani-

---

1 Dr. L. Wilser: *Klima u. Hautfarbe. Correspondenzbl. f. Anthr. Ethn. u. Urg.*; 1894, xxv, núm. 3.

males aparecen los primeros indicios de estas diferencias; y estudiando la influencia del ambiente en el hombre, vemos también que en la criollización, ó sea aclimatación por sucesivas generaciones (criollo es el natural de la colonia y descendiente de sangre sin mezcla), se modifican las formas orgánicas lo suficiente para poder apreciar el cambio en el corto tiempo de que todavía podemos disponer para estas observaciones: tales modificaciones se han patentizado principalmente en los blancos y los negros en América; en dos siglos y medio, ó doce generaciones, el yankee ha adquirido una piel seca y mate, cetrina y sin sonrosado, se ha disminuído al extremo el sistema glandular y adiposo, la cabellera ha obscurecido y se ha hecho más lisa, se ha alargado el cuello, ha achicado la cabeza, las fosas temporales se marcan más, se abultan los pómulos, las órbitas se ahuecan, la mandíbula se robustece, las extremidades se alargan, la pelvis de la mujer se estrecha; el negro en los Estados Unidos ha palidecido, los rasgos fisonómicos han mejorado; en las Antillas, según Reiset, pierde el prognatismo; en ciento cincuenta años, según Reclus, se han aproximado á los blancos en un cuarto de la distancia que los separaba; el olor característico de la raza ha disminuído, la sangre se ha hecho más fluída, la inteligencia también se ha desarrollado. Algunos han llegado á afirmar que el blanco y el negro en América llegarán con el tiempo á ser pieles-rojas; pero es porque olvidan que los caracteres adquiridos en el período de formación de las primeras razas no

se borran jamás por completo; se modifican, sí, pero cada una mantiene diferencias de origen [1].

Hay que advertir que, aunque el orgullo anglosajón otra cosa pretenda, no está excluído de la historia de la colonización norteamericana el mestizaje con las razas indígenas, y tampoco en los negros podemos suponer la ausencia de toda mezcla; por lo que bien pudieran ser efecto de ésta y no del clima las diferencias entre el yankee y el inglés. Algo semejante sucedería con los jíbaros y guajiros de las Antillas españolas, aunque aquéllos apasionadamente supongan que los colonos aniquilaron por completo á los indígenas.

Los poligenistas niegan la formación de razas nuevas, citando en apoyo de su opinión la persistencia de ciertos tipos, como los representados en los monumentos del antiguo Egipto; pero es que si los tipos del Egipto no han variado, se debe á la permanencia de las mismas condiciones climatológicas y sociales desde la más romota antigüedad.

6. Influencia del ambiente social.—Sea por la complicación resultante del desarrollo de la cultura, sea por la superposición de razas en un mismo territorio, se produce una distinción de clases profesionales ó sociales, que en el caso más extremo llega hasta la separación en castas, como sucede en la India, y que en la forma atenuada que se ofrece en Europa permite, según algunos, la caracterización de *tipos profesionales*, de los que el más famoso es

---

1 Quatrefages: *L'espèce humaine.*

el del supuesto criminal nato descrito por Lombroso.

Llegan algunos á suponer que tales tipos profesionales han sido formados bajo el influjo de las condiciones de su vida en la sociedad, y que, cuando el género de vida social cambia, los rasgos fisonómicos del individuo también cambian, hasta el punto de que M. Albert Gauttard encuentra, por ejemplo, que desde la revolución japonesa de 1868 acá el tipo nacional se ha hecho más europeo, perdiendo la oblicuidad de los ojos y la prominencia de los pómulos, alargándose la nariz y disminuyendo la amarillez del cutis, al paso que el europeo habitante del Japón pierde el sonrosado de las mejillas y tiende á la oblicuidad de los ojos, así como, según M. Adhemar Leclère, el francés residente en Kratié (Cambodge) tiende á parecerse á los indígenas.

Quizás la permanencia en un país de costumbres muy distintas de las de la patria exalte la imaginación, barajando las imágenes visuales y acabando por ver lo que no hay: quizás intervenga como sugestivo el tocado é indumentaria, como sucede, tal vez adrede, en las fotografías de indios antes y después de ir á la escuela [1]; se les retrata antes en toda su espontaneidad de actitud, traje, suciedad, pelo enmarañado, y además se deja sin retocar el cliché; se les retrata después lavados, rapados, peinados y vestidos á la europea, colocados por el fotógrafo en

---

1 Colección etnológica del Museo Nacional de los Estados Unidos en la Exp. histór. amer. de Madrid, 1892.

actitud estudiada y con la mirada aburrida del que ha aprendido inglés por compromiso; se le rodea de accesorios é indumentaria que dén reflejos claros; se libra la cara de las sombras que arrojan las grandes masas de cabellera, y se acaba por retocar con carmín el cliché, para empalidecer el cutis, quedando como única diferencia verdadera el brillo de los ojos como inyectados, húmedos, brillantes, saltones y muy abiertos, del indio en su primera condición, y que después de haber ido á la escuela aparece con mirada lánguida, el párpado superior más caído y la actitud displicente.

Se llegó hasta suponer que la vida marital hacía semejantes en fisonomía al marido y la mujer, hasta que un perspicaz observador suizo pudo comprobar en colecciones de retratos de recién casados que la semejanza existe desde el principio, y revela la preferencia sexual por lo semejante.

Hay otra causa de las diferencias sociales respecto del tipo físico y de la modificación de éste en determinadas comarcas; esta causa es la *estratificación social* [1], que consiste en que allí donde coexisten varias razas se distribuyen la mayor parte de los individuos de éstas en las diferentes profesiones y clases sociales conforme á las inclinaciones, aptitudes y capacidades innatas en cada una; así, donde coexisten la raza rubia y la alpina, prefiere la primera las llanuras y las ciudades, y es la que más

---

1 Closson: *Ethnic stratification: Journ. of Economic;* XI, pagina 92.

fácilmente emigra y da más contingente á las profesiones liberales, aunque á la vez se observa en éstas un crecimiento en la anchura del cráneo [1].

Si una gran parte de los individuos en una profesión se reclutan principalmente de una raza determinada, el tipo profesional será el de esta raza, y en un país extraño donde conozcan dicho tipo profesional antes que el de la raza, podrán los aficionados al *quid pro quo* y á la lógica al revés caer en el pecado de calumnia diciendo que la raza es hija de la profesión.

Si en un país coexisten dos razas, de las que una siente mucho apego al terruño y á la otra le domina un espíritu emprendedor y aventurero, la emigración se reclutará principalmente en ésta, produciéndose un fenómeno de *disociación* [2], por el que en el país de origen dominará cada vez más en número la primera raza, y la colonia se formará principalmente con la segunda, salvo el caso en que la emigración sea temporal, como sucede con muchos indianos y jándalos.

Sin embargo, en la interpretación de muchos fenómenos sociales va la escuela antroposociológica de Lapouge, Ammon, Closson, etc., demasiado lejos, adoptando la muletilla de la raza como *Deus ex machina* y aplicando á todo el mundo lo obser-

---

1 Lapouge: *Leyes de la antroposociología*, en la *Rev. scientif: Les sélections sociales;* 1896. — Closson: *Social selection: Journ. of politic. Economy;* IV, p. 449.

2 Closson: *Dissociation by displacement: Journ. of Economies*, 1896, X, p. 157.

vado al Norte de los Alpes y Pirineos; por su parte Ripley [1] dice que «la mayor parte de los fenómenos sociales peculiares del área alpina son consecuencia necesaria, no de inclinaciones de raza, sino del característico aislamiento geográfico y social del *habitat*»; y añade que el predominio del moreno en el tipo urbano quizás sea debido á su mayor persistencia vital en las condiciones de la vida de ciudad.

7. Cruzamiento: formación de razas mestizas.— Otra causa de formación de razas, además de la influencia del ambiente, es el *cruzamiento*. También en este punto debe estar el hombre sometido á las mismas leyes que las razas animales; no falta quien, como el zootécnico Sanson, sostenga que por el mestizaje no se pueden obtener razas nuevas, sino que hay tendencia á la reversión, de la misma manera que sucede en el hibridismo de la liebre con el conejo; sin embargo, Quatrefages no es de esta opinión, y el Sr. Antón observa oportunamente que por el cruzamiento del merino español, en la época de Napoleón, con las razas de ovejas del centro de Europa, se formaron la sajona y la de Brambouillet, existentes hoy, sin necesidad de nuevos cruzamientos.

Ejemplos de *formación de razas mestizas* en el hombre tenemos en los gricuas, mestizos de holandés y hotentote, desterrados más allá del Orange,

---

1 Ripley: *The racial Geography of Europe:* xiii & xiv; *Popular Science monthly*, Febr. & Mars, 1898.

viviendo sin comunicación con sus progenitores y formando poblaciones prósperas y fecundas; los cafusos, de negro remontado é india del Brasil, forman en los bosques una raza aparte, caracterizada por su caballera en estropajo; los mestizos de español en las Repúblicas americanas y en Filipinas forman en algunas localidades la inmensa mayoría de la población; un caso concreto en que se dan todas las condiciones de una experiencia científica es el del islote de Pitcairn, donde, por el cruzamiento de marineros ingleses con mujeres de Tahiti, la población dobló en veinticinco años y triplicó en treinta y tres.

Si se ha dicho por algunos poligenistas que el mulato tiene poca resistencia vital y menor fecundidad que las razas puras, esto se refiere sólo á ciertas y determinadas localidades (Jamaica, Java, Carolina del Sur), donde las dificultades de aclimatación para el blanco y el negro producen, entre otros resultados, la disminución de la fecundidad y condiciones de inferioridad en sus productos; hay además que tener en cuenta, entre las condiciones de existencia, la moralidad, no muy en auge, ni por consiguiente en condición de favorecer la prosperidad de la prole entre la población mestiza de las localidades citadas.

En otros casos la reversión á una de las razas originales se explica por la acción del ambiente; así, los moros del Senegal, con todas las formas de blanco y, por consiguiente, con predominio muy grande de la sangre blanca, tienen el color del negro por la influencia local; Próspero Lucas cita una

familia en que la madre era negra y los hijos mulatos, nacidos en Europa, mostraban un predominio creciente del padre blanco desde el hijo mayor al menor, predominio que, según esto, se debe exclusivamente á la influencia del ambiente.

8. Mestizaje social. — En los casos de mezcla de razas en grande escala, no sólo se mezcla la sangre, sino también las ideas y sentimientos, que si son incompatibles ó repulsivos originan en la vida moral de la raza una descomposición con hipertrofia del egoísmo; la raza y el pueblo pierden la conciencia de sí mismos, y se convierten en plebe ó masa de individuos sin ningún sentimiento ni tradición en que comulgar; el mestizo en tal caso no siente amor filial á ninguna raza, no siente el verdadero instinto de reproducción, que se le reduce á lascivia [1], y su egoísmo se encubre con el ropaje del individualismo señorial ó con el del comunismo proletario, según la posición que personalmente ocupe.

Lo cierto, sin embargo, es que tales efectos pueden no ser debidos en algunos casos á mestizaje de razas, sino á infusión de ideas y al consiguiente mestizaje puramente mental, ó también ser manifestaciones de decrepitud ó degeneración de una cultura por excesivo aislamiento y consiguiente falta de nutrición y excitación.

«Mil experiencias nos enseñan que en tal ir y venir continuo no pueden permanecer inalterables

---

1 Lapouge: *Recherches anthr. sur le problème de la dépopulation: Rev. d'Économie politique*, IX, p. 1002; X, p. 132.

las razas, ni aun aquellas que cuentan por cientos de millones: el mestizaje avanza en muchas partes impetuosamente. Por el Norte y Oriente de África se adelantan los árabes y berberiscos hacia los negros, cuyas tribus más remotas hasta el Cabo muestran en sus rasgos semíticos cuán antiguo es este movimiento. Los gricuas sustituyen á los hotentotes. En Canadá se manifiesta el mestizo indio en casi todas las estancias francesas; en la América española predominan los mestizos y mulatos sobre los indios puros; en Oceanía han penetrado los malayo-polinesios á los negros; en el interior de Asia dominan las misturas mogol-china y blanca, penetran en Europa, y sobre todo en todo el Oriente y Norte. La mayor masa, la propagación más rápida, la superioridad en las artes decisivas, conceden casi siempre la ventaja á la raza más elevada, donde el clima no se oponga á ello, y podemos hablar de una absorción de la inferior por la superior, aun en el caso en que ésta no forme mayoría. Si hay algún consuelo en la general desaparición de los pueblos naturales, es por la seguridad de que por el mestizaje sube lentamente una gran parte. Se suele repetir la tesis de que, según antigua experiencia, predominan en el mestizo las malas cualidades de los dos progenitores; pero basta echar una ojeada á la vida actual de los pueblos para ver que los mulatos, mestizos, árabes media sangre, etc., marchan á la cabeza de los indios y los negros. Una vez empezado el mestizaje, continúa y avanza cada vez más; cada nueva importación de sangre superior disminuye la distan-

cia, y se puede observar que los indios de Méjico y Perú casi han alcanzado el nivel de los criollos» [1].

9. Energía hereditaria.—Los caracteres de la raza mestiza no adquirirán constancia, y, por tanto, la raza no estará definitivamente formada desde la primera generación; estos caracteres tienen que resultar de un choque y un equilibrio en la herencia de los caracteres maternos con la herencia en los caracteres paternos; los caracteres comunes fácilmente se exagerarán, los opuestos se neutralizarán, y los diferentes producirán una resultante de la combinación. Se sabe que la energía de que disponen los dos sexos en la procreación no siempre está perfectamente equilibrada, y de aquí que el resultado varíe en sus caracteres generales, como el sexo, y hasta en sus menores rasgos, de un parto á otro; así, la energía hereditaria es mayor en cuanto á la inteligencia en el padre blanco que en la madre negra, y mayor, en cuanto á la inmunidad contra la fiebre amarilla, en la negra que en el blanco; de donde el mulato tiene una inteligencia más próxima á la del blanco, é inmunidad, como la negra, no sólo el mulato, sino hasta el cuarterón; el mulato tiene la condición intermedia en el pelo y el color de la piel, porque hay equilibrio en la energía hereditaria; el color amarillo del cerco de las uñas y la falta de consistencia de la nariz, revelan la sangre negra aun después de muchas generaciones; el mestizo americano tiene ojos y cabello como

---

1 Ratzel: *Völkerkunde;* Leipzig, 1894, I, p. 11.

la raza indígena aun después de varias generaciones de infusión de sangre blanca, y, en cambio, el color es más bien de blanco. En ciertos casos algunos caracteres del mestizo no son precisamente el intermedio de los del padre y de la madre, ni se reparte entre los dos, sino que se presentan manifiestos los de un abuelo, y esto es lo que se llama herencia alternativa; una exageración extrema de este caso es el atavismo ó aparición de alguno ó varios caracteres de un antepasado tan lejano, que no hay memoria de él.

Pero «no se debe confundir con el verdadero atavismo el retraso de desarrollo embrionario individual, ni la variación con analogías; el primero se origina de alteraciones accidentales é insignificantes manifiestas en la desigual distribución de la energía de crecimiento; la segunda descansa en la capacidad de variabilidad alrededor de su término medio, aparentando un carácter de progreso ó de retrogradación» [1].

Por otra parte, la variabilidad dentro de la normalidad es y debe ser bastante mayor de lo que pretenden muchos anatómicos y fisiólogos de miras estrechas; si la selección natural fuera tan exigente, todos los individuos serían casi absolutamente idénticos, y la menor alteración en las condiciones de existencia traería consigo el exterminio de toda la raza; suponiendo inalterables las condiciones de existencia sólo llegarían á gozar de la vida una pe-

---

1 Kohlbrugge: *Der Atavismus*, 1897.

queñísima parte [1], los perfectamente adaptados á tales condiciones rigidas, inconmovibles y limitadas; la igualdad seria crueldad y exterminio para la mayor parte, y ante la menor alteración externa el aniquilamiento total.

10. Yuxtaposición y fusión de caracteres.— Hemos visto que en el mulato, por ejemplo, se suele dar la yuxtaposición de la inteligencia del blanco con la inmunídad contra el paludismo del negro y la fusión de los colores y formas de cabello del padre y de la madre; pero no siempre se yuxtaponen y se funden los mismos caracteres, sobre todo en las primeras generaciones, pudiendo mencionar, entre otros ejemplos, el de aquel negro que, casado con una blanca, creyó en una infidelidad al ver la tez sonrosada del niño, y pudo convencerse de lo contrario sin más que desnudarlo y ver los grandes manchones ó lunares de piel negra que tenía por todo el cuerpo [2]; aquí hubo yuxtaposición sin fusión del color de la piel del padre y de la madre; podemos citar también casos de padre moreno y madre rubia en que los hijos presentan todas las combinaciones, cabello castaño y ojos obscuros, cabello rubio y ojos negros, cabello rubio á la izquierda y castaño obscuro á la derecha, y los ojos también desiguales, cabello y bigote rubios y barba negra; conocidísimos son los casos de ojos azules y

---

1 Otto Ammon: *Der Abänderungsspielraum*, 1896.

2 Dr. Parsons, citado por Prichard.

cabello negro, y así como los de color se funden unas veces y se yuxtaponen otras los de forma.

En todos estos caracteres ejercen su influjo la selección y la adaptación, por donde los indiferentes para las condiciones nuevas de existencia tendrán mayor variabilidad y más probabilidades de presentarse yuxtapuestos, mientras que los directamente sometidos á la selección natural, sexual y social tenderán más á fundirse y á contribuir á la formación del nuevo tipo. Cuando esto suceda en la patria de una de las razas componentes, el mestizo conservará hasta cierto punto los rasgos típicos del indígena, perdiendo casi únicamente los caracteres indiferentes; por donde si á uno de éstos se le da excesiva importancia en el sistema, puede llegarse al desconocimiento de la individualidad de una raza realmente existente [1].

---

1 Aranzadi: *Consideraciones acerca de la raza basca; Euskal-erria*, 1896, xxxv.

IX

Colonización.

1. Arraigo y expansión.—Una vez convertida la horda ó tribu en pueblo sedentario mediante el desarrollo de la cultura y las condiciones relativamente favorables del suelo, la densidad de población va creciendo merced á la mayor cantidad de alimentos, que el cultivo permite obtener con cierta abundancia, mientras que la fijeza de residencia posibilita su almacenaje; entonces se puede decir que un pueblo ha echado raíces en el país; pero tarde ó temprano llegará un momento en que haya un excedente de población imposible de mantener con los recursos del suelo. Si este pueblo, convertido ya en nación, se encuentra rodeado de otros menos desarrollados en cuanto á fijeza y solidez de organización, podrá ensanchar su radio de acción por medio de las diversas manifestaciones de su cultura, comercio, religión, etc., y el movimiento de población consiguiente; de esta influencia civilizadora, que tiene mucho de recíproca, se originará la formación de los grandes Estados, que podemos considerar como compuestos por fusión de pequeños [1].

---

1 Ratzel: *Politische Geographie*; 1897.

2. Constricción brutal y refinada. — Hay algunos casos en que la limitación de territorio ó el estancamiento y depresión de la cultura contribuyen de un modo quizás demasiado eficaz á coartar el aumento de población; entre los salvajes de Australia se idea la mika [1]; en China se practica el infanticidio; en Marruecos las luchas intestinas y estado de guerra perpetua, así como los impuestos concusionarios é inseguridad de la propiedad por la administración política viciosa, hacen languidecer un país, cuya variedad de climas alcanza á la diferencia entre el Norte de Escocia y los llanos de la India, según Ch. Rolleston, augurando un desarrollo de riqueza que hoy no puede realizar; en muchos otros puntos la precocidad alimenticia y destete prematuro, en unión de otras causas, producen una inutilización de natalidad, que en la costa meridional de España llega, por ejemplo, á reducir á menos de la mitad la población de once meses de edad con relación á la de menos de un mes [2]; en determinados centros de civilización enervante é inmoral, de que nos pueden dar ejemplo ciertas grandes capitales europeas y americanas, llega á penetrar en muchas familias la restricción voluntaria, en términos que el número de defunciones excede al de nacimientos, á pesar del escaso número de las primeras merced á los progresos de la higiene; no faltando quien atribuye este efecto al individualismo exagerado, al deseo de subir, exasperado por una democracia anti-igualitaria que incita á los ciuda-

---

1 Zaborowski: *La mika-operation*: *Bull. de la Soc. d'Anthr.*; París, 1893, núm. 4.

2 Dres. Aranzadi y Hoyos: *Interpretación de la nupcialidad y natalidad en España*; Memoria leída en el IX Congreso internacional de Higiene y Demografía; 1898.

danos á poner su ideal en ellos mismos [1], opinión quizás demasiado parcial y prematura, que no ha hecho ninguna contraprueba.

3. Colonización y sus diferentes formas. — En todo país donde el progreso y la civilización van á la par con las buenas costumbres, marchando hermanados el desarrollo intelectual y moral del pueblo, se resuelve el problema de la exuberancia de población por la emigración parcial, en tales condiciones, que los emigrantes colonos ó cultivadores de nuevos territorios mantienen relaciones estrechas y permanentes con la madre patria, y forman lo que se llama una colonia.

Según sea el carácter del pueblo colonizador y las causas de la emigración, así será también la forma de la colonia. La *expedición* á mano armada, dispuesta á defenderse de cualquier agresión de los indígenas, y aun á atacarlos si así les conviene, se ha empleado muchísimas veces como sistema de colonización; y de ello tenemos ejemplos en la colonizacion española de Río de la Plata, en las expediciones de los normandos por las costas atlánticas, y las cartaginesas por el litoral africano; por más que algunas de estas expediciones, en vez de exportación de habitantes, representan importación de productos.

La organización más adelantada de la sociedad indígena hace, en ciertos casos, la resistencia de ésta mucho más eficaz, y exige que se dirija el primer esfuerzo de la nación colonizadora á destruir la causa de esa resistencia, atacando el poder, el gobierno, la organización indígena en

---

1 Arsène Dumont: *Essai sur la natalité au Massachusetts;* Nancy, 1898.

sus mismas raíces, y entonces se realiza la *conquista*, como lo hicieron los españoles en los imperios de Moctezuma y de los Incas; en ciertos casos, el carácter militar y organizador de la colonización se convierte de medio en fin, contribuyendo más á la expansión de la cultura propia que á la emigración, como sucedió en gran parte del imperio romano, que fué más colonizador como Estado que como pueblo.

Á veces ocurre que, sea porque el primer impulso es puramente religioso, como en la colonia fundada por el Padre Salvado con tan felices resultados en el Oeste de Australia, sea porque se considera más eficaz y humanitario empezar por convertir al salvaje idólatra en creyente y agricultor, la colonización se inicia por *misiones*, en que el religioso misionero, á la vez que inculca la fe cristiana en los sencillos indígenas, los instruye en las prácticas de la agricultura y ganadería, los acostumbra al trabajo ordenado, regulariza sus costumbres y los prepara para entrar en relaciones con la civilización europea, por intermedio del lenguaje de la metrópoli y del cambio de productos; ejemplo, la misión de los PP. Jesuítas en el Paraguay y las de diferentes Órdenes en las islas Filipinas, donde la incorporación hábil y amistosa á la corona de España, realizada por el guipuzcoano Legazpi, y la colonización religiosa iniciada por su paisano Urdaneta, arraigaron con la «rápida cristianización, por lo menos externa, de los naturales, la sustitución consiguiente del cacique por el cura y la represión de la esclavitud; el cura sabía ganar la voluntad del indígena mucho mejor que el jurista ó militar, que muchas veces, removidos de sus puestos por gobiernos recelosos, no conseguían afirmar su poder y dirigían sus esfuerzos á

fines egoistas, mientras que el primero contribuyó verdaderamente al progreso de los naturales»[1].

El sistema de las *factorías*, ó estaciones comerciales, es el más directo para establecer nuevos mercados al comercio nacional, allí donde sea en cierto modo fácil la inteligencia con los naturales desde el primer momento; es el generalmente seguido hoy por los ingleses, por más que no son los primeros que lo han usado, sino que lo tomaron de los portugueses, y ya en la antigüedad fué también empleado por los fenicios y los griegos: en circunstancias especiales se ha ideado también utilizar las *penitenciarías* para la colonización, sea por la insalubridad del clima, como en Guyana ó Cayena, sea porque los primeros efectos de la roturación indispensable en los terrenos incultos, al prepararlos para el cultivo, producen emanaciones palúdicas, causa de una mortandad excesiva, sea por varias causas reunidas y que no es del caso enumerar, como en la colonización de Australia por los ingleses, Nueva Caledonia por los franceses, Siberia por los rusos, y en pequeñísima escala nuestros presidios de la costa Norte de África; la penitenciaría, si ha de dar resultados prósperos y duraderos, no puede ser utilizada para este fin más que parcialmente y sólo en los comienzos de la colonia, como lo prueba de un modo práctico la historia de Australia, cuyos colonos se vieron precisados á pedir la supresión de aquélla.

4. Aptitudes colonizadoras de las razas, pueblos y Estados.—La verdadera colonización, propiamente dicha, no se puede considerar como definitiva mientras no pase de las formas antes mencionadas á la de la explotación

---

1 Dr. F. Lampe: *Die Philippinen; Die Umschau* 3 Sept. 1898.

criolla del suelo, libre de la demanda de brazos aborígenes, y esta perdurabilidad de la colonia depende de la aptitud de la raza inmigrante, que ya hemos estudiado en el capítulo de aclimatación, de la aptitud del pueblo colono y de la del Estado á que éste se halla sometido.

La colonización, como las emigraciones, no se dirige indistintamente á cualquier punto del globo, sino que teniendo en cuenta las mayores ó menores dificultades de aclimatación, según la raza y país de origen y según el clima de la colonia, suele dirigirse las más veces por los paralelos, por las líneas isotermas y por las corrientes marinas, si bien en estos últimos tiempos, dada la rapidez de los viajes de circunnavegación, las excepciones son ya la regla; las emigraciones de los chinos se dirigen, siguiendo sus mismas latitudes ó bajando hacia el Ecuador, por la Oceanía y continente americano; la colonización de los Estados Unidos se debe principalmente á gentes irlandesas, escocesas, alemanas y demás del Septentrión; la de las repúblicas hispano-americanas, á emigrantes españoles é italianos. Entre todos estos pueblos que con sus emigrantes concurren á poblar los nuevos países, no todos podemos calificar de *pueblos colonizadores;* eliminemos por de pronto aquellos en donde la ecuación de subsistencias, lo que dicho en forma popular sería conseguir que hubiese un pan para cada boca, se busca evitando el exceso de bocas por la limitación de la procreación; tampoco serán pueblos colonizadores los que hemos citado anteriormente por el mero hecho de dar su contingente á la emigración; pueblo colonizador es aquel que lleva al nuevo país, no sólo el contingente personal, sino con él sus costumbres, sus creencias, idioma, literatura y demás manifestaciones de

su especial civilización: así que podremos dar tal calificativo al pueblo español y al inglés, pueblos viriles, que emplean y gastan su exceso de vida en ensanchar su campo de acción.

Es menester no confundir las aptitudes del pueblo con las del Estado, tergiversando los méritos de uno con los defectos del otro; así los primeros colonos del Norte-América eran huídos de su patria en busca de libertad religiosa, y siguieron los irlandeses en busca de libertad económica, sin que el Estado inglés pueda pretender verdadera paternidad, y gran parte del éxito colonial de este pueblo se debe á la sencillez de su lengua [1]. Tampoco hay que olvidar que, en opinión de escritores ingleses, de reputación seria y bien adquirida, el *yankee* ó criollo de los Estados Unidos presenta ciertos instintos sanguinarios más exaltados que en sus parientes de Europa; que el criollo de Nueva Zelanda, influído sin duda por el clima, se hace haragán, imprevisor y excesivamente amigo de diversiones; y el de Australia muestra un horror excesivo á la vida del campo, comprometiendo el porvenir de la colonia por no haber sabido el inglés atraer, educar é instruir al indígena en la vida agrícola, para lo que es mucho más capaz de lo que el colono pretende hacer creer, y ejemplo fehaciente es la colonia del P. Salvado; por eso la afición á la vida campestre y pacífica que en Sud-América muestran los vascos y los alemanes es una garantía de la estabilidad de aquellas colonias, en que se mantiene el idioma natal con todos sus encantos.

---

1 Charles Mismer: *Principes sociologiques*; París, 1898.

Por su parte, el Dr. Müsebeck [1] dice, á propósito del imperio colonial español, que, «á pesar de las grandes riquezas que desde el descubrimiento del Potosí salían para España, el país nunca se enriqueció, porque desaparecían en seguida en las dos grandes simas de la iglesia y el fisco, y porque sobrepujaban demasiado los servicios personales á las otras ramas de la producción»; podemos añadir que no dejaron de contribuir los piratas europeos al agotamiento de tales riquezas.

«Los sacrificios de España en pro de la joven América, manifiestos y palpables aparecen en el hecho de que las colonias hispano-americanas son, de todas las regiones del globo, las que mayor número de animales domésticos han recibido de la Metrópoli, las que más pronto los han tenido y en menor tiempo, así como también han albergado el mayor número de especies domésticas, vueltas á la independencia con una rapidez y vitalidad que sólo se comprenden bien en aquella «tierra de la libertad», donde coexisten ó se mezclan tal cúmulo de razas, sin aniquilamiento de ninguna» [2].

En cambio los emigrantes que se alejaron de su patria por espíritu emprendedor ó por pertenecer á familia numerosa y de país de mayorazgos, al repatriarse convertidos en indianos enriquecidos pueden contribuir á la prosperidad de sus paisanos, como sucede en la costa Cantábrica y en Calabria, donde, según Goyau [3], ha desaparecido el pan de castaña merced á ellos.

---

1 *Die Entwickelung Spaniens seit der Reformation*; *Die Umschau*; 3 Septiembre 1898.

2 Aranzadi: *Fauna Americana*, 1892, p. 47.

3 George Goyau: *L'emigration dans l'Italie meridionale*; *Rev. de Deux Mondes*, 1.º Sept. 1898.

5. Suerte de los aborígenes. — Aparte de las puramente religiosas, las colonias no se suelen establecer en territorios que no ofrezcan cebo ni aliciente alguno á la codicia de los conquistadores y mercaderes, ó satisfacción á las necesidades y campo á las empresas de los emigrantes; siendo más bien éstos y no aquéllos los que hacen perdurable y definitivamente próspera una colonia, no sólo por las condiciones climatológicas, que no suelen ser muy buenas en los lugares muy codiciados, sino por el efecto moral tan distinto que produce en colonos y aborígenes la dureza del conquistador ó la falacia del mercader por una parte, y por otra la lucha directa con la naturaleza sin la rémora de las ficciones legales de la metrópoli. Los colonos explotan el suelo; los invasores y trajinantes explotan al hombre.

Sin embargo, no siempre y en absoluto hay que atribuir la desgracia indígena á la injusticia y la corrupción colonial, sino que en muchos casos la llegada del europeo no ha hecho más que acelerar el proceso de decadencia y descomposición, ya bastante avanzado: así, el Dr. Tautain [1] atribuye la escasa natalidad de las islas Marquesas á la costumbre de la expiación del matrimonio ú orgía de bodas y á la libertad extrema de costumbres (metritis), así como la excesiva mortalidad se sostiene en parte por la antihigiénica preocupación de considerar ofensiva la manifestación de asco ó miedo ante las mayores porquerías, y también contribuye la evidente falta de cariño á sus hijos.

Por su parte, Lady Edith Blake [2] describe á los arrowa-

---

1 Dr. Tautain: *Etude sur la dépopulation des iles Marquises; L'Anthropologie*; 1898, núm. 3.

2 Lady Edith Blake: *Aborigenes of the West Indies; Appletons popular science monthly;* LII, pág. 373, 1898.

kos, aborígenes de las Antillas, como muy inmorales é indecentes, viciosos y tímidos, cualidades que precipitan la extinción, no debida á la crueldad de los españoles, sino á la debilidad inherente á su raza, contribuyendo también á ello los estragos de la viruela, la abstención voluntaria de la siembra y la enemiga de los caribes, pueblo caníbal, fiero y guerrero, que desolaba las islas cuando arribaron los españoles. No hemos de negar que en los primeros tiempos de la colonización americana se cometieron actos de crueldad y codicia, verdadero pecado del tiempo, del que ni con mucho se veían libres las demás naciones europeas, y que en el siglo actual, disfrazados como actos de severidad y represión necesarias, se han repetido en las colonizaciones de Argelia, India, Madagascar, Australia, Tasmania y el territorio de los pieles-rojas.

Hay también otros ejemplos en que se habla impropiamente de extinción, siendo verdaderamente una absorción, que conservando la raza ó herencia física extingue el pueblo, la lengua, la cultura indígena; ejemplo de ello tenemos en los guanches, vivientes hoy, aunque se llamen canarios como sus demás paisanos. No falta en este punto tampoco la saña contra los españoles por haber destruído las civilizaciones de Centro y Sud-América; pero «cuanto más de cerca se estudia la existencia de Méjico, tanto menos inclinado se siente uno á usar los nombres de reino y emperador con referencia á tales flojas alianzas de caciques» [1], y aquella civilización estaba ya en decadencia cuando chocaron con ella Cortés y Pizarro; las figuras ta-

---

1 Ratzel: *Völkerkunde*, I, pág. 130

lladas en las rocas de Nicaragua eran ya indescifrables é inimitables para los indios del tiempo de la conquista y se había perdido su tradición.

Tampoco están en lo cierto los vanidosos Estados colonizadores, al suponer que dan toda su civilización á la colonia sin recibir, en cambio, un ápice de la cultura indígena; porque así como las razas, en vez de aniquilarse, suelen anegarse en el mestizaje, repitiéndose varias veces en descendientes típicos, como sucede en bastantes guajiros y jíbaros antillanos, también la cultura indígena se manifiesta en las modificaciones que imprime á la de la colonia, y no de otra suerte se explican diferencias como las que caracterizan, por ejemplo, á las distintas lenguas románicas; con más razón todavía se puede decir que no ha habido sustitución completa ó regalo de cultura, cuando persiste, además de muchos usos y costumbres, la lengua indígena.

6. Criollos y mestizos. — El resultado físico de la criollización y el mestizaje lo hemos estudiado ya en el capítulo de aclimatación, y aun hemos indicado algo con relación á los efectos morales é intelectuales. Por lo que se refiere á la cultura, claro es que ha de influir mucho la forma y la marcha de la colonización. De aquí que el cubano, por ejemplo, criado entre esclavos, resulte un verdadero lechuguino, paseante en corte, escéptico de la honra femenina, infiel desde la luna de miel y falaz en los negocios, según la opinión de James W. Steele [1]. El mestizo filipino, según el Dr. F. Lampe [2], es, en cambio, ambicioso y tra-

---

1 James W. Steele: *Der Kubaner*; *Die Zeit. u. Die Umschau*, 1898.
2 *Die Philippinen*; *Die Umschau*, 1898.

bajador, y forma el verdadero estado llano de la colonia.

Por nuestra parte nos parecen los momentos más oportunos para que el español aprenda que no para que enseñe, y por eso no establecemos opinión en este punto.

7. El forastero.—Al sentir el contacto con la población criolla, se le despierta al metropolitano, no sólo el orgullo de raza, sino también el de patria, y paga al criollo en la misma moneda que éste usa para con el mestizo, y á su vez éste para con el indígena; mas no siempre suele estar en proporción tal orgullo de estirpe con el propio valer; como ya dije, á propósito de otro asunto, «los colonos no eran más que mercaderes y mineros, que únicamente venían por su negocio y no con la idea generosa de difundir la civilización; sólo incidentalmente, y por su propia comodidad, resultaba el establecimiento en el país de artífices ó artesanos inmigrados; ni los mercaderes de la colonia procedían de la gente más refinada de su país para poder exigir muchos primores, ni los artesanos que acá venían á ejercer sus artes serían los más hábiles é ingeniosos, ni habían de tener mucho esmero y solicitud en instruir á los naturales en tales artes á medio aprender» [1].

Mr. C. C. Vermeule hace notar [2] que los criollos se sienten menos inclinados á destruir y devastar bosques que los inmigrantes que proceden de países en que la inspección y administración son superiores á las del nuevo territorio; y aquí se podría recordar el conocido dicho de «que va lo peor de cada casa».

Por su parte, el criollo hacendado siente la vanidad del

---

1 Aranzadi: *El origen del carro euskaldún*; *Euskal-erría*, 10 Junio 1897.

2 *Forest studies of N. Jersey*, 1897.

que no tiene que trabajar para comer, la viste con unas cuantas reglas de urbanidad formalista y la contagia á sus criados y parásitos, haciéndose la ilusión todos de que el activo y emprendedor inmigrante, como vive de su trabajo, es un bárbaro inculto, grosero y lleno de supersticiones diferentes de las de la colonia. Pero contestando con algunos hechos á estas ilusiones, diremos, con Houghton Hyde [1], que «en las repúblicas puramente americanas es donde hoy la civilización es inferior; desde Virginia á Luisiana, donde los forasteros sólo alcanzan el 1,61 por 100 de la población, hay el mayor número de analfabetos y el menor desarrollo de la industria y el comercio; aunque es de advertir que la proporción de analfabetos es casi siempre superior entre los forasteros: se ha dicho que la guerra de secesión y la esclavitud causaron la regresión de los Estados del Sud; pero ésta se relaciona mucho con la homogeneidad del pueblo y la ausencia de forasteros; en el Oeste, la depresión agrícola y otras causas han producido el populismo, que no parece tener relación con el elemento forastero». En suma: que, interprétese la presencia del forastero como causa, como acicate ó como efecto de atracción de la civilización y el progreso, siempre será muy difícil concebir el desarrollo de éste sin la admisión de aquél.

8. Emigración miserable. — No siempre la admisión del forastero supone una buena acogida, sino que en muchos casos es una verdadera explotación de la miseria que la plutocracia ha inventado para reemplazar á la esclavitud; contra ella y no contra el forastero luchan los misera-

---

1 Arthur Houghton Hyde: *The foreign element in american civilization.—Appl. popular science monthly;* Enero, 1898.

bles del país de inmigración; contra el emigrante y no contra la miseria dirigen sus esfuerzos los grandes propietarios por miedo á quedarse con pocos brazos, lo que haría subir el salario. «Ó rubare ó emigrare», decia un aldeano á S. I. Scalabrini; y efectivamente, la emigración se desarrolla á continuación de la disminución del bandolerismo [1]. Ni tampoco es derivativo eficaz la colonización interior, porque no todo el terreno inculto es cultivable, y la extenuación que se manifiesta en la emigración miserable, más bien es causa que efecto de ésta.

---

1 George Goyau: *L'émigration dans l'Italie méridionale.* — *Revue de Deux Mondes*, 1 Sept. 1898.

II

Cultura.

I.—CULTURA MATERIAL Ó ECONÓMICA

I

Alimentación.

1. Naturaleza de los alimentos.—Aunque la dentición del hombre se considera como de animal frugívoro, por todas partes nos enseña la observación su carácter realmente omnívoro, que comparte con muchos monos; apetece la miel y los huevos de pájaros; aun en países puramente tropicales, como la Polinesia, devora sangre y grasa con verdadera glotonería; rebusca plantas silvestres hasta en el Norte más extremado; comen todo lo animal, menos el hombre y el perro, los negros de Bongo y Dor; saborean los gusanos intestinales los australianos; gozan con el picante de los cangrejillos á medio pudrir los tagalos; aceptan los residuos de la digestión de la sorda muchos europeos; en una palabra, que el asco es puramente convencional cuando no consiste en el miedo á lo desconocido [1]. Que la ali-

---

[1] J. Ranke: *Der Mensch.*, I, p. 332. — Letourneau: *Sociologie*, p. 33.

mentación animal es muy antigua, nos lo revelan los *kjökkenmmödinger* de Dinamarca, montones de conchas, espinas de pescados y otros desperdicios, análogos á los paraderos de los indios foguinos, y la realidad de la característica omnívora del hombre nos pone de manifiesto una de las principales condiciones de la posibilidad de su cosmopolitismo [1].

Solamente por superstición se limitan algunos pueblos pastores al uso de la carne y la leche, y los más próximos al vegetalismo son los cultivadores de los arrozales del Asia oriental, los negros de las plataneras, y antiguamente los labradores precolombinos de América. Con la alimentación vegetal se siente la necesidad de la sal y se satisface con carne, leche ó sangre, que entonces saben á salado; pero ante la escasez de éstas en muchos pueblos labradores, se buscó directamente la sal; su importancia en la alimentación vegetal la hizo estimada y hasta sagrada, dando origen á la costumbre del pan y la sal, y á la superstición del vuelco del salero.

2. Antropofagia.—Que de la voracidad del hombre no se libra ni su mismo prójimo, lo podemos ver en los numerosos casos de canibalismo ó antropofagia, motivados por muy diversas causas. Entre éstas podríamos contar la extrema necesidad, como sucede en los australianos; y una vez establecida la costumbre viciosa, se conservaría y contagiaría ya, sin intervención de aquélla, por efecto de concupiscencia; la idea de exterminar ó de apropiarse hasta

---

1 Hörnes: *Urgeschichte des Menschen*; 1892, p. 110.

el alma del enemigo puede también explicarla, dado el animismo infantil de muchos pueblos; en otros casos constituye una parte del rito, en que intervienen los sacrificios humanos y se destinan á este objeto determinadas partes del cuerpo en que se supone residir especialmente el alma ó ciertas cualidades de la víctima; la misma idea animista influye en otros casos para que el salvaje dé expresión á su cariño, considerando que la mejor sepultura para sus allegados debe ser su propio estómago; por último, se puede citar el motivo del castigo jurídico [1].

Sin embargo, y á pesar de la multiplicidad de motivos, no hay razón suficiente para afirmar la universalidad de la antropofagia en determinado período de la evolución social; porque aparte de los polinesios y papúas, no la encontramos extendida á grandes grupos de pueblos [2]; y no es exclusiva de los grados más inferiores de cultura, presentándose en el antiguo Méjico, entre los maories, bangalas, etc., por exceso de esclavos. En China se observan bastantes casos individuales de ofrenda de la propia carne para la curación de un enfermo querido [3].

Respecto del endocanibalismo ó antropofagia entre los individuos de una misma tribu, que considera anterior á la aparición del exocanibalismo ó antropofagia del extranjero ó del esclavo, establece

---

1 Letourneau: *La Sociologie d'après l'Ethnographie;* 1884, página 201.

2 Peschel: *Völkerkunde;* p. 168.

3 H. Kern: *Menschenfleisch als Arznei. Intern. Archiv. f. Ethno;* 1896, IX, p. 37.

Steinmetz cinco motivos [1]: consumo general de cadáveres (Australia, Sud-América, Africa central, Melanesia y extremo Norte de América); consumo de inválidos (Asia central, Sud-América y Africa); asesinato por hambre, rabia ó golosina (América y Australia); ceremonia ó hechizo (América); castigo de malhechores (Melanesia y Africa central).

3. Guiso. — En su estado primitivo, el hombre come los alimentos crudos, sin preparación ninguna, como se ve en algunas islas del Pacífico, Australia y el Brasil; en el Centro y Mediodía de España se comen crudas las bellotas dulces, y tal extrañeza produce esta costumbre en el extranjero, que aun hace seis años se discutía seriamente en las sociedades etnológicas sobre la existencia actual del hecho; comen también crudas las castañas, habas y alcachofas, mientras que el vasco prefiere todo esto cocido, en relación con su reducción de quijada y la abundancia de aguas en su país [2]: los esquimales se llaman así de un vocablo de los indígenas de Nueva Inglaterra que quiere decir comedores de carne cruda; también la comían así los euritanes del interior de Grecia; los escitas la llevaban varios días en el arzón del caballo para macerarla y hacerla más tierna; los chinos apetecen los huevos pasados, y en los lugares distantes de las costas se suele apreciar el pescado también pasado; el guiso más sencillo,

---

1 R. S. Steinmetz: *Endokannibalismus; Mitt. d. Anthr. Ges. Wien.*; 1896, XXVI, 1.

2 Aranzadi: *Consideraciones acerca de la raza vasca; Euskal-erria*, 1896, XXXV, pág. 102.

conocido de los salvajes, es el asado en brasas ó con una estaca que hace de asador, con que se atraviesa la res entera con su piel, como lo hacen los gauchos, ó en rescoldos, como las patatas, batatas y castañas, que en la costa cantábrica se asan por el precedimiento mucho más perfeccionado del tamboril; ó el asado se hace en un hoyo cavado en el suelo y donde se ponen piedras enrojecidas por el calor, como lo hacen los polinesios [1]; las tribus brasileñas usan parrillas de ramas y fuego lento: los pieles-rojas secan y pulverizan la carne para formar el *pemmican*, y por procedimiento análogo se obtienen la cecina y el tasajo. Las piedras recalentadas pueden servir también, introduciéndolas en vasijas de madera ó cuero para cocer la leche, como los *burdiñarri* de los vascos; á esto deben su nombre los asinabois ó cocedores de piedra del Norte-América, por la costumbre que tenian de excavar la tierra, forrar el hoyo con la piel de la res y meter en él carne con agua y piedras recalentadas; aún se usan éstas en Botlandia y Carintia para hacer la cerveza. Los héroes de Homero todavía desconocian la carne cocida, tan familiar ya á los guerreros del Walhalla escandinavo; pero en cambio está muy extendida por todas partes la preparación culinaria de las legumbres, cereales y demás vegetales harinosos. A pesar de la difusión de la cultura, que produce cierta uniformidad en la vida de las naciones civilizadas, observamos en este punto con-

---

1 Letourneau: *Sociología*, pág. 29.

trastes tan notables como la repugnancia de los ingleses por los sesos y criadillas y por el ajo de la cocina española, el desvío ó la prohibición del uso de la carne de cerdo en algunas religiones semíticas, y aunque de un modo relativo y para una época del año en muchas localidades españolas, la abstinencia de liebre entre los judíos, rusos, bretones y escandinavos de la antigüedad, y en la religión de Zoroastro. Bien dice un refrán de los negros de Togo: el niño que nunca ha visto otras tierras, dirá: «sólo mi madre sabe guisar bien».

4. Fuego. — «El hombre es un animal que enciende fuego,» dice Wilson, y efectivamente, no hay pueblo sin fuego; se ha dicho, es cierto, que los tasmanios, aunque lo conocían y hacían uso de él, ignoraban el medio de obtenerlo, por lo que las mujeres se encargaban de conservar antorchas encendidas; y si se apagaban, emprendíanse largos viajes para buscar el de otra tribu; casi siempre cada familia llevaba un cono de banksia, que ardía lentamente como la yesca. «Si consideramos que el trabajo de la madera y la piedra es una de las primitivas manifestaciones de la actividad humana —dice Schurtz—[1], no nos quedará ninguna duda de cómo debió inventarse el fuego; el bruñido y la perforación de los utensilios de madera, la percusión de las armas de piedra le hicieron manifiesto y dieron ocasión á que se apreciase su utilidad.»

5. Igniterebrador.—El procedimiento más pri-

1 *Völkerkunde*, pág. 36.

mitivo es el de los polinesios, que hacen resbalar rápidamente atrás y adelante la punta de un palo contra un trozo de leño blando, ligero y seco *(Hibiscus tiliaceus)*. El taladro ó *igniterebrador* consiste, en su forma más sencilla, en un palo, que por un extremo se apoya sobre un hueco hecho en un pedazo de leño seco y se hace girar en molinillo entre las dos manos, que al mismo tiempo le oprimen en sentido vertical todo lo más fuerte posible, hasta que el serrín producido por el taladro entra en ignición; en esta forma lo vemos en Australia, Tasmania, Sumatra, Carolinas, Kamchatka, China antigua, Tibet, India, entre los yenadis y vedas de Ceylán, África, guanches de Canarias, Méjico, chinukos, etc. Los gauchos de la República Argentina apoyan el otro extremo del palo en el pecho, y así oprimen con más fuerza y hacen el molinillo con una sola mano. Si se rodea el palo con dos vueltas de cuerda ó de correa y se tira alternativamente de uno y otro cabo con las manos, tenemos ya el taladro sagrado de los brahmanes, pues el fuego sagrado se obtiene en todas partes por un procedimiento más antiguo que el de la vida ordinaria; las vestales y los antiguos sacerdotes del Perú lo encendían concentrando los rayos del sol con una lente, y el fuego sagrado de hoy se obtiene con piedra, yesca y eslabón. El fuego de fricción ha subsistido en Europa como superstición, para salvar al ganado de una epidemia de epizootia, haciéndolo pasar por hogueras encendidas con este fuego silvestre; en el siglo pasado se prohibió este fuego su-

persticioso en Jokoping; todavía en 1826 se vió este procedimiento en Pert, y hoy puede verse en Suecia en tiempo de cólera. Los esquimales y aleutas apoyan el extremo superior del palo contra un pedazo de madera sujeto entre los dientes. El berbiquí de los siux y canadienses se mueve por medio de un arco, sujetando el extremo superior con un trozo grande de madera. El berbiquí de bomba de los iroqueses sirve para encender el fuego y para taladrar el leño, la piedra ó el metal, estando sujeta la cuerda del arco del extremo superior del palo y bajando en espiral; en el tercio inferior lleva un trozo cilíndrico de mayor diámetro [1]. En China hacen chocar uno contra otro dos trozos de bambú. Los Bahnar de Indochina lo obtienen con pedernal y yesca; los esquimales, varias tribus de América, de la Tierra del Fuego, de la Europa prehistórica y del antiguo mundo civilizado, lo obtienen por percusión de piedras ó pirita. Los malayos comprimen el aire en un tubo de marfil ó de madera. La yesca y el cardo yesquero en Europa, la corteza de cedro raspada y seca entre los chinukos, hojas secas, fibras vegetales previamente carbonizadas, sirven para recibir la chispa.

El mismo taladro que sirve para encender fuego usan muchas tribus para agujerear piedras, haciendo rodar un objeto duro y afilado (hueso, madera, etc.) sobre el muslo y teniendo en la otra mano el objeto que se quiere agujerear; para refor-

---

1 Tylor: *Les origines de la civilisation.*

zar el efecto y disminuir el calor se añade arena y agua.

6. Narcóticos y estimulantes.—Las tribus salvajes, como los australianos, por ejemplo, sólo bebían agua cuando los descubrieron los europeos, y los hotentotes y pieles-rojas tampoco conocían las bebidas fermentadas; sin embargo, en Méjico se consume una bebida indígena derivada del zumo de la pita; en África se extrae vino de las palmas y se hace cerveza de mijo ó *pombo*; en América se hace la *chicha* de maiz ó casave; en China el vino de arroz; en Rusia el *kvas* ó cerveza de centeno; entre los indios vedas la *soma* de la *Asclepias acida* ó de *Sarcostemma viminalis*; en la Polinesia la *kawa* del *Piper methisticum*, y en el Brasil y caribes una bebida análoga. Los pueblos pastores de Tartaria, Turkestán y Mogolia, fermentan la leche de yegua para obtener el kumis, y en el Cáucaso con la de vaca preparan el kéfir.

En casi toda América se fumaba ya en la época de Colón el tabaco; en el Asia oriental se fuma el opio, y en el Oriente musulmán el haschisch; los kamchadales, chukches y coriacos se emborrachan con la infusión de *Amanita muscaria*, y los kiowas comen *mescal*, raiz narcótica del *Cereus*. Según Tschudi, en Sud-América usan una Datura de los Andes para preparar la *tonga*, con que se emborrachan.

Entre las tisanas estimulantes, el té, apreciado al principio por los monjes budistas del Asia central como una droga á propósito para ahuyentar el sueño

y permitirles dedicarse á sus deberes religiosos nocturnos, fué, según parece, introducido en China como bebida, y se extendió principalmente por la Mogolia y Tartaria; el café procede de Arabia y fué difundido por los musulmanes; así como el chocolate, usado por los indígenas de las Antillas, los aztecas y los mayas, fué difundido por los españoles; en el Senegal, Sudán y Congo, utilizan la kola (*Sterculia acuminata*); en el Uruguay, Paraguay, Río de la Plata y Chile, el mate, para el que se utiliza todavía la calabacita primitiva, hoy más ó menos repujada de plata, y de la que todos los contertulios sorben la infusión consecutivamente por el mismo cañuto; en el Brasil se consume la guarana, y en el Perú, Ecuador y Colombia la coca [1].

En todos los países por donde se difundieron los malayos se masca el buyo ó betel, en el Perú la coca, en Africa la nuez de kola, en Nueva Zelanda la resina kauri (dammara), en Arabia el kat (Celastrus), en el Norte de Suecia resina de pino (tuggkada ó spankada) [2], y en Oriente la almáciga.

7. Venenos.— Si en el párrafo anterior hemos visto difundido por todo el globo el conocimiento de unos ú otros medios de emborracharse, aletargarse ó excitarse, no menos general es el conocimiento de las plantas propiamente venenosas en cada país, como lo indica, entre otros casos, el procedimiento por el que resulta inofensivo el manioc,

---

1 Dr. G. Gerland, 1890, *Berghaus Phys. Atlas*, núm. 65.
2 J. Ranke: *Der Mensch.*; I, p. 348.

el cultivo de la patata, lechuga, adormidera, cicuta, etc., etc. «A pesar del extraordinario desarrollo de las ciencias, no se ha encontrado ninguna planta indígena, verdaderamente venenosa, que no fuera ya conocida de muy antiguo y utilizada como tal» [1].

8. Caza y pesca.—Los pueblos que se limitan á recoger los produtos naturales, sin intervenir en la producción, sin siembra ni cría, por fuerza tienen que buscar su alimento en la caza y la pesca, pues ya hemos dicho antes que el hombre no es exclusivamente fitófago. El cazador salvaje tiene perfectamente educado y aguzado el olfato, tanto como la vista y el oído; sabe distinguir las huellas, rastros pistas y pasos, apreciando el número, tamaño, especie, edad y sexo de los animales que persigue; para volver á los suyos se guia por el sol, la configuración del terreno y las varetas que troncha como señal; imita los gritos de los animales ó construye reclamos, como el que los indios kiowas usan para el corzo; se disfraza con pieles de animales; se reune con gran número de compañeros para dar grandes batidas en cerco; adiestra animales que le ayuden en la caza, como el perro, el hurón, el halcón, las aves marinas y hasta el leopardo; prepara trampas, cepos, lazos, redes ó liga; el pescador de la tierra del Fuego forma empalizadas ó presas para detener los peces en la bajamar; el salvaje del Ama-

---

1 Dr. Hahn: *Wie setzt sich der Bestand der Kulturpfl. zusammen.—Corresp. f. Anthr.;* 1897, XXVIII, p. 163.

zonas utiliza plantas narcóticas, y muchísimos otros flechas envenenadas; el arpón está también muy generalizado; ciertos salvajes matan los peces con el arco y la flecha; otros usan anzuelos de concha ó de uña de halcón.

Los antiguos escritores idearon, para representar el progreso creciente del trabajo y propiedad, una escala ascendente, según la cual los hombres habrían empezado por ser cazadores, luego pastores, y más tarde labradores; no en el sentido de que cada pueblo haya debido pasar por todos estos estados, sino en el sentido de que representan diferentes *estados sociales* ó grados de civilización, que por cierto aun hoy coexisten en diferentes razas humanas [1]. El pueblo cazador no conoce más necesidades que las que satisface con la carne del animal cazado, que le sirve de sustento, y la piel, que le sirve de abrigo contra la intemperie, y se alberga en cavernas ó chozas; vive *errante*, sin rumbo fijo, preferentemente en las selvas (de ahí el nombre de *selvaticus* ó *salvajes*), porque en ellas abunda la caza, y, en efecto, sabemos que en aquellos países, hoy civilizados, que en los tiempos prehistóricos alimentaron á pueblos cazadores, también la extensión de los bosques era mucho mayor que hoy; como los bosques se extienden de preferencia por los llanos y montañas de moderada altura, vemos también que los pueblos cazadores habitan las tierras bajas. La vida de cazador exige un amplio espacio, por lo que

1 Quatrefages: *L'espece humaine.*

la densidad de población tiene que ser muy pequeña, tanto más si en vez de bosques recorre desiertos (bosquimanes y australianos), y únicamente si la tribu es más fuerte que sus vecinas podrá extenderse. Los pueblos pescadores tienen muchos puntos de contacto con los cazadores, pero la mayor utilidad del trabajo en común, y la lucha contra las dificultades que el agua ofrece engendran una mayor concentración social, y los primeros rudimentos de la navegación [1].

Fuera de los ya indicados, podemos contar entre los pueblos cazadores á los negritos, parte de los papúas, apaches, charrúas, etc., y entre los pueblos preferentemente pescadores los esquimales, samoyedos, kamchadales y foguinos.

9. El perro. — Sin embargo de la distinción que se ha querido establecer entre pueblos cazadores y pastores, por la carencia de animales domésticos en los primeros, considerados como salvajes ó montaraces, hay que hacer una excepción por lo que se refiere al perro.

Es el animal doméstico más antiguo conocido, el más domesticado, por consiguiente, y difundido por toda la superficie del globo; se le encuentra ya en en los paraderos (Kjökkenmöddinger) de Dinamarca, así como en los palafitos neolíticos de Suiza; según Rütimeyer, pertenecia á una raza de talla media, esbelta y elegante, de bóveda craneal espaciosa y redondeada, órbitas grandes, hocico corto y

---

1 Hellwald: *Culturgeschichte*; 1876.

poco puntiagudo, dientes en serie regular, parecido, en fin, al faldero y al de muestra, enteramente distinto del lobo y el chacal; en la época de los metales aparecen razas más grandes y fuertes, parecidas al dogo ó al perro-lobo, que pueden muy bien haber sido introducidas de fuera; no parece, pues, probable la opinión de Buffón, ni la de Geoffroy Saint-Hilaire, de considerarle originado por el lobo ó el chacal, sino que hoy la mayor parte de los naturalistas creen que en cada país ha sido domesticada independientemente una especie salvaje indígena. En Egipto se ven representadas ya dos razas distintas: el lebrel y perros chatos con orejas colgantes.

En cuanto al procedimiento de la domesticación del perro, propone Víctor Meunier [1] la teoría de su espontaneidad, suponiendo que comenzó por ser devorador de segunda mesa, como las hienas y chacales para con el león, por propia conveniencia pasó de comensal á lacayo, ojeador, batidor, y acabó por ser criado servil, pero fiel; observando que las especies salvajes y el perro cimarrón no ladran, y que los ladridos del doméstico varían extraordinariamente, no sólo según la emoción que le domina, sino también según la intención que quiere manifestar, indica la idea atrevida, pero feliz, de que quizás el ladrido sea imitación del lenguaje humano, y que si no ha avanzado más en esta imitación se debe á las grandes diferencias anatómicas y

---

1 *Revue Scientifique*, 1896.

mentales entre los dos seres; no deja de ser significativo el hecho de que los perros suelen ser silenciosos ó ladradores según el modo de hablar apagado, suave ó fuerte de los pueblos en que viven.

10. Rudimentos de labranza. — No se satisfacen los salvajes con la caza y la pesca, sino que además cosechan productos vegetales silvestres, y naturalmente, «esto se hace con la regularidad que requieren las épocas en que se forman los granos, tubérculos, bulbos, cucurbitáceas, etc., donde la naturaleza, con el fin de economizar alimentos y humedad que aseguren el desarrollo de gérmenes futuros, ha reunido todo cuanto puede necesitar el hombre para aprender á economizar y almacenar, principalmente en las estepas con sus marcados contrastes de clima, según las estaciones».

«Muchos pueblos de Australia, que se cree en un grado muy inferior de cultura, tienen severamente prohibido arrancar árboles que produzcan frutos comestibles, y destruir nidos de pájaros, cuyos huevos podrán recogerse más tarde; las colmenas se vacían de un modo regular, sin destruirlas, constituyendo una apicultura primitiva; los bosquimanes arrebatan las provisiones que hacen las hormigas del fruto del *Arthratherum brevifolium;* los indios melones ó sandilleros de Méjico acuden á las bajas llanuras de Goatzocoalco y viven allí algunos meses comiendo tal cucurbitácea; los chipewaes se reunen de la misma manera alrededor de los pantanos donde crece la *zizania* ó arroz acuático; los australianos ce-

lebran las fiestas de la cosecha de marsiliáceas [1] y preparan los frutos de Zamia, dejándolos pasarse para después ahumarlos, luego molerlos y más tarde cocerlos.

«Los indígenas del Poniente de Australia utilizaban en gran cantidad una especie de batata, que desenterraban de la ciénaga en que vegeta, cortaban la cepa para aprovecharla y el resto volvían á colocarlo en el hoyo: hé aquí el primer rudimento de cultivo de una planta útil, directamente observado en donde aún no existe nada semejante» [2].

La simultaneidad de la vida de cazador con los primeros ensayos de labranza se perpetúan en muchos pueblos por medio de la división del trabajo entre el hombre y la mujer, lo que aquietó algo la inquieta vida de las tribus primitivas, exigiendo una relativa sedentariedad; en tal caso ya no todo se reduce á buscar y recoger sin sembrar ni labrar.

11. Hortelanos.—A la teoría de los tres estados sucesivos, cazadores errantes, pastores nómadas y labradores sedentarios, ha sustituído hoy la que, teniendo en cuenta la mencionada aparición de rudimentos de labranza en los pueblos cazadores, y la existencia real de pueblos labradores sin animales domésticos, principalmente en el Nuevo Continente, introduce un estado intermedio que, para el desarrollo, no sólo de la agricultura, sino también de la

---

1 Ratzel: *Völkerkunde*, I., p. 83.

2 Hahn: *loco citato*, p. 158.

ganadería, exige una cierta quietud previa, preparada por una labranza primitiva [1].

Pero esta quietud labriega de los salvajes de ningún modo hemos de confundir con la sedentariedad, fijeza, arraigo y estabilidad que, con la relativa seguridad de la vida, permite la conservación y progreso de la cultura. «En realidad los mejores labradores entre los pueblos africanos son sumamente movedizos, y la mayor parte de las aldeas raro es el caso que duren varias generaciones en el mismo sitio. Alrededor de la choza de un bongo ó musgu se hallarán más variedad de plantaciones que en el campo y las huertas de una aldea europea; cultiva más de lo que necesita y almacena el sobrante en graneros ó silos; pero no se aprovecha toda la fuerza de producción del suelo y del hombre. Son las mujeres y los niños quienes se dedican á este trabajo con imperfectas azadas, azuelas, palas ó picos, que no hacen más que arañar el suelo; no conocen el arado ni el rastrillo, ni emplean más abono que la ceniza; más frecuente es el conocimiento de los bancales y el riego. Añádase el hambre y miseria con su cortejo de canibalismo y venta de niños, consiguiente á las frecuentes contiendas, guerras y razzias de esclavos; la sequía unas veces, las inundaciones otras y la humedad, que generalmente perjudica á la conservación de lo almacenado, las hormigas y otros insectos, y se comprenderá cómo en estos

---

1 Victor Hehn: *Kulturpfl. u. Haustiere*, 1870.—Hahn: *Die Haustiere u. ihre Bez. z. Wirtsch. d. Menschen*, 1896.—Bos: *Jagd, Viehzucht u. Ack. als Culturtypen*, 1897.

pueblos la agricultura, como elemento de progreso, carece de la suficiente previsión, persistencia y solidaridad. Esta inseguridad de las provisiones explica el por qué los negros fabrican tanto pombo» [1].

¡Cuán diferente de este arañar superficial de las negras es el forzudo layar del hombre y la mujer en Euskal-erría! Aunque poseen yunta y arado, usan también la laya, «horquilla ó bidente de hierro con mango en la prolongación de uno de los dientes, mientras el otro en su base forma un resalto ó ángulo recto, sobre el que se apoya la pierna levantada después de haber clavado la laya en el duro suelo arcilloso, dejándola caer de cierta altura, cargan el cuerpo sobre aquélla y después, con un movimiento de palanca, arrancan el terrón» [2].

12. Pastores. — Para consuelo en la soledad y por simpatía hacia los seres animados de índole apacible y dócil, el hombre primitivo siente mucha afición al ejercicio de amansar animales; llenas de monos y loros suelen estar las chozas de los niam-niam, mombutús, dayakos y brasileños, que se recrean mimando estos seres. Este amansamiento, en que interviene más la simpatía que el interés, como lo demuestra más claramente que ninguno el caso del perro, cuya utilidad es bien pequeña [3], tiene por causa y efecto á la vez una relativa dulzura

---

1 Ratzel: *Völkerkunde*, I, p. 85-86.
2 Aranzadi: *Der ächzende Wagen und Anderes aus Spanien*. *Archiv. f. Anthr.*, XXIV, p. 223.
3 Ratzel: *Völkerkunde*, I. p. 84.

de carácter, y presupone, como ya dijimos antes, alguna quietud previa, que impulse á desear tener los animales siempre á nuestras puertas y hacernos libres de sus emigraciones [1].

En no pocos pueblos se muestra la división del trabajo en la ganadería, por el hecho de que es ocupación exclusiva de uno solo de los sexos, la de ordeñar, la mujer entre los hotentotes y el hombre entre los cafres y otros negros. La utilidad del ganado pocas veces se limita á la producción de leche; unas veces se considera un crimen el matarlo para comerlo, pero otras se excluye de la alimentación, como impura, toda carne que no proceda de rumiante; se limita el ejercicio de la caza, hasta el extremo de no perseguir más que á los enemigos del ganado; con la reunión de éste en grandes rebaños, se aproximan también más las familias humanas en tribus numerosas, cuya alimentación es más fácil y el trato social más íntimo, permitiendo la germinación de las bellas artes. Supeditada toda la vida económica al sostenimiento y cria del ganado, el pueblo pastor depende de los pastos, y de aquí que cuando se agotan en una dehesa trashume, para volver cuando ha tenido tiempo de crecer de nuevo la yerba.

Son, pues, los pueblos pastores esencialmente *nómadas*, y prefieren las praderas, estepas, páramos y hasta desiertos; así como las razas imberbes se arrancan los pocos pelos que les puedan crecer en la cara, los pueblos parameros destruyen los árboles de sus

---

1 M. O. T. Masson: *Primitive Travel and Transportation.*

campos y de los países á que inmigran, menudeando las quemas, con intento de sustituir la maleza y el bosque por la pradera, por lo que resultan para el arboricultor tan malos vecinos como los mineros y ferrones; el antagonismo en la producción de lana y leña, tan característico como la incompatibilidad de la cabra y la huerta, no es el único entre nómadas y sedentarios.

Con la concentración de familias y la utilización de las bestias de carga, silla y tiro, aparece la idea de riqueza (latin *pecunia* = dinero, vascuence *aberatsu* = rico, abundante en ganado), pero indivisa, pues la producción se utiliza dentro de la tribu y el comercio se desarrolla poco. «Una vez domado el caballo se hace el nómada más poderoso, flamante, guerrero, violento y exterminador; por todas partes vemos el mismo odio irreconciliable: en China, Mesopotamia y Africa central» [1] . Tan frecuentes como constantes merodeo, pillaje, irrupción, despojo y exterminio, han modificado en algo el sentido de la palabra *bárbaros*, que en un principio no significó más que los chapurreadores extranjeros del Norte y del Sud berberisco con respecto á la civilización grecorromana.

El pastor nómada es producto peculiar y exclusivo del Antiguo Continente, pues ningún pueblo americano, antes de la llegada de los españoles, sabía utilizar la leche de los mamíferos domésticos; los principales pueblos pastores son los de Mogolia,

---

1 Achelis: *Moderna Völkerkunde*, p. 337.

Turquestán, Arabia, Sáhara, los Hotentotes y los Lapones.

13. Labradores. —Una vez amansado y domeñado el ganado mayor, principalmente el vacuno, se le utiliza para el arrastre y se le unce al arado; de aquí la importancia que tienen el toro y la vaca en los orígenes de casi todo pueblo cuya base de sustentación es la labranza. La posibilidad de cultivar mayores extensiones de terreno da más estabilidad á la alimentación; la choza y la tienda se convierten en casa, y el animal amansado y domado en animal doméstico ó casero; se regulariza la labor, haciendo al hombre trabajador; la diferencia de las estaciones del año en una residencia fija, permitiendo ó exigiendo el reposo, posibilita el mayor desarrollo de las artes, incita á la observación y el estudio, y determina épocas y dias de congregación; el trabajo, distribuído y pacífico, trae la reciprocidad de servicios. La influencia del pueblo pastor establece la división de clases, formándose los señoríos y merindades (de merinos, mayorinos ó parientes mayores, que hacen de patriarcas adoptivos), con gobierno, protección y regularización de la vida social; la división del trabajo da nacimiento á los oficios y á las artes liberales.

El cultivo del campo se hacía en Europa por todas las familias del *clan* en común; más tarde se dividía cada tres ó cuatro años en parcelas ó lotes familiares, siendo el usufructo para la familia, pero conservándose la propiedad de la tierra para la comunidad; tal sistema subsiste en muchas aldeas de

Rusia, en bastantes pueblos de Navarra, algunos de León y otros que se podrían citar; en Inglaterra también se observan sus huellas en los campos comunales, divididos en tres fajas, subdivididas en lotes y quedando una de las fajas en barbecho. Con las comunidades y el dominio señorial, y la gran fijeza de residencia, se desarrolla la *arboricultura*, que produce la primera idea de la propiedad inmueble hereditaria.

14. Artesanos.— Los artesanos por su parte se concentran en *villas* y bazares, á que acuden parte de los pastores convertidos en arrieros, trajinantes ó traficantes, y comienza el nuevo antagonismo de aldeas con villas, tan manifiesto en las luchas interiores del país vasco desde fines de la Edad Media [1], y que se revela también en la significación que se suele dar á las palabras rústico, cerril, agreste, villano, callejero.

Las necesidades alimenticias de la villa desarrollan el consumo de carne; y así como la presencia del animal doméstico produce el cultivo intensivo por el estiércol que suministra, así también el consumo de la villa produce la cría intensiva ó encebamiento, por el rendimiento que proporciona: se origina la división de destino entre el macho que se ceba y la hembra que trabaja y cría, como ocurre en la costa cantábrica, ó el macho capado que trabaja y la hembra que cría y da leche, como ocurre hoy en el

---

1 Véanse los estudios de Carmelo Echegaray sobre la fundación de villas.

país vasco; pero de importación extraña, pues aún no hace mucho tiempo los carniceros, curtidores y capadores de reses eran todos forasteros, generalmente franceses. La repugnancia hacia estos oficios parece más adecuada á un pueblo labrador, que considera al animal doméstico como compañero de trabajo, que no á un pueblo pastor, que ve en él la satisfacción de todas sus necesidades de alimento, abrigo y tráfico. También en las grandes ciudades chinas la mayor parte de los matarifes es tártara, y la antipatía de los chinos por la leche es uno de los indicios de su carácter hortelano más que labrador.

15. Origen de las plantas cultivadas. — De las plantas alimenticias, algunas siguen en su estado silvestre, como el cocotero y el árbol del pan, pero la mayor parte se han modificado por el cultivo; parte de éstas todavía se pueden encontrar en su estado primitivo, como, por ejemplo, la patata en los Andes de Chile; otras no se conocen en tal estado y hasta se ha perdido la tradición de su origen, como sucede con el trigo, cebada y centeno. Muchos de los árboles frutales tenemos la costumbre de propagarlos solamente por los medios artificiales de la estaca y el injerto; y en algunos su congénere silvestre, como sucede en el olivo, el manzano y el peral, es tan insignificante, que parece mentira haya ocurrido la idea de cultivarlo; hay otras plantas alimenticias que originariamente son venenosas, como la patata y la lechuga, y en cambio existen otras muchas silvestres nutritivas que no han sido utilizadas; en algunas la modificación

producida por el cultivo es tan grande, que con frecuencia carecen de flores ó de semillas; ejemplo, la caña de azúcar, muchas patatas, peras, uvas, dátiles, etc.; á este extremo llegó precisamente una palmera cultivada por los salvajes del Amazonas, la *Guilielma speciosa Gœrtn.*

Los *cereales*, como factor principal en la vida económica, caracterizan á Europa y Asia occidental [1]: se creyó en un tiempo que su origen debia buscarse en esta última región; pero después de los descubrimientos hechos en los palafitos de Suiza, tiende á demostrarse que bien pudo haberse desarrollado el cultivo en Europa con plantas indígenas. El *mijo*, que según De Candolle [2] y Drude [3] es originario de Egipto ó de India, lo conocían los neolíticos suizos según Joly, era el cereal primitivo de los arios antes de la domesticación de la vaca, según Hahn, y hasta después del descubrimiento de América é introducción del maíz constituía una de las principales bases de alimentación del vasco con el nombre de *arto* [4], que después ha pasado á significar maíz, distinguiendo desde entonces el mijo con el adjetivo *chiki* (pequeño) [5]: desconociendo Humboldt este hecho, quiso explicar el parecido entre los nombres de la borona y de la encina, suponiendo que los primi-

---

1 Hahn: *Loco citato.*
2 De Candolle: *L'origine des plantes cultivées.*
3 Dr. O. Drude: *Berghaus Phys. Atlas*, núm. 51, 1885.
4 Lope de Isasti: *Compendio historial de Guipúzcoa;* 1625, página 173.
5 Lacoizqueta: *Diccionario de los nombres eúsharos de las plantas;* Pamplona 1888, p. 170.

tivos vascos, según él iberos, hacían pan de bellota; pero el mismo parecido de nombres hay entre el helecho y el trigo; y por lo demás, ni habían de derivar los vascos el nombre de la borona del del árbol, sino del de su fruto, ni hay *bellotas* dulces ó comestibles en el país vasco. Este fruto y la *castaña* se consideran como primitivo alimento de los mediterráneos; el primero lo comen crudo en el interior y Mediodía de España, y al segundo, cocido ó asado, muestran afición en el país vasco y en el resto de la Península; sin embargo, y en contradicción con esto, el primero tiene nombre indígena en vascuence y el segundo no.

A diferencia del mijo, cuyo cultivo está muy extendido por la parte de Africa influída por semitas y berberiscos, en la India, Mogolia y entre los ainos al Norte del Japón, el *trigo* y la *cebada* quedan más limitados hacia el Sur por las condiciones térmicas.

Los ensayos de Faber sobre la transformación del género *Œgilops* en trigo, muestran la probabilidad de que pueda ser lo mismo originario del país como importado del Asia; las importaciones se han verificado mucho después, y esto para especies perfeccionadas, nunca para especies salvajes. En las estaciones del centro de Europa [1] se ha encontrado trigo en bastante abundancia, y también el *Triticum didoccum* y *monococcum*, montones de granos trillados, mondados; dos especies de cebada, el *Hordeum distichum* y el *Hordeum hexastichon*, esta en las más

---

1 Dr. G. Buschan: *Vorgesch. Botanik;* Breslau, 1895.

antiguas, y la cultivaron mucho los egipcios, griegos y romanos. Es de nótar que el nombre euskera del pan de trigo *(ogi)*, según un antiguo escrito existente en Compostela, se decía entonces *orgi*, que recuerda el francés *orge* y latín *hordeum*, lo que quizás tenga relación con el hecho de que la cebada tostada constituía en los pueblos antiguos un manjar sagrado.

El *centeno*, que, según De Candolle y Drude, es de origen europeo, no se ha encontrado en las estaciones prehistóricas de esta parte del mundo ni tiene nombre indígena en vascuence, á no ser que supusiéramos que el nombre latino deriva de aquél; la *avena*, procedente de las estepas ruso-tártaras, si lo tiene, pero tampoco se ha encontrado en las dichas estaciones. El *arroz*, originario de la Indochina, no pasa del Piamonte ni llega al país vasco; en cambio el *maíz*, cultivado en América desde antes del descubrimiento, alcanza en Europa á los 52° de latitud, es sustento cuotidiano del euskaldún, y se ha propagado rápidamente por casi toda el Africa.

Las *legumbres*, á pesar de su gran valor nutritivo, parecen relegadas á segundo término en el cultivo y en la alimentación de muchos pueblos; de ellas se han encontrado en las estaciones prehistóricas europeas el guisante, la lenteja y la *Faba vulgaris cellica nana;* procede del Asia menor, según De Candolle, el garbanzo, y aunque es de uso bastante común hasta en el Mediodía de Alemania y, sobre todo, en casi toda España, en vascuence se le designa con nombre castellano, ó apellidándole gui-

sante moro; apenas se le cultiva y queda derrotado en el puchero por las alubias; éstas, en su denominación euskera, llevan indicada su importación romana y de las Indias; se suelen cultivar entre los cereales, en los que se apoyan; se han extendido en Africa por Senegambia, el Ogüé y hasta entre los dinkas y bongos [1]; el haba, en cambio, es oriental, tiene nombre latino en vascuence, y por Africa se ha difundido hasta Tombuctu, Chad y Tanganika, pero no entre los dinkas, bongos, niam-niam y mombutús.

Por lo que hace á las *frutas* podemos citar, como halladas en las estaciones prehistóricas europeas, las manzanas y peras, generalmente partidas en dos, rara vez en cuatro pedazos, indudablemente desecadas para provisión de invierno; las peras son piruétanos (*madariak* ó *makatzak*, vasc.); las manzanas son mucho más numerosas, esféricas, de tamaño doble del de una nuez y celdas con pepitas espaciosas, tallo bastante largo y grueso en la base; Heer cree que el manzano era cultivado, por haber encontrado estacas de tronco de este árbol, motivo que hace á Vogt [2] opinar más bien que era un árbol silvestre del que se recogían los frutos. Se han encontrado también en los mismos puntos huesos de endrina, de la cereza en racimos (*C. padus*, *C. insiticia*, *C. avium*), ciruelas [3], frambuesas, moras, fre-

1 Zaborowski: *Origine des plantes cultivées et de la culture dans l'Afrique noire: Bull. de la Soc. d'Anthr.;* 1893, núm. 9.
2 C. Vogt: *Lecciones sobre el hombre.*
3 Piette: *Etudes d'Ethn. préhist.*, p, 2; *Les plantes cultivées de la période de transition au Mas d'Azil;* París, 1896.

sas, arándano, cáscaras de avellanas, á veces agujereadas, y fabucos; todas tienen nombre indígena en vascuence, á excepción del cerezo y el haya; caso este último notable, por ser un árbol espontáneo abundantísimo y característico de la región; lo tienen en cambio la vid mediterránea, el nogal y el albérchigo; son mediterráneos el castaño, higuera y olivo, de los que el último, no sólo carece de nombre euskera, sino que no se cultiva en el país, mientras que en otras regiones europeas llega á los 45° de latitud.

De las *hortalizas* son europeas, según De Candolle y Drude, la berza, remolacha y achicoria, y originarios de las estepas ruso-tártaras el rábano y el ajo; todos tienen nombre en vascuence, y en cambio carecen de él la lechuga, puerro, cardo, zanahoria, espárrago, melón y calabaza, el perejil, comino, ajenjo, espliego, orégano, romero, verbena y violeta. La patata, cultivada hoy desde Islandia hasta el Gabón y Mozambique, la trajeron á Europa los españoles mucho antes de los ensayos de Parmentier, y la cultivaban ya con anterioridad los peruanos.

16. Origen de los animales domésticos. — Después del perro, ya mencionado en párrafo anterior, uno de los más antiguos es el *reno*, que habitaba en estado salvaje las latitudes medias hasta los Pirineos en los últimos tiempos geológicos, y domesticado por los pueblos hiperbóreos del antiguo continente vive hoy en este estado, proveyendo á sus dueños de leche, carne, pieles, tendones, huesos y

cuernos, y sirviéndoles de bestia de carga y de tiro. El *camello* y el *dromedario* deben ser también de domesticación muy antigua, pues no se les encuentra en su estado primitivo salvaje, y hasta dicen algunos que necesita ayuda del árabe para cumplir con algunas funciones de su vida; caracterizan á los pueblos nómadas de la Tartaria, Turquestán y Mogolia, y á los de Persia, Arabia, Asia menor y Norte de Africa: su afine, la llama, es característica y exclusiva del imperio de los Incas, siendo el único animal de carga que el indio conocía.

Pero el ganado que más ha hecho ganar al hombre en cultura, por lo que ha contribuído á mejorar y asegurar su alimentación, desarrollar la agricultura y afincar la residencia aumentando la sedentariedad de los pueblos; el más estimado en las montañas cantábricas, alpinas y caucásicas, en el Indostán y en Egipto, desconocido en América hasta que en grande escala lo importaron los españoles, no indígena en el Africa, según la mayoría de los autores, y de importancia secundaria en las parameras asiáticas por el rigor del clima, no prosperando más que en aquellas en que durante la estación veraniega puede remontar [1], es el ganado *vacuno*, y este ganado «aparece en los tiempos prehistóricos en compañía del hombre, tan pronto como éste deja la vida de cazador, y le sigue en todas las fases del desarrollo de su cultura; quizás en él fuera mucho más fácil que en el hombre determinar las

---

1 Ratzel: *Völkerkunde* II, pág. 540.

razas primitivas y su patria, y las proporciones de mestizaje con forma, color y dibujo, bien definidos, que en las razas actuales se pueden presentar» [1].

En los palafitos suizos se encontraron dos razas salvajes de grandes dimensiones: el *B. primigenius* y el *aurochs* ó *Bison europæus;* éste último nunca ha sido domesticado; pero habitaba la Europa central en los tiempos históricos. Durante la edad de piedra se crió el *B. brachyceros* ó *longifrons* de cuernos gruesos, pero no demasiado largos, dolicocéfalo, de hocico ancho y más claro que el resto del cuerpo, que es retinto y rechoncho; la vaca zaina se extiende, según Kaltenegger, por el S. W. de Europa y N. de Africa y acompaña en el Tirol á los montañeses dolicocéfalos [2]. Más tarde aparece como doméstico el *B. primigenius*, gris con manchas obscuras en la cabeza, vientre y piernas; según Kaltenegger, la vaca jabonera, braquicéfala y esbelta, se extiende por el SE. de Europa, es de origen turanio, reaparece en las montañas etruscas y acompaña en los Alpes réticos á los montañeses ultrabraquicéfalos. En Concisa y en Chevraux (Neufchâtel) se han encontrado los restos de un toro de frente plana, casi cuadrada, con cuernos encorvados, casi en semicirculo, talla inferior en un tercio al de origen salvaje, y concuerda perfectamente con una gran especie de los aluviones de Arezzo y

---

1 Kaltenegger: *Parallelismus zu. d. Wohns, Volksel. u. Rind.*; *Corresp. f. Anthr.*; 1894, xxv, pág. 126.
2 Kaltenegger: *Loco citato.*

Siena, llamado *B. trochoceros*. En las turberas de Suecia y Escocia se descubrió en estado salvaje el *B. frontosus*, de frente convexa entre los cuernos y cóncava entre los ojos, reborde frontal grueso y fuertemente encorvado sobre el occipucio, veleto y corniavacado, menor que el *primigenius* y mayor que el *brachyceros;* falta por completo en los palafitos y turberas de Suiza; pero hoy constituye la raza berrenda de Simmental y Saanental, que fué introducida en los tiempos históricos y probablemente procedía del Norte [1]: la vaca berrenda en colorado acompaña en el Tirol á la población mesocéfala, y á la italiana la vaca sarda, morena, con rayas grises, amarillas ó herrumbrosas, importada hace un siglo.

Keller cree que el *B. brachyceros* procede del *B. africanus* por su analogía en la forma de la cara, piernas, dientes, intermaxilar, etc.; éste, á su vez, procedería de Asia, del zebú, habiendo perdido después la joroba y cruzádose con otras razas en Egipto; en un palafito suizo se ha encontrado un cráneo sin cuernos ni sus espigones, cosa que era frecuente en Egipto; y en el Museo de Berna hay un cráneo cornigacho, dolicocéfalo, de frente desigual, parecido á una raza de los somalis [2]. En cambio Sanson cree que la vaca africana procedente del Egipto es idéntica al *B. T. asiaticus*, bien armado, retinto y de hocico estrecho que, originario de Cambodje, se

---

1 Vogt: *Lecciones sobre el hombre.*

2 C. Keller: *Los elementos africanos entre los animales domésticos de Europa*, 1898.

extendió por las estepas de Asia y Europa hasta Italia y el SE. de Francia, sin que tenga nada que ver con el zebú [1].

En el país vasco casi todos los bueyes son de pelaje colorado ó avellanado. El cebú se halla difundido por el África, excepto Sáhara y Egipto, y por el Indostán, Indochina y Malasia; el carabao, en Marianas, Filipinas, Borneo, Sumatra, Java, Malaca y Ceilán; el búfalo, en Ceilán, Indostán, Persia, Cáucaso, Asia Menor, Bajo Egipto, Sud de Italia, peninsula de los Balkanes y Crimea [2].

«Los huesos del *caballo* — dice Rütimeyer — son en las habitaciones de la edad de piedra mucho más raros que los restos humanos, y, como no se puede suponer que el caballo haya sido sepultado con el hombre fuera de las construcciones sobre estacas, resulta que el caballo ha faltado realmente á los habitantes de las más antiguas estaciones lacustres, y aun ha debido ser raro en las dos épocas más recientes del mismo período: tan raro, que me parece probable que los pocos restos de caballo encontrados en Robenhausen, en Wauwyl, etc., deben haber sido traídos de fuera á las construcciones sobre estacas á título de alimentos, porque tanto el género de vida como las costumbres de las poblaciones lacustres parecen poco compatibles con la cría del caballo. Es superfluo añadir que estos restos de ca-

---

1 A Sanson: *Sur les Bovidés de l'Afrique centrale; Bull de la Soc. d'Anthr., París*, 1894, núm. 8.

2 Marshall: *Berghaus Phys. Atlas*, núm. 60, 1885.

ballo corresponden á nuestro caballo actual y se distinguen con mucha facilidad de las especies fósiles.

En América, á pesar de haber existido en el período cuaternario, era completamente desconocido el caballo, así como la cabra, el ganado lanar, de cerda, asnal y vacuno, las gallinas, palomas, patos, gatos, conejos y gallinas de Guinea, riqueza toda que deben hoy á los españoles.

«Es un hecho, que llamó ya la atención de los primeros historiadores, la ausencia casi completa de animales domésticos en América; pues si bien es cierto que en los dominios de Moctezuma se cuidaban casas de fieras y jardines botánicos que no tenían comparables en la Europa contemporánea; si bien Gómara en su *Historia general de las Indias*, cap. CCXIV, cuenta que al Noroeste de Méjico, á los 40° de latitud había, en el siglo XVI, una población cuya mayor riqueza consistía en «rebaños de bueyes con una giba»; si también sabemos que en Méjico se cultivaba la cochinilla, y que en el Perú de los Incas se tenían como domésticos el cuy, ó conejillo de Indias, la alpaca, la llama y, probablemente, el perro, no es menos cierto que todos estos son casos muy limitados ante la ausencia completa de bestias de silla y de tiro; ausencia tanto más chocante en pueblos que habían llegado á un esplendor agrícola verdaderamente sorprendente. Ante ese fenómeno extraño, es natural que los españoles, justamente previsores, procuraran acompañar sus conquistas de la introducción de animales do-

mésticos que les sirvieran de alimento, de medios de transporte, de auxiliares para el cultivo y de defensa, etc., etc., á vencedores y vencidos; y en efecto, no hay otro ejemplo en la historia de un pueblo conquistador que se haya impuesto á sí mismo tantos sacrificios por dotar al país conquistado de aquello de que carecía, y que hoy constituye una de sus mayores riquezas; y era tal la prisa que se daban y el afán que mostraban en poner aquel país en condiciones para la vida civilizada, que se registraron muchas catástrofes debidas al exceso de ganados que atestaban los navíos en sus viajes desde la Metrópoli á las Colonias. De estas catástrofes no pocas fueron ocasionadas por ataques de piratas franceses é ingleses, que, como en tantas otras ocasiones, demostraron tener mucho más espíritu de rapiña que los españoles, adquiriendo por estos procedimientos un grado de prosperidad contemporáneo de nuestra decadencia, y procurando hacer olvidar á la joven América la sangría suelta que por suministrarla elementos de producción se había impuesto la nación «que le trajo las gallinas» [1].

Respecto al carácter indígena de la domesticación del caballo en Europa, agregaremos que algo arguye en su favor la existencia en el vascuence de calificativos aborígenes para las diferentes condiciones de los individuos de la especie, y hasta para los productos híbridos con el ganado asnal [2]. Es el animal

---

1 Aranzadi: *Fauna americana;* 1891, pág. 41.

2 Arturo Campion: *Celtas, iberos y eúskaros;* Euskalerría, 1898.

de los grandes pueblos nómadas, consérvanle mucho cariño el alemán y el árabe, transformó por completo al indio de las praderas, creó el gaucho y sufre en España una muerte escandalosa é inmerecida, para que el espectador se entusiasme con un joven bruto.

El *carnero*, que no está representado en las pinturas egipcias de la cuarta dinastía, pero fué conocido de los hebreos y de los griegos en la época de la guerra de Troya, aparece durante la edad de piedra en Suiza, según Rütimeyer, con una raza de pequeñas dimensiones, extremidades delgadas y cuernos cortos, rectos, dirigidos como los de la cabra; solamente en Wauwyl se han encontrado restos de razas de cuernos grandes y encorvados, que pueden considerarse originadas del carnero montés de las costas mediterráneas y el argali asiático; del otro tipo anteriormente indicado se han encontrado restos en las cavernas de Lunel-Viel en el Mediodía de Francia, correspondientes á los tiempos más antiguos del género humano, y todavía se cría en las Shetland y Orcadas, así como en las montañas del país de Gales y en los Grisones, por encima de Dissentis. La *cabra (Ybex é hircus)* abundaba en las habitaciones de la edad de piedra, más numerosa que el carnero en las colonias más antiguas, invirtiéndose esta proporción más tarde. La cabra abunda en África y en el Mediodía de España, y la oveja en las parameras asiáticas y españolas.

El *cerdo*, que tampoco está representado en las pinturas egipcias de la cuarta dinastía, se encuentra

en los palafitos suizos (y en el cuaternario de América), y Rütimeyer distingue en éstos dos razas: el puerco de los pantanos y el jabalí; el cerdo doméstico no se ha encontrado en las estaciones suizas más antiguas, y el que después aparece como primeramente domesticado es el de los pantanos, que desapareció como salvaje antes de los tiempos históricos; en las cavernas, en los aluviones y en Concisa se encuentran cerdos más parecidos al jabalí, pero todavía podemos ver en los Grisones, Uri y Valais una raza pequeña de cerdo, de dorso redondo, de piernas cortas, de pequeñas orejas rectas, de hocico corto y grueso, cuya piel afecta un color uniforme, negruzco, ó pardo-rojizo-obscuro, guarnecida de crines largas ó rígidas, y que por la conformación de huesos y dientes coincide con el puerco de los pantanos.

Sin detenernos á considerar las razas españolas, mencionaremos únicamente que en el país vasco predomina casi en absoluto el cerdo de piernas cortas y color claro, á diferencia de lo que sucede en Extremadura, por ejemplo. Se parece también al cerdo de los pantanos el puerco indio ó siamés, tan extendido por las dos peninsulas meridionales del Asia, China, Japón, Malasia, Oriente y Sud del África, y que no existe ya en Asia en estado montés. Es el principal animal doméstico en Oceanía, y en cambio le tienen horror los semitas.

El *asno* es oriundo de África, pero ya vivía en Europa en los tiempos prehistóricos una especie montaraz *(A. hemionus)*, que hoy se ha retirado á

las parameras asiáticas y que no es el progenitor de nuestros burros, sino probablemente el *A. tæniopus*, que vive hoy montaraz en Nubia y el país de los Somalis; en Egipto, además de la pequeña, hay otra raza mayor, de índole pacífica, color entre blanco y amarillo claro, que es la que tenían los patriarcas hebreos, y se parece á la onagra de Asia menor [1]; esta raza existe también en Andalucía.

El *conejo* casero era desconocido de Aristóteles y Jenofonte, poco conocido en Grecia é Italia á principios del siglo II antes de Jesucristo, y aun hoy no se le encuentra más que en la zona templada de Europa y Norte de Africa, en la América y apenas alcanza á la Tartaria por Oriente, si bien últimamente se introdujo en Australia: donde primero se le domesticó fué en España; Lartet no lo encontró en las Cavernas de los Pirineos, exclusivamente habitadas por el hombre, y todavía aborrecen los lapones la carne de liebre y de conejo.

El *gato* casero era desconocido de los arios, de Homero, Moisés, Aristóteles y Plinio; tampoco conocían el gato, la rata y el ratón los neolíticos suizos, ni quizás el primero los primitivos vascos (sin embargo, al lado del nombre *katu* tenemos *musiña*, *mishu* y *mishorchu*); en Egipto aparece representado por primera vez en un grupo de estatuitas de bronce del año 650 antes de Jesucristo próximamente, siendo las momias más antiguas de gato salvaje; su domesticación se hizo más bien por mo-

1 Keller: *ut supra.*

tivos religiosos que económicos, y hoy es el compañero del comerciante, como el perro lo es del cazador y el pastor.

Piette encontró restos de *gallina* en la caverna de Gourdán en yacimiento paleolítico, pero la principal dispersión de la doméstica es á partir del Mediodía de Asia por la Oceanía. Las abejas, las palomas y los patos se admiten como aborígenes de Europa y tienen nombre indígena en vascuence; el ganso y el cisne son también europeos, y al hurón se le supone originario del Africa.

II

Habitación.

1. Guaridas. — Las habitaciones de los salvajes son aún más sencillas en muchos casos que los nidos de las aves, los diques de los castores, las plataformas de los antropoides, las madrigueras de los topos, y tantas otras guaridas de diversos animales, sin duda por la vida errante á que aquéllos se ven obligados. Los andamanes se guarecen contra el viento al abrigo de algún peñasco saliente, socavando un agujero en la arena para descansar en él; la estación prehistórica de Cro-Magnon era también un abrigo de éstos, análogo á los de los bechuanas: ciertos tasmanios, en tiempo de Cok, se guarecían en los huecos de los árboles. Los bosquimanes, para pasar la noche, se medio entierran y acaban de cubrirse con hojas ó ramas.

2. Cuevas. — Un clima más riguroso obliga al hombre á guarecerse en las cavernas naturales, como sucedió en Europa en la época del mamut y el reno, aunque también en climas benignos se usan, como los guanches en Canarias, que las habitaban en verano. En la época neolítica se hora-

daba ya el terreno para construir cuevas artificiales, como las de los escoceses y germanos en la antigüedad, y que les servian para almacenar los granos, resguardarse del frio y refugiarse en caso de guerra; ó las que aun hoy siguen habitadas en ciertas regiones de Alemania, Francia, España, etc., con el nombre de silos.

Los hiperbóreos construyen sus cabañas medio enterradas en la nieve, y utilizando como material de construcción esta misma y la piedra.

3. Mamparas. — Los salvajes del Brasil construyen simplemente unas mamparas inclinadas hechas con hojas apoyadas en palos, y delante de las cuales al socaire cuelgan sus hamacas entre dos árboles; análogas mamparas arman también los habitantes de la tierra del Fuego y Australia, bosquimanes y negritos de Filipinas; tales resguardos son más bien para proteger el fuego ú hogar que para abrigar al hombre.

Observando este hecho de que en la tierra del Fuego, Tasmania, Sud de Australia y Sud de Africa el hombre se rodea de menos elementos de abrigo que en situaciones y climas menos rigurosos, se deduce que, no por la dura necesidad, sino por el desenvolvimiento tranquilo que la paz y la abundancia proporcionan, por la estabilidad, ante todo, se realizan los más importantes progresos [1].

4. Cobertizos. — Los bosquimanes aprovechan las ramas pendientes, las entrecruzan y afirman para

---

1 Ratzel: *Völkerkunde;* I, p. 101.

cobijarse bajo este cobertizo seminatural. Los botocudos clavan en el suelo grandes hojas de palma formando círculo, y unen sus puntas para formar el techo; los naturales de Australia, cuando van á acampar por algún tiempo, entrelazan varias ramas y las cubren con cortezas de árboles, hojas y yerbas, y hasta las impregnan de barro; generalmente, llevan consigo las mujeres unos palos largos que clavan en el suelo para dar el primer apoyo á la choza ó cobertizo. Semejantes cobertizos temporales de cañizo ó ramaje, aislados y dispersos, construyen también los foguinos.

5. Tiendas. — De la choza cónica cubierta de ramas, cortezas y pieles se origina la tienda, como la que los pieles-rojas transportan con sus puntales, pieles y cortezas; los pueblos nómadas de Mogolia emplean para sus tiendas cubiertas de crin ó de lana, trabajadas como el fieltro ó trenzadas; los árabes emplean el cuero. Todas las tiendas de una tribu se tienden y plantan formando corro ó redondel, y para la mejor defensa se rodea el campamento con un seto ó valla.

6. Chozas.—Entre los negros hortelanos la choza circular, tal como la de los galas y somalis, sea en forma de colmena, como la de hotentotes y bechuanas, por permitirlo así las flexibles ramas de las mimosas, ó sea cónica, es baja para andar dentro de ella y pequeña para tenderse á la larga; se aumenta su capacidad ahondando el suelo; pero mayor adelanto supone el levantarla sobre postes, pies derechos ó paredes, de modo que lo que al principio fué toda

la choza, llega á no ser más que el techo, y sus paredes se forman con maleza ó con lodo.

7. Cabañas.—Señala un gran paso hacia la civilización en ciertos pueblos africanos, como el maniema, fan y dualla, la construcción de cabañas con esquinas en escuadra, puertas adornadas y techo en caballete, permitiendo la división interior en cuartos y la separación de sexos bajo el mismo techo.

Reuniéndose las chozas de una tribu se forma la ranchería, lugar ó aldea, que se rodea con una empalizada, y se destinan chozas especiales para el culto, para el Rey, para los consejos, congresos ó *palabras,* reuniones en que se tardan horas muertas en discutir con frases hinchadas y derroche de retórica las cosas más sencillas, como, por ejemplo, si hará ó no buen tiempo el dia siguiente para salir á labrar la tierra ó recoger la cosecha.

8. Bordas.—Donde la madera escasea se recurre á la piedra, tierra ó turba; así los australianos forman cobertizos con muros de piedras sueltas, muros que techan con palos tendidos y atravesados, es decir, una cosa análoga á las bordas de nuestros pastores, aunque éstas tienen ya caballete cubierto de césped; por el mismo procedimiento se construyen aún los vallados en muchas localidades de Europa, donde abunda la pizarra ú otro material cualquiera que se despedace en lajas de superficie plana; con piedras sueltas, exclusivamente, se construyen las casas en forma de colmena de las Hébridas; con habitaciones abovedadas por la yuxtaposición de piedras que sobresalen gradualmente hacia el interior,

y que se cubren con césped, semejando colinas de verdura, con corredores interiores para que sus habitantes gateen por ellos [1].

9. Casas.—Casas ya perfectas y completa ó casi completamente de madera, construyen los malayos, polinesios, mombutús y wagandas, casas ricas en adornos, como lo son también las de Noruega. El uso del material de piedra no permite tanto adorno; pero además de ser más duradero, lleva en sí el germen de la belleza arquitectónica de proporciones.

Las paredes de las chozas de ramas se embadurnaban con arcilla en las habitaciones lacustres prehistóricas de Suiza, como se prueba por los pedazos cocidos accidentalmente cuando las chozas se quemaron y cayeron al agua, donde se encuentran las huellas de las cañas, sobre la que se moldeó la arcilla. También conocemos las cabañas ó establos hechos con mezcla de arcilla y paja ó boñiga, muy usuales en los climas secos; estos adobes, secados al sol, se usaron en Oriente desde los tiempos antiguos, y en Egipto los daban forma en moldes de madera; también se usaron en América, y podemos verlos hoy en el interior de España. Los ladrillos cocidos parecen invención posterior, indispensable en los climas lluviosos, y una variante suya constituyen las tejas romanas.

Para la construcción de las casas ordinarias se suele recurrir hoy á la combinación de todos estos materiales, piedra, ladrillo, teja, pizarra; pero con-

---

1 Tylor: *Antropología.*

servando el uso de la madera paro el pavimento y las vigas que sostienen el tejado; en los caserios vascos, por ejemplo, suelen ser de cal y canto los ángulos y marcos, y en muchos casos los costados de la casa, de madera la jaula ó armazón, incluso las paredes y el pavimento, y de ladrillo el cierre de las paredes, dejando libre un poste de madera con su capitel ó una columna de piedra para sostener el dintel del amplio portal, y abierta ó en enrejado de madera la guardilla para servir de granero.

La importancia del material de construcción para la civilización de un pueblo puede apreciarse recordando la observación de Schweinfurth, de que la falta de piedra en el país de los dinkas (alto Nilo) es la causa de su carencia de caudillos y de monumentos, si bien es verdad que los negros no tienen monumentos aun en aquellos territorios más abundantes en piedra. «El granito de Siena y la piedra caliza negra de Persépolis son piedras duras que han conservado hasta nuestros dias sus esculturas y pulimento, y han contribuido en gran menera, como apoyos y transmisores de la tradición, á dar gran estabilidad y duración á la civilización del Egipto y de la Grecia» [1]; es de advertir que la estabilidad de los monumentos egipcios depende en mucha parte de la del clima, pues los monolitos transportados á París y Londres han sufrido mucho en pocos años con la humedad y las variaciones de

1 Ratzel: *Völkerkunde*, I, p. 102.

temperatura. La movilidad, rayana en inconstancia, de los japoneses, quizá tenga relación con sus poco sólidas habitaciones, que fácilmente se adaptan á cualquier modificación.

10. Techumbre. — En paises como el Egipto, donde la lluvia es despreciable, puede la techumbre ser horizontal, hecha de cañas ó pleitas de hojas cubiertas de barro: de ella se derivó la azotea semítica.

Donde tenga por objeto resguardarse de la lluvia, la techumbre ha de ser con alero y pendiente; si es de cañizo ó de paja, como en la huerta de Valencia ó en Oceanía, la inclinación ha de ser muy grande. Donde se cubra de materiales sueltos (tejas) ó sean frecuentes las rachas de viento, la inclinación será menor. Donde haya que evitar la acumulación de nieves, cuyo peso excesivo pudiera ser peligroso para la seguridad del edificio, la techumbre será muy apuntada [1]. Sin embargo, cada nación lleva consigo la forma característica de sus edificios, y no los modifica más que ante una suprema necesidad: la techumbre muy apuntada, que Eigl considera como franca [2], aparece á lo largo de toda Francia desde Nancy hasta Bordeaux y el Béarn inclusive, y el material que la cubre está formado de pizarras ó de maderas (ripias), penetrando en esta última forma por el paso de Roncesvalles hasta Espinal, Isaba, etc.; una variante es la de Gavarnie (Hautes Pyrennées),

---

1 Bancalari: *Correspondenzbl. f. A. E. u. U.*; 1894, xxv, página 169.

2 Eigl: *Correspondenzbl.*; 1894, p. 163.

que entre dos lienzos de pared en punta escalonada con una laja grande horizontal en cada escalón presenta una techumbre menos saliente, hecha con haces de paja: en Santander, aunque más rebajada y cubierta de tejas, presenta de común con la de Gavarnie el que los dos lienzos de pared apuntados sean los laterales, y en la fachada forme el alero una línea horizontal paralela al caballete; mientras que la casa vasca y la suiza tienen la techumbre rebajada, con mucho alero y el caballete perpendicular á la fachada, de modo que ésta acaba en un trozo triangular, que corresponde al granero: el tejado rebajado con tejas se extiende en Francia por Toulouse y el Ródano á Lyón.

Indiferentemente de su inclinación la techumbre primitiva, derivada de la tienda y la choza circular, fué cónica; pero cuando la cabaña, en vez de ser de cestería, y por consiguiente circular ú oval, pasó á ser de vigas, y por consiguiente poligonal, la techumbre tuvo que hacerse piramidal con una vertiente correspondiente á cada lienzo de pared, en la forma holandesa ó sesgada; en la casa rectangular alargada, la pared vertical puede subir más en los lados cortos, y el tejado tendrá entonces caballete con dos vertientes que bajan más, y terminado en los dos extremos por otras dos pequeñas vertientes que bajan menos; también puede ofrecérsenos un tejado con dos vertientes y caballete terminado por otras dos que llegan hasta el mismo nivel, pero completamente verticales, y tal ocurre en el Sud de Suecia; ó estos dos trozos verticales pueden cons-

truirse del mismo material y en la misma forma que los lienzos de pared que los sustentan, sin más revelación de su génesis que un resalto que distingue el lienzo inferior de pared de la parte superior triangular, como se suele ver en Grecia [1]; por último, desaparece la distinción entre la parte inferior y la superior triangular de la pared, como ocurre en muchas casas vascas, donde, además de salir el caballete hasta el alero de la fachada, no siempre la parte correspondiente al granero es de madera, sino de cal y canto, ó de ladrillo con aberturas triangulares para la ventilación.

11. Hogar. — En un principio el fuego se encendía en medio de la choza ó tienda, en un hoyo ó entre unas piedras, saliendo el humo por las rendijas, como en las bordas de nuestros pastores, ó por un agujero del techo, que con la puerta constituían las dos únicas aberturas del recinto; este fogón ú hogar, circuido de piedras, maderas ó tapia y con su caldero colgado, vino á ser la expresión simbólica de la familia, y en Guipúzcoa de la unidad electoral. Si sobre el fogón se construye una campana para recoger las chispas, esto permite la existencia de un desván ó granero, al que llegaría el humo ya inofensivo [2], y á la vez, ó precedentemente á esta división en pisos, aparece la división en cuartos, que permite la separación de individuos, á la vez que la reunión bajo el mismo techo; base material para el des-

---

1 Montelius: *Correspondenzbl. f. A. E. u. U.;* 1894, xxv, página 162.

2 Eigl: *Ibidem*, p. 164.

arrollo de la educación moral y de la monogamia. El casado casa quiere, dice el refrán, y esta unificación solariega del matrimonio, tan gráficamente expresada en los rótulos que en la montaña de Navarra conmemoran los nombres del marido y la mujer, y la fecha en que hicieron la casa, es el mejor enemigo del serrallo y de la promiscuidad.

Cuando al hogar se superpone un cañón de chimenea, aunque éste termine directamente en el desván, queda aquél trasladado á uno de los cuartos laterales, y se libran los moradores del humo [1]. «En las tribus nómadas, en que la casa se ha derivado de la choza cónica, la chimenea sigue hasta los últimos tiempos en medio del tejado, mientras que en las casas de la baja Sajonia está en el extremo trasero del caballete» [2].

Además de la chimenea y de las aberturas de ventilación del granero se hacen entonces otras, que son las ventanas; éstas se cierran en el extremo septentrión con hielo, y en otros casos con redaño ó con mica; en países de clima menos riguroso, solamente por la noche con maderas, y para casos excepcionales se deja un ventanillo que permite cerrar el paso á las grandes ráfagas de tempestad, dejándolo á la luz.

12. Establo y granero.—Donde lo principal sea

---

1 Eigl: *Loco citato.*

2 N. Charusín: *Evolución de la morada en los pueblos nómadas y seminómadas, turcos y mogoles de Rusia.*—Moskau, 1896; *Resumen por el Dr. Timann en Centralbl. f. Anthr.*; 1898.

la ganadería, como en Pas, ó donde la configuración del terreno dificulte la extensión en edificios separados, como en el país vasco, el establo ó cuadra se halla en la misma casa, pasando los dormitorios humanos al piso superior; en algunos caseríos guipuzcoanos el hogar queda en el piso bajo, y el tabique de separación del establo tiene ventanillos por donde asoman las vacas. En otro caso, como sucede en los cortijos andaluces, la casa puede no tener más que un piso, y se distribuyen en sotechados diferentes los distintos departamentos rodeando al corral, cortijo ó patio y cercado todo por seto, tapia ó cerca [1].

El granero es en los países secos un silo, y en los húmedos un hórreo sobre estacas, como entre muchos negros africanos y los ainos, ó sobre pegollos de cal y canto, como en Asturias, Carintia y Carniola; en el país vasco es el desván de la casa-morada.

Prolongando por delante de la fachada las paredes laterales, queda espacio para la *solana* con balcón ó corredor mirando al Mediodía, y retrasando la puerta queda el *zaguán* ó portal, en el país vasco generalmente dividido por un poste ó columna, y donde se aloja el carro; el *horno* es el único departamento que en dicho país tiene sotechado aparte, como no sean además el gallinero y las colmenas.

13. Muebles. — La construcción de la casa depende demasiado de las condiciones climatológicas para que, sin más salvedades, podamos apreciar en

---

1 Compárese N. Charusín: *Loco citato.*

ella el carácter etnológico, que se revelará más bien en su adorno y en el ajuar [1]. Dejando para la técnica ó industria los demás enseres, sólo mencionaremos aquí las sillas ó bancos, mesa y cama, que no faltan en ninguna casa de pueblos agrícolas como la China, mientras que en el Tibet pastor esos muebles son desconocidos; en el mundo musulmán se halla muy extendida la costumbre de sentarse en el suelo á la mora ó á la turca con las piernas cruzadas por delante, y así lo hacen también los ainos; los japoneses se sientan sobre los talones cruzados, como los niños castigados de rodillas cuando se cansan; las mujeres españolas se sientan de lado en la iglesia; los negros descansan en cuclillas y se suelen permitir el lujo de poyos y banquetas artísticamente trabajadas, no sólo para sentarse, sino también para apoyar la cabeza al acostarse sin tener que deshacer el peinado.

14. Palafitos.—El deseo de asegurarse un refugio contra las fieras y contra sus enemigos, y más tarde las necesidades de la aglomeración, impulsaron al hombre á levantar la habitación sobre estacas ó pies derechos, y con el piso á bastante altura sobre la superficie del agua, lo cual es bastante fácil donde abunda el bambú ú otras cañas resistentes. Las habitaciones lacustres, palafitos ó terramaras son conocidos en Europa desde la época neolítica; en China é Indochina son hoy muy comunes por la excesiva densidad de población, y á veces reempla-

---

1 Bancalari: *Loco citato.*

zados por almadías ó barcos fuera de servicio; también habitan sobre estacas los malayos, la mayor parte de los melanesios y americanos del N. W., algunos africanos é indios del Centro y Sud-América, aunque no siempre sobre el agua, sino sobre el suelo. Los negritos, vedas y guaraníes construyen sus cabañas en las copas de los árboles, sin que por esto se las deba comparar con el nido del orangután, sino como una modificación de las habitaciones sobre estacas [1]. Sobre estacas se edificaron también por necesidades de refugio ó comerciales ó por falta de sitio, las ciudades de Venecia, Amsterdam, San Petersburgo y parte de Bilbao.

15. Casas grandes. — En India, Arabia y Berbería se construyen casas de piedra con varios pisos, pero donde la acumulación de habitaciones adquiere el mayor desarrollo es en las *casas grandes*, que los extranjeros designan con la palabra castellana *pueblos*, de las naciones semicivilizadas de América. La casa comunal de las naciones semicivilizadas de América tiene paredes de adobe (algunas de piedra) blanqueadas con barro, pisos de losa ó de adobe enyesado, techos de mimbre y caña, ventanas con láminas de mica, entrada al cuarto bajo por puertas y á los pisos superiores por escaleras de quita y pon, terrados para la reunión de las familias en sus juegos y demás ratos de solaz; caminos cubiertos que conducen á varias partes de la villa; cerca de las casas hornos en cúpula para cocer el pan, y fuera

1 Ratzel: *Völkerkunde;* I, p. 105.

de la villa jardines y huertos cercados con paredes de barro; todo ello se ve en los pueblos de los cañones del Colorado y Arizona, en mesetas á ciento ó doscientos metros sobre el valle, las casas en hileras con diferentes pisos, apoyándose unos en otros; en el declive ó en el valle los jardines, sin corriente de agua en cuarenta millas de distancia, teniendo que recorrer ó bajar largo camino en busca del agua. La casa comunal domina, no sólo en los *pueblos* de Centro-América y los Andes del Perú, sino también, aunque en menor escala, en el resto de América, Oceanía y Malaca.

16. Caseríos y poblaciones. — Sea por el carácter esencialmente agrícola de los habitantes, sea por la facilidad de la defensa en la montaña, sea por la multiplicidad de los manantiales ó sea por otras causas, hay países donde la generalidad ó gran parte de las casas aparecen diseminadas cada una en medio de su campo ó heredad, con la única agrupación constituída por la iglesia, la casa consistorial con la escuela y la plaza ó mercado; tal ocurre en el país vasco y aun el resto de la costa cantábrica, y con mayores ó menores atenuaciones en la región llamada celta, hasta llegar por Levante al Weser, al Rhin en Eifel (Gerolstein) y los Vosgos, y siguiendo sus límites por el Jura y el Norte de los Alpes hasta los Nóricos [1]; aunque obedeciendo á

---

1 August Meitzen: *Siedelung u. Agrarwesen der West und Ostgermanen, der Kelten, Römer, Finnen und Slawen;* Berlín, 1895.

otro tipo de residencia, también ocurre algo de eso en los cortijos, huertas y masias del Mediodía y Levante de España.

En cambio, por descender de grandes tribus, antes nómadas; por la necesidad de la concentración para la defensa ó por la gran distancia entre las corrientes de agua; por la elección estratégica de cerros, islas, recodos de ríos ó lenguas de tierra; por la comunidad de intereses ó el aprovechamiento de un bosque, unos pastos, un pantano ó una cantera; por la división del trabajo; por el establecimiento de comerciantes en encrucijadas, confluencias, ensenadas, rías y desembocaduras, se originan las agrupaciones de casas, lugares, pueblos, villas y ciudades, que en su disposición llevan el sello de origen. Así, por ejemplo, distingue Meitzen el lugar germano, de calles irregulares y con lotes de terreno ó parcelas, y el eslavo, con una calle única, huertas rectangulares detrás de las casas, y más allá el campo común, ó con una plaza y una entrada y huertas triangulares; el primero tiene por límite oriental Kiel, Leipzig y Bohemia, y se extiende con carácter híbrido ó feudal por el Norte de Francia y Levante de Inglaterra.

El contraste entre el país de casas diseminadas y el de pueblos reconcentrados se aprecia muy bien pasando de Sainte Engrace, última aldea vasca bajo el Pic d'Anie, á los primeros pueblos bearneses, Lées, Athas, Accous, Bedous, Lascun, etc., aun al Roncal, Agorreta, Burunda, llanada de Alava y ribera de Navarra, y sobre todo pasando á Castilla

y Aragón. Son pueblos de ciudades los del desierto, como el árabe; los comerciantes, como el fenicio, hebreo y chino; y por motivos fáciles de comprender, los conquistadores de un pais habitado; «más tarde las necesidades comerciales exigen el traslado de estas ciudades fortificadas: las fundaciones prematuras son características de las colonizaciones jóvenes, y por esto encontramos tantas ruinas en Norte y Centro-América, en la frontera que separa á los nómadas de los chinos, como, por ejemplo, en el alto Hoangho, en todos los puntos donde se ponen en contacto la semicultura y la semibarbarie». [1]

A la fertilidad del Nilo y del Ganges se debió la concentración de sus ribereños, y un efecto análogo han producido las cuencas carboníferas del Norte de Europa, las ferruginosas de Vizcaya, los campos auríferos de Australia, California y el Cabo. También engendra ciudades la necesidad del tráfico, mucho más que la cultura, aunque estemos acostumbrados á que se consideren ligadas las ideas de ciudad, urbanidad y civilización; la tendencia á vivir en ciudades es independiente del grado de cultura, como se ve en los chinos, con cierta civilización material, sin la correspondiente superioridad de cultura espiritual.

---

1 Ratzel: *Völkerkunde*, I, p. 107.

III

Vestido y adorno.

1. Material.—El hombre cubre, tapa, abriga y adorna su cuerpo en extensión mayor ó menor y de diferente manera, según es el material que para ello le ofrece la naturaleza y el arte. Nadie tan favorecido en este punto como el jíbaro del Amazonas, que tiene á su disposición el árbol de la camisa *(Lecythis)*, con su flexible y mondadera *corteza*, que no hay más que remojar, golpear, hacerle dos agujeros para los brazos, y ya la camisa está hecha. El uso de la corteza de diferentes árboles se halla extendido también por la Polinesia, entre los bantu y akas del Africa, ainos y habitantes de Vancouver. Los antiguos germanos utilizaron la corteza joven de tilo, y en otros países en que se ha abandonado su uso se vuelve á él en circunstancias solemnes, como en tiempo de luto en Borneo. También usan algunos pueblos salvajes las *hojas*, y otros, como los maoris, mexicanos y nyam-nyam, las *plumas*. Muchos sólo usan unas faldillas ó taparrabos de corteza en Nueva Irlanda, de algas en Samoa, de fibras de coco la mujer de Nueva Caledonia.

Las *pieles* son utilizadas de la misma manera que en la Europa prehistórica por los patagones y por los esquimales, kiowas, tungusos, ainos y demás pueblos boreales, que las raspan, las adoban con manteca ó tuétano para dejarlas flexibles, las ahuman ó curten para conservarlas, y las cosen con tendones.

De *cuero* ó *corambre* es generalmente el calzado, pero á veces de *madera*, como en las sandalias de los mayas y en los zuecos ó almadreñas de Francia y de la costa cantábrica, á excepción del país vasco [1], y en otros casos de palma, paja ó *fibra* trenzada.

2. Trenzado, hilado y tejido.—El procedimiento más primitivo de aprovechamiento de los juncos, pajas, raíces y fibras, tendiendo á imitar lo que se observa en la disposición de las fibras de la corteza, es el trenzado, tal como se usó en las pleitas de esparto con que se vestían los prehistóricos habitantes del Sudeste de España, y aun hoy se usa en las alborgas de esparto y las alpargatas de cáñamo; como una modificación del trenzado se puede considerar el género de punto.

El arte del tejido es conocido de muchos pueblos que distan no poco de poder llamarse civilizados, y exige también el conocimiento del hilado. Los australianos retuercen con las manos el cabello de sus mujeres, utilizado en la pesca, y lo devanan en dos palos cruzados, á los que bastaría hacer una ranura

---

1 Aranzadi: *Der ächzende Wagen und Anderes aus Spanien*; «Archiv. f. Anthr.» xxiv, p. 225.

para que, asegurando el hilo, tuviéramos ya el huso egipcio, y añadiendo un botón, pesa ó tortera de madera, piedra, hueso, cuerno ó barro cocido, tendríamos el huso de las hilanderas europeas, conocido desde la época neolítica y también en pueblos bien distantes, como los indios del Arizona y Nuevo Méjico.

En el pueblo euskaldún el conocimiento del huso y su tortera debió preceder al del carro, porque los nombres de aquéllos sirven para designar el eje y las ruedas de éste.

El conocimiento del telar con la combinación de urdimbre y trama data también de la época neolítica, y primitivamente se ejecutaba la operación arreglando los hilos con palos á mano, según puede verse en las pinturas aztecas; pero en las pinturas egipcias aparece ya la lanzadera y barras transversales que levantan los hilos alternados, por un procedimiento bastante parecido al de los indios navajos, zuñi y moki.

3. Costura.—La costura la efectúan los salvajes de la tierra del Fuego al modo de los zapateros, haciendo primero los agujeros con punzón de hueso ó espina, y pasando después el tendón que les sirve de hilo y anudándolo; pero en Europa, desde la época del reno se conocen las agujas provistas de ojo, así como los esquimales conocen, no sólo las agujas con ojo, sino también el dedal de piel y los alfileteros; y los peruanos usaban aguja de cobre.

4. Fibras textiles. — En los palafitos suizos, además del mimbre y esteras de corteza, se descu-

brió la existencia del lino, pero no la del cáñamo; el primero tiene en Busturia el nombre indígena de *Xirru*, y generalmente se suelen considerar ambos como originarios de las naciones iranias y Egipto; el lienzo se extendió ya antes de la Era cristiana por toda Europa, excepto Irlanda, Escocia, Escandinavia y Rusia [1]; el esparto, en el Sudoeste de España desde los tiempos prehistóricos; la lana, en Europa, en Asia, con exclusión del extremo Norte, Sud y Oriente, y en el Perú; el algodón, en el Centro de América y China, extendiéndose antes de la Era cristiana por la Mogolia, Indostán, Indo China, islas de la Sonda y de Madagascar; la seda y el ramio, en China; el yute en Indo-China, y el abacá en Filipinas.

5. Hechura.—La más sencilla es una manta ceñida; una manta con abertura en medio, da el poncho; cosiendo los costados, tenemos la túnica ó camisa; fácilmente aparecen luego las mangas y la capucha en el capusay vascón, y aquélla, separada en tela aparte, origina el gorro ó caperuza; como abrigos sin costura se pueden citar la bufanda ó tapabocas, la manta escocesa, la faja y el chal, cuyos flecos representan el remate de los hilos de la urdimbre; ciertos refajos ó manteos del Noroeste de España y los zahones, el zorongo aragonés, el turbante, la sabanilla con que cubren la cabeza las mujeres casadas vascongadas y casi todas las aldeanas de Europa, el pañuelo, pañolón y mantón, el paño de ma-

---

1 Dr. G. Gerland: *Berghaus Phys. Atlas*, núm. 65, 1890.

nos, los trapos ó *mantarrak* en que envuelven los pies los vascos y serranos castellanos que usan abarcas, etc. De las faldas, enaguas ó sayas, usadas también por los hombres en Escocia y en las antiguas naciones mediterráneas civilizadas, se pasa, por el modo de recogerlas que tienen las mujeres orientales, á los zaragüelles levantinos y el bombacho, apareciendo las bragas con las variantes de calzas, calzones, calcetas, escarpines y peales, como una herencia directa de los antiguos galos, bretones, germanos, sármatas, escitas, frigios, etc., etc., y siendo conocidos también de los pieles-rojas, esquimales y demás pueblos boreales, chinos, persas, etc.

6. Calzado. — Las *sandalias* de cuero, madera, esparto, etc., pueden sujetarse con una correa que, anudada por delante, pase, entre el dedo gordo y el segundo, por encima y hacia atrás, dé media vuelta por una cuchillada lateral, pase por encima del talón al otro lado con otra media vuelta por otra cuchillada y, por último, en el empeine se anude con la primera porción; este procedimiento se usa en el Japón, pero no en Corea ni China; aparece en Cachemir y al Sud y Poniente en compañía del calcetín en forma de mitón; también se usa en el Asia meridional, y de allí pasó á las costas del Mediterráneo, difundiéndola los musulmanes por el África y España, y pasando de aquí á las colonias de América. Antes del descubrimiento se usaban en Centro y Sud-América sandalias de pleita con lazos ó presillas, que incluían el segundo y tercer dedo, nunca

con la simple cinta por entre el primero y el segundo [1].

Las *abarcas* de cuero ó corambre (*coricia* de los asturianos, *cioccia* de los italianos, *opanken* de los bosniacos y albaneses), apenas se diferencian de las sandalias más que en su mayor flexibilidad, y en que los enlaces se hacen sin separación de dedos, recogiendo los bordes con múltiples correas que suben hasta media pierna; generalmente se calzan sobre envolturas de bayeta que rodean todo el pie y parte de la pierna. Las manchegas tienen ya dos piezas trapezoidales para proteger los nudillos; las vascongadas son de una sola pieza, pero cosidas por delante protegiendo por completo los dedos, con la costura hacia fuera antes y hoy hacia dentro, el borde fruncido y las cintas saliendo del talón [2], de tal modo que abarcan el pie tanto como las zapatillas.

Las *alpargatas* encierran los dedos y el talón y tienen dos cintas laterales (Aragón) ó la mitad delantera del pie y el talón (Granada), ó todo el pie en un zapato de lona (villas vascongadas), siendo en todas la planta de fibra trenzada. Las *botas* de cuero ó de piel las usaban ya los pieles-rojas antes de la llegada de Colón.

7. Abrigo.—Donde mejor se ve la relación entre el vestido y el clima, es en las regiones árticas;

---

1 Otis T. Mason: *The Cliff-dweller's sandal.* «Apletons popular science monthly», Marz., 1897.

2 Aranzadi: *Der ächzende Wagen und Anderes aus Spanien.* «Archiv. f. Anthr.»; XXIV, p. 225.

los hiperbóreos han sido verdaderamente ingeniosos en la hechura de sus trajes, completamente apropiados para el objeto, con sobriedad de adorno, que casi se limita á los botones de piedra ó hueso que llevan en los labios y las orejas: á primera vista parece extraño que el esquimal deje expuesta á la intemperie la cintura, pues la chaqueta no se ajusta á las bragas; pero esto tiene por objeto evitar el excesivo sudor y falta de ventilación. El traje boreal se extiende por Norte-América, á excepción del N. W. (Olinkit), California y los indios Shoshoni; por Europa, á excepción de la antigua Grecia, Italia y Escocia; por Asia, inclusas China, Afghanistan, Persia, Media, Asia menor, y aunque parcialmente entre los siameses y el Norte de Africa hasta Guinea [1].

En perfecto contraste con los boreales, vemos los pueblos de las extremidades antárticas de los continentes casi completamente desnudos; el australiano se limita á echarse á los hombros *(bocal)* una capilla *(boca)* de piel de kanguro sin curtir; el foguino apenas tiene más que una piel de nutria del tamaño de un moquero atada al pecho y que se lleva de un lado á otro, según de donde sople el viento; el bosquimán tampoco tiene más indumentaria; todos ellos van menos vestidos que sus vecinos de climas más benignos.

Para preservarse de las picaduras de los mosquitos y otros insectos, y para refrescarse, suele emba-

---

1 Gerland: *Loco citato.*

durnarse el salvaje con barro ó ceniza ó untarse diferentes ungüentos.

8. Pudor. — Como pueblos completamente desnudos se suelen citar varios entre los bantu, cafres, dravidas, melanesios y botocudos; pero lo general es que se manifieste en el traje un sentimiento de pudor, que, aunque se dirija la mayor parte de las veces y principalmente á cubrir las vergüenzas, no está igualmente desarrollado en todos los pueblos, ni se refiere siempre á las mismas partes, ni se puede poner en exacto parangón con el verdadero sentimiento moral.

En unos países va la mujer desnuda ó se limita á recatarse con una hoja (niam-niam); en otros países es el hombre quien anda en cueros; ya son los pechos ó las nalgas, el ombligo ó la nuca lo que principalmente encubre aquélla; ó le da vergüenza que le vean descalzo, y se viste con trajes de mangas y calzones que dejan al descubierto el sexo, como le sucede al brasileño; ó le importará muy poco enseñar las piernas y ocultará con cuidado la cara, como hace la mujer mora.

Las puris del Brasil y las indias de Guayana [1], en medio de su desnudez, revelan quizás mucha mayor decencia que las arropadas aleutas y kamchadales; los esquimales quedan completamente desnudos dentro de las chozas, y su huésped está obligado, por decencia, á hacer lo mismo; el dualla se

---

1 Lippert: *Culturgeschichte*, I, p. 432. — Appun: *Unter den Tropen*, 1871.

queda en cueros para trabajar, y los japoneses de uno y otro sexo para bañarse en público; los melanesios, como los antiguos griegos, no sienten rubor ante las esculturas desnudas; pero se cubren con cuidado lo que en aquéllas aparece tan visible y hasta exagerado. Steinen refiere la turbación de una bacairí al proponerla que le cediese su única prenda de vestido, y cómo, en cuanto la explicó que se trataba sólo de hacer una colección de objetos curiosos, la alargó con toda desenvoltura [1].

Algunas tribus del Brasil consideran como una desvergüenza el ver comer á otro ó el comer en compañía ó en presencia de otra persona; el gallego no recibe á las horas de comer, y en muchos paises se cierran los tratos ó se consideran ligadas las amistades con una comida en común; muchos artesanos y artistas se sienten turbados cuando los ven trabajar, y muchas gentes sienten horror, repugnancia ó vergüenza de dejarse retratar, es decir, de ceder su imagen. Esta vergüenza, que no se limita á las manifestaciones sexuales, debe tener en su fondo algo de común, y autores hay que intentan explicarlo por el deseo de querer proteger todo acto vital importante contra interrupciones importunas, y por la preocupación de querer recatar una parte importante del cuerpo contra miradas insidiosas ó concupiscentes, contra la ojeriza ó mal de ojo, contra el encanto ó hechizo.

La circunstancia de que no es el varón, á pesar

---

1 v. d. Steinen: *Naturvölker*.

de que sus cacerías le exponen á más erosiones al atravesar la maleza, quien más cubierto se presenta, sino la hembra, y la de que generalmente la mujer casada se recata más que la moza, hacen considerar á Ratzel, Schurtz y Achelis [1] como uno de los primeros motivos de tal costumbre los celos del marido, que procura ocultar los encantos de su mujer á las miradas ansiosas del prójimo; la mujer casada debe aparecer ante los otros hombres como un ser humano sin sexo, y la sociedad se pone de su parte para evitar las luchas de rivalidad, que dificultarían la vida y desarrollo de la congregación de tribus y pueblos. Por eso la sociedad mira con desconfianza y hasta aparenta ignorar la existencia del instinto sexual, lo considera como algo peligroso, y en su enfrenamiento hace descansar la moralidad.

La mujer gana en libertad, independencia y estimación social con ser de un solo hombre, y da gran valor á todo lo que contribuye á expresar y afirmar esta unidad; de aquí su estimación por su traje y su casa. Una *echeco-andri* nunca se presentará con la cabellera descubierta.

9. Adorno. — La necesidad ó conveniencia de llevar á cuestas los utensilios ó de cargar con su tesoro, y el afán de distinguirse, impulsan al hombre á modificar la forma y color de sus vestidos, adornarlos y completarlos con dijes, alhajas y otros accesorios; y no contento con esto, adorna, pinta y modifica la forma de su propio cuerpo.

---

1 Achelis: *op. cit.*, p. 342.

10. Arreos. — Los adornos suelen ser muchas veces en su origen amuletos y armas defensivas; los brazaletes de hierro de los negros sirven para parar y dar golpes; los irengas llevan brazaletes afilados enfundados con cuero en tiempo de paz; los djur los usan con aguijones; los masais se arrollan en brazos y piernas correas para dar mayor fuerza á los músculos y resistir el cansancio. Los adornos y la riqueza suelen ser en muchos casos la misma cosa, pues no hay sitio más seguro ni en que mejor pueda hacerse ostentación de la fortuna, que el propio cuerpo; aún los charros de Salamanca llevan sus ahorros y su dote en arreos. Los botones, pendientes y collares de monedas de las eslavas, pasiegas, etc., son, en su origen, como los collares y pendientes de caracoles, ó dientes de cachalote, que usan hoy los salvajes, verdaderas huchas de pueblo nómada. Los abanicos, quitasoles y mosquiteros sirven, no sólo como objetos útiles, sino como signos de distinción y elegancia.

11. Trofeos y recuerdos.—La piel y los colmillos de la fiera, los dientes de tiburón, las plumas, canillas, garras y pico de ave, y hasta quijadas humanas (archipiélago Luisiada), sirven de testimonio del valor, intrepidez, suficiencia, destreza, habilidad y asiduidad de quien se ha hecho dueño de ellos. Con un poco más de vanidad quizás en el motivo se usaron desde los tiempos prehistóricos en Europa los caracoles, conchas taladradas y discos de piedra, y los salvajes actuales usan la hematites y otras piedras, caracoles y conchas de las que les sirven de

moneda, dientes de mono, espinas y escamas de pescado, pelos, élitros de coleópteros, semillas, frutas, flores, etc. Los objetos que no se encuentran en todas partes pueden servir también de testimonio y recuerdo de haber realizado una peregrinación; ejemplo: las coronas de siemprevivas con que vuelven de Gaztelugache las aldeanas, la rosa de los alpinistas y tantos más; ó pueden ser recuerdos de un persona querida, como los guardapelos y las sortijas de dientes.

Todos estos objetos se ensartan formando coronas, collares, pendientes, brazaletes, pulseras, cinturones, colgajos, lazos, ligas, orlas, etc. En los pueblos semicivilizados de América, y en la época prehistórica en Europa, aparecen, aun mucho antes del uso industrial de los metales, los adornos de oro, plata y cobre.

12. Insignias. —Es un hecho que llama la atención de todos los viajeros el que entre los salvajes no haya hombre sin adornos y, sobre todo, en el sexo fuérte. «Adorno es *distinción;* realza al ataviado sobre el que no lo está y, si todos se acicalan, no puede ninguno atreverse á aparecer desprovisto de adorno sin grave perjuicio para su crédito y ascendiente» [1]. En ningún país prescinde el guerrero de engalanarse y lucir los galones ó entorchados que le distinguen de sus subalternos, ó las condecoraciones que certifican sus heroicidades. A la misma categoría pertenecen también los artísticos remos

1 Hörnes: *Urgeschichte*, p. 138.

de Fidschi, las hachas ornamentales de las islas Hervey, las mazas talladas de los negros, los bastones de mando y los cetros. Todos estos adornos son signos ó símbolos de la calidad de la persona que los usa.

13. Moda. — No sólo tiende el hombre á distinguirse personalmente de sus coterráneos por medio de las exterioridades del traje, sino también una clase social, aristocrática ó pudiente, de sus inferiores, plebeyas ó menesterosas. Donde la distinción de castas no sea muy precisa y la reglamentación del traje no haya ahogado la imitación, á cada esfuerzo de las personas que á si mismas se llaman decentes, por distinguirse á primera vista del pueblo bajo, podrá seguir una imitación de su traje que vulgarice la moda y la obligue á mudar de figurín. «Ningún adorno encuentra en Africa tanta estimación como los abalorios; una tribu se aficiona, por muchas generaciones sucesivas, á una sola suerte de abalorios de determinado tamaño, forma y color, y persevera tenazmente en esta afición, despreciando todas las demás suertes; en otros casos cambia la afición varias veces en un año: de la manera más arbitraria, pueril y caprichosa, se fijan los precios de tales abalorios, y por esto el comercio con estos pueblos exige tanta circunspección y rutina» [1].

El más miserable bosquimán nunca se olvidará de su brazalete de cuero, mientras le importará muy poco seguir con el delantal acribillado y hecho un

---

1 Hartmann: *Völker Afrikas*, p. 109.

pingajo inútil. Muchos salvajes, de uno y otro sexo, muestran en el adorno del taparrabos con flecos, cascabeles, cadenas, etc., más coquetería que pudor.

14. Tinte. — El adorno no se limita á la adición de diferentes objetos al traje, sino que éste mismo es susceptible de modificaciones, no sólo en la forma, sino también en el color, sobre todo cuando es tejido. El teñido de los trajes, telas ó hilos, depende de los materiales tintóreos de que disponga el pueblo; pero también de algunas preferencias difíciles de explicar. Los negros del Gabón gustan del amarillo y el rojo, y de ahí su cariño á la bandera española; los coptos se distinguen de los árabes porque usan traje y turbante obscuro; los antiguos iberos también gustaban de colores obscuros; el euskaldún tiene antipatía al amarillo y el verde, y usa boina unicolor [1]; el rubicundo roncalés muestra preferencia por el blanco, excepto en las medias, que son negras; las mozas de aquel valle se adornan con dorados; la faja del aragonés es morada, y sus medias azules; el escocés combina los más diversos colores en cuadros, y muchos aldeanos, de diferentes regiones, ponen remiendos recortados de distinto color.

15. Pintura. — No sólo se tiñe el traje, sino que donde éste es escaso ó nulo, por no pedirlo el clima, el salvaje se adorna el cuerpo con *pintura*, embadurnándoselo, como los andamanes, con una mezcla

---

1 Aranzadi: *La estética de la boina*. *Euskal-erria*, 10 de Abril de 1898.

de grasa y tierra colorada que les protege del calor y de los mosquitos. Se pintan generalmente de rojo y de amarillo, con ocre; de blanco, con arcilla; de negro, con carbón ó pizarra bituminosa; de verde ó azul, con malaquita y otros, pero preferentemente los cuatro primeros. Los mombutús procuran evitar los colores brillantes.

En Australia se trazan y fijan con goma bandas blancas, negras, rojas, amarillas ó azules, puntos y círculos; las mujeres felás envuelven por la noche los dedos de manos y pies en hojas de hena para teñirlos de púrpura, y se pintan los dientes alternados de azul, amarillo y púrpura, dejando algunos blancos; frotan los párpados con estibina, y tiñen los cabellos con indigo. Es también probable que el Europeo de la época magdalenense se pintara; los bretones, en las guerras contra Julio César, también se teñían de azul con la yerba pastel; los guanches de Canarias y los mexicanos usaban las llamadas *pintaderas*, á manera de sellos, para estamparse repetidas series de dibujos en el cutis; los pieles-rojas se pintan de diferentes colores y dibujos, según las circunstancias, sea por el luto, sea para la guerra, para las ceremonias religiosas, los bailes y representaciones, etc.; los actores japoneses se pintan múltiples rayas rojas, y los clowns ingleses también acostumbran á embadurnarse con dibujos grotescos.

Uno de los motivos de tales pinturas es el deseo de tomar el aspecto de una raza superior; los aristócratas etíopes se pintaban á sí mismos y á sus dioses de rojo; muchas ciudadanas europeas son ru-

bias de artificio, y el cetrino de muchas andaluzas y castellanas se convierte en blanco de molinero; en cambio en el país vasco, donde los agotes fueron raza maldita, no arraigó tal costumbre; los ojos redondos de las francesas se convierten en rasgados, y sus cejas se hacen arqueadas con unas cuantas tiznaduras por un procedimiento no muy diferente del de las egipcias.

16. Peinado. — El modo de tratar la cabellera depende en mucha parte de la naturaleza de ésta, y así se comprende que nadie aventaje á los negros en la complicación y variedad de sus moños, con sus bucles, rodetes, rizos, tupés, trenzas, coronas, graderías, etc., etc.; todo este artístico edificio, con sus añadidos, postizos, pelucas, peinetas, plumas, púas, horquillas, pendientes, encalados de un blanco chillón, bandolina, etc., etc., requiere tanto trabajo, y adquiere tal solidez una vez construído, que su dueño se resigna á tener que usar un poyo para dormir, de manera que no se le aplaste el moño.

Si la cabellera es lisa y de mucha longitud, tendrá á gala su poseedor el lucirla en larga trenza, como los chinos, manchus, y mogoles; ó tendida y libre, como muchos indios americanos. Las doncellas mogolas la reunen en una trenza, y las casadas en dos; análoga significación tenían las trenzas en varios países de Europa, y las doncellas vascas la llevaban descubierta, razón por la cual condescendió la Iglesia, por mucho tiempo, á que entrasen así en el templo; la latinización en este punto ha hecho que la doncella vizcaína use pañuelo á la

cabeza, y que la casada, además de cubrirla con la sabanilla, por razón de estado, considere necesario añadir el manto para ir á la iglesia. Entre mogoles, americanos, etc., se suele suplir la escasez de cabello propio con crines ó cabello ajeno.

Los indios del cabo York se rapan; pero la generalidad de las otras tribus consideran el cabello corto como signo de esclavitud; en muchas regiones de Europa únicamente los jóvenes llevaban el cabello mocho, de donde las palabras muchacho, motilón, motil, *mutill* en vascuence, etc. Los mulsumanes se rapan ó afeitan, dejando en la coronilla una coleta ó mechón, para que el ángel los sujete por ahí al llevarlos al paraiso. Los indios coronados del Brasil se tonsuran dejando un cerquillo; los cafres dejan también corona, y en otras tribus constituye esto un signo de luto. Los andamanes se rasuran completamente la cabeza.

Es muy frecuente la depilación en la cara ó en la superficie general del cuerpo en ciertas razas amarillas y cobrizas, y en el sexo femenino, allí donde el mestizaje con razas velludas origina la presencia de mayor cantidad de pelo que la que corresponde al sexo ó á la raza primitiva: el afeitarse ó rasurarse la barba es bastante general, y los soldados de Hernán Cortés pudieron ver cómo se hacia en Méjico esta operación con navajas de obsidiana ó vidrio volcánico.

El vasco, á cierta edad, suele dejar sin afeitar media patilla, ó sea la parte que corresponde al arco cigomático, con lo cual exagera la estrechez

de quijada, así como el andaluz, dejándose las patillas de boca de hacha, exagera su gran desarrollo mandibular [1].

En China, Indo-China y paises comarcanos se dejan crecer las uñas hasta una longitud monstruosa, como símbolo de nobleza ó para significar una vida ascética. Los peines son conocidos por los polinesios, negros é hiperbóreos; los pieles-rojas usan cepillos de raíces, piñas ó puerco-espín.

17. Deformaciones y perforaciones. — Como la idea de belleza se acomoda al tipo de la propia raza, cada una gusta exagerar sus rasgos distintivos; así las madres hotentotes aplastan más aún las narices chatas de sus hijos, y se soportan sufrimientos no despreciables por modificar la forma del cuerpo, como sucede en el caso de las deformaciones cefálicas artificiales, en los pies de las chinas, en la cintura y los pies de las europeas; en Constantinopla se hizo moda dar forma redonda á la cabeza de los niños, para asemejarlos á la raza turca conquistadora.

También es muy común agujerear ciertas partes del cuerpo para colocar en ellas los adornos; los melanesios, australianos, bantu, peruanos y mejicanos se atraviesan el cartilago de la nariz; los botocudos se llaman así por el botoque ó bodoque, de dos ó tres pulgadas de diámetro, que llevan en el labio inferior, y en las orejas llevan otros análogos, dis-

---

1 Aranzadi: *Consideraciones acerca de la raza vasca Euskal-erria*; 1896, xxxv, p. 101.

tendiendo gradualmente el lóbulo hasta alcanzar al hombro, que es lo que dió nombre á los indios orejones; los esquimales, los nahuas, etc., se atraviesan los carrillos ó el labio inferior con botones ó labretes de piedra, hueso ó marfil; en Persia aún usan las mujeres un arete colgado de la nariz; muchos marinos europeos usan arete en una oreja, y en las mujeres es todavía bastante general el usar en las dos orejas aros, pendientes, zarcillos ó arracadas. En Sumatra se liman los dientes en punta, ó hasta las encías, ó quitan el esmalte para teñirlos de negro, color muy estimado para los dientes; los diak los perforan, atravesándolos luego con una espiga de metal terminada en una bola brillante; los batokas arráncanse los dientes superiores, por lo que los de abajo crecen hasta sobresalir del labio; los manganjas, sus vecinos, los remedan llevando clavos en los labios.

18. Taraceo. — Como recuerdo de los hechos de armas ó prueba de valor para realizar empresas arriesgadas, pueden servir las mutilaciones, cicatrices, chirlos, etc., y también pueden ser signo de dolor por la pérdida de un sér amado, certificación de valor estoico para resistir los sufrimientos, salvoconducto de virilidad, carta de naturaleza en una tribu, ó insignia y distintivo que revele la categoría. Combinadas con la pintura de colores chillones pueden tener por objeto dar á los guerreros un aspecto terrorífico, ó sencillamente llamar la atención y lucirse; por eso casi nunca eligen los indios el color blanco, sino el rojo, y entre los boreales en cambio aparece el negro.

Generalmente, cuanto menos traje usa un pueblo, más extendido por el cuerpo presenta este adorno; por más que hay excepciones, según el mayor ó menor desarrollo artístico y otras causas; así también el taraceo de los esquimales indica, según algunos autores, que antes habitaron en climas más templados.

Los melanesios, australianos y muchos negros africanos se adornan con chirlos, que algunos escarifican con ceniza y aceite de palma; los niambanas se hacen cicatrices en forma de botones ó berrugas, del tamaño de un guisante, á todo lo largo de la frente hasta la punta de la nariz. En otras regiones de Africa se trazan líneas curvas del sobaco á la cadera, que aparentan adelgazar la cintura, dando elegancia y semejanza con las figuras egipcias: los hombres de Guinea parecen cubiertos de damasco bordado.

El taraceo por punción hasta el dermis y frotación con polvo de carbón ú otra materia colorante sólida, que hace indeleble la pintura, está muy extendido en la Polinesia, donde recibe el nombre de *tatú;* de aquí la palabra *tatuaje*, que con las modificaciones apropiadas ha sido admitida por todos los idiomas europeos, menos por la Academia Española, que no quiere distinguir entre la piel humana y las maderas de lujo. El taraceo de los maoríes es muy elegante; en la Formosa y el Decán es un dibujo de flores de diferentes colores; las mujeres ainas también lo usan, las ostiakas lo llevan en el dorso de la mano, antebrazo y parte anterior de la pierna, y

los hombres en la muñeca; los hombres de Tongo lo usan más que sus mujeres, y viceversa en Viti; las mujeres de Nueva Guinea parece como si llevaran encajes en la cara, brazos y pecho.

En los pueblos civilizados se halla bastante difundida tal costumbre entre marinos, soldados, bandidos y presidiarios [1], y últimamente se ha contagiado la moda y hace furor en muchas damas principales, banqueros millonarios, etc., de los Estados Unidos é Inglaterra [2].

19. Limpieza.—No está muy en auge la limpieza en muchos pueblos salvajes y semicivilizados, aunque sí en alguna de sus manifestaciones parciales; los negros, por ejemplo, cuidan mucho de sus dientes, limpiándolos con un pedacito de madera fibrosa.

«La repugnancia que causan los excrementos es muchas veces verdaderamente supersticiosa, y Turneaux cita con asombro la existencia de escusados entre los maoríes» [3]; en cambio en muchos lugares de Castilla no existe como tal, sino el campo libre ó el corral, mientras en el caserío vasco está casi siempre en el piso superior, sobresaliendo de la espalda del edificio con dos estribos á manera de balconada cerrada y cubierta por un tejadillo, expresión de la importancia agrícola de la acumulación de abono y del carácter solariego de la habitación.

Los polinesios y japoneses, aficionados al baño en

---

1 Véase la obra de D. Rafael Salillas.

2 Boyer: *Le tatouage artistique dans les diverses parties du monde. La Nature*, 4 Jun. 1898.

3 Ratzel: *Völkerkunde*, 1, p. 99.

el mar los primeros, y en los abundantes manantiales termales de su país los segundos, por fuerza han de ser más limpios y pulcros que aquellos otros pueblos que, por la variabilidad y rigor del clima, se ven obligados á vestir constantemente trajes que no pueden cambiarse todos los días, pues se destrozarían con demasiada rapidez. La escasez de agua de las parameras, que en algunos lugares de Castilla y Aragón llega en ocasiones al extremo de que cueste el agua más que el vino y con éste se riegue la huerta, explica el desconocimiento del baño y el gran número de prendas interiores necesarias para poder mudar á menudo, lavando una sola vez al año. En muchos países, sometidos á la influencia musulmana, se usa en bebida y para el lavado mucha agua sucia, ó sea la porquería del vecino.

«Con religiosa escrupulosidad mantienen los salvajes la abstinencia durante el período, y en la vida íntima de familia domina un recato que avergonzaría á muchos llamados civilizados; entre negros, malayos é indios está muy extendida la costumbre de tener dormitorio separado los padres y los hijos»[1].

---

1 Ratzel: *Ibidem*, p. 100.

IV

Artes mecánicas.

1. Utensilios.—Se ha dicho que el hombre es el *animal que emplea utensilios;* pero hemos de recordar que los monos saben usar armas que, si bien son naturales, no pueden considerarse como parte de su organismo; saben defenderse á pedradas, disparando toda clase de proyectiles, frutos, ramas, etc., y también utilizan el palo á manera de maza ó porra; lo que sí distingue al hombre, es que *es el único animal que hace utensilios*. Éstos han ido perfeccionándose lenta y sucesivamente, y lo que al principio sirvió para muy distintos usos, sufrió luego adaptaciones y diferenciaciones múltiples, dando origen á instrumentos diversos: los útiles mecánicos no pueden distinguirse en su origen de las armas del cazador ó del guerrero.

2. Invención. — Sería soberanamente injusto el hijo de un pueblo culto ó el renegado de procedencia inculta que, encontrándose rodeado de todas las múltiples comodidades de la civilización, y no habiendo contribuído en un ápice con su esfuerzo ni su ingenio al mejoramiento de tales comodidades, se burlase de las artes de un salvaje. Tanto esfuerzo de imaginación exigió la invención del fuego por

frotación de dos palos, como la de la máquina de vapor: el inventor del arco ó del arpón fué un verdadero genio. Todo invento es, en su origen, puramente individual y nacido de la observación, de la imitación y de la casualidad bien aprovechada.

Pero si el invento ha de influir en el desarrollo de la cultura del pueblo á que pertenece el inventor, no basta la existencia de individuos ingeniosos que acierten con una idea y no se contenten con esto, sino que la sujeten bien y la trabajen; es menester también que el invento aparezca en condiciones de poder difundirse por el pueblo ó por una clase social, y su conservación será hija de la tradición; dicha conservación allana á las nuevas generaciones el camino para nuevos inventos y para la conservación de los anteriores; de aquí que será favorable en tal sentido todo lo que contribuya al robustecimiento de la tradición y lo que excite la inventiva, como, por ejemplo, la densidad de población, la actividad industrial, la riqueza general, la expansión del pueblo y sus relaciones con otros vecinos ó distantes.

Todo lo que no esté en proporción con la cultura de un pueblo, es para la vida de éste insignificante, porque sólo ha sido acogido como pegadizo ó postizo, y al cabo se olvida ó se estanca en el menor atolladero: esto mismo que sucede en los pueblos incultos, ocurre también en las últimas capas sociales de los más civilizados [1].

---

1 Ratzel: *Ibidem*, p. 71-74.

3. Armas.—Todos los objetos que utiliza el hombre para apoderarse de su presa, destruir á su enemigo ó defenderse de él, constituyen sus armas, y dicho se está que son los objetos más indispensables al hombre primitivo y aquéllos en que se habrá ejercitado más su inventiva. La mayor parte de las armas podemos considerar como complementos de las naturales [1], que permiten arañar, morder, estrujar, golpear, cocear, etc.; y una vez construidas, las considera su autor como algo inherente á su persona, de donde nace la primera idea de la propiedad [2]. No hay pueblo sin armas ni arma que sea de uso universal [3], lo que nos indica claramente su carácter primordial con respecto á otros utensilios.

Una de las armas más sencillas ó primitivas es el garrote ó la maza, que aparece también como utensilio para ablandar las cortezas de árbol, usado por las mujeres polinesias, y hoy subsiste como símbolo del poder en los maceros. El martillo se reduce en un principio á una piedra sin labrar, pronto se le ve de forma ovoidea y con una canal para sujetarla á un mango, como le usan todavía los charrúas del Uruguay, ó taladrada para introducir por el agujero el mango, como entre los indios kiowas; en épocas ulteriores las naciones civilizadas lo tienen ya de hierro, por más que conservando en algunos casos rastro de su origen en el nombre, pues *Ham-*

---

1 Kapp: *Grundlinien einer Philosophie der Technik.*
2 Lippert: *Culturgeschichte;* 1, p. 281.
3 Schurtz: *Völkerkunde;* p. 50.

mer, martillo en alemán é inglés, deriva del antiguo escandinavo *Hamarr*, que lo mismo significa martillo que peña [1].

De los instrumentos cortantes el más primitivo es el hacha de piedra, que se sacaba de lascas de pedernal, obsidiana, cuarcita, arenisca ú otra piedra á propósito por la acción del fuego que hacía estallar la piedra, como lo hacen los andamaneses, y se supone que lo hacía el hombre terciario de Thenay, ó más generalmente por sucesivos golpes ó por presión. Las lajas con filo alrededor han servido de picos por la punta y de hachas por lo ancho: no tenían mango, sino que simplemente se empuñaban. Aparecen luego otros instrumentos llamados raspadores, destinados á preparar las pieles de los animales que habían de servir de abrigo; en la época solutrense toman las hojas la forma más fina de hoja de laurel, con dos puntas, y á veces con muesca para encajarla en el extremo de un asta, sirviendo de puñal y dardo. Más tarde se utilizó el hueso y el cuerno, como aun hoy lo hacen los esquimales, foguinos y muchos otros pueblos, para fabricar agujas, punzones, arpones, dardos y multitud de utensilios; y, por último, aparece la pulimentación de las hachas, que se sujetan con fibras vegetales á un mango, afirmándole con betún ó resina, como hacen los botocudos, ó se agujerean para atravesar el mango, ó se les hacen orejuelas para atarlas, ó se empotran en una rama, dejando crecer en el árbol

---

1 Tylor: *Antropología*.

á ésta para que asegure más la unión: si el plano del hacha se pone perpendicular al mango, se convierte en azuela.

Allí donde el cobre nativo es muy abundante, fácilmente se concibe que lo utilizaran por su maleabilidad para fabricar armas, aun sin previo conocimiento de la metalurgia, como sucedió en América, no sólo con el cobre, sino también con el oro, destinado á los adornos é insignias, que se moldeaba martilleándolo. Los primeros instrumentos de metal tienen exactamente la misma forma que los neolíticos; y no sólo esto, sino que en varios idiomas, como el vascuence, los vocablos que sirven para designar el hacha, la navaja, las tijeras, la azada, el azadón, la acción de cavar y el labrador, tienen por radical común *aitz*, *ach*, peña ó roca.

4. Armas arrojadizas. — De la maza ó rompecabezas arrojadizo derivan el *squoyle* de los cazadores ingleses de aves, el mata-conejos, ó *putkohu*, de los indios moké y zuñi del Arizona, el arma que usaban los egipcios para cazar aves, y su semejante el *bumerang* de los australianos; merced á su forma aplanada y acodada, y al efecto que se le da al lanzarlo, puede volver á los pies del cazador si no ha dado en el blanco, y en la guerra es un arma temible, porque es muy difícil sortear su trayectoria.

La lanza más ruda consiste en un palo aguzado y con la punta endurecida al fuego; según su tamaño se usará como lanza, jabalina, azagaya, dardo ó venablo. El arco y la flecha son desconocidos en Australia y la mayor parte de Oceanía, excepto Me-

lanesia y Filipinas, y difieren mucho en los pueblos boreales con relación á los australes, la India inclusive, principalmente en la forma del primero, que en aquéllos es de dos brazos con una inflexión en medio, y en éstos de curva sencilla. La cerbatana, *pucuna* de los sud-americanos, ó *sumpitan* de los malayos, la usan los vaqueros del Ecuador en sustitución del látigo y el perro para detener y guiar al ganado. Para este mismo fin usan los pastores españoles la honda, famosa arma de guerra de los baleares en la antigüedad, y que ha conservado reminiscencias de su destino primitivo en las frecuentes pedreas de muchachos en España; también la usan los melanesios. Las bolas y el lazo, muy extendidos hoy entre los llaneros y pamperos de Sud-América, debieron ser conocidos de los precolombinos, pues se han encontrado bolas de piedra con un surco alrededor; en la actualidad no les marcan cintura, sino que las enfundan en cuero.

5. Flechas envenenadas. — Los bosquimanes y hotentotes embadurnan las puntas de sus flechas con veneno de serpientes y euforbio; los australianos y melanesios las clavan en los cadáveres; los pigmeos del interior de África, según parece, las envenenan con hormigas; los indios del Amazonas con curare; los ainos con raíz de acónito: ciertos pasajes de Homero revelan ya el principio de la condenación de este proceder en las naciones cultas.

6. Armas defensivas. — El escudo, cuyo fin más bien es parar el golpe que guarecer ú ocultar, tiene su más simple expresión en el estrecho palo de parar

de los australianos; se hace más grande en aquellos ejércitos que avanzan en columnas cerradas, y adopta formas muy diversas, así como recibe múltiples trofeos y adornos, y en él se estampan dibujos simbólicos, insignias y emblemas, que originaron lo que hoy en la heráldica se llama escudo de armas.

La coraza se hacía primitivamente de cuero, como la de los indios hupas; de cubierta de cocodrilo, en Egipto; los bugis de Sumatra cosen sobre cortezas de árbol las escamas del Manis, colocándolas empizarradas como las tiene el animal; los sármatas imitaban esta armadura con lascas de cascos de caballo; los indios tlinkites las construyen de palos; los sitka de madera; los esquimales de Alaska las hacen con placas de marfil, de una hechura análoga á la de los japoneses; en la antigüedad griega se imitaron las escamas de los peces, y en la Edad Media el dermo-esqueleto de los crustáceos.

En la guerra es donde mejor se ve la influencia de la voluntad y la inteligencia de unos pocos individuos para modificar los objetos que constituyen el patrimonio de la civilización de un pueblo; pues, como dice Lubbock [1], las armas de guerra están sometidas á mayores cambios que las de caza, por lo mismo que dependen principalmente del capricho del caudillo; como ejemplo se puede citar la variación de la forma de la azagaya en los zulús, sólo por la voluntad de su rey Chaka: Monekus, caudillo mayema, hizo aprender á sus hijos el oficio

1 J. Lubbock: *Les origines de la civilisation.*

de herrero, para conservar en su familia el prestigio necesario; Lamert, caudillo namacúa, era el mejor herrero del pueblo; por lo que se ve cierta íntima relación entre la guerra y el progreso de la civilización, en su forma material por lo menos.

7. Aperos de labranza. — Los salvajes errantes, como los australianos, usan un palo puntiagudo para desenterrar las raíces comestibles; una estaca puntiaguda análoga puede servir para plantar la raíz, como sirvió para arrancarla; los picos de madera de Nueva Caledonia sirven tanto de armas como para plantar yames, y esencialmente lo mismo es el pico sueco que se usó hasta hace poco tiempo. El azadón, azada y azuela, tan generalizados en África, se derivan del hacha, sin más que poner la hoja atravesada, y para tal fin utilizan la paletilla del alce las mujeres pieles-rojas.

Los indios de Centro América y del Sud de Chile usaban una especie de laya trabajando con manos y pies; hemos dicho ya en el primer capítulo cómo layan los vascos.

El arado es característico de las civilizaciones del antiguo mundo, difundiéndose en África hasta el Sáhara (Agades) y Abisinia inclusive, y en Oceanía por Sumatra y Célebes; esto no obsta para que muchos negros sin arado labren su tierra mejor que los abisinios con él [1]. En las vegas de légamo, fácil de trabajar, es frecuente verlo desprovisto de la

---

1 Ratzel: *Völkerkunde*, II, p. 68.

reja de hierro, como sucede en Busturia y en otras regiones de España [1].

8. Vasar.—Para contener sencillamente el agua pueden servir las cañas de bambú, cáscaras de coco, huevos de avestruz, calabazas como las que usaban los romeros, cuernos como los que usan los zapateros de viejo para tener el engrudo, ó los carreteros para guardar el sebo; conchas, cuencos de madera como los que usaban los noruegos hace treinta años ó el *kaiku* y *oporre* de abedul de los vascos, vasijas de corteza, odres, pellejos ó botas de cuero, y hasta cestas de mimbres, como las que, untadas por dentro y por fuera de pez, usan los nómadas Navajos de Nuevo Méjico. Es muy común el uso de piedras recalentadas para hacer hervir el agua en vasijas de cuero ó madera.

9. Cestería.—El arte de entrelazar juncos, cortezas, fibras de coco, hojas de palma, pelos, plumas, etc., está casi universalmente difundido y con multitud de variantes en el procedimiento; se utiliza para construir cestos, redes, esteras, sombreros, etc., etc. El hilado y tejido, de que ya hablamos en el capítulo III, lo conocían los americanos antes del descubrimiento, como lo atestiguan las numerosas torteras de huso que se han encontrado en los yacimientos prehistóricos.

10. Cerámica.—Una de las manifestaciones de la industria que más contribuye al mejor conocimiento

---

1 Aranzadi: *Der ächzende Wagen und Anderes aus Spanien. Archiv. f. Anthr.*, xxiv, p. 223.

de la arqueología y la prehistoria es la *cerámica* ordinaria, pues las vasijas de barro cocido son lo suficientemente frágiles para que abunden sus fragmentos, despreciados por sus contemporáneos, á la vez que estos fragmentos son lo suficientemente permanentes para conservarse con su forma, moldeado, dibujos, etc., por siglos y siglos, después de haber desaparecido por completo la civilización á que corresponden. No se encuentran vestigios de cerámica en la edad paleolítica, ni hoy en los indios kiowas, los vedas, la mayor parte de los polinesios, californios, foguinos y los australianos, que designan con el mismo nombre el vaso de madera y la concha; algunos salvajes revisten con arcilla sus vasijas de madera para que resistan el fuego, y en otras tribus más adelantadas se modela la arcilla en calabazas ó en cestas, que luégo se queman, dejando en el barro cocido el dibujo de la empleita; un adelanto representa ya el hacerlas á mano con arcillla sólo, por superposición de fajas sucesivas ó dando un golpe de rotación al platillo, endureciéndolas luego al sol ó al fuego; los egipcios conocían ya el torno de alfarero movido á mano; y tanta importancia se concedió á este oficio, que se le consideró como tipo de la creación, representándose á una deidad egipcia en figura de alfarero modelando al hombre sobre el torno [1]. Para corregir la porosidad de la *terra cotta*, los griegos la quema-

---

1 Tylor: *Antropología*, p. 327.—Schurtz: *Völkerkunde*, p. 59.—F. S. Dellenbaugh: *Fabrik-marked potery: Appletons popular science monthly*; 1897, Marzo, p. 674.

ban con betún, los melanesios la dan brillo con resina, y los peruanos y egipcios la vidriaban. Según Mathews, los Mönitarri, tribu Dakota, sabían fundir vidrio. La invención de la cerámica no excluyó el uso de las vasijas formadas de otro material, como la calabaza para el mate, las botas y pellejos, los cuencos de madera, las herradas de maderas con duelas de hierro, usadas en la costa cantábrica, etc.

En los palafitos suizos, según refiere Heer, se han encontrado ollas con series de agujeros hasta la base, que las hace impropias para retener los líquidos, pero muy cómodas, en cambio, para retener la parte cuajada de la leche, dejando gotear todo el suero; probablemente se colgarían del techo, así como hoy en las chozas se envuelve el queso en un saco que se cuelga ó se deja en estantes junto al techo, para ahumar ó curar y librarle de las moscas.

11. Molienda. — Los pueblos de la edad de piedra no poseyeron molinos, y para preparar los cereales se servían de piedras redondas pulimentadas, análogas á las que usan los negros, y entre las que machacaban y trituraban los granos; probablemente tostaban primero los granos, después los trituraban é introducían en un vaso, donde los humedecían para comerlos. Este procedimiento seguían los guanches, y aun hoy los canarios, que conservan el grano triturado en pieles de cabra, llamando á tal preparación gofio. Muchos pueblos negros, oceánicos y boreales poseen almireces ó morteros de piedra ó de madera. Los panes de las habitaciones lacustres contienen restos de salvado, y hasta porcio-

nes de granos de trigo; á juzgar por la corteza, el pan era delgado y aplanado, mucho menos poroso que el moderno, y sin levadura, como el de los negros. En Ty-Mawr (Holyhead) se desenterró una antigua muela tosca, con los lados ahuecados para meter las manos y llevarla atrás y adelante sobre el mortero. Una forma más perfecta es la del metate de Centro-América, formado de una sola pieza de lava, de superficie cilíndrica y con tres pies, sobre la cual se pasaba un rodillo, y que podemos ver en su pristina forma y materia en España en las fábricas de chocolate á brazo: en Centro-América se pueden ver muchos artísticamente adornados con relieves, surcos y calados, representando un puma, un loro, etc.; en ellos se molía el *tiste*, compuesto de cacao, azúcar y harina de maíz. Mayor perfección se alcanza haciendo girar una piedra sobre otra en un molinillo de mano que se compone de dos piedras planas circulares, la superior movida por un mango excéntrico que cuelga de una rama y se introduce en un agujero de la piedra, mientras que el grano se va echando por un agujero que esta piedra tiene en el centro y sale hecho harina por los bordes, recogiéndose en una tela extendida en el suelo; este molinillo ha subsistido hasta el siglo pasado en las Hébridas y aun hoy se emplea en el Norte de Escocia y las islas adyacentes [1].

12. Metalurgia.— El fuego es un elemento el

---

1 Tylor: *Antropología.*

más importante para la metalurgia, para extraer los metales de la ganga y trabajarlos después; mas al pensar cómo los hombres llegaron á inventar los difíciles procedimientos de fundir las gangas y reducir los minerales, debe recordarse que algunos metales se encuentran libres de toda combinación; así, el cobre nativo cerca del lago Superior fué usado por las tribus que vivían en el país y en las orillas del Mississipí y del Atlántico, y trataban este metal como si fuera una especie de piedra maleable, martilleándole en frío para formar hachas, cuchillos y brazaletes.

Sin embargo, no era desconocido de los americanos el arte de fundir el metal, y también se encuentran entre las antigüedades de Méjico y Perú objetos de bronce; por Cieza de León sabemos la gran riqueza de esos objetos en Chimu, y Squier reproduce la figura de algunas hachas completamente semejantes á las europeas prehistóricas.

También conocían los americanos el oro, cuyas pepitas, batidas y laminadas en frío, pueden convertirse en objetos de adorno, como los de Colombia, que suelen ser de oro, y de tumbaga, y los de los Chibchas, que tenían para este objeto unas piedras con dibujos en relieve, considerados hasta hace poco equivocadamente como calendarios.

El hierro se encuentra también en estado metálico, especialmente en los meteoritos, y aunque en muchos de éstos el metal puede reducirse á fragmentos con el martillo, según lo hacen los esquimales, hay algún hierro nativo y meteórico que se

acomoda á ser transformado en utensilios cuando se calienta en la fragua al rojo blanco, y aun puede, hasta cierto punto, trabajarse en frío. Algunas gangas contienen tal cantidad de metal, que el forjador puede intentar trabajarlas al fuego, lo cual puede haber llevado á la fundición propiamente dicha; así, la magnetita, no sólo parece hierro, sino que puede calentarse en la fragua y ser convertido en herraduras ú otros objetos, por el martillo.

Los zuñis, aztecas, mayas y peruanos trabajaban el metal; los mayas tienen nombre para la plata y el hierro. Pero una verdadera utilización general, como en Europa, no hubo antes del descubrimiento en América, sino que los objetos de uso eran de piedra ó madera y el metal se consideraba más bien como objeto de lujo, adorno ó para usos religiosos.

Según Berthelot, el tránsito del cobre al bronce no sería en Egipto anterior al año 4.000 antes de Jesucristo.

El *hierro* es desconocido de los australianos, polinesios y americanos precolombinos, pueblos que tampoco conocían los rumiantes domésticos ni la familia patriarcal y monógama [1]. «Sin embargo, no debemos exagerar la importancia de los metales para la cultura. Perú y Méjico nos enseñan á dónde se puede llegar con escasa utilización del bronce y el cobre, y completo desconocimiento del hierro. Solemos despreciar los utensilios de piedra, hueso y madera, porque los vemos en manos de gentes empo-

---

1 Ratzel: *Völkerkunde*, I, p. 6 y 135.

brecidas y decaídas. El alto grado de desarrollo social y religioso de los polinesios es adquirido con exclusión completa de los metales. Las bases mentales de nuestra civilización no necesitan sostén de acero. La *Iliada* es de una época pobre en hierro, y los reyes de Babilonia escribían sus signos cuneiformes con punzones de madera sobre la blanda arcilla» [1].

En el Norte de África es conocido el hierro desde la antigüedad; pero aún recuerda la historia de los hotentotes la edad de piedra: es general en el continente negro, allí donde no han penetrado las aficiones árabes, la poca estimación del oro y la plata, á los que sustituyen como metales preciosos el cobre, y sobre todo el hierro.

Los africanos desentierran con facilidad la rica mina de hierro y la funden con leña en sencillos hornos, que pueden ser meros agujeros abiertos en el suelo, produciéndose el tiro por medio de fuelles que, en forma rudimentaria, pueden consistir en pares de pieles enteras de cabras que alternativamente se comprimen ó pisan, primero la una y luego la otra, llenándose de aire por medio de una válvula; el doble fuelle de los pámues y bari es un doble tambor de leño con un conducto común y dos parches de piel, cada una con un mango sujeto como el de las zambombas.

Los malinke llenan con capas alternadas de mena y carbón un horno de fragua de tres metros de alto,

---

1 Ratzel: *Ibidem*, II, p. 374.

y por varias aberturas soplan con fuelles para avivar el fuego.

Un perfeccionamiento no muy difícil da las herrerías ó forjas catalanas, en que el fuelle es sustituído por la trompa, ó maquina soplante, y la leña por el carbón de encina; y en los últimos tiempos, los altos hornos y el cok han realizado una transformación mucho más importante: en Inglaterra no fué común la fundición hasta el siglo pasado, mientras que en China es conocida de muy antiguo.

Ratzel supone que la metalurgia del hierro se extendió por el África de Oriente á Poniente, como el mijo, el cebú, el cerdo y el gallo, y que su origen debería buscarse quizás en la India [1].

Los euskaldunas [2] designan el oro y la plata con nombres que más ó menos remotamente recuerdan el latino y el germánico respectivamente; el cobre y el estaño, con nombres derivados de los anteriores; pero el plomo y el hierro con nombres indígenas, derivando del nombre del último el del asador y usando palabras propias para la herrería de fundición, el herrero oficial principal, el tirador, el fundidor y aprestador, y para el cerrojo y otras herramientas, aunque no para la ferretería ó fábrica de herramientas.

El cobalto, cuyo nombre significa demonio ó maleficio en alemán, fué despreciado y considerado como engaño de la naturaleza hasta estos últimos

---

1 Ratzel: *Ibidem*, I, p. 668.

2 Aranzadi: *Der ächzende Wagen und Anderes aus Spanien. Archiv. für Anthr.*, XXIV, pág. 224.

tiempos, en que se utilizan para obtenerlo, por ejemplo, las escorias y residuos de las explotaciones antiguas de cobre en Asturias que, como muchas otras de España, datan de una antigüedad tan remota, que los fenicios debieron haberse enterado de la riqueza metalúrgica de España como ya en explotación, y en ellas se han encontrado martillos de diorita y de cuerna de ciervo, utilizados indudablemente para los trabajos mineros.

13. División del trabajo. — Ni en el pueblo más inculto hay una completa uniformidad en las funciones de sus miembros, y una de las primeras distinciones es la que establece la misma naturaleza entre el hombre que busca el sustento y la mujer que cría; de aquí se originó la división entre el hombre cazador y la mujer hortelana y alfarera; en Egipto tejían los hombres, y en América las mujeres [1]; á éstas pertenecía en Europa el arte de hilar.

Con la frecuencia y multiplicidad de relaciones de unos pueblos con otros se establece la comparación de habilidades, de donde se originan los oficios. «En el interior de África hay aldeas de herreros, que sólo fabrican venablos; Nueva Guinea tiene sus aldeas de alfareros, y Norte América sus artífices de puntas de flecha. De aquí se originan los grupos especiales políticos y sociales, de los gremios ó cofradías se engendran las castas, y de éstas las clases sociales privilegiadas. Tal sucede con los herreros en muchas tribus africanas y en la Ger-

---

1 Schurtz: *Völkerkunde*. p. 62.

mania septentrional; se les rodea de cierto nimbo de hechicería, heredan el oficio y sus secretos de padres á hijos, prestan juramento, conciertan casamientos, etc., etc.» [1]. Cosa análoga ocurre hoy con los vidrieros; hasta hace poco tiempo recorrían con sus flautas de Pau el país vasco los capadores bearneses de novillos, y caracteriza á los zíngaros, húngaros nómadas, su oficio de componer calderas (de cobre), mientras que sus hermanos de Granada forjan aros, trébedes, tenazas y badiles de hierro.

Junto á estas actividades particularizadas hay otras, en las que toman parte los que sólo ocasionalmente ejercitan su arte, según su conveniencia. El modo de trabajar toma entonces la apariencia de una ociosidad activa. El que no tiene otra cosa mejor que hacer, desgasta un gran caracol para hacer una pulsera, ó se entretiene en grabar ó tallar una maza, á la que dedica por muchos años sus ratos de ocio, ó distrae el aburrimiento del pastoreo tallando figurillas de boj, ó cae en la degradación de aculatar una pipa. «Los trabajos con tan espléndido gasto de tiempo explican la perfección de la mano de obra; ciertamente que la generalidad son objetos de uso inmediato, no destinados á la venta, y el comercio gana poco con este trabajo escaso, pero persistente, mientras que, con aquellas otras industrias se relaciona íntimamente un tráfico movido» [2].

---

1 Ratzel: *Völkerkunde*, I, p. 81. — Achelis: *Moderne Völkerkunde*, p. 355.

2 Ratzel: *Ibidem*, *id.*

14. Paralización.—El comercio de unos pueblos con otros trae consigo la importación de productos y difusión de nuevas artes, así como es incentivo para la fantasía indígena, y por esto se observa que los pueblos más pobres en artes son los más apartados de las corrientes comerciales y del núcleo de tierras habitadas, pudiéndose citar muchas analogías que sirven de indicio para admitir la existencia de corrientes comerciales prehistóricas eficacísimas en la difusión de la cultura, si bien no se ha de exagerar hasta el punto de negar sistemáticamente á los pueblos toda capacidad para crear artes propiamente indígenas.

No siempre se puede explicar la ausencia de algunas artes por las dificultades naturales de su difusión ó por la carencia de material á propósito; así, por ejemplo, los bosquimanes apenas han tomado nada de sus vecinos bechuanas, y los polinesios carecen de cerámica; muchos inventos no son admitidos, por no considerarlos necesarios ó convenientes, en el género de vida que el pueblo sigue, ó no se acomodan al manejo indígena ni están en armonía con el gusto dominante, y en cambio otros se difunden con rapidez asombrosa.

No siempre el comercio favorece el desarrollo de la industria indígena. Aparte de que apenas hay pueblo salvaje que sobrepuje al apartado esquimal en desarrollo artístico y aparte de la riqueza etnológica de la pequeña isla de la Pascua, es un hecho general que donde llegan los productos de la industria europea se paraliza la inventiva indígena, como la

de los niños ante los juguetes de un bazar, y perdiendo en estimación sus productos, no siempre racionalmente, sino muchas veces por moda, los artífices del país no hallan incentivo á su ingenio ni remuneración á la perfección de su trabajo, y de aquí que sus productos revelen descuido, abandono y amaneramiento. En el bajo Congo no se hallan hoy las finas telas y prendas de corteza que tanto ensalzaron López y otros viajeros del siglo XVI, ni en Méjico las joyas de obsidiana, ni en el Perú los orífices y adamasquería.

V

Transportes y Comercio.

1. Portador humano.—Hasta en aquellos países en que los medios de locomoción se han perfeccionado mucho podemos observar algunos casos de transporte humano que, por el modo como se realizan, pueden contribuir á caracterizar los diferentes pueblos. Entre estos casos es uno de los más importantes el modo que tiene de llevar á la criatura su madre: así, por ejemplo, las australianas la llevan en los lomos; las esquimales metida en un saco que tiene el traje á la espalda, y las pieles-rojas en un cesto; las araucanas en un bastidor que, pendiente de la frente de la madre, se apoya en sus espaldas; las gitanas sujeta á la cadera, delante de un pecho, lo que contribuye á que se les marque más á ellas la curva del talle; en el Norte de África es frecuente ver al niño encaramado sobre un hombro de su madre, y en Europa lo general es llevarlo en el brazo izquierdo, mientras que las pasiegas lo llevan tendido en el cuévano convertido en cuna.

Es muy general que corra á cargo de la mujer el ir por agua á la fuente, y la manera de llevar el

cántaro nos ofrece una de las expresiones más características del modo de ser de un pueblo. En África, en los países mediterráneos y hasta en Filipinas, llevan el cántaro sobre la cabeza: pero donde más arraigada se halla esta costumbre es en la costa cantábrica, sobre todo en el país vasco; allí, no sólo llevan sobre la cabeza, equilibrado con una rodilla ó rodete *(sorki)* el chato cántaro pirenaico *(lapiko)* ó la herrada cantábrica *(sulla)* con su hoja de berza flotante para disminuir las oscilaciones del agua, sino también las mayores cargas soportables por persona humana. En cambio en Castilla sostienen sus botijos y tinajas de estrecha base sobre la cadera, y las alforjas se echan al hombro. En los países de montañas escarpadas se acostumbra á echarse á la espalda colgado de los hombros el morral, y para grandes pesos se sujeta á la frente como la cuna de las araucanas, por ejemplo, en Filipinas y Sud-América; una variante es el cuévano de las pasiegas ó del Ahong (Indochina), y el más estrecho y alto de Franconia.

2. Bestias de carga y de silla. —Con la adquisición del ganado mayor, principalmente el caballo, camello y dromedario, pudieron las familias reunidas en grandes tribus nómadas recorrer en poco tiempo los inmensos desiertos y parameras escasas de agua, y con el asno ó caballería menor pudieron los montañeses del Mediodía facilitar los transportes de unos á otros valles; todavía subsisten como inmejorable y único medio de locomoción para la mayor parte de los serranos y lugareños del inte-

rior de España los asnos y mulos, y en Marruecos viajan las moras principales en andas llevadas por una mula delantera y otra zaguera.

Una de las cosas más extrañas para los descubridores de América fué el contraste entre el florecimiento de la Agricultura y la ausencia de bestias de tiro y silla. «Allende de esto, por la falta tan universal de animales que hubo en esta tierra, no supieron sus moradores qué cosa fuese caminar en pies ajenos; todos, así hombres como mujeres, grandes y chicos, caminaban siempre á pie, excepto los caciques y señores de vasallos, los cuales, cuando hacían algún camino, eran llevados á hombros de sus súbditos. Y no era menor el trabajo que de la falta de bestias resultaba para la agricultura [1]...» De aquí que los Emperadores de Méjico fueran en andas, y aunque quizás por motivo distinto, los mandarines chinos en palanquines, especie de literas ó sillas de manos.

De aquí el asombro que produjeron los primeros caballeros españoles en la conquista de Méjico, tomados por verdaderos centauros; pero no serían muy torpes los indios cuando en muy pocos años los de Mechoacán tomaron tal afición á montar á caballo, que llegaron á alarmar á los dominadores, hasta el punto de que en 1528 se expidió una Real cédula prohibiendo, bajo pena de muerte, que se vendiesen á los indios caballos ni yeguas. Hoy día, desde los pieles-rojas hasta los patagones, son los

---

1 P. Cobo, S. J.: *Historia del Nuevo Mundo*; 1652.

más excelentes jinetes, y si alguien les refiere que ha caminado unas cuantas leguas á pie, creen que trata de burlarse de ellos.

3. Narria y carro. — «Cuando se empezaron á roturar los bosques para utilizar el terreno libre en la siembra del grano, se aprovechaban las maderas para cerrar (*ichi* en vasc.) aquél contra las incursiones del ganado y de las bestias del campo, y también para construir la cabaña ó casa (*eche* en vasc.) del labrador; según fué pasando el tiempo, fué aumentando el terreno cultivado y disminuyendo el bosque, de tal modo, que las maderas necesarias para el cercado y la casa y para los diferentes utensilios, habia que ir á buscarlas á cierta distancia en el monte, desde el cual se dejaban resbalar y rodar por la pendiente, hasta que, llegando á una llanada, era preciso arrastrarlas (*lerratu* en vasc.). Para el arrastre se comprendió que podian muy bien servir los bueyes mansos, siempre que se pudiesen sujetar á sus cuernos, por medio de correas ó tiras de corteza, los troncos de árboles ya derribados; y cuando éstos no eran muy grandes y pesados, se pudo muy pronto caer en la cuenta de que el leñador mismo, poniéndose encima del tronco, podía ser llevado por los bueyes de un sitio á otro, y lo mismo que el leñador una carga cualquiera. Pero la carga se caia con facilidad á los lados, lo que obligaba á apuntalarla, y de aquí debió venir la ocurrencia de que, en vez de tener que apuntalarla á cada paso, era mucho mejor poner dos troncos, uno contra otro, y sobre los dos la carga. Tam-

bién se observó que estos dos troncos se gastaban y alisaban por debajo al resbalar contra el suelo, y que en los días lluviosos resbalaban mucho mejor sobre las peñas que en los días secos; de estas dos observaciones nació la invención de la narria (*lera* en vasc.; en asturiano *abasón*, de *abasar*=arrastrar), que llegó á tener mucha importancia en los países de grandes llanuras que se hielan en invierno, originando los trineos» [1].

La *narria*, con sus dos maderos paralelos, cuadrilongos, cortados por delante en pico de flauta, mantenidos á invariable distancia por dos travesaños y en cuya parte anterior va un barrilito dejando caer continuamente un hilillo de agua para suavizar el roce de los maderos contra el piso. se puede ver todavía en muchos muelles de los puertos del Cantábrico; y el abasón ó narria corta en los caseríos de las montañas de Asturias.

El *trineo*, tirado por perros entre los esquimales, por renos entre los lapones y por caballos en otros pueblos, se supone generalmente invención del primer pueblo.

«En los países montañosos, y donde el invierno no es tan riguroso que las heladas sean muy repetidas y duraderas, la narria no acababa de resolver la cuestión, teniendo que esforzar su imaginación algo más los naturales del país, por ver si podían atinar con otro medio de transporte mejor

---

1 Aranzadi: *El origen del carro euskaldún. Euskal-erria*, 10 Junio 1897.

acomodado á las condiciones del terreno; y efectivamente, en el arrastre de maderas se pudo ver que éstas quedaban muchas veces atascadas por el tropiezo con peñascos, piedras ó ramas; pero cuando estas piedras ó ramas tenían alguna redondez en el sentido del arrastre, daban vuelta con facilidad, y muchas veces, en vez de dificultar, facilitaban el movimiento; también se había visto que cuando los troncos rodaban por la pendiente solían ir más de prisa que cuando resbalaban sin rodar, y así fué como se le debió ocurrir al leñador ir poniendo debajo de los troncos ramas redondas, ó rodillos, sobre los que se deslizase la carga. Estos rodillos tenían que volver á colocarlos cada vez que su carga había recorrido un cierto trecho, y era menester idear el medio de evitarse esta molestia; no faltó ocasión para ejercitar la inventiva, porque no había más que fijarse en que, cuando el tronco colocado sobre los rodillos tenía algún saliente bastante grande por debajo, el rodillo que tropezaba por detrás con aquel saliente, en vez de quedar rezagado, seguía rodando con el tronco, y aunque al principio esto retardaba el movimiento, más tarde, á fuerza de rozarse, se iban alisando el tronco y el rodillo. Así se vió la ventaja de que el rodillo siguiera á la carga en su movimiento sin quedarse atrás, y se les hizo una muesca á los maderos que servían para sostener la carga sobre el rodillo, de modo que éste quedase siempre encajado en la muesca. Más tarde pudo descubrirse que cuanto más grueso era el rodillo, menos vueltas tenía que dar para recorrer un cierto

trecho, pero al mismo tiempo resultaba más pesado y con más puntos de rozamiento contra los maderos; no faltó oportunidad, sin embargo, para ver que habia troncos más delgados por su parte media que por los extremos, y que presentaban la ventaja de los gruesos de tener que dar menos vueltas, y la ventaja de los delgados de tener menos rozamientos; no habia más que tomarse el trabajo de adelgazar por el medio los troncos gruesos.

¿Qué queda ya que inventar para llegar hasta el carro? De un rodillo más ancho por los extremos que por el medio y sobre el que se ponen unos maderos con muescas donde encaja aquél, á lo que es el carro cantábrico, no hay más intermedio que el uso de las tablas labradas en vez de los troncos, y de las ruedas en vez de rodillos; parte de las ventajas de las tablas ajustadas se había descubierto en la narria, y también en la construcción de la casa; parte era resultado del descubrimiento de útiles más perfectos de carpintería, merced al uso del hierro. La primera forma de rueda debió consistir en un rodillo muy estrecho que por los dos extremos encajaba en dos discos ó rodajas de tronco más anchas que aquél; á esto se parece el *plaustrum* representado en la columna de Antonino. A esta primera forma sucedieron: la portuguesa, haciendo dos huecos en la rodaja para disminuir el peso; la gallega, formando la rodaja de tres piezas, una diametral y dos en arco ó comba, dejando dos huecos parecidos á los de la portuguesa; la vasca de hoy, maciza y delgada, con una pieza fuerte y sobre ella

clavados tablones, que además se sujetan con fiejes de hierro, no escaso en el país; la encartada, que no tiene más que dos de estos tablones perpendiculares, y para darle la redondez, seis piezas en arco ó comba, dejando seis huecos; la montañesa, que para ahorrarse hierro y madera se vale de un encaje de caballetes cruzados, tres largos y seis cortos, montados en dos travesaños; y por último, la asturiana, que es un término medio entre la gallega y la encartada» [1].

El diámetro se llama en Reinosa *ñul*, en Asturias *moil* ó *miollo*, y en Galicia *miñón;* las piezas en arco ó comba, en Reinosa y Galicia *cambas*, y en Asturias *cambuchus*, que recuerdan el italiano *gambas* y catalán *cames* = piernas, pues con ellas anda el carro; los travesaños perpendiculares se llaman en Reinosa *rejas*, en Asturias *reyas* y en Galicia *rellas*, pasando en los coches de nuestras ciudades de cuerdas geométricas á radios ó rayos; restan que citar en el de Reinosa los dos *segundones* paralelos al *ñul*, y los cuatro *soportones* intercalados.

El eje fijo á las dos ruedas macizas se llama en vascuence huso del carro *(gurdi ardatza)* y las ruedas *kurpillak* (torteras del carro); éstas economizan madera según el grueso, las encartadas según la superficie, y las de Reinosa economizan madera según la superficie y evitan el hierro.

La cama del carro, independiente del eje rodal,

---

1 Aranzadi: *Ibidem* y también: *Der üchzende Wagen und Anderes aus Spanien.* Archiv. für Anthr. Ethn. und Urg., XXIV.

lleva consigo la lanza ó pértica, y en cada adral, perpendicularmente á su superficie, dos cuñas (en asturiano *trechorias* ó *treitoiras*, en gallego *diantoiras*, en vascuence *orrasiak)*, que encajan las dos cinturas (cantaderas ó morenal) del eje.

«El roce del eje con los topes del tablero produce un chirrido, que sube ó baja algunos tonos á ratos alternativamente y sirve de aviso para evitar el encuentro de dos carros en un camino estrecho, y hasta para conocer cuál es el carro que se aproxima; á la entrada de las villas principales anuncia un letrero la prohibición del chirrido, que evitan dando de sebo al eje; pero es tal el encanto que sienten los aldeanos por el chirrido, que no bien pasan de la última casa de la calle, lo provocan de nuevo, quitando el sebo y dando resina.

Si queres qu'o carro cante
mollall'o eixo n'o río
que dempois de ben mollado
canta com'un asubio.

»Con estos carros se acostumbra á carretear por caminos *(camberas* en Santander, *caleyas* en Asturias), en que, por el uso, se originan surcos profundos y no se asustan sus conductores de las cuestas más abruptas; se utilizan también en diferentes trabajos agrícolas, y desempeñan en las bodas la trascendental misión de conducir el arreo ó equipo de la novia coronado por la rueca y acompañado de los novios y convidados, que bailan, lanzan *irrintz edo zantzoak* y disparan salvas; en tal ocasión el chi-

rrido del carro ha de ser todo lo más intenso que sea posible.

»La presencia de este carro se limita á las costas Cantábrica y parte de la Atlántica de España y Portugal, regiones que fueron las que más resistieron las dominaciones romana y goda, y más eficazmente la árabe. Para encontrar alguna semejanza con estos carros tenemos que ir siguiendo la misma latitud de 43° hasta el Asia Menor [1], en que la forma de la rueda es como la vasca; y hasta la Manchuria [2], en que dicha forma es parecida á la encartada, ó remontarnos á la edad de piedra de los indogermanos [3]. Parece, pues, verosimil que estos pueblos hayan inventado el carro que canta ó carro de vacas (en vascuence *baserriko gurdia* = carro aldeano) independientemente de las civilizaciones mediterráneas, y arguye en favor de esto la variedad de formas de ruedas en un territorio tan limitado como el citado de la Peninsula ibérica» [4]. «Nuestras latitudes y nuestras montañas parecen representar el núcleo primitivo ó zona de transición, de donde irradian hacia el N. los trineos ó narrias, y hacia las antiguas civilizaciones los carros.

Nótese bien que establezco la irradiación del descubrimiento y perfeccionamiento caminando de Norte á Sud, y no de Poniente á Levante; por con-

---

1 Kannenberg: *Kleinasiens Naturschätze.*

2 *The illustrated London News*, 2 Feb. 95, p. 140. — *The Graphic;* 30 Marzo 95, p. 377.

3 Ranke: *Der Mensch.*, II, p. 590.

4 Aranzadi: *Der ächzende Wagen.*

siguiente, no pretendo sostener la teoría de que el carro vasco sea el origen de los antiguos carros asirios, egipcios y griegos. Lo que presumo es que, siguiendo la marcha parecida á la que he expuesto, aunque con algunas diferencias, descubrieron la idea del carro, independientemente unos de otros, los naturales de las diferentes regiones montañesas, y pobladas de bosques, de la zona templada septentrional del antiguo continente en su latitud media, que limita con los países mediterráneos y con las estepas del Asia; de este modo la costa cantábrica, el Asia menor y el golfo de Pechili no serían más que eslabones de una cadena cuya parte intermedia se hubiese sumergido bajo las olas de las emigraciones, invasiones y civilizaciones que se han sucedido en el antiguo mundo» [1].

Es digno de notar que en las carreteras principales se suelen ver hoy carros con la misma forma de ruedas, pero mayores, con llanta más ancha y de sección más rebajada, con cubo de hierro y el eje también de hierro fijo á la cama; estos carros no chillan, y por ser de llanta ancha pagan menos derechos en las cadenas. Los carros griegos, fenicios, asirios y egipcios, los prehistóricos de la Tène y Watsch (época de Hallstatt), todos tienen radios y cubo, lo que muestra la independencia del eje y las ruedas; los dibujados en las urnas funerarias de

---

1 Aranzadi: *El origen del carro euskaldún; Euskal-erria*, XXXVI, p. 506, 10 Junio 97.

Prusia [1], ó tienen radios ó cuatro ruedas, lo que hace suponer que también tenían eje fijo á la cama. Tales carros no pueden considerarse como primitivos ó inventados de una vez, sino como perfeccionamiento de otros más antiguos en países de grandes llanuras y de clima templado. De ellos derivan directamente las galeras ó grandes carromatos de dos enormes ruedas y doble lanza fija, que, tirados por interminable reata de mulas enganchadas de una en una, recorren las anchas carreteras españolas, destrozándolas con su poco repartido tonelaje.

En China usan carretoncillos de una rueda con asientos á sus lados, é impelidos por un hombre; de dos ruedas, con radios y cubo, son los de Persia, India, Indo-China, Japón y la Malasia, y muchas veces suelen ser tirados por hombres. Los antiguos escitas habitaban en sus carros; hace un siglo también alguna tribu tártara, y algo análogo les ocurrió á los boers del Sur de África; quizás más bien por comparación que por recuerdo de tal nomadismo, se llama la cama del carro en vascuence *gurdi-echia*.

Es curioso observar cómo, en condiciones distintas, los constructores de vagones de ferrocarril han vuelto á la estructura primitiva, con eje fijo á las ruedas.

4. Yugo y colleras.—El modo de uncir los bueyes varía también, pues mientras en el Norte, y en

---

1 Conwentz: *Bildliche Darstell. v. Tieren, Mens., Bäum. u. Wag. an westpr. Gräbeurn*, 1894.

general en España, se uncen por los cuernos, los portugueses los uncen por colleras, como se hace con los caballos. Merecen mencionarse aqui las colleras, abiertas y cerradas, simétricas y asimétricas, lisas y esculpidas, fabricadas de una sola pieza de diorita, y, por consiguiente, muy pesadas, que se han encontrado en abundancia en las Antillas, sobre todo en Puerto Rico, y cuyo uso permanece desconocido, pues los indios no conocían bestias de tiro en la época del descubrimiento.

El yugo (*uztarri*) que los vascos colocan sobre los cuernos de los bueyes, tiene escotes que le acomodan perfectamente en los cuernos y la frente, y muescas para atar con correas (en Asturias *sobeo*) la parte central (Astur. *canyuelos*) á la *oreya* (vasc. *kabilla*) de la pértiga; en los extremos (Astur. *camellus*) tiene otras muescas para atarlo con la *cornal* (vasc. *eriak*) á los cuernos: á veces presenta pujos de ornamentación y sobre él se suele sujetar una pieza de cuero tachuelada y adornada, de la que pende un fleco para espantar las moscas, y por encima va una piel de oveja, que preserva de la lluvia la guarnición.

El yugo castellano se coloca en la nuca detrás de los cuernos, por lo que no tiene más que un escote muy grande á cada lado, y la pieza de cuero lleva una especie de diadema. El yugo gallego se unce al cuello, y para evitar las oscilaciones laterales tiene, como el del Norte de la India y el Tibet, dos parejas de palos verticales; no se adorna con flecos.

5. Caminos y puentes. —El salvaje en la mani-

gua se abre paso á golpes de machete, y su rastro lo borra al poco tiempo la exuberante vegetación de los trópicos; el hiperbóreo, en los desiertos helados del Septentrión, se desliza con sus largos patines ó sobre su trineo, sin que el rigor del clima le permita mejorar las condiciones de la trayectoria; por razones de clima, topografía y vehículo, tampoco se cuida de ello el nómada del desierto.

No así el montañés de los climas templados; con una relativa sedentariedad, que le obliga á cuidarse de la vuelta, y con un horizonte tan limitado que le incita á tener que interesarse por el más allá, por fuerza ha de atravesar por los puertos, pasos ó gargantas que en número reducido facilitan la comunicación de los valles, y la repetición de esta travesía despierta su atención hacia pequeñas modificaciones que se pueden labrar en la senda ó vereda, haciendo con esto menos probable el despeño; el trabajo del hombre en estas sendas tiende sólo á disminuir el peligro ó acortar el trayecto, pero sin preocuparse de la comodidad; únicamente donde por la depresión del terreno ó por la naturaleza arcillosa del mismo se forman pequeñas ciénagas, afírmanla con piedras, formando una pasadera ó convirtiéndola en calzada.

Los pequeños torrentes se salvan dando un salto con el palo ó *makila*; otros mayores, por troncos de árboles atravesados formando puente; y si el vacío que se ha de salvar es todavía mayor, se valen en muchos países de puentes funiculares ó colgantes. «En el camino de Bagamoyo á Ukerewe pasó Wilson

sobre el Wami por un puente construído con dos fuertes lianas sujetas por los extremos á corpulentos árboles y unidas de trecho en trecho por travesaños, que soportaban largos maderos, apoyado todo en algunas fuertes estacas hincadas en el lecho del río y completado con otras dos lianas más elevadas que servían de baranda.» [1] Pero los pueblos nómadas, donde es posible, se limitan á buscar un vado.

Las antiguas naciones cultas del Centro y Sud-América construyeron anchas calzadas con puentes de grandes losas, fuentes para aplacar la sed y refugios de cuarto en cuarto de legua, que facilitaban las rápidas comunicaciones por medio de peatones correos, y con esto la consolidación de los grandes Estados de los aztecas é incas.

6. Flotadores y balsas ó almadías. — El mero flotador aparece en el escalón más ínfimo del arte de la navegación, como cuando un niño del mar del Sur se mete en el agua con un coco, ó un hotentote lleva sus cabras de una orilla á otra sosteniendo su cuerpo sobre un tronco de sauce, que llama su caballo de madera; los australianos acuden á los barcos empernacados sobre troncos puntiagudos y remando con las manos, mientras que los pescadores indígenas de California van sentados en un lío de juncos anudados en forma de hamaca, semejante á la de los ribereños del Nilo.

Se han conocido indios americanos que cruzan los ríos convirtiendo en bajeles las pieles de sus

---

1 Ratzel: *Völkerkunde* II, p. 63.

tiendas con algunos palos por dentro que las mantienen extendidas: poco más que esto son los barcos redondos de ramas, cubiertos de piel, de Mesopotamia, y sobre el Severn y el Shaunon los pescadores bajan á los ríos, llevando á la espalda sus barcos de cuero, hechos hoy de un cañamazo embreado sobre un marco, pero modelados por el antiguo tipo.

Los ríos torrenciales procedentes de montañas abundantes en maderas de construcción se aprovechan para el transporte de éstas, formando con las mismas las almadías, que tripuladas por intrépidos montañeses sortean los escollos y recodos y se deslizan por el plano inclinado de las presas hasta llegar á los grandes y mansos ríos, por donde siguen á cargo de otra tripulación ribereña.

Las balsas que bajan con mercancías por el Éufrates y el Tigris flotan merced á pieles de oveja llenas de aire; concluído el viaje, la balsa es deshecha y la madera vendida, no volviendo más que las pieles vacías. Los egipcios botan al agua balsas hechas con vasijas de barro, ligadas con cuerdas cubiertas de juntos y movidas por remos; una vez en el punto de destino, rompen la balsa y venden las vasijas.

Los peruanos también construían balsas de vigas de madera porosa y ligera, cubiertas con un entarimado de cañas, provistas con dos mastes y una gran vela de lana ó algodón, un timón y una quilla móvil como la que Pizarro tomó en Túmbez; balsas más sencillas de dos grandes haces de juncos, de cinco ó seis metros de largo, con una vela hecha

también de juncos ó con remos, son las del lago Chiquito en Bolivia.

7. Piraguas.—Los australianos separan una larga capa de corteza de *Eucaliptus robusta*, y la unen por los extremos completamente; si tienen que usar más de una vez esta improvisada canoa, cosen los extremos y colocan travesaños de madera para hacerle conservar la forma; así aparece la canoa que pudiéramos llamar de corcho, no desconocida en la tierra del Fuego, en Asia y África, y que en Norte-América alcanzó su mayor perfección, con su marco de cedro, forros de corteza de abedul cosidos con raices fibrosas de cedro y calafateada con resina de pino pruche.

Los yurucarés viajan con sus niños y sus muebles en piraguas de estipa de palmera, que impulsan el marido y la mujer nadando á los costados y recorriendo diez ó doce leguas por día; los habitantes de las regiones interrumpidas por numerosos lagos y ríos, desde el golfo de San Lorenzo al Océano Pacífico, construyen embarcaciones muy ligeras y elegantes de madera de cedro cubierta de corteza de abedul, de cuatro metros de eslora y sólo 15 kilos de peso.

Con un solo tronco ahuecado por el fuego construyen la piragua ó canoa los australianos orientales, raspándolo con conchas los americanos del Noroeste: con sus hachas de piedra labran los indios clalam del estrecho de Fuca las cancas de tronco de cedro, de cincuenta pies de eslora, que soportan una treintena de tripulantes; embarcados en ellas arpo-

nean la ballena, y la impiden sumergirse por medio de pieles de foca infladas y sujetas á los arpones con largas cuerdas, que se desarrollan. Semejantes canoas de cedro, caoba, etc., labran los naturales de la costa de los Mosquitos, los del delta del Orinoco, los del río Napo, los de las islas Palaos y los negros del Congo. Así eran también las canoas prehistóricas europeas de la edad de piedra.

En las islas cercanas al oriente de Nueva Guinea colocan en cada costado del tronco ahuecado una tabla que hace de borda, y el bote de los ainos tiene varias de estas tablas, por lo que podemos considerar que así como la choza primitiva se convirtió en la techumbre de la cabaña ó borda, así también la canoa primitiva se convirtió en la quilla de la chalupa ó bote.

8. Esquifes.—Nuestras chalupas históricas vienen á ser imitación del esquife ó kayako del esquimal, con armazón de cincuenta ó sesenta piezas de hueso ó madera, sobre el que están estiradas pieles de foca impregnadas de grasa, sólidamente cosidas y afirmadas con clavijas de madera, espinas de pescado y tendones, pues el hierro se roñaría; la cubierta es de piel de foca, y no deja más abertura que la necesaria para que por ella se introduzca el cuerpo del navegante, que se la sujeta por la cintura. Los esquimales fabrican también zoquetes de marfil de colmillo de lobo marino para el manejo de las cuerdas de las velas, desenredadores, también de marfil, para facilitar el manejo de las cuerdas del arpón cuando se enredan y tuercen, ó cuando se

quiere cambiar la cabeza del sedal, y guías de marfil para impedir que se enreden las dos cuerdas del sedal.

9. Pancos de batanga. — Las balsas de madera son útiles para seguir la corriente de los ríos; pero cuando tienen que dirigirse con remos ó velas, presentan demasiada resistencia, por lo que se les ocurrió á los fidjianos y otros isleños que con una balsa formada por dos leños paralelos, unidos por travesaños, con una plataforma encima, se bogaría con más facilidad; de aquí se originó más tarde el panco de batanga, conocido en la antigua Europa y ahora en uso en el Pacífico y hasta en Ceilán; uno de los leños está representado ahora por la canoa ó chalupa, y el segundo es el tronco que constituye la batanga, asegurado en los extremos de los dos palos salientes, de modo que estén firmes para resistir el mal tiempo, ó bien pueden los dos leños convertirse en canoas y llevar la plataforma entre las dos; así tenemos la doble canoa de la Polinesia, cuyo principio ha sido utilizado en los modernos tiempos en el doble bote de vapor, para hacer menos duro el balanceo que se experimenta al pasar entre Dover y Calais [1].

10. Remo. — El origen del remo se muestra en los australianos remando con las manos, y en los pescadores del Nilo superior, empujando con sus pies el haz de palos sobre que van sentados. El salvaje usa principalmente un solo remo con una pala

---

1 Tylor: *Antropología.*

en la extremidad; el remo de doble pala lo idearon los esquimales, y lo saben manejar con suma destreza para volver al equilibrio cuando zozobran. El remo se mueve libremente á mano en las estrechas canoas; pero en los botes más anchos de los ainos obra sujeto por el estrovo al tolete como una palanca de primer género, y la diferencia en el resultado se ve bien comparando una ancha canoa del mar del Sur, en la que bogan veinte remeros, y una de nuestras lanchas boniteras ó traineras con sólo ocho ó cuatro; en éstas se sustituye con ventaja el timón por un remo.

11. Vela. — La idea más sencilla de la vela puede verse en los dibujos de Catlin, que representan á los pieles rojas de pie en sus canoas con los brazos extendidos, sosteniendo sus mantas amarradas á una pierna. La vela polinesa es única y formada por una estera sujeta en los extremos superiores de dos palos divergentes y asegurada por abajo, ó sostenida en una verga que se ata al único mástil central; suele ser triangular y no se la pueden tomar rizos. Los árabes tienen lanchas de dos mástiles, uno mucho menor que el otro, y sus velas latinas tendidas quedan en direcciones cruzadas.

En términos generales se puede decir que la navegación se desarrolló mucho más pronto, y en más extensión, en el Océano Pacífico, sobre todo con relación al Atlántico, razón por la que, y refiriéndonos á la antigüedad, podríamos considerar con Ratzel el continente americano como el extremo Oriente del mundo.

12. Aislamiento salvaje. — En la vida errante de los bosques, sin división del trabajo, con pocas necesidades y sin contacto con otras gentes, natural es que el salvaje se baste á sí mismo en todas las ocasiones de su vida, y no pase por su imaginación la idea del comercio. Oportunamente hace observar Letourneau [1], respecto de los hechos citados por los Capitanes Byron y Wallis, y por Darwin, hablando de los foguinos, que tales cambios no son sino regalos mutuos de cortesía; pero querer utilizar la consecuencia de que los foguinos y australianos carecían de la noción del comercio exterior para considerar esto como un signo de brutalidad, es extremar el argumento; ni el desprecio que aquellos salvajes mostraban en un principio por las baratijas europeas quiere decir más sino que no les importaban ni servían para nada, por no estar acostumbrados á usarlas, como un europeo no admitía en el cambio lo que á él no le fuese de ninguna utilidad; tampoco el negarse á cambiar determinados objetos expresa más sino que su dueño les da un valor que el comerciante es incapaz de imaginar.

La coincidencia de que todos estos hechos se refieran á los indígenas de los últimos rincones del mundo, nos revela palpablemente que lo que el desarrollo de la noción del comercio exige son condiciones geográficas de existencia [2], más que una

---

1 *L'âge précommercial:* «Bull. de la Soc. d'Anthr.»; París 1897, núm. 2.

2 Ratzel: *Völkerkunde* I, p. 77.

evolución mental superior á la del salvaje; la prueba está en que al primer contacto con el comerciante inglés se contagia rápidamente aquél de la cultura moral de éste por intermedio del cambalache de aguardiente y prostitución [1].

13. Trueque.—El comercio interior, negado por algunos sistemáticos evolucionistas, existe con anterioridad al conocimiento que de él puedan adquirir los europeos, y la difusión de muchísimos artefactos y hasta de ciertas ideas revela la antigüedad prehistórica de las corrientes comerciales. En el Poniente de Australia hay palabras indígenas que significan mercado ó feria, y el mismo Letourneau [2] hace constar que una tribu australiana tenía un comerciante nato, cuyo padre trocaba el cordón umbilical de su hijo por el correspondiente de otra tribu, y dicho comerciante era el intermediario consagrado. Á centenares de millas transportan estos salvajes la pesada diorita para hacer hachas, y reciben, en cambio ó trueque, los productos de otras tribus, como el ocre rojo para pintarse; han llevado tan lejos su respeto al tráfico, que dejan pasar á los pacíficos comerciantes sanos y salvos por medio de tribus en guerra.

Lo cierto es que las primeras relaciones comerciales se establecen muchas veces con gran desconfianza y muy de lejos; los vedas de Ceilán depositan, durante la noche, en un lugar frecuentado, su miel,

---

1 Véase Cunningham: *Hist. Univ.*, *voy.* XLIII, p. 83.
2 Letourneau: *Ibidem*, p. 156.

cera y caza, recogiendo á la siguiente noche los objetos que los cingaleses les han dejado en cambio; la misma costumbre existe entre los sakayos de Perak y los malayos, entre los kubús de Sumatra, que cambian la cera y el marfil por los tejidos, arroz y sal de los habitantes de Palembang.

Y lo peor es que tales desconfianzas suelen ser muy fundadas.

14. Mercado.—Donde se ponen en contacto dos pueblos extraños uno á otro y con diferente capacidad económica, el más guerrero y nómada empezará por robar al más sedentario y trabajador; pero éste aprenderá á defenderse y tomar venganza, hasta que por fin la conveniencia mutua lleva á la celebración de contratos y al establecimiento de dias y lugares consagrados para las ferias.

Pero todo forastero ó extranjero que no hubiese celebrado contrato previo estará fuera de la ley, y se le podrá impunemente robar y asesinar; y el que quiera comprar un objeto cualquiera, oirá como contestación: «ven al mercado»; porque allí únicamente se siente confiado el vendedor ante el respeto al lugar y á la concurrencia [1]. Por esto muchas plazas comerciales se establecieron en las fronteras de las tribus, no consiguiendo, sin embargo, los mercaderes evitar la posibilidad de emboscadas, donde se veían despojados de sus mercancías ó ganancias por sus mismos vendedores ó por otras tribus vecinas [2].

---

1 Ratzel: *op. cit.*, II, p. 62.

2 Letourneau: *Les nubiens du Jardin d'Acclimatation.* «Bull. de la Soc. d'Anthr.», 1880, p. 65.

15. Tráfico.—Para llegar al real de la feria tienen que hacer los traficantes viajes por territorios en que pueden salirles al encuentro salteadores ó bandidos que por fuerza se apoderen de la mercancía ó del producto de la venta; ante tal eventualidad, se organizan aquéllos en caravanas armadas para poder rechazar con probabilidades de éxito el ataque de los bandoleros; pero esta organización armada supone gasto de fuerza y tiempo, y la inseguridad del resultado hace que traficantes y bandoleros acaben por entenderse, obteniendo los primeros de los segundos un salvoconducto mediante el pago de un tributo, á la manera que en época recientísima lo hacían los bandoleros andaluces y calabreses, y hoy sucede en el camino de Fezzan á Murzuk para el Sudán. Este tributo no sólo les abre camino, también crea el monopolio y les da protección contra otros salteadores.

La acumulación de tales ingresos en manos del bandido le coloca en condiciones de ser rumboso y espléndido, con lo cual se atrae á los menesterosos, que se convierten en sicarios; se unen, por último, bandidos y traficantes para robar y vender lo robado, como ha sucedido con las grandes bandas de árabes negreros que han hecho por el interior del África un tráfico de exterminio y desolación.

«Cosa curiosa á primera vista, y sin embargo muy natural: la virtud de la hospitalidad y la afición á la *razzia*, es decir, al robo á mano armada, son á menudo compañeras; es que hay que

robar para poder dar á los amigos [1]. En Oriente el viajero experimentado teme sobre todo los países en que la virtud de la hospitalidad está más en auge» [2].

Más en pequeño, pero también más pacíficamente, puede verificarse la transformación del nómada pastor en nómada trajinante, por la utilización de su ganado como bestia de carga, y tal debe ser el origen del arriero y de su variante ilegal el contrabandista. Esta transformación pacífica ocurre donde la preponderancia está de parte del sedentario labrador ó industrial, y se manifiesta, más bien que en la hospitalidad, en la existencia de ventas y *posadas*; en China no hay aldea sin posada. El robo se convierte en hurto, y los gitanos, ogros y otras tribus que adquirieron fama de secuestradores de niños, se suelen contentar con el hurto de trozos de hierro, hortalizas y caballerías.

16. Comercio. — Artesanos é industriales fijan su residencia en el punto de reunión de los traficantes, y el real de la feria, ó mercado, se convierte en plaza comercial; las tiendas que plantaban los nómadas los días de feria quedan permanentes, y el trajinante se convierte en tendero comerciante, estableciéndose la división del trabajo entre el marido carretero ó arriero y la mujer tendera, ó entre diferentes ramas de la misma familia; por procedimiento

---

1 Letourneau: *Le commerce primitif*. «Bull. de la Soc. d'Anthr.», 1896, núm. 3.

2 Joubert: *Voy. en Armenie et en Perse*, 8.

semejante se fijaron en Vizcaya viandantes pasiegos, y en Guipúzcoa buhoneros franceses.

Considerando los señores tales plazas comerciales como manantial importante de ingresos, las dan condiciones de defensa y privilegios, convirtiéndolas en *ciudades;* así se comprende, por su origen, cómo los pueblos nómadas manifiestan en su última evolución más tendencia á vivir en ciudades que los pueblos sedentarios. Mas no siempre se verifica de la misma manera esta transformación. El judío pastor se convirtió en tendero; el árabe ciudadano pasó por los grados intermedios de traficante, salteador y aristócrata; el inglés comerciante y navegante fué antes pirata de la escuela de los normandos, y todavía en 1813 dió muestras bárbaras de tales instintos en San Sebastián [1]; el chino mercader procede por emigración de padres hortelanos. Al robo y el hurto sustituyen la astucia, maña y perfidia, que han quedado impresas en las frases: «Fides punica y pérfida Albión».

La trasplantación del vendedor de los propios productos á la ciudad, para continuar como industrial ó convertirse en comerciante de los productos de sus allegados, lleva consigo cierta probidad, no siempre muy eficaz y resistente contra la mala fe. La facilidad de comunicaciones, efecto y causa del desarrollo del comercio, engendra una disminución de sedentariedad en el ciudadano, que se desarraiga

---

1 Espontáneamente confesado por uno de sus periódicos ilustrados de mayor circulación, con ocasión de la visita de la Reina Victoria á María Cristina.

y desliga de su tierra, poniéndose en circulación la semilla del genio; la población de acarreo necesita ventilación para no corromperse.

17. Moneda.—Con la reunión de los mercaderes en ferias, donde se podían hallar toda clase de objetos útiles ó agradables, vino la idea de elegir una medida común para las transacciones, y esta medida común tuvo que ser un objeto, cuya posesión fuera apetecida por todos; en el interior del África es muy frecuente evaluar por esclavos ó cabras. La escasez del objeto y su poco volumen también contribuyeron á que se eligiese como unidad de evaluación é intermediario en las transacciones: los pámues usan con este fin manojillos de pedazos de hierro, y en Cordofán sirve para ello la hoja semilunar de la azada, también de hierro; en el Sudán hacen sus veces tirillas de tela de algodón; en Abisinia compra el viajero lo que necesita con terrones de sal. En las islas Carolinas vale como moneda un enorme guijarro circular agujereado en el centro; entre ciertos papúas, las semillas. La *Cypræa moneta* sigue sirviendo para los pequeños cambios en el Sur de Asia, como ha servido desde tiempo inmemorial; en gran parte de la Nigricia sirve la misma con el nombre de *cauri;* la moneda de los indios hupas es de dentalina ó dental, bordada de piel de colores, variando el valor según la longitud del dental.

«Á la vez que de moneda, sirven tales objetos de adorno y distinción, y su antigüedad y rareza les prestan algo de sagrado, así como la dificultad de

poseerlos contribuye á dar al afortunado mortal que los adquiere el poder político del plutócrata. Los delitos se expian muchas veces en Micronesia con el sacrificio de una pieza valiosa de dinero, quizás la fortuna de una familia; pero esta familia, no sólo pierde ese dinero, sino también el crédito que á él iba unido, y baja algunos peldaños en la escala social» [1].

---

1 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 232.

II.—CULTURA MENTAL (estética, intelectual y moral).

VI

Lenguaje.

1. Origen del lenguaje.—Prescindiendo de razones metafísicas que, por servir para explicarlo todo, no sirven para distinguir nada y nos dejan lo mismo que si quedásemos completamente á obscuras, el hecho es que no hay pueblo humano sin lenguaje articulado, ni hay tampoco pueblo que no sea capaz de aprender el idioma de otro. No hay lenguaje articulado innato, sino que es menester aprenderlo; y sucede lo que con los pájaros, que, sacados de sus nidos y separados de sus semejantes, no cantan como éstos, sino como los otros pájaros que con ellos viven, aunque sean de otra especie, y también difieren los cantos según las localidades. (M. Flamel.)

El lenguaje es, en último resultado, un utensilio para la comunicación, y le sucede lo que á muchos utensilios de uso primordial; su estructura y los sonidos de que se vale son, hasta cierto punto, semejantes en todo el mundo, pero con las variaciones

suficientes para que cada idioma aparezca como un chirimbolo inútil al que no esté habituado á manejarlo. No sólo varía de un país á otro, sino también con el tiempo, cambiando ó perdiendo sonidos y adquiriéndolos nuevos, y más todavía cambiando la significación de las palabras y frases y sustituyendo unas palabras por otras.

El hombre, que es capaz de inventar el medio de encender fuego, quien es capaz de inventar la cerámica y la metalurgia, el bumerang y el arco, bien puede ser capaz de inventar el idioma, y la observación cuotidiana nos enseña efectivamente la existencia de esta inventiva en los niños; basta que se reunan dos con ánimo de entenderse, para que se hablen; y si les interesa que no les entiendan los demás, son capaces de imaginar una jerga con todas las reglas gramaticales necesarias.

Por las modificaciones que aun hoy sufren los idiomas cultos, independientemente de todo método científico ajustado á un plan preconcebido; por la capacidad de los salvajes para inventar nuevas palabras y por el estudio del lenguaje infantil, nos vemos, pues, en el caso de sostener con Tylor que «no hay razón alguna para suponer que el origen del lenguaje radicase en facultades intelectuales que se han perdido, ó en dotes especiales desaparecidas, sino residentes en un estado mental aún en ejercicio y no superior al nivel de los niños y los salvajes. El origen del lenguaje no fué un acontecimiento súbito y repentino que ocurrió de una vez y cesó luego por completo: todo lo contrario; el hombre sigue en

posesión de la facultad de formar palabras nuevas y originales, mediante la elección de sonidos propios y adecuados; facultad de que sólo en caso necesario y rara vez hace uso, por la poderosa razón de que dispone ya de un copioso caudal de palabras, pronto á suministrarle una expresión para casi todos los pensamientos nuevos que crucen por su mente» [1].

2. Lenguaje con los animales. — El hombre no sólo se comunica con sus semejantes, sino también con los animales domésticos y domados; pero el lenguaje que para ello usa es muy rudimentario, desprovisto de gramática, exclusivamente en el modo imperativo, y compuesto de monosílabos y disílabos, repetidos muchas veces en grupos de hasta tres; sus palabras no se suelen encontrar en los diccionarios, y no se parecen á las vocalizaciones de que se valen los animales para comunicarse entre sí, ni son las mismas en las diferentes regiones; son gritos inarticulados ó sonidos musicales, silbidos, gorjeos, chasquidos y otros ruidos que no se podrán representar fácilmente ni por letras ni por notas de la escala. H. C. Bolton [2] considera á la mayor parte de ellos como corrupción de los antiguos nombres de los animales, á veces con un prefijo que significa «ven», etc.

3. Gestos, guiños y señas. — Livingstone encontró en Kasembe un sordo-mudo que se valía de las mismas señas que los europeos. Cuanto más pobre

---

1 Tylor: *Antropología*, p. 154.
2 H. C. Bolton: *Man's language to animals.*

y sencillo es el lenguaje articulado, cuanto menos complicadas y abstractas son las ideas que se quieren expresar, tanto más intervienen los gestos, guiños y señas, y pueden éstos llegar á una perfección de expresión de la que no podemos formar idea los que estamos acostumbrados á tener muchas palabras á nuestra disposición; á tanto llega su importancia en muchos pueblos, que cuando se quedan á obscuras se acaba la conversación. Los gestos de los negros no sirven más que para reforzar y aclarar el sentido de las palabras; pero donde han llegado á formar un verdadero sistema de señales independiente es entre los ingeniosos y silenciosos pieles-rojas. Estas señas son fácilmente comprensibles, pero algunas parecen artificiosas, porque proceden de otros tiempos. «Por ejemplo: para designar el perro se mueven los dos primeros dedos de la mano imitando el arrastre de dos estacas, y esto procede de la época en que los pieles-rojas no tenían caballos y usaban perros para el arrastre de las estacas de la tienda; hoy no se usan los perros para tal objeto, pero el signo permanece» [1]. Aunque tal lenguaje parece poco apropiado para la expresión de ideas abstractas, con todo, se pueden formar frases completas por la combinación adecuada de diferentes símbolos, y precisamente los pueblos llamados incultos han alcanzado en esto una maestría que nosotros, con nuestros sentidos embotados, no podemos hacer más que admirar [2].

---

1 Tylor: *Antropología*, p. 138.
2 Achelis: *op. cit.*, p. 362.

Las señas varían de unos pueblos á otros, y es difícil, si no imposible, explicarlas racionalmente; los basutos, y en San Sebastián y Bilbao los chiquillos, aplauden silbando; los turcos cabecean con fuerza para afirmar; y para llamar á una persona, en unos países vuelven la palma de la mano hacia arriba, moviendo los dedos como quien acaricia la sotabarba, y en otros tienen la palma hacia abajo.

4. Silbidos y teléfono. — Los silbidos pueden constituir también lenguaje, como el de los pastores canarios, que hoy tiene las modulaciones del castellano y antes tuvo las del guanche; también los chiquillos de muchas ciudades europeas se entienden por silbidos, y los indios de Jujuy ó Salta (Sud-América) se agujerean para ello por debajo del labio y tapan el agujero con un botón ó taruguito.

Un verdadero sistema de señales tienen los bakubas del interior del África, los papúas y los jíbaros de Sud-América, que para ello se valen de tambores medio enterrados en sus chozas, á los que corresponden otros receptores á gran distancia, estableciéndose la comunicación por el terreno.

5. Gritos emocionales é interjecciones. — Los gritos emocionales son comunes á todos los animales que respiran por pulmones y tienen sangre caliente, variando de calidad según las especies y diferenciándose según la emoción que con él se manifiesta; distintos son los ladridos, aullidos y gemidos del perro, conforme á lo que quiere expresar; distintos los mayidos y bufidos del gato, los cacareos de la gallina, etc.

«El grito de alegría y el de espanto son propiedad de todo pueblo, incluso el más civilizado. Venimos al mundo gritando, y este es el primer signo de vida que damos. El grito todos lo comprendemos sin haberlo aprendido; en los primeros meses de la vida nos basta para hacer saber todas nuestras necesidades, y muy pronto nos servimos de él con toda intención para darnos á entender. Lo mismo puede haber hecho las veces de verdadera habla el grito del adulto en los principios de la formación del lenguaje, y reminiscencias quedan en las exclamaciones ó *interjecciones*. Es muy significativo que ningún idioma carezca de tales voces» [1].

Uno de los elementos del grito, el *tono emocional*, acompaña también al lenguaje articulado y sirve para dar á entender lo que no se quiere decir con las palabras; su estudio ha sido falseado y descuidado por los maestrillos de retórica, olvidando que su espontaneidad le hace inseparable del *acento*, *dejo* ó *tonillo*, verdadera carta de naturaleza, despreciada por los fatuos adoradores del signo escrito, escribas y fariseos de la gramática. «Ante el tribunal de la ciencia todos son iguales; para ella no hay pronunciaciones buenas y malas: desde que se ha empezado á estudiar la fonética ó ciencia de los sonidos que componen la palabra, en vez de estudiar las letras de la escritura, ha empezado á existir la gramática científica» [2].

---

1 Peschel: *Völkerkunde*, p. 110.

2 Dr. J. W. Bruinier: *Ein Worth über Grammatik.*; Umschau, 1898.

6. Voces imitativas ú onomatopeyas. — Tienen mucho de interjección los sonidos que se suelen usar para llamar á los animales, y pueden en casos ser simples imitaciones del grito del animal (*onomatopeyas*). como el *baaing* de los indos para llamar á las ovejas; algunos de ellos, como *pis pis* para llamar al gato, parece derivarse del nombre del animal en Celta, Persa, etc.; los servios lo usan para despedirlo, y de la misma palabra parece haberse formado modernamente el nombre del gato en Tonga y Noroeste de América. En este punto hace observar oportunamente Tylor [1] «que no se deben rechazar los testimonios que tienden á mostrarnos el origen del lenguaje en expresiones de nodrizas ó en palabras tomadas en una acepción ridícula, porque en Etnología se puede dar esta máxima: lo que los hombres civilizados hacen por broma y sus niños en la cuna, encuentra su análogo en el esfuerzo mental del salvaje, y, por consiguiente, de las tribus primitivas.»

Ejemplo de la introducción de interjecciones en el lenguaje articulado tenemos en el japonés, que antepone *o* á los nombres y verbos cuando se dirige á superiores ó para distinguir el género masculino, y usa de *oo* en el sentido de grande, formando así *voces significativas* derivadas de la interjección, como de *arre* se derivan arrear y arriero.

Palabras imitativas ú onomatopeyas que entran en el vocabulario de un idioma se pueden citar

---

1 Tylor: *Antropología.*

muchas, como aye-aye, cacatúa, cuco, pichón, nombres de animales; coclear y clueca, gruñir, rugir, mugir, piar, mayar, zumbar, por los gritos de animales; tam-tam, bombo, tambor, carraca, pito, instrumentos músicos; bufar, murmurar, mudo, tumbar, por acciones humanas; *pu* expresa el fusil entre la mayor parte de los salvajes; *pub*, cerbatana en quiché; el sanscrito *kchu*, galésumtis y tecuna *haitschu*, estornudar; *nyam*, en Surinam, comer; *mau*, gato en chino; el gallo se llama entre los niños españoles *quiquiriquí*, en yoruba *koklo*, en ibo *okoko*, en zulú *kukú*, en finés *kuko*, en sanscrito *kukuta;* del canto del gallo se deriva también el malayo *kuluruk kukuh*, la aurora; y de *coq*, francés, se formaron *coquet, cocarde, coquelicot*, y *cacaracá* en languedoc; la campana en yokama *kwa-lal-kwa-lal*, y en ruso *kolokol;* la trompa en peruano *pututú*, y en godo *thuthaurn;* la pipa deriva su nombre de un instrumento músico, así como el tubo y el *chalumeau* francés: en Abisinia, para dar á entender que el herrero mueve los fuelles, dicen: *tum-tun bufa bufti*.

7. Sonidos articulados. — Además del gesto, de la fisonomía y del tono emocional, intervienen de una manera principal en el lenguaje los sonidos articulados. «El vulgo juzga naturalmente los sonidos á oído, y á menudo cae por lo mismo en error. Dice, por ejemplo, que la *th* inglesa suena parecida á *s*, y de cien veces, noventa pronunciará en consecuencia una *s* con la punta de la lengua entre los dientes. Pero, aunque se oiga parecida á la *s*, la *th*

inglesa no es más que una dental, como la *t*, *d* ó *n*. El efecto acústico de un sonido extraño es muchas veces completamente diferente de la pronunciación usual. Los cimbrios de Gales y algunos dialectos noruegos tienen una *l* muda, escrita *ll*, que suena como una *ch* francesa con la lengua arqueada hacia arriba sin parecerse en nada á la *l;* pero el sonido se pronuncia realmente como una *l* muda, es decir, sin la cooperación dé la laringe» [1].

En esta vulgaridad han caído muchos viajeros, como «S. F. Waldeck, que desde Palenque escribía á Jomard diciéndole que ya no servía en 1833 el vocabulario escrito en 1820: no olvidemos lo descuidada que suele ser la confección de muchos vocabularios» [2]. Las palabras extrañas escritas á oído sin saberlas pronunciar, son, por tanto, inútiles y falsas.

8. Vocales. — Los sonidos articulados constan de vocales y consonantes: las *vocales* son, según las investigaciones de Helmholtz, tonos musicales compuestos, resultado de la modificación de forma de la cavidad bucal, que hace de caja de resonancia, produciendo los tonos harmónicos superiores que caracterizan el timbre al acompañar al tono fundamental. Se demuestra fácilmente que las vocales resultan de la forma de la cavidad bucal, porque se pueden producir sonidos correspondientes á cada una de ellas en la trompa, guimbarda ó barimbaw, colocada en la boca, y también sin intervención de las cuerdas

---

1 Bruinier: *ibidem.*
2 Ratzel: *op. cit.*, 1, p. 31.

vocales de la laringe en el cuchicheo. El tono emocional es una vocal, cuyo timbre particular resulta de cierta adaptación de los órganos vocales influídos por un sentimiento.

Los europeos empleamos la modulación para dar más fuerza á las palabras, pero no para alterar su significado, como lo hacen en Siam y Dahomey con modulaciones análogas á las que nosotros usamos para marcar la énfasis, la pregunta, la respuesta, etc.

No todas las lenguas poseen las mismas vocales; así, por ejemplo, el castellano no distingue más que cinco vocales y no pronuncia la *ü* alemana ó *u* francesa, mientras que otros idiomas distinguen ocho ó nueve vocales.

9. Consonantes.—Las consonantes no son vibraciones musicales de la caja aérea de resonancia, sino los ruidos que las acompañan, producidos por el roce de la corriente de aire en las paredes de las diferentes porciones del trayecto. En el estudio de los idiomas indo-europeos se suelen clasificar, según el sitio donde se produce el estrechamiento ó cierre, y por consiguiente el roce. en labiales, dentales, paladales, guturales, y según el modo de resolverlas en momentáneas (explosivas fuertes y fricativas) y duraderas (semivocales ó líquidas, sibilantes, fricativas leves, nasales y medias ó explosivas leves).

No todas las lenguas poseen las mismas consonantes, y como ejemplos se pueden citar la *th* inglesa, la *j* castellana = *ch* alemana, la *tz* alemana

y euskera, la *sh* inglesa y euskera como la *ch* francesa y *sch* alemana, *x* asturiana y catalana, la *h* aspirada alemana, francesa, andaluza y árabe, la *z* castellana, la *ñ* euskera y neo-latina, etc. El chino no tiene *r* ni *s*, el australiano carece de *z*, *v* y *f*, el alemán de *ñ*, y el euskera no empieza ninguna palabra con *r*. Los australianos usan una *n* exclusivamente nasal, mucho más exagerada que la de los franceses, y los bosquimanes tienen en su lenguaje articulado hasta ocho sonidos diferentes, parecidos á los chasquidos que usan nuestros carreteros para guiar los caballos, á los gorjeos de los pájaros ó á chillidos, gemidos, gargajeos y sorbos.

Muchas consonantes que se escriben lo mismo se pronuncian de diferente manera, aun dentro del mismo territorio lingüístico. La *rr* se pronuncia de una manera en España, Italia, Sud de Francia, Baviera, Flandes, Colonia, Escandinavia (alveolar); y de otra en el Norte de Francia y Alemania, Inglaterra y Holanda (uvular); la riojana y aragonesa se parece á la *l*. La *b* es fricativa, no explosiva, en el Sud de Alemania; es fricativa y con ella se confunde en realidad la *v* en España (á excepción de Levante hasta Huéscar) y en Francia hasta la Vézère al Norte, Cévennes al Este y una línea hasta el mar por el Hérault, lo cual supone Durand de Gros un indicio de la extensión primitiva del euskera [1], lo mismo que la *h* aspirada en vez de *f*, que llega hasta

---

1 Durand de Gros: *Coup d'œil rétrospectif sur diverses questions anthr.* «Bull. de la Soc.»; 1895, Fasc. 2.

el Garonne: en España, incluso los vascos de aquende el Bidasoa, no se pronuncia la *h;* solamente en el Mediodía, donde también aspiran la *s* de fin de sílaba y la *j* y no distinguen la *ll* de la *y*.

En gallego, asturiano y euskera de la costa vizcaina no se pronuncia la *j* á la castellana ni á la andaluza, y la *d,* que los andaluces suprimen entre dos vocales, cuando va en la terminación *ado* no se pronuncia en la mayor parte de España. La *ch* y la *y* andaluzas tampoco son iguales á las castellanas.

10. Los nombres del padre y la madre. — Estas *voces significativas* son de las primeras que aparecen en el *lenguaje del niño* y deben su origen á la mayor ó menor importancia primordial que para el mismo tenga la idea á que ha de acompañar aquélla. La teta, el agua, la papilla y otras necesidades, la madre, la niñera, el padre, el abuelo, otro niño, etc., son los primeros objetos que al niño pueden interesar, y las articulaciones fáciles, *ma, ba, pa, ta, da, na, ña, cha, ka, ti, pi, chi, bi,* etc., serán las primeras que pueda pronunciar; la elección de vocablo y de significado dependerá, pues, de la facilidad relativa de pronunciación y de la prioridad de importancia del objeto: con todo, también interviene la educación, que se esfuerza, por ejemplo, en dar al padre una prioridad que el niño no puede comprender, pero á la que se somete fácilmente dedicándole una de las articulaciones más fáciles.

En estos nombres se encuentran coincidencias notables, como el nombre *papá,* común á los caribes é indo-europeos, y *mamá,* común á los hotentotes é

indo-europeos; pero en cambio el chileno dice *papá* por madre, y el australiano *maman*, y georgiano *mamá*, por padre: así como otros pueblos tienen palabras distintas, *dada* podrá significar, según el idioma, padre, primo ó nodriza, y *tata* padre, hijo ó adiós: conocido de todos es que los nombres de padre y madre, vater y mutter, pater y mater, pitar y matar y otros análogos indo-europeos se derivan del sanscrito, y del lenguaje de los niños se pueden derivar también el pope, el papa y el abad. De aquí deduciremos que en el lenguaje de los adultos deben formarse también palabras que no respondan precisamente á los gritos emocionales ó á las palabras imitativas ú onomatopeyas.

Por lo expuesto vendremos en conocimiento de que las palabras parecidas, en dos ó más idiomas que se comparan, no arguyen parentesco en éstos cuando se pueden referir aquéllas á los gritos emocionales, á las onomatopeyas ó á las voces significativas formadas en los primeros ensayos del niño, pues no es de extrañar que puedan ocurrirse las mismas á gentes completamente extrañas unas á otras.

11. Partículas afirmativas y negativas. — Las partículas afirmativas y negativas pueden derivarse de distintos orígenes. En Australia son tan diferentes las palabras que usan las varias tribus para decir sí ó no, que se las denomina con estas palabras, como en Brasil la tribu de los *cocatapuya* (*coca* no, *tapuya* hombre) y en Francia la distinción de Languedoc y Languedoil. Muchas de estas palabras son

voces significativas derivadas del latín *hoc*, *hoc illud*, *sic*, etc.; pero otras cree Tylor proceden de interjecciones, como, por ejemplo, *no* procedería del gesto de cerrar los labios; se podrían citar sinnúmero de idiomas en que la afirmación se hace con vocales más ó menos fuertes, y la negación con nasales, como los basutos, polinesios, muchos americanos, galas, coptos, bubís y sanscrito; pero de esto se exceptúan el catoquín, tupí, botocudo, yoruba, vascuence, etc.

12. Modificaciomes.—El sonido puede también, por su extensión y modificación, expresar la lentitud ó la rapidez, la fuerza ó la debilidad de la acción, y hasta la distancia ó la dimensión; los procedimientos varían y suelen consistir en la prolongación de vocales, la reduplicación, etc.; así bombón es como bueno-bueno; bonito, diminutivo de bueno; piampiano, despacito; los botocudos dicen *uatú* por arroyo y *uatuuuu* por mar; en Madagascar *ratchi* significa malo y *râtchi* muy malo; en aguacateca *rxa* tierno, *rxarxa* blando; en Australia *burie* significa chiquito, *burie burie* chiquitín y *b-o-rie burie* chiquirritín; en cakchiquel *utz* bueno, *utzutz* muy bueno; en malayo *orang* hombre, *orang-orang* hombres; en mosquito *walwal* cuatro (dos-dos); en dayak *kakak-kaka* reir á carcajadas; en cakchiquel *chere* aquí, *chiri* allí; y así de otros muchos ejemplos que nos explican la formación de palabras por contraste ó diferenciales: los australianos de la colonia del P. Salvado dicen *Ñanin* por comer y *Ñaniñ* por beber; sabida es la relación de significa-

do entre las palabras del caló *gaché*, *gachí* y *gachó*; *ukko* en finés significa anciano, y *akka* anciana; en manchu *ama* significa padre, y *eme* madre; *amcha* suegro, y *emche* suegra; en ibu (Africa) *una* padre y *une* madre.

13. Afijos y partículas de la oración. — Las partículas modificativas ó afijos, que se adhieren á la *radical ó palabra raíz* para hacerla variar de sentido, fueron también en su origen palabras significativas é independientes, como en castellano «estudiaremos» es lo mismo que «estudiar hemos» ó «hemos de estudiar». Los afijos pueden colocarse delante de la radical, como «in» («incapaz»), *n* (*noa*= me voy, en vascuence), y entonces se llaman *prefijos*, y pueden colocarse como terminación, tal es «ante» en «maleante», *cho* en *amacho* (madrecita, en vascuence) y se llaman *sufijos*.

No hay que confundir con los afijos las partículas de la oración que en castellano se llaman *preposiciones*, porque como en algunos otros idiomas se colocan delante del nombre; tales partículas se llamarán *posposiciones* cuando se coloquen después del nombre, pero se distinguirán siempre, no sólo porque tienen sentido por sí, sino más fácilmente todavía porque conservan su acento, y, sobre todo, que no mueven de su sitio al acento del nombre; por ejemplo: *ko* en *Guernika-ko*. Por no tener esto en cuenta se ha exagerado el polisintetismo de algunos idiomas, cuando, en realidad, por la conservación de los acentos de cada componente se distinguen las partes de la oración mejor que las palabras de toda

una frase en francés ó en andaluz; por este mismo descuido de no dar más que un acento á cada composición y por no hacer diptongo donde lo hay, lee el castellano tan mal el vascuence, no sabiendo decir Beasáin, Ermua, *chákurr-á*.

14. Formas gramaticales. Las modificaciones que sufre una palabra por flexión ó alteración de la vocal radical, por alteración de la terminación, por aglutinación de afijos, por adición de partículas y á veces hasta por la entonación, pueden servir para expresar diferentes modificaciones de la idea, de las que las principales son las siguientes:

El *género* sirve para designar una cualidad inherente á la naturaleza del objeto, y se expresa á veces por la terminación del sustantivo, y más generalmente por una modificación de las otras palabras. No siempre se refiere á la distiución de sexo; en muchos casos es vitalista, distinguiendo los objetos animados ó móviles de los inanimados ó inertes, como en la declinación ó posposiciones del vascuence, en las lenguas caucásicas y americanas; ó es racionalista, distinguiendo las personas del resto de los seres, como en lengua fula; ó es virilista, distinguiendo el varón de todos los demás seres; ó es intensivista, distinguiendo el macho de todos los demás seres; ó sexualista, distinguiendo el macho de la hembra y neutralizando los demás seres ó asimilándolos á uno de los dos sexos por razones intensivistas ú otras [1]. Restos del género racionalista tenemos en

1 Véase *Revue philosophique*, *1897*.

castellano en la distinción de *quién* y *que*, y reminiscencias del género sexualista en las personas de la conjugación familiar euskera. Por el modo general de distinguirlo en el artículo carecen de género el vascuence, algonquín, lenguas finesas y turcas, manchu, inglés, etc.

El *número*, no sólo modifica al nombre, artículo, adjetivo y pronombre, sino también al verbo; no le hay en manchu, mientras que en griego, lenguas finesas, semíticas, etc., hay tres, singular, dual y plural, que corresponden al límite verbal de la capacidad de contar en algunos pueblos salvajes.

Los *casos* son en árabe tres: nominativo, genitivo y acusativo; el alemán tiene además el dativo; el griego y godo el vocativo; el latín el ablativo, y las lenguas eslavas el locativo; las lenguas neo-latinas sustituyen la declinación con preposiciones.

El *modo* del verbo es único en dravida, mientras que el primitivo ario distingue tres. Los *tiempos* son: dos en hebreo, tres en dravida y seis en griego; el godo, el alemán y el vascuence carecen de futuro simple, y reminiscencias de esta carencia hemos indicado ya en el castellano.

15. Sintáxis. — En la ilación de las palabras deben concordar las formas gramaticales que el idioma conozca, entre el nombre y el adjetivo, pronombre y artículo que le determinan, y entre el verbo y el sujeto. En el orden de colocación de las partes de la oración tiene también cada idioma su lógica especial, creyendo, por ejemplo, algunos idiomas una necesidad lógica la preposición y el que el

artículo y el numeral precedan al nombre; en tanto que otros, teniendo en cuenta la categoría de cada parte de la oración ó su importancia en la idea que se quiere expresar, usan posposiciones y colocan el adjetivo, artículo y numeral después del nombre; por ejemplo, la lógica alemana diría «ella pretende la oración como un en sí cerrado todo aparecer por hacer, en tanto que el del verbo separado predicado al final traslada, por ejemplo, el padre ha al hijo este libro regalado» [1], y la vascuence «mujeres las perdido tienen mundo al y hombres los mujeres de cabeza la; así perdidos están hombres los, mundo y faldas las»; recíprocamente, si en alemán ó en vascuence se construyera una frase con sintáxis castellana, resultaría un verdadero disparate.

Por esto los defectos de construcción que se cometen al hablar un idioma extraño tienen también su lógica ó razón de ser de determinada manera; la ausencia de género en un idioma producirá la indiferencia hacia las concordancias de otro; una estructura verbal dada originará el uso de reflexivos indebidos en otro idioma, ó el empleo de partículas superfluas, etc.; de aquí que el intento de imitar tales imperfecciones de un modo arbitrario, creyéndolas fuera de toda regla, conduce á falsos remedos sin vida, en los que caen hasta los más famosísimos escritores.

16. Transformación de las palabras y de su

---

1 Heyse: *Deutsche Grammatik;* 1886, p. 390.

SIGNIFICADO. — Aparte de las modificaciones por forma gramatical, las palabras se transforman, sin alteración del significado, ó para engendrar otras nuevas derivadas en correspondencia con una alteración de éste; así como puede también alterarse el significado sin transformación de la palabra. Tales son las cuestiones que estudian la *etimología* y la *semántica,* cuestiones que se deben tratar históricamente y no con sofisterías de teorizante ni con reglas de otro idioma.

La transformación se puede verificar por alteración, supresión, adición ó trasposición de vocales y consonantes, según reglas inherentes á la vida de cada idioma; bien estudiada, sirve para indagar el origen y parentesco de las palabras.

La derivación puede hacerse por reduplicación de la raíz; por modificación de su vocal ó consonantes; por adición de sufijos y prefijos; por composición de dos ó más palabras, de las que alguna, con el tiempo, puede perder su existencia y forma independiente, reduciéndose á un afijo.

La transmutación de significado responde á muy diversas causas, como la desaparición ó alteración de determinados objetos ó ideas y la sustitución por otros en la vida del pueblo, la metáfora, tan hábilmente manejada por los pueblos más salvajes, y hasta á un *quid pro quo* histórico, como el significado que tienen las palabras indio é indiano á partir del descubrimiento de América. En muchos casos la pronunciación del vocablo ha variado tanto como su significado, sin que se conserve rastro ni

ilación, siendo muy difícil descubrir el origen de uno y otro.

Según crece la complejidad de la vida y por consiguiente la cultura, el pueblo va creando nuevas palabras por derivación de las primitivas, por apropiación de las extrañas, y á veces por generación espontánea; los aztecas llamaron al bote casa de agua y al incensario botecito de copal, ó sea casita de agua para copal; los indios siux llamaron al caballo perro mágico, y los de Taiti cerdo porta-hombres, mientras que los españoles llamaron al llama carnero de la tierra, al cuy conejillo de Indias, al carpincho puerco de agua y al manatí vaca marina.

17. Palabras abstractas. — Las ideas expresadas por las palabras proceden de percepciones sensibles, y designan lo espiritual figurada, alegórica ó metafóricamente.

Por la metáfora se ha llegado á las palabras abstractas á partir de otras mucho más fáciles de entender; así en bornú *tando*, tejer, ha llegado á significar *hacer;* los australianos de la colonia del P. Salvado usan la palabra *tonga* en los sentidos de oreja, oir, entender y saber, *mingo* en el sentido de pecho y valor; en hebreo *bârâ*, tajar, llegó á expresar la formación de los cielos y la tierra; sufrir significó en un principio llevar una carga, la aprehensión de las ideas fué en un principio lo mismo que atrapar con la vista; espíritu y alma fueron viento ó soplo; el castellano querer significa desear, y también amar.

También se podría explicar en muchos casos la

procedencia de muchas partes de la oración á partir de palabras significativas, como cuando el malayo dice *àmba*, esclavo, por yo, y *tuwan*, señor, por tú: el chino *ngan* y el inglés *quiet* pueden significar quieto, aquietar, quietud, etc.: el mandingo dice «casa vientre», por «en la casa ó dentro de la casa.» Las palabras compuestas son también muy instructivas; así, cuando un negro grebo quiere expresar que está colérico, dice que «ha resucitado un hueso en mi pecho»; las palabras completas serían *e ya mu kra wudi*, pero lo que realmente pronuncia es *yamukroure;* los australianos dicen «no capa» por desnudo, «no vientre» por hambre.

18. Relación entre el lenguaje y la cultura. — «La psicología del niño demuestra que la inteligencia se desarrolla independientemente de la asimilación de un lenguaje articulado» [1].

«El lenguaje no es más que una de las muchas manifestaciones de la vida mental de un pueblo, y tiene su vida propia. Bleek ha dicho con razón que, si argüimos que un pueblo no sabe contar más allá de tres porque no tenga más palabras numerales, deberíamos decir también que los franceses no saben contar más allá de 10 ó de 20 porque dicen *dix-sept* ó *quatre-vingt*. Lo mismo se podría decir de la pobreza ó riqueza de denominaciones para los colores, ó en general para las clasificaciones abstractas, con que acostumbramos á abarcar toda la realidad en

---

1 Preyer: *Die Psychologie des Kindes. III. intern. Kongr. f. Ps. in München.*, 1897, p. 80.

pensamientos sistemáticos, verdugos de la fantasía. Las condiciones de existencia, las relaciones económicas y sociales deciden de este caudal; de modo que puede suceder que los hererós califiquen lo mismo al cielo que al prado, y consideren como una prueba de gran torpeza mental el confundir en una sola expresión las ligeras diferencias de matiz que puede presentar el retinto ó el colorado de las vacas. Y no sólo los pueblos incultos ofrecen estos contrastes; el aldeano alemán á menudo designa el violeta como pardo; el japonés emplea generalmente la misma palabra *ao* para el azul y el verde.»

«Por una parte los salvajes bosquimanes hablan un idioma rico y delicadamente construído, y por otra encontramos el idioma más simple con sus 450 raíces, que se colocan unas al lado de otras como fichas de un rompe-cabezas, siempre sueltas y siempre inalterables, verdaderamente inorgánicas en un pueblo como el chino, que ha desarrollado la cultura más elevada y duradera de Asia.»

«La necesidad es la que decide de la riqueza del lenguaje. El inglés tiene la pretensión de poseer 100.000 palabras, y sin embargo, un labriego de Inglaterra apenas pasa de 300. Donde un pueblo civilizado se pone en contacto con otro más atrasado, es fácil que el idioma de éste se empobrezca, porque toma de aquél un cierto número de palabras: pero este empobrecimiento no puede interpretarse en el sentido de la mayor ó menor cultura del pueblo, sino únicamente como hecho histórico en la vida de este idioma. Por ejemplo, los nubios

tienen palabras para sol, luna y estrellas; pero el año, mes, día y hora se designan con vocablos árabes; agua, mar y río se confunden en la palabra *essi*, pero el Nilo se llama *Tossi;* tienen nombre todos los animales indígenas, mansos y bravos; pero se dice en árabe todo lo que se refiere á la casa y la navegación; espíritu, Dios, esclavo, las ideas de parentesco, las partes del cuerpo, las armas, los frutos y la panificación tienen nombres nubios; pero sirviente, amigo, enemigo, templo, rezar, creer, son arábigos; los metales se denominan en árabe, menos el hierro. Son ricos en berberisco y pobres en árabe.»

«Precisamente el *mestizaje lingüístico* enriquece los idiomas y los hace más útiles; el inglés, por ejemplo, tiene tantas palabras germánicas como románicas» [1].

El uso de palabras exóticas para designar determinados elementos de cultura no arguye la carencia indígena de éstos, sino únicamente su transformación ó sustitución, quizás únicamente de palabra; pues si las palabras varían de significado con el tiempo, merced al desarrollo interior de la cultura, á esto corresponde que los significados varíen de palabra, aun dentro del desarrollo intrínseco del idioma y la cultura. Recíprocamente la existencia de palabras indígenas con determinado significado no puede, por tanto, argüir la existencia de tal ó cual elemento de cultura indígena.

---

1 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 33.

«Se suele, por ejemplo, atribuir á los primitivos indo-europeos, arios ó como se quieran llamar, el conocimiento del cobre, porque indos, persas, itálicos y germanos tenían una palabra semejante: *aes*, *ayas* (ind.), *ayanh* (zend.), *ér*, *ehern*. Nada nos impide suponer que después de la separación de los indo-europeos vino un pueblo desconocido, que llamaba *ais* al cobre, á transmitir este metal á los indo-persas con la pronunciación *ayas*, y quizás más tarde á los indo-germanos é itálicos con la pronunciación *ais;* como esta suposición no es imposible de admitir, resulta que el conocimiento del cobre por los indo-europeos antes de su separación es completamente dudoso» [1].

19. Afinidad ó parentesco de las lenguas.— Las afinidades ó parentesco de las lenguas ya no se coligen de media docena de vocablos análogos, que lo pueden ser por accidente, como *tiputa* en las islas de la Sociedad y *tippet* en inglés; porque son palabras imitativas, como *kaka*, cuervo, entre los indios y los habitantes de Vancuver; porque se han importado de otra lengua, como *eskutatu*, *garbanzu*, *arratoin* y otras que cita Gabelentz [2] para hacernos creer en las analogías del vascuence con el berberisco: las analogías deben buscarse teniendo en cuenta la verdadera derivación y composición de

---

1 Dr. J. W. Bruinier: *Die Heimat der Indogerm. Umschau*, 15 Oct. 98.

2 G. von der Gabelentz: *Baskisch und Berberisch*. 1893.— *Die Verwandschaft des Bask. mit den Berber. Sprachen Nord. Afrikas nachgewiesen*, 1894.

las palabras y las reglas fonéticas de cada lengua, para comprender las afinidades que pueden existir entre palabras de pronunciación bastante diferente, como *diez* (castellano), *decem* (latin), *ten* (inglés), *zehn* (alemán), ó como *kanaka* (Sandwich) y *tangata* (Nueva Zelanda), que significan *hombre*. Dos lenguas emparentadas deben mostrar similaridad en su composición estructural y raíces; así, por ejemplo, habla muy poco en favor del supuesto parentesco entre el vascuence y el berberisco el que en el primero la declinación se expresa con posposiciones, y en el segundo con prefijos; el que la conjugación vasca sea diferente y mucho más desarrollada, y el que un cierto número de palabras hayan penetrado en uno y otro á partir del latín y el árabe, este último en el vascuence por intermedio del castellano, como *alkati*, alcalde. Lo deleznable de los argumentos en muchas de estas comparaciones, imaginadas por autores no muy versados en el verdadero conocimiento de cada uno de los idiomas comparados, se ve sin más que considerar que se ha querido ver parentesco del vascuence, sucesivamente con el celta, finés, lenguas americanas, turco, lenguas caucásicas, japonés, eslavo (Topolovsek, 1894) y berberisco, según que fuese de moda el encontrar afinidades independientemente del vascuence y hasta de los vascos entre iberos de ambas Iberias, entre pueblos no arios, en supuestas Atlántidas, en la braquicefalia, en la dolicocefalia, en la que podríamos llamar dolicocefalia braquicéfala de Collignon, en tales ó cuales caracteres sociológicos, y sobre todo la falta

de modestia para confesar la ignorancia. ¿Qué diríamos de quien fundase las analogías entre el castellano, francés, inglés, alemán, etc., en las palabras «té, chocolate, café»? Es lo mismo que suponer parientes á los que tienen el mismo nombre de pila.

20. Tipos y familias lingüísticas.—Teniendo en cuenta la estructura de los idiomas, se han clasificado éstos en tres *tipos*: monosilábicos, aglutinantes y flexivos; los primeros no poseen más que raíces ó palabras significativas, sin distinción de forma gramatical, estableciéndose las relaciones sólo por el orden de colocación; los aglutinantes, que son los más numerosos, poseen palabras compuestas de varias raíces, conservando una sola su valor primitivo y reduciéndose otras á partículas ó afijos; los de flexión permiten modificaciones en la forma de la raíz y de la partícula para indicar ciertos cambios de significación.

No quiere esto decir que cada idioma presente exclusivamente formas de uno solo de los tipos, sino que, así como en un organismo superior vemos vestigios de otros organismos inferiores en alguna parte de él, en un idioma superior vemos vestigios de formas inferiores. En el chino vemos formas de tránsito á la aglutinación, y en éstos y los de flexión muchas palabras monosilábicas invariables; en los de flexión se observan también formas de aglutinación, como Déspeñapérros, Májadahónda, Férnan-Núñez, en que la aglutinación influye en la acentuación; paraguas, quitasol; y también suele caer el pueblo en defectos, como los de buñuelería, carnecería, que pertenece-

rian al tipo de aglutinación; ejemplos característicos de flexión son los verbos llamados irregulares.

A los tres tipos indicados añaden muchos autores el de las lenguas *analíticas*, que son aquellas lenguas flexivas en que la síntesis, tan complicada en las antiguas, se simplifica, expresándose las modificaciones por la sintáxis, es decir, por preposiciones, adverbios, verbos auxiliares, etc.; tal movimiento analítico aparece bien manifiesto en las lenguas neolatinas ó románicas y el inglés con la aparición del artículo y la supresión de la declinación, y en el último con el frecuente uso de múltiples verbos auxiliares para expresar tiempos que en otros idiomas aparecen como simples y aquí como compuestos; análogo síntoma de análisis con el abandono de tiempos simples sustituyéndolos por compuestos con un auxiliar va manifestándose en el vascuence moderno, que tiende á emplear la conjugación compuesta, usada en los verbos derivados en *du* ó *tu*, en algunos otros de los que tienen conjugación simple, llamada malamente irregular.

Hoy suponen muchos que por este camino del análisis se llegaría con el tiempo al monosilabismo, como se puede observar en las tendencias del inglés á la abreviación de las palabras y en su gramática sencillísima; y hasta deducen de aquí que el monosilabismo es la última fase, y que el chino, por ejemplo, es un idioma viejo que ha pasado ya por todas las otras fases, y por decadencia ó desgaste ha llegado á la forma actual.

En el tipo *monosilábico* se incluyen el chino, ti-

betino y los idiomas de la Indo-China; en chino tienen mucha utilidad las entonaciones para distinguir ciertas diferencias de significado, y aparece un tránsito á la aglutinación, por la existencia de raíces *llenas* y *vacías* ó sin significación independiente, empleadas únicamente para modificar el sentido de las llenas.

En el tipo *aglutinante* se comprenden: la familia de lenguas *malayo-polinesias*, con tres grupos: malayo, desde Formosa y Marianas á Madagascar; melanesio, desde Papuasia á Fidshi; polinesio, desde Nueva Zelanda á Sandwich; caracterizados por su sonoridad, abundancia de vocales y escasez de consonantes, polisilabismo y gramática poco desarrollada, sin distinción de nombre y verbo, con prefijos; la familia *dravida* del Sud de la India, Todas, Kond, etc., y Brahui de Beluchistán, con posposiciones que se asimilan la vocal final de la raíz; la *turania*, uralaltaica ó escita, con raíz inalterable y uno ó varios sufijos, que son muy numerosos y expresan, no sólo la diferencia de nombre y verbo, sino también las más diversas relaciones gramaticales; las vocales de los sufijos se asimilan á la de la raíz y hay mucha regularidad en la flexión; con cinco grupos, ogro-finés (magyar, lapón, etc.), samoyedo, turco, mogol y tunguso (con manchu); la *bantu* ó sud-africana, desde los zulús hasta los bubis de Fernando Póo, con flexión muy rica y regular, casi únicamente con prefijos, con muchos artículos que, en concepto de pronombres, se anteponen al verbo y otras partes para expresar la

congruencia gramatical; la *americana*, con toda la oración incluida en el verbo con el sujeto, objeto y adverbios fundidos en una palabra, razón por la que se llaman estas lenguas *polisintéticas*.

Á dicho polisintetismo presenta también tendencias el vascuence *(euskera)*, si bien se ha exagerado mucho por los panegiristas de la capacidad constructiva, por los que se divierten en construir palabras como quien hace solitarios con los naipes y por los gramáticos teorizantes; en realidad no se usa esa interminable serie de sílabas unidas en una palabra ni en la conversación ni en ningún escrito corriente y, sin embargo, corren como artículos de fe entre los eruditos, que dan más valor á la representación escrita de una imaginación desocupada que á las manifestaciones reales de la vida de un pueblo; dificilmente se encontrarán en vascuence palabras tan largas como la castellana superabundantísimamente.

Con aproximaciones á la flexión aparecen, además del vascuence, las lenguas *caucásicas*. Tan aisladas como éstas, sin que se haya conseguido establecer verdadero parentesco, se presentan el etrusco, que desapareció sin dejar rastro reconocido, el japonés, el idioma de Corea, aino, kamchadal, coriaco, yucagírico, chukcho, yenisei-ostiaco, esquimal; y también muchas de las negras del centro de África, las hotentotes y bosquimanas, algunas de Ceilán é Indo-China, Nueva Guinea, Tasmania, mincopis y negritos. En *Australia* apenas hay más raíces comunes que los numerales y pronombres.

En el tipo de *flexión* se comprende la familia indo-europea ó aria con 8 grupos, índico (con el caló), iranio (con armenio), griego, albanés, itálico, celta, eslabo, germano; los afijos generalmente se posponen y pueden acumularse. La familia hamito-semítica con dos grupos, que concuerdan sólo en una parte de sus raíces, es á saber, en los pronombres y numerales, y en la distinción de género gramatical; el hamita (berberiscos, etiópico, egipcio, copto) gramaticalmente poco desarrollado, y el semita (arameo, cananeo, hebreo, fenicio, árabe) con prefijos y sufijos y variación de la vocal radical para expresar las diferentes formas gramaticales del nombre y el verbo, con tres consonantes siempre invariables en la raíz.

21. Relación entre el idioma y la raza.—«Sábese hoy que la proporción de los elementos lingüísticos del idioma de un pueblo no guarda relación con la mezcla de su sangre; pero todavía se aceptan en Antropología familias étnicas que son en realidad lingüísticas, y en último resultado las conclusiones de la lingüística serán siempre un auxiliar poderoso en las investigaciones étnicas, sino para el análisis cuantitativo de las razas, para el cualitativo al menos, que debe en todos los casos preceder» [1].

«La importancia del lenguaje para la investigación étnica, en lo que menos debe buscarse es en la supuesta prueba del parentesco étnico por el paren-

---

1 M. Antón: *Programa razonado de Antropología;* 1897, p. 19.

tesco lingüístico. La difusión y mezcla del pueblo sigue su camino, y la de las lenguas el suyo, á menudo completamente diferente; las lenguas son el producto más individual de los pueblos y su más inmediata expresión mental; pero muchas veces se desligan de sus productores, visten á grandes pueblos y razas extrañas, ó mueren, mientras sus primitivos poseedores sobreviven en posesión de otros idiomas. De aquí que las expresiones raza indo-germana ó aria, raza latina, etc., no sólo son fútiles, sino también inadmisibles» [1]. Ejemplo de desaparición del idioma y permanencia de la raza tenemos en los guanches de Canarias, y en cambio por el idioma tiene perfecto autoctonismo el pueblo vasco.

Sin embargo, la pérdida de un idioma y adopción de otro nuevo nunca es tan radical que no deje rastros en la fonética, en el vocabulario y hasta en la sintáxis, originándose un dialecto del idioma importado y que, andando el tiempo, podrá llegar á tener existencia independiente y forma bastante distinta para constituir un nuevo idioma.

«Como el color del pelo y de la piel, como las proporciones del cuerpo, son también diferentes los órganos productores de los sonidos y su posición respectiva; un hombre de labios delgados pronunciará *b p f m* de otra manera que el que los tenga gruesos y arremangados; la posición de los dientes, su tamaño ó su ausencia influirá en las dentales»; la posición, tamaño y proporciones de la lengua y del

---

1 Ratzel: *op. cit*, 1, p. 29.

arco alveolar influirá en la *ñ*, *ll*, *sh*, *th* vasca, etc.; el velo del paladar y las fosas nasales influirán por sus diferencias en las correspondientes consonantes. «Estas diferencias orgánicas son hereditarias; por tanto, carácter de raza; un ejemplo ofrecen los judíos alemanes, que hablando alemán desde tiempo inmemorial no pueden pronunciar á la alemana los sonidos *z*, *sch*, *t*, *p*, *k*; pero á su vez la pronunciación imperfecta de los mestizos corrompe la de la nueva generación de los primitivos» [1]. Los niños tienen su pronunciación peculiar por la pequeñez ó ausencia de los dientes, la lengua relativamente grande, los labios largos, las narices pequeñas y las analogías del lenguaje de los ancianos con el de los niños se explican de esta manera. En casos donde ni á la educación, ni á la imitación ni á la costumbre se pueden atribuir, existen también las correspondientes diferencias individuales.

En general los tipos y familias lingüísticas se distribuyen, asignándose las lenguas de flexión á parte del tronco blanco, excepto los vedas, en un estado de civilización relativamente avanzado; las lenguas monosilábicas á una parte del tronco amarillo, con civilización tan antigua como la de los egipcios y babilonios; y las lenguas de aglutinación á todo el resto del género humano, incluyendo parte de los blancos, otra gran parte del tronco amarillo y todo el tronco negro.

En cuanto á las familias de lenguas, la indo-

---

1 Bruinier: *Ein Wort über Grammatik.*

europea ó aria comprende idiomas hablados por gentes que ni con mucho presentan unidad de tipo antropológico, pues los primitivos arios en sus emigraciones y conquistas se mezclaron de tal modo con otras razas, que ahora las naciones de idioma ario comprenden las variedades más extremas de hombres blancos desde el islandés al brahmán; los idiomas semíticos son hablados por gentes de tipo moreno, pero que tampoco se ven libres del mestizaje.

«Los walones y los flamencos son tan distintos en raza como en lengua; mas no así los suizos, que hablan francés y alemán; hay islas de lengua alemana en el Norte de Italia con rasgos itálicos, é islas de rasgos teutónicos con idioma italiano; en las islas Británicas aparecen las lenguas con completa independencia de nacionalidad y raza» [1].

22. Lenguas primitivas; desarrollo natural de los idiomas.—«Si como parece probable—dice Tylor—las lenguas primitivas no se formaron todas á la vez, sino que fueron efecto de un proceso gradual á través de las edades, y que nunca, ni aun ahora, ha cesado por completo, resulta que no es una tarea rica en esperanzas la de buscar las primitivas lenguas. Lo mejor es partir de los idiomas bien conocidos y remontarnos á las lenguas ya perdidas, de que las actuales deben haber descendido: cuando se observan los primeros pasos, mediante los que la for-

---

1 Ripley: *Racial geogr. of Eur. Appl. pop. sc. monthly*; Febr., 1897.

mación y composición de la palabra, la declinación y la conjugación, la concordancia y la sintáxis surgen de los más simples y rudos comienzos, la formación del lenguaje resulta razonable y con un fin propio é inteligible; hemos visto que el hombre se halla aún en posesión de la facultad de introducir nuevos sonidos expresivos de ideas, y puede añadirse que aun goza de la de convertir estos sonidos en pleno lenguaje articulado; de donde resulta que cualquier tribu humana, siquiera no haya heredado de sus padres un lenguaje completamente hecho, posee los medios necesarios para fabricárselo por sí propia, desarrollándolo naturalmente.»

Las palabras, la pronunciación, la ortografía, el significado, envejecen, se desgastan y se alteran; desde hace tres siglos han muerto en el inglés por lo menos 400 palabras, y muchas de las antiguas las conservan algunos idiomas sólo en boca de los poetas; las actuales *j* y *z* castellanas son modernas, la ortografía de Cervantes no se parece á la de hoy; la palabra «novio» apenas conserva su significación primitiva más que en la frase «viaje de novios». Los nombres geográficos representan el grado final de erosión del lenguaje [1].

23. Dialectos. — Con un relativo aislamiento produce este desarrollo natural dialectos locales, cuya diferencia en algunos casos se ha exagerado, como cuando se componen cuartetas en gaucho, ininteligibles para el castellano por la artificiosa

---

1 Ripley: *Ibidem.*

condensación de las palabras dialectales; pero si el aislamiento persiste por siglos y cooperan las diferencias de raza, género de vida, etc., se originan los idiomas hijos.

«Un mero accidente político presta á uno de los dialectos la supremacía social y se califica á los demás de defectos, quedando privados de sus mejores cultivadores y atrofiándose en consecuencia, mientras que el primero se difunde en las clases cultas, y por corrupción de unos y otros aparece el plebeyo» [1].

Así, pues, «cuanto más extendido y generalizado está un idioma y menos dialectos tiene, tanto más joven es; pudiéndose citar como ejemplos el griego-alejandrino, el polinesio y el inglés americano y australiano» [2].

En cambio, «si la pluralidad de lenguas de la Península ibérica está en relación con los principales núcleos de la Reconquista, su persistencia está en relación con la aridez, poca fertilidad y escasa densidad de población del interior, de manera que social y comercialmente le vuelven la espalda y miran al mar» [3].

24. Adaptación, cruzamiento y fusión de idiomas. — En los casos de emigración ó conquista, puede muy bien suceder que los indígenas vencidos ó asimilados adopten el idioma de los vencedores ó

---

1 Buinier: *Ibidem.*
2 Dr. A. Wirth: *Die Rassenfrage in Ostasien and Ozeanien.* Umschau, 19 Febr. 1898.
3 Ripley: *Loco citato.*

colonizadores, si éstos son en mayor número ó más civilizados, y puede suceder lo inverso; la conquista de Inglaterra por los normandos no pudo imponer el francés, mientras la conquista anterior por los anglo-sajones introdujo su lenguaje; pero no por esto deja de verse en el Diccionario inglés una especie de fusión del elemento franco-latino con el sajón: la lengua latina se difundió en la Península ibérica, las Galias, etc., por la influencia de la civilización romana más que por el número, y al hacerse habla popular fué transformándose paulatinamente, en conformidad al modo de ser de cada país, por una especie de adaptación del idioma según las razas, originándose el italiano, francés, castellano, portugués, etc.: como resultado de estos cambios de idioma suele observarse también cierto entrecruzamiento, como en los yacutos, que son mogoles con idioma de familia turca, mientras los húngaros, al menos en las clases superiores, son europeos en su físico y de familia finesa por el idioma; los indígenas americanos usan una porción de términos tomados del castellano como en cakchiquel el comparativo castellano *más que*, las palabras *y*, *acaso*, *después*, *conque*, etc.; los caribes hablan diferente lenguaje los hombres y las mujeres, y nosotros tomamos de ellos las palabras cacao, tomate, huracán, guano, chocolate, hule, etc.

El mestizaje de idiomas en proporciones casi iguales en el vocabulario y con influencia recíproca en la gramática, pocas veces se verifica, por lo que es más movedizo que el carácter físico y que las tradi-

ciones y costumbres [1]. «En el choque de dos idiomas la organización suele poder más que el número, como sucedió con la *langue d'oil* extendida por la dinastía agresiva de l'Isle de France; á diferencia de las costumbres populares, requiere el idioma consentimiento unánime con sumisión de la minoría» [2]. Sin embargo, este consentimiento unánime supone concesiones mutuas, compromisos, componendas, *modus vivendi*, que acaban por hacer tan ilusoria la victoria lingüística como la de la raza aristocrática; sigue su apellido, pero éste ya no representa más que uno de sus muchos antepasados.

25. Relación del idioma con el pueblo y la nación.—«El estudio de los idiomas produce resultados excelentes, aplicado, no sólo á la historia de estos mismos idiomas, sino á la de las naciones que los hablan, como cuando nos da la clave del cómo se poblaron las islas del mar del Sur, ó demuestra alguna remota conexión entre los antiguos bretones y los anglo-sajones y daneses que después fueron á Inglaterra: sin embargo, aunque el lenguaje es tan valioso auxiliar y guía para la historia nacional, no debemos confiar en él para explicar todo el origen de un pueblo: explorando la vida primitiva de las naciones, sus idiomas pueden llevarnos más lejos que los recuerdos históricos, pero no es probable que lleguen nunca hasta los orígenes de los grandes pueblos» [3].

---

1 Keane: *Ethnology*, p. 198.
2 Ripley: *Loco citato*.
3 Tylor: *Antropología*.

Por lo demás, ya dijimos en la página 53 la relación que había entre idioma, pueblo y nación, y en el capítulo presente se pueden apreciar los distintos aspectos de que es susceptible la comparación lingüística según las razas, pueblos y naciones, según la fonética, léxicon, formas gramaticales, sintáxis, etcétera.

VII

Bellas artes plásticas y gráficas y escritura.

1. Motivos.—Entre la multitud de objetos naturales representados en las obras de arte de los salvajes, tienen una marcadísima preferencia los animales, sobre todo los temidos y los apetecidos en la caza, en tanto que el niño europeo lo primero que pretende representar es un hombre, y de éste la cara; el motivo del arte es el interés: mas ¿qué interés podía tener el hombre en representar los objetos interesantes? Lo que al hombre interesa ocupa su imaginación; ésta goza en exteriorizarse, y cuando consigue reproducir los rasgos más peculiares y distintivos del objeto, se forja la ilusión de poseer éste.

El salvaje establece en su mente un lazo indisoluble entre un objeto y su sombra; cree apoderarse de ésta por la silueta, y así se explica que los indígenas de Australia no reconozcan un retrato con claroscuro y sí las siluetas; todo lo que ejecute con la silueta sucederá al original y podrá, poseyendo aquélla, dominar y apoderarse de éste; así, por ejemplo, una raya de la boca al corazón en el retrato de

un enemigo es desearle la muerte; cuanto más perfecto sea el retrato, más poder tendrá sobre el original, y de aquí su aversión á dejarse retratar, no sólo entre los salvajes, sino en pueblos más inteligentes, como el marroquí. Los igorrotes y joloanos de la Exposición Filipina en Madrid creían que al retratarse perdían el alma y se convertían en cerdos, por lo que oponían dificultades para fotografiarlos. El hombre prehistórico se esmeró en dibujar el mamut y el reno con perfección, para poseer su sombra, su alma, y cazarle; la fe en tal creencia le daba seguridad de éxito, infundiéndole audacia, valor, firmeza de pulso, serenidad, de modo que realmente le cazaba; representaba apenas al hombre mismo, porque era cazador pacífico, como lo son hoy los esquimales, que no conocen la guerra; los pocos hombres dibujados están cazando ó pescando, y son muy desproporcionados, como en realidad son las sombras, poco acabados y con cabeza enorme; el reno no estaba domesticado, puesto que no había perro; de modo que la supuesta brida de uno de los dibujos es más bien una raya dirigida al corazón, deseando el éxito en la caza.

Vemos hoy también entre los esquimales y los pieles-rojas figurillas de focas, osos y otros animales, unidas á puntas de flecha y que sirven como de hechizos para la caza; en resumen, como dice Lázaro Popoff, el origen de las artes figurativas es el deseo de apoderarse del sér vivo, así como su objeto hoy es poseer la vida, representando por un medio sensible un sentimiento espiritual.

«Es también muy significativo que, casi sin excepción, sean entre los salvajes los hombres quienes se dediquen al arte, apenas las mujeres; precisamente en la cerámica de Papuasia, producto exclusivo del trabajo femenino, no hay ornamentación» [1].

Del encanto que produce la reproducción de la imagen del objeto apetecido se pasa fácilmente á su representación como trofeo, recuerdo y distinción que da al artista cierta superioridad sobre sus semejantes, y muy pronto se ligan á estas ideas las del hechizo y la mitología, por lo que en muchos pueblos el arte se halla vinculado en el sacerdocio.

«Las nudosas raíces de abedul, de tan extrañas formas, en las que los chinos con un par de cortes y punzadas acaban de decidir la semejanza humana, nos recuerdan la tan extendida tendencia á ver, en estos caprichos de la naturaleza, algo más que casualidades, algo útil como remedio secreto ó hechizo» [2]. Semejantes misterios de la naturaleza, como el de la peña de los enamorados con su perfil humano frente á la cueva de Menga de Antequera, no han dejado de recibir su interpretación trascendental en cualquier parte del mundo donde se presenten, y cuando su tamaño lo consiente dan motivo á que el sentimiento artístico y el religioso se ceben en ellos para perfeccionar la semejanza vislumbrada.

2. Talla y escultura.—Desde los prehistóricos

---

1 Andree: *Ethnogr. Parallelen*, p. 60.
2 Ratzel: *op. cit.*, 1, p. 68.

magdalenenses vemos aplicado el tallado á la representación de animales sobre los diversos utensilios de hueso ó marfil, con tal realismo como apenas podemos encontrar en los múltiples simbolismos y amaneramientos de la mayor parte de los pueblos actuales, como no sea en los utensilios, amuletos y juguetes ó muñecas de los esquimales.

«Es digno de notarse, como nos dice Lubbock [1], que esta aptitud artística tan desarrollada precede con mucho al uso de la cerámica y de los tejidos, es anterior á todos los animales domésticos, incluso el perro, no se revela en los trogloditas de Inglaterra y Bélgica y decae en la época neolítica y de bronce, sustituyéndose aquellos dibujos con líneas rectas y curvas y figuras geométricas; hoy mismo conocemos á los esquimales como hábiles dibujantes, tallistas y escultores, mientras los polinesios trazan elegantes espirales y otras figuras geométricas y son muy torpes para representar animales y plantas; llama la atención también que, siendo los artistas prehistóricos tan hábiles para representar á los animales, sobre todo los mamíferos, se muestren torpes, cohibidos, incapaces para trazar la figura humana, como se ve, por ejemplo, en el bastón de mando de la cueva de la Magdalena.»

A pesar de tal perfección y exactitud podremos notar que las proporciones no suelen tenerlas en cuenta los salvajes ni los niños, sino que agrandan las partes más importantes, las que tienen más detalles y más

---

1 S. J. Lubbock: *Les origines de la civilisation.*

les llaman la atención, como la cara con relación á la cabeza, viéndose una cosa análoga en los bustos de las monedas.

De lo que también suele carecer la obra artística es de verdadera unidad, prefiriendo componerla con multiplicidad de figuras de detalle, más en armonía con el trabajo de paciencia y de ratos de ocio, que quiere ver pronto el efecto de cada figurilla, que no con el trabajo de grandes vuelos y de persistencia imaginativa; á pesar de esto se revela el gusto artístico en la combinación adecuada de los detalles, en su armonía con el conjunto y de éste con el destino de la obra.

En Australia, África oriental y meridional apenas se reproduce la figura humana; en cambio al Norte de los makololos, en el Congo, el Nilo superior y en Nueva Guinea hay verdadera exuberancia de ídolos, en parte secularizados: los americanos precolombinos se atrevieron en sus monumentos con las combinaciones más extravagantes de figuras y ojos humanos, plumas, cocodrilos, sapos y culebras, llegando á sorprendentes caricaturas y á efectos terroríficos, como el de la casa de Palenque con su puerta de aspecto de fauces de monstruo. Lo mismo en Méjico y en Perú como en la India, apenas se ve el arte del desnudo; el cuerpo aparece vestido y la cara taraceada; se esmera en la exactitud y el lujo de los accesorios, reproduce con fidelidad las duras líneas de la calavera ó las abotagadas del sapo, pero pocas veces se detiene á marcar una verdadera expresión y vida en el semblante

humano, si se exceptúan los admirables modelados de las huacas del Perú. Así también en Egipto, cohibido el arte por el respeto á la tradición, se hace rigidó, convencional y excesivamente simétrico, y la expresión de las emociones hasta los mismos griegos la alcanzaban más por las actitudes que por las modificaciones del semblante.

Un buen reactivo para apreciar la ingenuidad de la escultura indígena es la verdad, exactitud y sencillez con que está caracterizado el tipo de la raza, lo mismo en los semblantes guachinanguitos de los monumentos de Yucatán como en los morrudos de Guinea; el tipo de la raza indígena encarna también en las imágenes cristianas de los indios paraguayos [1], así como en las europeas medioevales, en tanto que la copia de los clásicos, el academicismo borbónico y las maneras románticas desnaturalizan la escultura de los últimos siglos, que ni sabe distinguir las razas extrañas ni expresar la propia, y que hace resaltar la moda á expensas de la individualidad.

3. Dibujo y pintura.—En las cavernas del Mediodía de Francia, y correspondiendo á la época del reno, cuando aún no había desaparecido del país el mamut, se han encontrado, á la par que escasísimos signos que muy dudosamente pueden aceptarse como caracteres de verdadera escritura, numerosi-

---

1 La información etnográfica de esta región y sus vecinas debemos á la buena amistad del infatigable explorador D. Carmelo de Uriarte.

simas muestras de unas aptitudes artísticas verdaderamente sorprendentes y de un profundo espíritu de observación, hasta el punto de hacer decir á Cartailhac que «muchos de estos dibujos son superiores á las ilustraciones de algunos libros modernos de historia natural, y que hay que confesar que más de la mitad de las copias que se han hecho de estas obras para publicarlas están por bajo de los originales.»

Entre los numerosos ejemplares que se pueden citar, verdaderamente notables por sus toques, tan artísticos que parecen falsificaciones modernas, por los detalles tan perfectamente caracterizados de la especie, la edad y el sexo, por la verdad del movimiento y de las proporciones intrínsecas, mencionaremos el mamut grabado en marfil (gruta de la Magdalena), más exacto, según Brandt, que el hecho por un comerciante ruso en presencia del descubierto el año 1806; un reno pastando, grabado sobre un asta (caverna de Thayngen, Suiza), en una actitud llena de verdad, pero con las dos piernas de un lado levantadas, lo que arguye cierta ingenuidad y no ser éste un primer ensayo del artista, fácil de colegir también por cierto atrevimiento, exactitud de líneas y ejecución acabada que en él se notan. Los prehistóricos no procedían como niños, sino como artistas, bosquejando las imágenes antes de trazar los contornos definitivos; así se ven en un caballo al trote, trazado sobre un homoplato (Laugerie-Basse), trazos ligeros y corregidos en ellos ciertos detalles, las piernas varias veces dibujadas y

un trazo más profundo como definitivo; un ligero raspado hubiera hecho desaparecer el bosquejo.

Los hombres de la edad del reno conocian también ciertas materias colorantes, como la hematites roja y el bióxido de manganeso, que, mezclados con grasa, les servian para pintarse el cuerpo, como luego lo hicieron los Pictos en la Gran Bretaña, y aun hoy los pieles rojas; M. Piette recogió en terreno cuaternario guijarros con manchas rojas simétricas, lineas paralelas ó entrecruzadas, y otros dibujos muy sencillos, que nos indican los primeros rudimentos de la pintura; en una gruta artificial, tallada en la creta y correspondiendo á la época neolítica, en la Champagne, se descubrió una figura femenina esculpida, con nariz prominente, ojos rellenos de una materia negra y un collar con medallón pintado de amarillo. En España existe también una cueva, la de Altamira, de Santillana del Mar, donde el Sr. Santuola descubrió en el techo unas lineas negras que representan formas de animales antiguos; pero estos dibujos no deben ser prehistóricos, porque el Sr. Antón ha hecho observar que en el suelo hay grandes pedruscos, al parecer desprendidos del techo en época no muy lejana [1].

Extraña Lubbock [2] que mientras los bosquimanes y ciertas tribus de Australia saben pintar con propios colores en las paredes de las cavernas figuras humanas y animales, en otras ha observado Oldfield

---

1 Véanse los *Anales de la Soc. Esp. de H. N.*, t. xxv.
2 S. J. Lubbock: *Les origines de la civilisation.*

que únicamente comprenden los dibujos en que los detalles se exageren de modo que, para dar la imagen de un hombre, hay que agrandar desmesuradamente la cabeza.

Lo mismo ocurre en los gurrapatos de los niños, que limitan la representación del hombre á una cabeza con piernas y brazos, y en la cual la boca, nariz y ojos suelen ser desproporcionados; si añaden el tronco prescinden del pescuezo, y ya superponen unas partes á otras, como si fueran transparentes, al modo de la lucha de renos de los prehistóricos ó los hombres á caballo de los indios, ó ya colocan separado lo que en el objeto está superpuesto, por miedo á cortar la cabeza para dibujar el sombrero, por ejemplo; estuvo en poco que no le costase la vida á un dibujante el retrato de un cacique por no haberle puesto los dos ojos en la figura de perfil, y hasta en los grandes monumentos de Centro y Sud-América podemos ver los perfiles con los dos ojos: también es frecuente colocar la nariz en el perfil y todo lo demás de frente, así como encajar los brazos en el borde del tronco ó cruzarlo por completo.

La tendencia á dibujar el hombre y los animales siempre mirando á la *izquierda* es debida á que, siendo la mano derecha la que hace los trazos, resultan más fáciles las convexidades hacia la izquierda, y los detalles más interesantes no se ocultan á la vista con tanta frecuencia durante la ejecución.

El *escorzo* era desconocido de los egipcios y etruscos en sus pinturas murales, donde la cabeza y las

piernas aparecen de perfil y los hombros y ojo de frente, viéndose de éste la carúncula, lo que le da más apariencia de rasgado. En las figuras de babilonios, asirios y persas, y en Egipto con la invasión de los hicsos, se ve la *desproporción* de unas figuras á otras, como, por ejemplo, arqueros que llenan con su cuerpo el parapeto (asirios), ó un rey gigantesco entre guerreros enanos (egipcios), y en las figuras prehistóricas tampoco se tienen en cuenta las dimensiones relativas de los varios modelos. Las pinturas murales egipcias y las de los primitivos vasos etruscos carecian en absoluto de *claroscuro*, como hoy mismo las fotografías iluminadas para soldados y niñeras, que no comprenden el sombreado del traje y lo consideran como mancha; los chinos usan el claroscuro con excesiva parquedad, por considerarle cosa de poco momento: los contornos de las figuras de los eginetas carecian del relieve muscular, predominando las líneas rectas; al paso que los etruscos preferian las actitudes violentas y movidas, las líneas curvas convexas, la musculatura exagerada y señalándose ya algunos detalles de relieve en el interior de la silueta por sencillos trazos. La *perspectiva* no se utilizó en la antigüedad hasta el año 416 antes de Jesucristo, y entonces únicamente para la escenografía, y aun hoy los chinos la tratan con poco respeto, porque pintan, no según se ve, sino según se conoce: el paisaje no apareció hasta el siglo I, y Denham, en sus *Viajes por el África Central*, refiere la imposibilidad de hacer reconocer un paisaje á un indígena muy inteligente y que comprendia bien

las figuras humanas y animales: tampoco se utilizaba la *perspectiva aérea;* en los frescos griegos falta la perspectiva de los colores, y la distribución de luz y sombra se hacia aisladamente para cada figura; de modo que los cuadros ó pinturas eran, más que otra cosa, imitación del bajorrelieve.

«El niño dibuja de memoria, y, como tiene una escasa idea de lo que quiere dibujar, simboliza tanto más cuanto menos desarrollado está su espíritu de observación. Presume dibujar un hombre ó un caballo, y su imaginación se lo hace ver, como ve la niña una criatura completa en un envoltorio de trapos, anudado, que quiere ser la cabeza de una muñeca. Para la verdadera apariencia de sus obras de arte es ciego; las percepciones de sus sentidos están falseadas por una excesiva mezcla con experiencias, como el adulto dice que una lejana colina es verde porque puede comprobar que está cubierta de césped, y éste en la cercanía aparece verde. Sólo cuando empieza á comparar su obra con el original se puede observar en él un progreso en la representación» [1].

Así como el niño es simbolista, es el salvaje realista, y manifiesta en el arte la observación, buena vista y destreza adquiridas en la lucha por la vida, razón por la cual decae aquél en los pueblos pastores y agrícolas. No carece tampoco el arte salvaje

---

1 Bechhold: *Das Kind als Künstler.* Die Umschau, 11 Sept. 97.

de la correspondiente simetría, oposición, gradación, ritmo y armonía [1].

Es notable la ingenuidad de la *composición* en las pinturas egipcias, que, más que obra artística, constituyen narraciones figuradas ó escrituras pictóricas en hileras ó renglones, en que las cabezas, las piernas y los brazos están hechos por patrón; tampoco el artista prehistórico sabía agrupar; ponía en fila y con el mismo tamaño, cualquiera que fuese su edad, sexo y especie, los diferentes animales; á veces invertía los tamaños, poniendo una anguila y una cabeza de caballo mayores que un hombre, mezclaba varias cabezas y hacía bosquejos en diferentes direcciones sobre la misma pieza.

4. Decoración.—«Mucho menor ha sido la limitación en la industria artística: un vaso rojo del Perú, un arco perfectamente proporcionado y lindamente pulido de Guayana, un hacha de acero incrustada de cobre ó latón de los Kasai, una cuchara tallada en figura de girafa de los cafres, una maza ó un yelmo de plumas de Oceanía, son en sí obras de arte en toda la extensión de la palabra. En el arte del trenzado superan los pueblos llamados incultos á los civilizados, tanto técnica como artísticamente. Ayudado por el bordado, domina en las guarniciones de cuero y algodón en el Norte y Poniente de Africa, en parte también en Norte-América, no siendo muy numerosa la escala de colores, pero con un gusto pictórico muy bien acabado. Los

---

1 Ernst Grosse: *Die Anfänge der Kunst.*

africanos del Oeste, en particular los Hausa, muestran en la elección de colores para su traje mejor gusto que algunos europeos; las indianas, producto de la industria mecánica sin asomos de arte, las rechazan dignamente.

Precisamente por el color se caracteriza una región. El rojo chillón, blanco y negro, son los preferentes en las islas inmediatas á Nueva Guinea. El Noroeste de América es una de la regiones más multicolores y, por lo mismo, tanto mayor el contraste con el vecino Magemut, cuyas máscaras son todas blancas, grises y de un pardo sucio, como si se hubiese pasado de un prado primaveral al invierno» [1].

En el dibujo decorativo podemos descubrir reminiscencias difíciles de comprender á primera vista; así, por ejemplo, los adornos en zig-zag de los cacharros son un recuerdo del primer procedimiento de fabricarlos con cestos (véase pág. 233), y el florecimiento de la estereria inspira á los somalis sus dibujos de lineas rectas y curvas que alternadamente cubren y son cubiertas por otras. Así como nosotros solemos representar una lejana bandada de aves por una repetición de la V ó la Y, así también se pueden interpretar muchas líneas cruzadas de la isla Matty como aves [2] y la suastika ó cruz anzolada como una cigüeña volando; en el interior del Bra-

---

1 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 70.

2 Hagen: *Die Ornamentik der Matty-Insulaner*. «Corresp. f. A. E. u. U.», XXVIII, p. 156.

sil todavia significan los rombos con nerviaciones peces ó sus esqueletos; los puntos, anillos, triángulos y zig-zag representan culebras, delantales, murciélagos, etc. [1]; la comparación de sinnúmero de remos y mangos de hacha de las islas Hervey condujo á Hjalmar Stolpe al descubrimiento de que todo aquel laberinto de esquinas y aristas cruzadas formando verdaderas redes no era en su origen más que la representación de figuras de hombres agachados y con los brazos levantados, como es muy frecuente en las danzas salvajes, pudiendo llegar la simplificación hasta el zig-zag, como llega la escritura muy apresurada á una linea serpentina [2]. Apenas hay alfombra persa sin su correspondiente ojo bien abierto, que nos mira para alejar la ojeriza; pero al mismo tiempo se disimula en la hojarasca decorativa y se reduce á un simple óvalo.

El australiano no sabe trazar poligonos de más de cuatro lados, espiras, grecas, cruciatas ni rosetas, ni sabe combinar orlas con series diferentes ni hacer cabalgar ó empizarrar ángulos y círculos. El negro del Congo y del Centro de África y el negrito de Malaca saben dibujar series horizontales diferentes por repetición de figuras sencillas, pero no utilizan la doble simetría ú oposición: ésta, así como la espira, roseta y figuras inscritas conocen los negros musulmanes, sin duda por influencia

---

1 V. d. Steinen: *Naturvölker*.

2 Prof. Dr. Max Buchner: *Primitive Ornamentik*. Die Umschau, 8 Enero 98.

árabe. Las kábilas conservan su arte indígena sin espira, onda ni greca, sin la doble simetría, pero con empizarrado; los somalis son aficionados al bucle. Lo mismo el salvaje del Amazonas, que el papúa de Nueva Guinea, viviendo en medio de una exuberancia de bellezas naturales, han sabido inspirarse en ellas para sus adornos y conocen la espira, la cruciata, la greca, los poligonos, saben enlazar, empizarrar las figuras é inscribirlas, hacer ondas, bucles, escaleras, rosetas, saben alternar y combinar la doble simetría; el polinesio no conoce la greca ni la onda, pero sí la roseta, la cruz de Malta y la espira; sabe plantar la forma general para después subdividirla, adornarla, enriquecerla y rellenarla [1].

El prehistórico europeo magdalenense apenas es superior al australiano por el conocimiento de la voluta, según los descubrimientos de Piette, mientras que en la época del bronce conoce la revoluta y la involuta, la oposición, alternancia y simetría; en la época larnaudiense aparece la greca y la doble simetría. Así pues, las figuras geométricas pueden inventarlas independientemente los distintos pueblos, y vemos también las aspas en el Congo, la *cruz* de Caravaca y la latina terminada por abajo en lanza en los Tuareg, la cruz griega y la de Malta en los Galibis; figuras de hombres con los brazos extendidos

---

1 Dr. Félix Regnault: *Essai sur les débuts de l'art ornem. géom. chez les peupl. prim.*, «Bull. de la Soc. d'Anthr.»; 1896, p. 532.

y las piernas juntas son muy comunes en América, y los antiguos germanos dibujaban la cruz con dos piernas, cabeza y dedos. La *suastika* ó cruz con una rama lateral en cada brazo se encuentra, no sólo en países de supuesta influencia aria hasta el Japón, sino también entre los Ashantis, Laponia, Yucatán, Paraguay, indios Wolpi [1], *mound builders*, navajos, etc., y Wilson [2] cree que este signo se ha transmitido por contagio de unos pueblos á otros sin emigración de los mismos; la secta oriental de los Yainas hace la señal de la suastika al entrar en el templo, y el modo de sentarse con las piernas cruzadas lo llaman postura suastika; esta y otras varias razones, incluso la de que este signo lo marcan los pescadores napolitanos en sus cabañas y en los sitios donde hubo naufragio, afirma á Zmigrodzki [3] en la creencia de que en unión de otros símbolos pertenece á una religión monoteista en que el sol y el fuego eran los principales símbolos, mientras que v. d. Steinen y Buchner [4] presumen que es la abreviatura de la representación de un ave devoradora de serpientes, y por tanto, signo bienhechor.

Tampoco es el *estilo*, el ritmo peculiar de formas, patrimonio exclusivo de los pueblos cultos; el estilo

---

1 Dr. Félix Regnault: *Essai sur les débuts de l'art ornem. géom. chez les peupl. prim.*: «Bull. de la Soc. d'Anthr.»; 1896, p. 532.

2 Thomas Wilson: *The Suastika the earliest known Symbol, and its migrations.*

3 Zmigrodzki: *Ueber die Suastika.* «Corresp. f. A. E. u. U.»; XXVIII, p. 165.

4 Buchner: *loco citato.*

arábigo se extiende por Áfrics, el indio por Malasia, el japonés por el Norte del Pacífico, presentando analogías el esquimal; el africano trabaja en hierro, marfil y cuero, el australiano en madera y piedra, el hiperbóreo en marfil, el polinesio en piedra y concha, algunos americanos aventajan á todos en la cerámica; pero el material no da la verdadera medida del desarrollo artístico, pues los negros y malayos en posesión del hierro quedan obscurecidos por la capacidad artística del esquimal y por el polinesio con su limitado material de conchas y cáscaras de coco [1].

5. Escritura. — Se han encontrado multitud de *inscripciones rupestres* en Sáhara, Túnez, Canarias, Andalucía, Galicia, etc., etc., así como en los dólmenes del Morbihan y Finisterre se observan signos que Closmadeuc y Letourneau [2] quieren asemejar á letras de los alfabetos fenicio, neopúnico, cofto, líbio, berberisco, tuareg, numídico, latín arcaico, etrusco, celtíbero: también se han visto en las cavernas, no sólo figuras, sino también signos de ornamentación y caracteres gráficos, al decir de algunos observadores, aunque el sentido permanezca por hoy completamente indescifrable.

Por su parte Piette ha encontrado la mayor parte de estos signos en los guijarros pintados de la época asiliense, y Regnault hace notar que, si bien los signos geométricos pueden inventarlos independiente-

---

1 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 70.

2 Véanse los «Bull. de la Soc. d'Anthr. de París»; 1893, números 2, 4, 5 y 11; 1897, núm. 3.

mente varios pueblos, no sucede lo mismo con las figuras del cayado, *m*, *u* y *p;* por consiguiente, los fenicios se los deberían á los prehistóricos europeos.

Sea de ello lo que quiera, fácilmente podemos pasar de los dibujos en filas sucesivas, como las de los esquimales, en que se representan escenas de caza en general, á filas de figuras que representen las sucesivas escenas de una caza en particular, constituyendo una narración figurada ó *escritura figurativa*. Sin embargo, han existido pueblos bastante adelantados, como los peruanos, que tan perfectamente modelaban los objetos de barro, y no tuvieron para fijar los acontecimientos más que el «quipu», ó sea una cuerda con franja de hilos de diferentes colores, en los que se hacían nudos que servían de cifras; cuerdas también usaban los primitivos chinos y varios pueblos de África y América; aún queda en Europa un resto de este medio nemotécnico en el nudo del pañuelo.

La *escritura ideográfica*, presenta gran desarrollo entre los pieles-rojas; se caracteriza porque los signos representan una idea ligada al objeto figurado, y entre los muchos ejemplos que pudiéramos traer aquí expondremos solamente dos: Varios exploradores, acompañados de dos guías indios, vieron una mañana un bastón plantado en la dirección que iban á seguir, y en su extremo un trozo de corteza con dibujo, puesto allí sin duda para que cualquier indio que pasase se enterara del caso: los dibujos representaban al oficial con un sable, el secretario con un libro, el geólogo con el martillo, otros

dos ayudantes, el intérprete, siete soldados y sus fusiles, un vivac; todos los hombres blancos con sombrero, y dos guías chipevaes sin él; un ave y una tortuga cazadas el dia anterior; la inclinación del bastón indicaba la dirección del camino seguido, y tres rayas debajo del trozo de corteza la duración presumida de esta parte del viaje. Otro ejemplo nos ofrece la petición al Presidente de los Estados Unidos reclamando la posesión de cuatro lagos enlazados con el lago Superior; el jefe, perteneciente á la tribu cuyo símbolo es la grulla, está representado por este animal; tres martas, un oso, un gato marino etc., representan los simbolos ó *totem* de los otros peticionarios; sus ojos y corazones están ligados por líneas con los ojos y corazón del jefe, para expresar la unidad de miras y de sentimientos; otro trazo une la cabeza del jefe con los lagos, para indicar el objeto de la petición, y un trazo ondeado sale de la cabeza del jefe hacia delante, indicando la idea de demanda. En este último ejemplo vemos ya una transformación de la escritura, pasando á ser *simbólica*, es decir, que no representa el objeto mismo, sino un símbolo relacionado con un nombre ó con una cualidad ó alegoría del objeto.

Restos de escritura figurativa é ideográfica quedan en Europa en las manos indicadoras, el tejo y los bolos, las flechas, etc., etc.

Las más antiguas inscripciones egipcias que se conocen son de tipo mixto y complejo, á la vez figurativas, simbólicas y fonéticas: como correspondientes al periodo simbólico pueden citarse también las

cifras numéricas romanas y los guarismos árabes, puesto que se pueden leer en cualquier idioma. En *los jeroglíficos* no todas las figuras expresan ya los objetos ó sus símbolos, el significado de las palabras, sino á veces su sonido, lo cual constituye el principio de la *escritura fonética:* así, por ejemplo, el cuarto rey de Méjico (Itzli-coatl) se representaba por una serpiente *(coatl)* con cuchillos de obsidiana *(itzli);* y para escribir *Pater noster* dibujaron una bandera *(pa)*, una piedra *(te)*, un higo chumbo *(noch)* y otra piedra *(te)*.

La escritura china, aunque modificada por la factura con pincel y la forma cursiva, realmente no ha pasado de este período; pero como el idioma es monosilábico, los signos de la escritura representarán cada uno una sílaba, que en su origen estaba expresada con la forma adecuada al significado, pero hoy aparece desfigurada. Como una misma palabra tiene varios significados, distinguibles sólo por la entonación y su lugar en la oración, recurrieron á formar caracteres compuestos, pinturas y sonidos, en que una parte indica el sonido y otra el significado: el sonido *chow*, por ejemplo, significa «barco, plumón, chisporroteante, estanque y locuacidad», y para distinguirlos en la escritura se añade al signo del barco el signo determinante de un par de plumas, el del fuego, el del agua, ó el del lenguaje. Los japoneses, cuyo idioma se adapta mejor á la escritura fonética, escogiendo entre los caracteres chinos, los redujeron á signos puramente fonéticos, constituyendo con 47 de éstos su *i-ro-fa*.

La misma mezcla de caracteres simbólicos y fonéticos se observa en la escritura cuneiforme de los primitivos babilonios, que cedió más tarde su puesto al alfabeto. Tan ajenos son muchos pueblos salvajes al conocimiento del alfabeto y de la escritura fonética en general, que se citan casos como el de un mensajero del Sur de África, que ocultó la carta bajo una piedra, para que no le viese en qué se entretenía en el camino y lo contase luego al destinatario; y John Williams, misionero en el mar del Sur, pidió en cierta ocasión á su mujer una escuadra de carpintero, escribiendo una esquela con carbón en una viruta; y el jefe indígena que había llevado la esquela, admirado del resultado, llevaba luego colgada al cuello la viruta, como amuleto.

Sin embargo, á pesar de la distancia tan enorme, que á primera vista nos sorprende, entre las escrituras figurativa, simbólica, jeroglífica y fonética, hemos vistos tránsitos insensibles entre las tres primeras, y se puede hallar también entre los jeroglíficos egipcios y los alfabetos más antiguos. Los egipcios no llegaron á desligarse por completo de los signos determinativos ó representativos, aunque parte de los caracteres pasaron á ser fonéticos, como el diseño de una boca abierta, que siendo *Ro* la palabra egipcia correspondiente á la boca, llegó á usarse para expresar el sonido *ro* ó *r*. Al pasar la escritura de los muros á los *papyrus*, simplificaron los trazos (como hicieron también los chinos) y formaron los caracteres *hieráticos*. Los fenicios, como extranjeros no ligados con las sagradas tradiciones

del Egipto y dotados de buen sentido práctico, dieron el paso definitivo en la adopción de la escritura fonética, con exclusión de todo signo determinativo: el tráhsito se manifiesta claramente sin más que colocar unos á continuación de los otros el primitivo jeroglífico, el carácter hierático y las letras fenicia, hebrea, griega y latina. Las letras se nombraron por palabras que empezaban con ellas, y así el hebreo *alef*, buey, está por *a; beth*, casa, por *b*, *gimel*, camello, por *g*, etc.: procedimiento análogo emplearon los anglo-sajones para sus letras rúnicas. El alfabeto fenicio era pobre en vocales, dando esto origen á confusiones y dificultades al adaptarlo á la escritura griega y latina, y de aquí la modificación de algunas letras y la invención de otras nuevas.

«La invención de la escritura fué el gran adelanto, merced al que el género humano salió de la barbarie para entrar en la era de la civilización, acumulando los conocimientos para el uso de las generaciones venideras; la escritura da fijeza á la historia, á la ciencia y á la ley» [1].

---

1 Tylor: *Antropología*, p. 210.

VIII

Bellas artes rítmicas y juegos.

1. Ritmo.—La vida es movimiento, y todo movimiento de vida se compone de una sucesión regular de diferencias rítmicas; el ritmo natural se nos manifiesta en la locomoción, trabajos mecánicos y respiración, y en los latidos del corazón. Según modernas investigaciones, parece que en los utrículos junto á los canales semicirculares del oído, radica el sentido del baile ó ritmo activo del cuerpo. La influencia de los movimientos respiratorios en la vocalización, y los gestos y ademanes nacidos de la excitación involuntaria, dan la base natural del ritmo y el origen común á las artes rítmicas. De aquí que la poesía, el baile y la música aparezcan en sus comienzos tan unidas, confundiéndose, á la manera de lo que sucede en los corros ó ruedas de las niñas, tan característicos por lo rudimentario de la poesía, la sencillez del movimiento y la monotonía del canto, así como la misma unión se ve en forma más elevada en la jota.

2. Métrica. —Del lenguaje en prosa al poético,

según determinado metro y ritmo, los límites son muy indecisos, presentándose formas de transición en la prosa entrecortada. Así, en los funerales de los australianos recitan primero los jóvenes:

Kardang garro (hermanito, otra vez);

luego las viejas:

mammul garro (hijo, otra vez);

y luego todos juntos:

mela natgio (después yo)
nunga broo (nunca veré) [1].

Cuando las palabras no encajan en el metro, se recurre á exclamaciones ó sílabas sin sentido; no faltando quienes vean el origen del lenguaje en los gritos acompasados ó respiros de los remeros, carpinteros de armar, hilanderas, y en general de todos los que trabajan mancomunadamente [2]. La repetición de una frase, de una palabra, y por último de un sufijo, dan la primera idea de la rima, que si concede importancia primordial á las vocales, origina la asonancia tan característica del romance, mientras que los primitivos germanos y anglo-sajones se regocijaban con la aliteración, á la manera que hoy se usa como ejercicio en forma popular para mostrar las dificultades de pronunciación de un idioma á los extraños, pudiendo citar como ejemplo el *akerrak*

1 Tylor: *op. cit.*
2 Noiré: *Ursprung der Sprache*, 1877, p. 13. — Müller: *Das Denken im Lichte der Sprache*, 1888, p. 278.

adarrak okerrak deithu del vascuence, y del castellano «el perro de San Roque no tiene rabo». Para realizar su ideal de simetría y la terminación de todos los versos en la misma vocal, recurre el poeta de Fidshi á las más arbitrarias síncopes, incrementos, expletivos, elipsis de artículos y otras licencias; cae en las exageraciones más grotescas, y no deja casi nunca de intercalar, para el mayor efecto, algún paréntesis con una salida de tono [1].

Es muy común en los cantos bárbaros el estribillo compuesto de sílabas sin significado, que también se puede ver en muchos cantos populares de los pueblos cultos. Los antiguos himnos védicos están en metro regular, y el *kalevala* finés tiene también un metro peculiar.

Los negros, indios americanos y otros pueblos tienen mucha afición á las chanzonetas, cuchufletas y burlas, y carácter de la poesía primitiva es el referirse al vientre más que al corazón; ensañándose la sátira en los defectos corporales de tal modo, que acompañada la narración con los ademanes conducentes, fácilmente interesa aun á los que no entienden el idioma. La paridad del hombre y los animales en la mente de los salvajes es la causa de la presencia de aquéllos en la mayor parte de las fábulas.

La poesía sirve también para grabar en la memoria la historia y la sabiduría de los antepasados; así que no es extraño dé á una idea prestigio y autoridad, como sucede con los refranes, y en los pueblos

---

1 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 205.

leídos con las letras de molde; los indios tienen por superior á cualquier otro argumento la intercalación de un verso que contenga una comparación [1], los oradores árabes refuerzan su discurso con citas de versos, y en ciertos países un chiste destruye el mejor argumento. Las metáforas y comparaciones, que sirvieron á sus creadores de verdaderos auxiliares para expresar el sentido, persisten en las poesías de segunda mano ó pseudo-clásicas como verdaderas muletillas, que en vez de aclarar obscurecen; y si los salvajes usan muchas palabras sin sentido, en cambio en los pueblos civilizados se leen muchos versos llenos de contrasentidos.

3. Entonación. — Escuchando atentamente una conversación, observamos que no tiene siempre la misma entonación musical, sino que unas sílabas suben y otras bajan: esta semimelodía del lenguaje común puede transcribirse en notas musicales, que no son las mismas en inglés y en escocés, en alemán, italiano ni en francés, ni siquiera en el modo de entonar las frases, y particularmente las preguntas en las diferentes regiones en que se habla el castellano, observándose inmediatamente el contraste del tonillo aragonés y el riojano al montañés, salamanquino, etcétera. Esta entonación, generalmente de importancia secundaria en la conversación, llega á tomar la primacía en el lenguaje silbado con que los pastores canarios se entienden á grandes distancias;

---

1 Letourneau: *La littérature synthétique des premiers âges.* «Bull. de la Soc. d'Anthr.»; 1894, p. 169.

y anotada en el pentágrama por un observador alemán, corresponde exactamente á la ordinaria del castellano en las preguntas y respuestas, sobre todo teniendo en cuenta que la intensidad mayor de la emisión aumenta en el lenguaje las diferencias de tono; la mayor ó menor elevación del tono está en relación con el acento principal de la frase; por ejemplo: ¿Has îdo á mîsa? Vêngo de mîsa ¿Cuándo viênês?

Ciertas emociones bemolizan la voz, y en general todas ellas aumentan la extensión de la escala, que en el lenguaje hablado la mayor parte de las veces se mueve dentro de cuatro tonos laríngeos; la salmodia de los judíos es simplemente una entonación reforzada con el sostenimiento de algunas vocales y frases, un verdadero recitado.

Según experimentos de Marage [1], la voz se compone de sonidos laringeos ó cantados, y sonidos faríngeo-naso-bucales ó hablados; en éstos la *A* es más de una octava, la *E* y la *O* una séptima más altos que la *I;* y cuando se habla son los que predominan, mientras que cuando se canta predomina la laringe y es secundaria la vocal, ó sea la forma de la cavidad faringeo-naso-bucal; por esto, para vocalizar bien en el canto, tiene que armonizar la vocal con la nota musical. De aquí el encanto de las canciones verdaderamente populares é indígenas, porque armonizan el tonillo ó entonación del habla, la vocalización y la melodía; así como la falta de esta armonía, indica también la letra desacentuada,

---

1 *Journal de Physique;* 1898, p. 449.

que la música á que se aplica es más antigua ó de otro idioma, ó que el músico y el poeta no se han entendido.

4. Danza.—«El foguino canta repitiendo indefinidamente una sola palabra ó sílaba, pero no baila, porque vive en la anarquía» [1]. La danza tiene por origen el placer del movimiento rítmico y vigoroso, de la imitación, de la sociabilidad; es válvula de la sensibilidad; inicia la solidaridad, estimula, anima y entusiasma; adquiere gran importancia y desarrollo á medida que crece la individualidad de un pueblo; consolida y ensancha las relaciones sociales [2]; sirve para expresar las pasiones, para las grandes solemnidades y ocasiones trascendentales. Únicamente en los países de civilización envejecida, puramente mercantil ó exageradamente individualista, se suele á veces despreciar el arte como una diversión, ó se contagia el baile del pecado original, pidiendo prestados sus aires á los negros de la Habana ó del Congo. El baile sensual se particulariza en el mundo musulmán, transformándose en espectáculo, por la limitación del ejercicio á una sola mujer.

En el Brasil muchas tribus tienen la danza como único culto, y también Sócrates y David la consideraban como una parte de la religión.

Las procesiones religiosas iban á los templos egipcios cantando y bailando, y cosa análoga sucedía en

---

1 Letourneau: *La littérature synthétique*. «Bull. de la Soc. d'Anthr.»; 1994, p. 166.

2 E. Grosse: *Die Anfänge der Kunst*.

las ceremonias del paganismo greco-romano; hoy sucede lo mismo en los templos de la India, y se pueden observar en los lamas del Tibet las mojigangas de máscaras de animales para ahuyentar á los demonios, ó en el año nuevo la algarabía de tambores y caracoles á guisa de trompetas. Restos de estas ceremonias se ven todavía en las danzas de muchachos y muchachas alrededor de las hogueras de San Juan, ó alrededor de la efigie del Santo, como en ciertos pueblos de la provincia de Soria; las danzas de los seises delante del altar mayor de la Catedral de Sevilla; las danzas de gigantes y cabezudos en la procesión del *Corpus* en Zaragoza, Pamplona, Bilbao y otras muchas poblaciones de España, Francia, Bélgica, etc., aunque van desapareciendo de algunas de ellas. Las danzas guerreras pueden recordarse en la *ezpata-dantza* y *bordon-dantza* de los vascos y otras análogas de Castilla la Vieja.

Para el *korrobory* de los australianos los embadurnan sus mujeres con grasa y colores chillones, y cuando ha obscurecido y aparece la luna llena, encienden una hoguera, redoblan y cantan, apareciendo inmediatamente los bailarines, que empiezan por gestos descomunales y acaban por fantásticas carreras y brincos, en rueda ó atrás y adelante; de vez en cuando lanzan un alarido, chocan los chuzos y aporrean los tizones para que chisporroteen; bien se comprende que con tales danzas se entusiasmen para el próximo combate.

En la mente del salvaje pueden también tener

las danzas una influencia sobre el mundo exterior, como la que ejecutaban los indios mandanes cuando no encontraban búfalos: «sacaban de sus habitaciones máscaras hechas con la cabeza y cuernos del búfalo y la cola colgando detrás, y tomando esto como una evocación se ponían todos á bailar la danza del búfalo; diez ó doce enmascarados formaban corro con sonajeros y tambores; cuando alguno se sentía fatigado, sufría la pantomima de ser asaeteado con el arco y la flecha, desollado y descuartizado, mientras otro, dispuesto con su cabeza de búfalo, ocupa su puesto en el baile: así continuaban sin descanso día y noche, á veces por dos y tres semanas, hasta conseguir que apareciera una manada de búfalos en la pradera» [1].

En las danzas amorosas de los filipinos se ve cierta flojedad é indiferencia, los malayos occidentales son en general serios y desconfiados; los indios oyampi bailan el guavacán en corro hombres y mujeres, patalean dos veces, avanzan, sueltan el corro, se enlazan las parejas y giran rápidamente al compás de la flauta.

Algo de la antigua pintoresca danza lugareña puede verse todavía en las fiestas de la mayor parte de los países de Europa, excepto Inglaterra; en las Provincias Vascongadas la danza pública en la plaza ó ante la ermita, que casi siempre está en una altura, cerro ó peña, es presidida por la autoridad local, sentada en un banco, ante el cual se hincan

---

1 Tylor: *Antropología*, p. 363.

en el suelo dos chuzos, atributo del alcalde pedáneo, y donde deben ir á pedir permiso y turno los que han de tomar parte en la ceremoniosa danza del *aurresku*, expresión del valor social del matrimonio; comienza por un paseo de los hombres formando cadena y siguiendo al tamborilero, paseo interrumpido por artísticos saludos, pasos y contrapasos, trenzados con las dos piernas y con una, saltos y piruetas de la mano delantera *(aurresku)* enfrente del banco municipal; después de este prólogo salen dos de la fila á buscar la pareja para e *aurresku* y la conducen, guardándola el respeto de llevar la boina en la mano, ante aquél, que, después de saludarla y arrojar á sus pies la boina, con las manos fijas en las caderas, luce sus habilidades coreográficas con las piernas, terminando con una reverencia, á que contesta la pareja, y se coloca ésta á su izquierda en la fila; todo esto se repite con el *atzesku* (mano zaguera), para lo que dan media vuelta á la izquierda, en lo que Larramendi llama ya *chalotu* ó *chaloegin;* compiten luego *aurresku* y *atzesku* uno enfrente de otro, se completan las restantes parejas, bailan todos juntos el *zortziko* ó danza de ocho, se forman arcos con las manos ó pañuelos, pasando por debajo la cadena, y terminada esta primera parte se sigue con el fandango y el *arin-arin* (ligero-ligero).

5. Máscaras. — Las caretas para baile y ceremonias son muy frecuentes en el extremo Oriente, entre los melanesios, esquimales, pieles-rojas y demás americanos; estas caretas se fijan en la cabeza

ó se tienen con los dedos delante de la cara. Residuos de las máscaras guerreras son los yelmos y escudos europeos antiguos y medio-evales; de las pantomimas, el teatro japonés y el antiguo de Grecia y Roma; de las religiosas, las caretas de las momias egipcias; todavía en 1858 quisieron ahuyentar el cólera los chinos con mascaradas diabólicas; las sociedades secretas de los negros usan también el disfraz para la ejecución de sus sentencias, y uno de los últimos residuos de la máscara jurídica es la peluca de los magistrados ingleses.

En un principio el baile y la representación eran una misma cosa; las danzas del perro y del oso entre los pieles-rojas eran verdaderas pantomimas de los mordiscos, arañazos y zarpazos de dichos animales; cuando los negros de la costa de Oro marchan á la guerra, sus mujeres en casa bailan una danza hechizo en imitación de la batalla, para dar á sus maridos ausentes fuerza y valor; las danzas sagradas de la antigua Grecia se consideran como origen del arte dramático.

6. Instrumentos de percusión.—Para marcar el compás y meter ruido que excite á los bailarines se usan multitud de instrumentos, desde el simple palo con que golpean el escudo los australianos hasta el tambor de madera hueca de los americanos y negros, la piel de buey sostenida en cerro y golpeada por las mujeres bechuanas, el cántaro con parche de los bosquimanes y las cañas rajadas acordadas en octavas de los melanesios, ó la pandereta de los esquimales; desde el timbal del Amazonas y las cas-

tañuelas de concha del N. W. de América hasta los cascabeles bosquimanes, nahuas y tarascos; desde los panderos de los indios siux á los sonajeros de calabaza con granos de maíz de los indios zuñi, ó los de dientes de reno que los tungusos cuelgan en la cuna para acallar á la criatura, matracas, carracas, palillos, etc.: por último, en la Nochebuena madrileña pueden verse una multitud de instrumentos por el estilo, como la zambomba, chicharra, rabel, carraca, matraca y otros; en el Mediodía de España se acompaña el baile con castañuelas y palmadas, como en el antiguo Egipto, sustituyéndose aquéllas en el Norte por el chasquido de los dedos; en toda España son muy comunes el pandero y pandereta con sonajas, por lo que, y por no ser desconocido fuera de ella, podemos decir que es bastante impropio el nombre de *tambour basque*, que le dan los franceses; el tambor, timbal, bombo y platillos han tenido el privilegio de ser introducidos en las orquestas; los cascabeles, campanillas y cencerros, han descendido al uso de los animales domésticos y sirven para individualizarlos; las campanas, por el contrario, se han destinado casi exclusivamente al culto.

7. Instrumentos de viento.—Los malayos usan caracoles marinos, y los negros de África cuernos de antílope ó instrumentos de marfil con embocadura lateral; los prehistóricos pirenaicos silbaban en falanges de reno y huesos de ave; en Borneo, Célebes y Sumatra y los guaraníes tocan el caramillo con la nariz; los indios eskedanes tienen dobles silbatos; los kiowas usan flautas con lengüeta y seis aguje-

ros; seis agujeros tiene también la flauta de Hawai, mientras que el caramillo de los siux sólo tiene cuatro; la flauta de Pan la conocen los malayos, melanesios y negros africanos. La zampoña con una vejiga ó pellejo lleno de viento la conocen en la meseta central de Asia y el Himalaya, y con uno, dos ó tres bajos continuos la vemos representada en los cuadros de Teniers, y hoy es popular en Escocia, Italia, islas del Mediterráneo y el Noroeste de España, pero no en el Norte, vasco y cántabro, como equivocadamente decia un escritor norte-americano [1]: el silbo vasco lo vemos ya representado en un grabado del siglo xv, tocado con cuatro dedos de la mano izquierda, de cuyo antebrazo cuelga en la misma postura que hoy el tamboril, tocado con un palillo por la mano derecha, como lo hacen también el provenzal y el dulzainero castellano; el tamborilero representado en este grabado lleva espuela, va sobre zancos como los pastores landeses y posee una nariz recta de tamaño colosal, que hace recordar inconscientemente la patria del fundador de la Compañia de Jesús; hoy el silbo se ha perfeccionado, lleva en el extremo un anillo para sostenerlo con el meñique, funcionando los demás dedos y la emisión de aire de tal modo, que permite ejecutar las más delicadas, melodías alemanas; el tamboril es de forma prolongada, mucho más pequeño el vasco que el provenzal. La dulzaina, usada en algunos puntos de Guipúzcoa,

---

1 Ignatius Donnelly; *Atlantis, the antediluvian World*, 1882.

en Navarra, Castilla y León, no corresponde á lo que este nombre parece indicar.

8. Instrumentos de cuerda. — Refiérese en la *Odisea* (xxi-410) cómo el héroe vengador, cuando extendió los poderosos arcos de madera y de cuerno, dió á la cuerda tensa una vibración que la hizo cantar como una golondrina: puede suponerse fácilmente, según Tylor, que el arco tirante del guerrero se convirtiera en un instrumento músico; pero es más, realmente sucede así; el damara del Sur de África se deleita escuchando los suaves tonos que produce cuando golpea la tirante cuerda de su arco con un palillo; el zulú desprecia el arco, por ser arma cobarde, pero lo usa para la música; su arco musical tiene un anillo que resbala á lo largo de la cuerda para variar la nota, sujetando el anillo con un dedo, y también se halla provisto de una calabaza que hace el efecto de una caja de resonancia [1].

Tan primitiva es la *gora* de los bosquimanes y otro instrumento análogo de los igorrotes; los malayos tienen guitarras y violines de dos cuerdas, y, cosa extraña, los mangbatu carecen de todo instrumento de cuerda, mientras que sus vecinos los niamniam y los negros del Golfo de Guinea tienen arpas y guitarras, y los nubios una especie de lira. Los mayas tocan el *hul* aproximando la cuerda á la boca abierta, que hace de resonador; el quijongo de Centro-América es también un monocordio, como el de los apaches. ¿Y quién de nosotros no ha construído

1 Tylor: *Antropología.*

en su infancia guitarras con elásticos de botas, tendidos en una tablilla? Entre los primitivos instrumentos de arco se conocen el de dos cuerdas de los mogoles, el *crowth* bretón de tres cuerdas y el rabel de una, de los árabes.

9. Instrumentos de teclado.—Aparte de la semejanza que algunos instrumentos malayos y de los indios cuayqueres puedan tener con ellos, son muy característicos de los negros africanos «una especie de salterios de madera, formados por diez palitos á manera de media caña, cuya parte plana descansa sobre dos troncos de plátano; este instrumento es notable por la dulzura y agradable timbre de sus sonidos» [1]. Con un número de varillas elásticas y encorvadas, de diferentes tamaños, que puede llegar hasta treinta, y con algunas variaciones en la caja de resonancia, se usa esta *sansa* ó *simba* en gran parte del Africa central y meridional, multiplicándose las calabazas de resonancia en la *marimba*, que se toca con dos palillos.

10. Música.—La música vocal ó canto se originó de la entonación y fué la primera encarnación de la melodía, en tanto que la música instrumental no sirvió en un principio más que como acompañamiento en la danza; y con referencia á ésta, bien se puede decir que en su origen no fué más que ritmo [2], ó sea la oposición de tiempos fuertes y débiles.

---

1 Ossorio: *Fernando Póo y el Golfo de Guinea*. «Anales de la Soc. Esp. de H. N.»; xv, p. 300.

2 Wallaschek: *Primitive music*.—Grosse: *Die Anfänge der Kunst*.

Así como la ignorancia de toda gramática que no fuese la latina hizo calificar torpemente de jergas á todos los idiomas que no se ajustaban á la misma [1], así también la rutina musical de los bailes en dos ó tres tiempos, y su consecuencia, los compases por múltiplos de dos ó tres, hizo que se negara compás á lo que no se ajustase á la pauta escolástica; quizás escandalizaría á algunos limitados dómines el que el aragonés se permita cantar empezando cada verso con cuatro corcheas á tiempo con las tres de los compases del acompañamiento, ó que en la petenera alternen el $\frac{3}{4}$ y el $\frac{6}{8}$; pero más les extrañaría el sistema rítmico de cinco tiempos, preferido por los fineses, ó el $\frac{5}{8}$ ó $\frac{10}{8}$ del *zortziko*, *ezpatadantza*, etc., que se explica por constar de un salto con pirueta derecha (3) y un salto sencillo (2), seguidos de otro salto con pirueta izquierda (3) y salto sencillo (2) pudiendo acabar en la primera mitad; más aún les habia de extrañar la medida del *aurreshu*, que consta de: $\frac{3}{4} | \frac{3}{4} \| : \frac{3}{4} | \frac{3}{4} | \frac{3}{4} | \frac{3}{4} | \frac{3}{4} : \|$ repitiéndose estos cinco compases cuatro veces, con semejanza de modulación de la primera vez con la cuarta y de la segunda con la tercera.

El ritmo coreográfico es asimilado por la canción individual, haciéndole más tolerante con la variedad de ademanes expresivos y con los matices de la vocalización; la gran libertad de ritmo caracteriza á la música de los gitanos de Hungría, que en su Czarda

---

1 Véase *El imposible vencido*, por el P. Larramendi, 1729.

tienen una segunda parte, Frischka, en $\frac{2}{4}$ y $\frac{4}{4}$ brusco, interrumpido y lúgubre.

Una de las *escalas* más simples la da la trompa de madera ó corteza sin registros, que usan muchos africanos y sud-americanos, y es la que resulta de las leyes de propagación del sonido en los tubos abiertos, siendo suficiente para los toques de corneta, tan conocidos de nuestros soldados; la flauta de Taiti con dos agujeros dará lo menos cuatro sonidos. Los chinos del Mediodía saben hacer en los tubos á los $\frac{1}{3}$ un agujero para la quinta, á los $\frac{1}{3}$ de ésta otro para el tono, á los $\frac{2}{3}$ de éste otro para la sexta y á los $\frac{1}{3}$ de ésta otro para la tercia; les falta la cuarta y la séptima, y no admiten semitonos; de modo que su escala sería la que se pudiese tocar en el piano sólo con las teclas negras, como ocurre en el *Pa Ban*, célebre canto sin palabras, muy popular. La gama pentatónica también la usan los africanos, fineses, escandinavos y escoceses; pero lo general en Europa es que sea en tono menor, de tal modo, que la escocesa tiene, según Tylor, cuarta, pero no quinta ni séptima; así que se podría escribir en modo dorio (*mi* menor con *fa* becuadro) y algo parecido oyó un viajero anglosajón en un melancólico Oficio de difuntos de China; los fineses tienen, según Fétis [1], la gama menor sin sexta ni séptima. Los chinos del Norte han tomado del mogol ó el manchu la escala diatónica de siete notas, pudiendo escribirse el canto nacional *Hoa Chon Ko* en modo frigio, ó sea *sol* menor con *mi*

1 *Bull. de la Soc. d'Anthr.;* 1867, p. 134.

becuadro. La gama de los gitanos de Hungría es esencialmente de tono menor, pero generalmente con cuarta superflua, que da á la melodía un brillo deslumbrador, sexta disminuída y gran séptima superflua; el cambio de tono resulta la cosa más fácil del mundo [1], y su refinamiento, exuberancia de floreos, cadencias, fermatas, etc. la revelan como hija legítima de la sensual música de la India con sus cromas y cuartos de tono; los persas y árabes, teóricamente por lo menos, admiten tercios de tono, y sus melodías se recargan también de hojarascas interminables.

Las escalas con muy pocas notas pueden indicar la escasez de agujeros en los instrumentos de viento ó de cuerdas en la lira, así como menor *afinación* del artista por ser los intervalos mayores; sin embargo, pueden no desarrollarse á la par la teoría musical con sus complicados sistemas de gamas llenos de metafísicas y simbolismos, y la finura de oído de los músicos; inversamente, el que un silbo ó clarinete tenga pocos agujeros no es prueba de la limitación de la escala musical en el pueblo correspondiente, porque reforzando ó atenuando la emisión del aire se consigue sostener ó bemolizar el tono; el bosquimán, con un violín rudimentario de calabaza con dos cuerdas, reproduce á oído y con exactitud las melodías de las misiones; y el finés, con sus cinco notas, posee melodías tiernas y llenas de gracia. «El niño alemán, que con la vista distingue ya de personas el tercer

---

1 Dr. L. Nohl: *Allgemeine Musikgeschichte*, ps. 14 y 314.

mes y los colores el cuarto, no reacciona con un tono hasta el sexto mes, no hace diferencias de un tono, pero sí de dos, subiendo de esta manera octava y media el noveno mes, y distingue los intervalos de un tono al año» [1]; este desarrollo individual, y el hecho de que los términos técnicos de la música sean en gran parte metáforas de los sentidos de la vista y tacto, nos indican ser el sentido musical el más moderno en la historia de la cultura, y, por consiguiente, uno de los que mejor caracterizarán á los distintos países. Dice Fétis, como hecho significativo de la relación de la música con la educación del espíritu, que al lado del finés con música propia y atractiva vive el lapón, que no canta; los antropófagos de Oceanía no tienen más que tres sonidos; en Polinesia y Australia, cuatro sonidos, aunque el *Maquialó* ó canto guerrero del Oeste parece tener cinco; en cambio cita César el amor de los galos á la música, y Tácito dice lo mismo de los germanos; por su parte Price [2] y Tiersot [3] observan que el principal rasgo de las melodías vascas es su extrema vivacidad y la variedad de tratamiento, que las da un aire más civilizado entre los cantos populares en general; que la fisonomía musical de la Alsacia es germana, que la Provenza no posee hoy más que un solo canto

---

1 Dr. Oskar Schaeffer: *Der Entwicklungsgang des Neugeborenen.* «Die Umschau.», p. 337.

2 Eleanor C. Price: *The Contemporary Review*, n. 319, Jul. 1892.

3 Julien Tiersot: *Hist. de la chanson populaire en France*, 1889.

de amor con aire original, el *Magali* (véase Mistral en Mireio); que Flandes y la Picardía perdieron su música peculiar, como la Normandía, por falta de ideal; que, en una palabra, las melodías propias no existen más que donde hay lenguaje propio.

El canto popular egipcio de hoy no es melódico, sino recitado, improvisado por cada trovador según su temperamento, estado de ánimo y circunstancias; y según la letra, tiene seis ú ocho tonos principales, es irregular y monótono: en el canto andaluz, aparte de reminiscencias litúrgicas, árabes y gitanas, caracteriza alguno de sus géneros la salida de tono que resuelve la última frase. Tránsito de la melodía á la entonación del lenguaje hablado, constituye el pregón de bando y el de los vendedores callejeros.

La música de la antigüedad clásica asignaba á cada sílaba un solo tono y apenas traspasaba los límites de la melodía; la voz se acompañaba al unísono ó en octava, y esto apenas era más que para hacer resaltar el perfil de la melodía al marcar el compás ó el metro; el refuerzo de octava ó de cuarta era resultado de la combinación de voces infantiles y varoniles; matemáticamente encontraron la consonancia de octava, quinta y cuarta, y la disonancia de tercia y sexta; no habiendo hallado la verdadera tercia del acorde de tres, les faltó la base para lo que hoy conocemos con el nombre de *armonía*, y cuando Dídimo (30 a. a. J. C.) y Tolomeo (120 a. d. J. C.) obtuvieron exactamente el tono y semitono, é hicieron posible la consonancia de ter-

cia, todavía la autoridad del matemático Pitágoras influyó hasta en la música cristiana para preferir el acorde final de quinta al de la dudosa tercia [1]. Los pueblos asiáticos, incluso el árabe, tampoco conocen la armonía; los malayos tienen orquestas verdaderamente ratoneras, y la música abisinia es también poco aceptable; lo cual no obsta para que en las islas Salomón haya bandas de 20 instrumentos que armonizan en tercia y quinta, y los hotentotes con dos ó tres goras produzcan acordes bastante agradables, según Kolb [2]; éstos y los maoríes tienen cantos con partes concertantes y con bajo de acompañamiento [3].

11. Juegos y fiestas. — El ejercicio espontáneo de las aptitudes de raza no sólo podemos observarlo en los niños, sino también en las crías de todos los animales de sangre caliente, que cuidan de sus pequeñuelos; este ejercicio aparece en sus diferentes formas según se van desarrollando las facultades, constituye un aprendizaje natural por la imitación á los mayores, y es la recapitulación de la vida psíquica de la raza, conservando el individuo normal, á medida que crece y se desarrolla, la capacidad para divertirse con todo lo que en edades tempranas constituía su pasatiempo favorito.

Gulick hace notar que [4] en la primera niñez el

---

1 Dr. L. Nohl: *Allgem. Musikgeschichte*, p. 29.
2 Ratzel: *op. cit.*, I, ps. 369, 205 y 703, II, p. 433 y 445.
3 Wallaschek: *Primitive music.*
4 Luther Gulick: *Some psychical aspects of muscular exercise. Appletons popular science monthly;* Oct., 1898.

juego es individual y sin competencia, teniendo por base la curiosidad, que invita á la destrucción de los juguetes para ver lo que tienen dentro, hacen construcciones sencillas y regulares, pero sin simetría, se balancean, saltan, trepan, y en el sexo femenino empieza la afición á las muñecas; los esquimales hacen para sus niños muñecos de marfil, que visten con pieles; los indios de Tusayán los modelan de barro y los pintan, ó tallan en raíz de algodonero figurillas que semejan los ídolos y los personajes que toman parte en las ceremonias, pero que no sirven más que de juguete; otro juguete de los mismos consiste en un pájaro, al que se le puede hacer mover las alas por medio de un palo que hay dentro del tubo á que está sujeto. El placer del baile lo siente el niño vasco antes de poder bajar de los brazos de su madre ó niñera.

En la segunda infancia los juegos son individuales y de competencia, utilizando toda clase de instrumentos, como el trompo, conocido en la Malasia y entre los kiowas, la cometa, que conocen los chicos maories y no la conocieron los ingleses, al decir de Tylor, hasta los Estuardos como importada del extremo Oriente; el taladro, con que los niños suizos encienden fuego, mostrando en forma de juguete un residuo de épocas anteriores de la cultura; se desarrolla la afición á las proezas, saltos mortales, volatines; se juega al escondite, carreras, natación, acertijos, como el de los indios algonquines [1], pare-

1 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 467.

cido al *utz-ala-bete* de los niños vascos; el juego de los californios, de ensartar anillos con palillos; el de Oceanía, de tirar una caña á un aro que rueda, como aprendizaje para saber disparar más tarde su azagaya; el arco y la flecha, la cerbatana. Las niñas cobran afición á las criaturas; juegan al gobierno de la casa con lamparillas de aceite, como las que las madres esquimales dan á sus hijas, con cacharros, etc.; juegan á las tabas, como las mujeres chinucas juegan á los dados con dientes de castor, al corro en sus infinitas variantes, á prendas, etc.

En la adolescencia aparecen los juegos de partidas ó bandos, como las pedreas de los muchachos españoles y otros análogos, en que hay sacrificio de la libertad individual con obediencia al capitán, hay cooperación, programa y plan; caracteriza también este grupo la afición á la vida del campo, caza, pesca, merodeo, lucha y aventuras, reminiscencia de la época nómada de la vida de la raza; los muchachos polinesios juegan también á la pelota y al disco; los de las islas de la reina Carlota pulsean.

En la segunda adolescencia se toman los juegos muy á pecho, y se despliega en ellos toda la resistencia de que es uno capaz, tomando el aspecto de una guerra organizada.

Hay juegos que se transmiten casi intactos por siglos y siglos: los antiguos egipcios y los romanos jugaban ya al *adivina quién te dió* y conocían también el de la *morra* ó de adivinar la suma de los de-

dos extendidos por los jugadores, juego que se conoce en China, en Italia y, con ligera variante, en las islas Samoa. Un juego puede continuar inalterado durante siglos, y luego pasar súbitamente á una forma más elevada, como puede observarse en el de la pelota, con formas muy simples en ciertas variedades del juego en Inglaterra y entre las mujeres pieles-rojas, empezando en la Edad Media á usarse la raqueta, la virlota, siguiendo con la pala, el guante corto, el guante largo y, por último, en este siglo se inventó en los Bajos Pirineos la cesta ó chistera, y originándose los juegos á largo, rebote, trinquete, blé, etc., que, como es sabido, alcanzan hoy el máximum de perfección en destreza, agilidad, vigor y recursos en la región vasco-española, donde llegaron á adquirir casi la misma importancia social que los juegos olímpicos en Grecia, por más que no puede considerarse como propiamente indígena, pues la mayor parte de los términos usados en el juego son románicos, y ciertamente en otro tiempo se vió más difundido por muchas provincias.

Los juegos *caseros*, que ejercitan la agudeza mental se pueden observar también en pueblos no civilizados y desde la más remota antigüedad: entre los más antiguos se pueden citar los dados y el tablero para damas, en que los polinesios han puesto hasta 238 casillas; el *bostarri* (vasc.) ó cinco piedras, tres en raya, *nine men's morris* (inglés), *tit tat to* (Ovidio), y alguno análogo de China, su variante el trúqueme, que se juega con el pie á la cozcojita; los kiowas juegan al *tangokya* con ocho palillos mar-

cados diferentemente y designados como caballos ó yeguas, arrojándolos como si fuesen dados: estos últimos pueden provenir, en su origen, de las tabas; los indios tlingites juegan con palillos marcados que se esconden bajo montones de cortezas, debiendo adivinar el contrario si el número de palillos es par ó impar ó en qué montón están, ganando ó perdiendo palillos hasta que uno de los jugadores se quede sin palillos y pierde lo apostado, que en estas tribus, apasionadas por el juego de azar, como entre los antiguos germanos, puede llegar hasta la pérdida de la libertad personal; los polinesios apuestan hasta sus propios huesos para después de muertos.

Los juegos de *azar* se relacionan con la adivinación, y esta relación se ve bien clara en las palabras «suerte», «sortilegio»; «sorcière» (franc.) y «sorguiña» (vasc.) que significan bruja; aun hoy, así como muchos individuos, que no quieren ó no son capaces de ejercitar sus facultades discursivas para resolver un asunto, echan á cara ó cruz la decisión, y para la adivinación del porvenir se recurre á los naipes, así también los brujos negros usan las tabas para descubrir los ladrones; en el siglo XVII se las usaba en Europa para adivinar el futuro marido, y en la antigua Roma eran de uso corriente para la adivinación; por suerte, é invocando á Dios, eligen novias para sus hijos los moravos, y descubren al ladrón los maoríes; por suerte, é invocando á los dioses, se eligió con el casco de Agamenón quién había de luchar con Héctor, y todavía en 1619, en cierta publicación, se consideró necesario com-

batir rudamente el juego de azar como abuso de la Divinidad. En las islas Tonga usan la nuez de coco *(nin)* para juego de azar, sin oración ninguna y sin dar importancia ni crédito al resultado, y en cambio la usan para la adivinación, acompañada de oraciones y dando crédito á la decisión; en Nueva Zelanda, donde no tienen coco, llaman *nin* al juego de adivinación. El *Cotabos* griego, que consistía en tirar el vino de la copa á una vasija de metal á alguna distancia y sin derramar nada pronunciando ó pensando al mismo tiempo el nombre de su amante y adivinando por el color claro ó turbio del vino la suerte de sus amores, quedó luego como juego de destreza, llegando á nuestros dias en lo que se llama echar una caña al aire: el juego de pasar de mano en mano, en un círculo, una cerilla, perdiendo el juego aquel en cuyas manos se apaga ó se consume, debió tener también en la antigüedad una mayor trascendencia, á juzgar por ciertos datos históricos. Entre los basutos forman parte esencial de la educación los enigmas, y se proponen como ejercicio á una reunión de niños embarullados. En los hilandares de Europa nacieron muchos cuentos de viejas.

Entre los juegos públicos ó *fiestas* se pueden citar también los de emulación, competencia y ejercicio físico, dignificados en todos los pueblos jóvenes y viriles. Además de la pelota se incluyen las carreras de caballos de Mogolia, de muchachas con la herrada sobre la cabeza, en el Norte de España, la barra, el disparo de dardos y flechas á la mayor

distancia posible entre los kiowas, el juego de cañas, etc., el pugilato, la lucha, el torneo, la justa, los improvisadores de versos ó *koblakari* vascos; y características de toda la Península Ibérica, Mediodía de Francia cercano á España, y la América española las corridas de toros.

En Java se colocan cuatro filas de hombres armados de lanzas, los delanteros de rodillas y los zagueros de pie, formando un rectángulo de 50 metros de largo, que rodea á una jaula con un tigre; sobre la jaula se echa paja que, á una señal dada, se hace arder, y acaba por dejar en libertad al tigre; éste se precipita sobre los hombres que han pegado fuego á la jaula, los cuales se salvan tras la muralla viviente, y el tigre, al querer saltarla, cae sobre las puntas de las lanzas [1].

También son muy aficionados los malayos á las riñas de gallos; el arreglo de las apuestas é incidentes, según leyes minuciosas, las convierte en garito y bolsa de contratación á la vez, llevando más tiempo, trabajo y dinero estos preparativos que la riña misma. También se utilizan para las apuestas los animales domésticos en las peleas de carneros del Tirol y el país vasco, y en este último las pruebas de yuntas de bueyes, para lo que tienen grandes piedras de arrastre.

Así como en las ferias se manifiestan las actividades económicas de los pueblos, así también en las *fiestas*, en las grandes solemnidades religiosas, polí-

---

1 Ratzel: *op., cit.* I, p. 371.

ticas y aun en las económicas, en las commeraciones, en la terminación ó comienzo de las épocas agrícolas, se manifiestan todas las actividades estéticas, exaltándose el instinto de sociabilidad, que goza con el placer de los demás; hasta el punto de que la emulación y alarde de valor y la intervención de cierto elemento de proselitismo religioso hace que en ciertos pueblos bárbaros tomen los juegos públicos un carácter cruento y de *suplicios*, llegando á extremos increíbles de insensibilidad física, impasibilidad ó sangre fria, como se observa en los juegos chinos y en las fiestas populares de la India inglesa, durante las cuales se arrojan muchos devotos á los pies de los elefantes ó bajo las ruedas del carro de Jagernaut, ó se hacen colgar á una gran altura con garfios que penetran en el espesor de los músculos del dorso, en una forma análoga á la que imperaba en las fiestas de los indígenas americanos según los cronistas españoles; el punto culminante en este género lo presentan los fakires budhistas, respecto de los cuales se cuentan hasta verdaderas imposibilidades; en otros países se arrancan el dedo meñique en señal de duelo, ó se dan tremendas cuchilladas como demostración de ardor religioso en las fiestas.

IX

Ciencia y tradición.

1. Origen de la ciencia. —«La experiencia es madre de la ciencia», dice el refrán castellano; pero si, como dice Jerusalem [1], el juicio primitivo personifica todo fenómeno; si el hombre primitivo no admite otra causalidad más que la existencia de actores ó factores semejantes á él, la explicación será sencillamente una narración, en que los hechos aparecen como resultado de actos arbitrarios de seres vivientes humanos, ó que apenas pueden distinguirse del hombre [2]; nada tendrá de extraño que la ciencia en sus comienzos esté confundida con la mitología y sea amamantada por las ideas religiosas. El niño se tranquiliza cuando su niñera golpea el objeto inerte con que aquél se ha hecho daño.

Uniéndose al espíritu de observación el ingenio y la sagacidad, sirvió la ciencia primitiva, con su mezcla de procedimientos racionales y artes mági-

---

1 Jerusalem: *Urtheilsfunction*, 21, 177.

2 Barón v. Andrian: *Die kosmol. u. kosmog. Vorstell. prim. Völker.* «Corresp. f. Anthr. Ethn. u. Urg.»; 1897, XXVIII, p. 127.

cas, para adquirir preponderancia sobre el vulgo, encarnándose aquélla en los hechiceros, curanderos ó como quiera que se llamen. El interés de clase la mantiene secreta y desarrolla todo, menos el gusto por la verdad y la sinceridad, que son las primeras condiciones de la investigación científica, y que con muchísimo trabajo se van desligando del prurito por deslumbrar, por inventar rarezas, por decir originalidades ó por halagar las pasiones.

La tan decantada cultura precolombina de México no permitió la transmisión del saber y de la experiencia á las generaciones sucesivas, la consolidación y acumulación del capital mental, que es la base de la ciencia; y para apreciar su escritura, debemos recordar que ésta no adquiere verdadera importancia si sólo es comprendida por muy pocos y cada uno la usa de diferente modo. Los chinos están en plena edad media científica, pues ahogaron la originalidad de los espíritus con su sistema jerárquico de exámenes; observan bien, pero inducen mal; su experiencia no les sirve para corregir las falsas interpretaciones; les falta el método, y no abandonan las fábulas de sus libros; en su física, sin elemento sobrenatural, arraiga tanto más el error, y se contentan con explicaciones fáciles y cómodas, que no son más que vaciedades. Los árabes poseen sentido especulativo, pero sin espíritu crítico, como dicen los nubios: «considera todas las novedades como buenas y verdaderas, aunque sean falsas» [1].

---

1 Ratzel: *op. cit.*, I, ps. 595 y 63; II, ps. 662 y 432.

Si los letrados chinos creen que en el otoño las ratas se convierten en codornices y los pájaros en cangrejos, en cambio los negros de Togo tienen un refrán que dice: «el cangrejo no se convierte en pájaro»; y Livingstone cree que muchas fábulas, referentes á la incapacidad de los negros para contar más de diez, etc., precisamente en tiempos en que un cacique contaba mil reses como hijuela, se han divulgado por la costumbre que tienen, hija de la desconfianza, de contestar estupideces para desorientar al extranjero. Con referencia á los idiomas americanos explica Brinton su carencia de expresiones abstractas, porque para nada les hacían falta, y la abundancia de abstracciones hueras es una ventaja dudosa, que muy fácilmente podían alcanzar cuando quisieran [1]. Muchos descubrimientos científicos no son más que reconquistas de conocimientos verdaderos, rechazados antes por los sistemáticos, que estiman en más los andamios que el material de construcción, y conservados por el pueblo.

Esta misma vanidad pedantesca suele caer en el círculo vicioso de considerar todo lo que trasciende á superior como exótico, para darse á continuación el gusto de juzgar al indígena por el residuo que se ha dignado atribuirle y negarle en consecuencia toda capacidad científica; así, por conocerla antes los chinos y los árabes, seríamos los europeos incapaces de inventar la pólvora; y por haber estado la astronomía europea hasta Kepler mezclada de

---

1 Ratzel: *ibidem*, II, ps. 662, 13 y 31; I, p. 464.

astrología, hubiéramos sido también, en plena Edad Moderna, incapaces de llegar por nosotros mismos á una ciencia racional; por haber aprendido los griegos de los caldeos las matemáticas, astronomía, presagios, etc., deberíamos negar á aquéllos toda originalidad.

2. Numeración. — Una parte del caudal científico primitivo hay, que parece haberse visto libre de la rémora del dogmatismo y la tradición: tal es la numeración, que en esta ó en la otra forma es patrimonio de todo el género humano; si bien, al decir de Letourneau [1], carecerían en absoluto de la misma los weddas de Ceylán.

La primera idea de 2 parece haber nacido, según Steinen [2], de la *partición* ó división, por la que resulta un pedazo del objeto en cada mano, de modo que su base fisiológica es la preexistencia de los órganos *pares*. A este respecto es curioso observar la relación que hay en vascuence ó euskera entre *bi* (2) y los nombres de varios órganos pares simétricos, como *begiak* (los ojos), *besuak* (los brazos), *belaunak* (las rodillas), *belarriak* (las orejas), *bizarrak* (las barbas), *bizkarrak* (las espaldas), *biriak* (los pulmones), y hasta algunos órganos que no están en tal caso, como *beatzak* (los dedos), *bekoki* (frente) y *biotza* (corazón) [3]. Otro indicio de que la primera idea de 2 no es el número abstracto, sino la idea de

---

1 Charles Letourneau: *Sociologie.*
2 V. d. Steinen: *Unter den Naturvölkern*, p. 414.
3 Unamuno: *Del elemento alienígena en el vascuence.*

pareja, se nos revela en su forma de adjetivo y en la existencia de tres números gramaticales: singular, dual y plural en varias lenguas.

El bosquimán, tasmanio y botocudo no usan más que las expresiones 1, 2 y muchos; sin embargo, Milligan ha encontrado en los segundos expresión para 5; los indios coroados del Brasil cuentan sobre los nudillos de sus dedos y no pasan de 3.

La primera idea de 3 como distinta de muchos aparece en los bakairi del Brasil por nueva partición, ó sea, como dos mitades de una de las mitades anteriores, desarrollándose el sistema binario de numeración. El puri y los australianos de la colonia del P. Salvado distinguen entre 1, 2, 3 y muchos; el bororo y el damara cuentan 1, 2, 3, y siguen con la última palabra en los demás dedos; el kamilaroi distingue 1, 2, 3, 2-2, 2-3, 3-3. La analogía entre la idea de 3 y la de muchos nos explica la formación de muchos superlativos.

Dice Stuart Mill en su *Sistema de Lógica*, que la verdad de que 2 y 1 son 3 ha sido sencillamente suministrada por una larga y constante experiencia, es decir, que es una verdad inductiva, como todas las que forman la base de la Aritmética, pues todas reposan en el testimonio de los sentidos. El wachandi y el indígena de Queensland no distinguen más que 1, 2, muchos é inmensamente; pero saben expresar 3 por 2-1 y 4 por 2-2, y en algunos distritos de Australia tienen expresiones para 15 y 20; y en las tribus del Oeste para decir 15 extienden tres veces la mano; los aborígenes de Victoria pasan

de 2 hasta 5 por medio de repeticiones, y para contar los dias de la luna se valen de las articulaciones de los brazos y de la cabeza; á pesar de no tener expresiones más allá de 3, saben distinguir á sus hijos en relación con su sucesión de 1 á 9, variando las terminaciones para las hembras; los malayos distinguen 7 grados en tal sucesión, y los niños de los dacotas y siux no tienen más nombre propio hasta llegar á cierta edad.

Empezando á contar por los dedos, se convierten éstos en símbolos numéricos, la mente se acostumbra á pensar el número de tales ó cuales objetos como algo que se puede considerar aparte de los mismos y representarse por un número igual de otros objetos que no se parecen á los primeros más que en el número; se forma la idea abstracta de *número* [1]. La primera idea de número abstracto es un gesto sin palabra correspondiente; pero muy pronto se describe este gesto con palabras, y más adelante, usándose las palabras sin el gesto primitivo, se olvida esta significación y quedan como puros numerales.

El juri y el tasmanio designan 5 por un hombre; el cayriri tiene la misma palabra para 5 que para una persona; los aztecas tienen una expresión que parece derivarse de «pintar una mano»; en las lenguas malayo-polinesias, la palabra *lima* significa 5, y su sentido de mano se ha conservado sólo

---

1 Edwin S. Crawley: *The origin and development of number systems. Appl. pop. science monthly*, Agosto, 1897.

en algunos distritos. Puede ser el 6 «coger el pulgar» de la derecha en lengua zulú; los tamanacos expresan 5 por la frase y el gesto de una mano entera, y 6 por uno de la otra mano; el uso de los dedos de una mano se extendió en algunos casos hasta 6, expresando este número por el puño, y originándose de aquí el sistema duodecimal [1]. El zulú expresa 7 por «él indicó», esto es, llegó al dedo índice; 8, por «dos dedos cerrados», 9 por «un dedo cerrado» y para 10 dan una palmada con los dedos abiertos; el bechuana, para indicar la cuenta, levanta los dedos sin pronunciar una palabra. El sistema quinario puro es muy raro, y para ejemplo puede servir un dialecto betoya de Sud-América, que para 6 dice mano + 1, para 11 dos manos + 1, para 16 tres manos + 1, para 20 cuatro manos [2]; lo general es que con la quina se combine el sistema decimal, 11 sea 10+1 y 16 sea 10 + 5 + 1, porque esta escala es tan fácil de hallar como la quina, y en muchos casos el 6 no se expresa por 5 + 1. Los nombres de los números 6 á 9 pueden depender también del orden en que se cuenten los dedos, según que se empiece por el pulgar, como lo hicieron los griegos y romanos, ó por el meñique, como lo hacen otros muchos pueblos; en cuanto á los cuatro primeros, se tomarían de cualquier objeto que los contuviese naturalmente; así los abipones

---

1 John P. Peters: *Proceedings of the Society of Biblical Archeology;* Mayo, 1883, p. 120.

2 Levi Leonard Conant: *The Number Concept,* p. 57 y 140.— Véase también Hervás: *Aritmética de casi todas las naciones conocidas.*

del Paraguay dicen por 4 «dedos de avestruz». Para decir 3, según el P. Gumilla, los otomacos unen el pulgar, índice y medio; los tamanacos, el meñique, anular y medio; los maipures, el índice, medio y anular.

En lengua bantu 10 es sustantivo susceptible de plural y colectivo como nuestra docena. En las fuentes del Nilo el sistema decimal se extiende hasta mil; el verbo finés contar deriva del nombre de 10; los melanesios pasan de 100 con su sistema decimal; los polinesios cuentan miles con su sistema generalmente decimal y quinario; en el Perú también se contaba por decenas, pero 4, 7 y 12 eran sagrados, y con los números no sólo se indicaba la cantidad, sino también si los objetos eran redondos, largos, aplastados, si se habían contado antes ó se contaban por primera vez.

Los kamchadales cuentan todos los dedos de las manos, luego los de los pies, y después que han llegado á 20, se preguntan; ¿qué haremos ahora? Sin embargo, su idioma tiene términos para llegar á 100. Los tamanacos dicen 10 ambas manos; 11, uno del pie; 15, todo un pie; 16, uno del otro pie; 20, un hombre; y 21, uno de la mano de otro hombre. Los veis del Oeste de Africa dicen por 20 «persona acabada», y los negros que lo dicen han olvidado el sentido primitivo. Los aztecas decían por 10 manomitad de hombre, y por 20 un entero; los towkas dicen por 10 medio hombre; los mayas cuentan por *veintenas* ú hombres, por centenas y por millares. Los esquimales, para decir, por ejemplo, 53, dan

una expresión equivalente á 3 dedos del primer pie del tercer hombre. El euskaldún cuenta por veintenas.

Marcada tendencia hacia el sistema vigesimal muestran las lenguas célticas, el danés y otras afines; pero es de notar que, así como el euskaldún dice dos veintenas y diez dos por 52, tres veintenas y diez cinco por 75, en el país de Gales se dice por el primer número dos diez y dos veintenas, y en Bretaña por el segundo cinco diez y tres veintenas, diferencia que concuerda con la que hay entre diez y seis del castellano y *sexdecim* del latín ó *sechszehn* del alemán; lo importante ó la cantidad mayor se pone al principio ó al final de la frase, según la índole del idioma.

Los ainos cuentan dos manos por 10, hombre completo por 20 y cinco hombres por 100; pero en otros muchos pueblos, como el euskaldún con el sistema vigesimal ó el latín, lenguas germánicas, etcétera, con el decimal, la centena es una nueva unidad de orden superior. En las islas Tonga pueden contar hasta 1.000 billones, pero observando con atención estas expresiones, apenas son más que palabras sin sentido; entre los yorubas de Abekuta es injurioso el decirle á uno que no sabe cuántas son 9 veces 9, cosa que sorprenderá seguramente al español, alemán ó inglés, que, en caso semejante, se contentan con decir cuántas son cinco, y vulgar es el dicho de que muchas son 10; un tribunal siamés no apreciaría el testimonio de quien no supiese contar y cifrar hasta 10; y en Shrewsbury se consi-

deraba á una persona mayor de edad cuando sabía contar hasta doce peniques.

Como medio nemotécnico designaban los sabios indos 1 por luna ó tierra, pues que no hay más que una; 2 por ojos, alas, brazos ó mandíbulas; 7, por sabio ó vocal; 12, por sol (á causa de los signos del Zodiaco); 20 por uña y 32 por diente. Pero en las naciones dotadas de un profundo sentido del lenguaje se han suprimido los sinónimos y han dejado desaparecer pronto el recuerdo etimológico de los números, mejor que dejar que los numerales se hicieran simples términos convencionales.

Los pieles-rojas y ainos forman numerales por *sustracción;* así, los últimos dicen: cuatro de diez y uno de diez para 6 y 9; un sistema análogo se usa en muchas provincias de España y en el Sud de Alemania para los cuartos de hora y para la moneda.

3. Variantes de la numeración.—En Polinesia, la costumbre de alterar las palabras cuando se parecían demasiado al nombre de un rey hizo inventar nuevas designaciones para algunos números: en las Marquesas, la costumbre de contar el pescado ó el fruto uno en cada mano, ha hecho que se use un sistema de numeración por pares; para el fruto del árbol del pan, que sujetan por nudos de cuatro, comienzan por la palabra nudo, que en realidad da á entender 4, de modo que *takau* = 10, en el primer caso vale por 20 y en el segundo por 40. Los yorubas y dahomeyanos expresan 40 por un cordón, en razón á que los cauris ó monedas se reunen por cuarentenas, y los últimos expresan 2.000, ó sean 50

cordones, por una *a/o* (cabeza). En España se cuenta por pares, ducados = 11, docenas; en el papel se sigue el sistema quinario por cuadernillos, manos, resmas, gruesas; en la moneda lo que más ha arraigado es el sistema vigesimal de duros y reales, sirviendo también los primeros para expresar las veintenas de años de edad. Los galas dicen un fragmento y el castellano medio [1] por $^1/_2$; los esquimales, los vascos y los latinos no derivan 1.° de 1; en latín 2.° es «el que sigue» y en esquimal «su compañero».

4. Mestizaje numérico.—En muchos pueblos influídos por culturas exóticas se observan numerales tomados de éstas; pero su presencia no arguye la incapacidad indígena para contar los números respectivos, pues los vacíos que en la numeración aborigen suponen, no siempre están en el límite superior.

Los jíbaros usan sus propios numerales hasta 5, y de aquí en adelante utilizan los números quichúas; los kond cuentan 1 y 2 en palabras indígenas y siguen con los números indos; las tribus uraones han abandonado sus números por encima de 4, y á veces de 2, para adoptar los números indos; los conibos cuentan por encima de 2 en castellano y un dialecto tupí por encima de 3 en portugués; el annatom (melanesio) cuenta en inglés desde el 6; el pipil cuenta en castellano más allá del 6; los esquimales han tomado *unirite* y *tusinte* del danés.

El cakchiquel expresaba el 41 por uno de ó para

---

1 Puede significar también lo que está entre ó rodeado de otras cosas; pero no lo que rodea, el ambiente.

sesenta, siguiendo así hasta el 80; el 81 por uno de ó para ciento; pero hoy no lo hace así, sino que sus palabras corresponden á cuarenta y uno, cuarenta y dos, etc.; 50 expresa por medio *ciento* (usando la palabra castellana «ciento»), ó por cuarenta y diez.

Los euskaldunas, ingleses, alemanes, holandeses, daneses y rusos han adoptado la *docena* románica; el latín *as* ha pasado á las lenguas modernas en ciertos juegos, y en los dados ingleses se dice también *deuce*, *tray*, *cater*, *cinque*, *size*, importados de Francia. Del latín han tomado el vascuence *milla* y el alemán *Million*.

Restos del sistema vigesimal persisten en el *score* (20) y *fourscore and three* (83) ingleses con la ordenación del vasco, y en la numeración francesa desde 61 á 99, siguiendo, aunque menos usado, para 120, 140, 160 y 300 ó *quinze-vingts*, así como para las primeras centenas después de mil emplean los cientos; también algunos dialectos daneses usan el cuatro veintes por ochenta.

Los nubios cuentan por encima de 20 y por bajo de 100 en árabe. El castellano ha tomado en el juego del mus del vascuence las palabras órdago y amarraco, si bien ésta ha perdido la significación de decena para expresar una quina. De 11 á 15 conserva el castellano la ordenación latina pronunciando antes las unidades; pero desde 16, y el francés desde 17, ordenan en vascuence, ó sea, empezando por la cantidad mayor.

5. Cuenta.—Un piel-roja indica con 4 rayas que se ha apoderado de 4 cabelleras; los pastores euro-

peos hacen muescas en una caña para expresar cantidades; los albañiles y taberneros marcan la cuenta con rayas paralelas reuniendo los grupos de 5 con una diagonal; á un principio análogo obedecen las cuentas del rosario y sus análogos árabe y budhista. Los melanesios y polinesios cuentan por nudos á la manera del *quipu* del Perú: en este último país existían tableros con casillas para unidades, otras más altas para decenas y otras aún más altas para centenas.

Los negros cuentan con piedras, y cuando llegan á cinco forman un montoncito, que separan; los isleños del mar del Sur, cuando llegan á diez, no separan un montoncito de diez cosas, sino sólo un cabo de coco, y luego otro cabo más grande, que indica cien: también en Europa se cuenta con habas, piedras, etc., y precisamente la palabra «cálculo» deriva de esta costumbre. Para hacer la cuenta más ordenada se usan tableros con casillas ó ábacos, como los que en Extremadura sirven para la cuenta de la lavandera y en casi todas las provincias de España para contadores de billar, tomados del *swan-pan* chino: las máquinas de calcular se usan en todas las tiendas chinas..

Algunos pueblos se muestran tan torpes en el cálculo como puede juzgarse por el siguiente pasaje, en que Galton habla de los dammaras y refiere la compra de dos carneros que propuso á cambio de cuatro paquetes de tabaco, doble del precio de un carnero: «Al alargarle los cuatro paquetes puso de lado dos y miró á un carnero: convencido

de que uno de los dos estaba pagado, vió con sorpresa que le quedaban dos paquetes en la mano, precio del segundo carnero; dudó, volvió á coger los dos primeros paquetes ó rollos, y tan embrollado se vió, mirando, ya á los carneros, ya á los rollos, que rompió el trato y no quiso cerrarlo más que cuando le puse dos rollos en la mano y llevé un carnero, luego le di los otros dos rollos y llevé el otro carnero. Cuando piensa en los números, su espíritu está demasiado ocupado para poder al mismo tiempo pensar en la cantidad; así, si se compra un buey, cuyo precio es de diez rollos de tabaco, el vendedor extiende sus manos en tierra y se le coloca un rollo en cada dedo; para un segundo buey se procede lo mismo; pero si no ponéis más que medios rollos, en vez de enteros, en sus dedos, se satisface lo mismo, aunque algunas veces, sin embargo, acaba por notarlo y se queja al siguiente dia.» Así, pues, se ve que son incapaces de hacer la proporción un carnero : dos rollos de tabaco :: dos carneros : cuatro rollos. Pero ¿hace falta ir á un país salvaje para encontrar en abundancia gente que estando los francos á 25 de premio se dejase engañar por la falaz cuenta de 100 pesetas menos 25 de premio igual á 75 francos?

6. Medidas. — Cuenta Lichtenstein que un hotentote en porfia con su amo por el tiempo que le habia de servir explicó sus diferencias ante el Juez de la siguiente manera: «Mi amo quiere que yo le sirva todo este tiempo», y extendiendo el brazo izquierdo puso el meñique derecho á la mitad de

aquel; «pero yo digo que no tengo que servirle más que este tiempo», y puso el meñique sobre la muñeca izquierda [1]. Esta metáfora hotentote nos indica que así como el hombre empezó la cuenta por la partición con sus dos manos y siguió por el uso de los dedos como símbolos, así también empezó á medir por el recorrido de sus órganos de movimiento ó de alguna parte de éstos.

La *largura* se mide generalmente, en la América indígena, por palmos; sus fracciones por pulgadas, marcadas por el grueso del pulgar, y sus múltiplos por la distancia entre el pulgar y el extremo superior del biceps; en Euskal-erría por *arrak* (palmos) y *erpuruak* (pulgadas ó cabezas de palmo), á veces por *zenzadarrak* (jemes); en muchos países de Europa por codos (en alemán *Elle*), cambiando más tarde de significado por el uso de cañas ó varas de aliso (fr. *aune*, alem. *Eller*), ó por haber elegido la mayor largura de la braza. En el Noroeste de América se taracean la escala completa en el brazo. El pie es la medida usual de los mayas y aztecas y de otros muchos pueblos en que la edificación adquirió alguna importancia, pues se miden las dimensiones en el terreno poniendo un pie delante de otro. El recorrido se mide por pasos, de los que mil constituyen la milla. La conveniencia de que los múltiplos fuesen números enteros hizo agrandar más de lo natural algunas medidas, como el pie de rey, y elegir

---

1 Ratzel: *op. cit.* I, p. 34.

sistemas especiales de numeración, con preferencia, por ejemplo, del duodecimal.

La *superficie* empieza á medirse en los pueblos labradores por la tarea, jornal ó trabajo de un hombre, y con la aparición del arado por el trabajo de una yunta de bueyes; por la cantidad cosechada, ó por el terreno sembrado con la unidad de *capacidad*. Esta se determina por el tamaño del cesto, carro, tonel, pipa, cántaro, jarro, bota, etc., que á su vez originan, por su *peso*, llenas de líquido las unidades de esta especie. En el Perú se usaban ya balanzas á la llegada de Pizarro. Es natural que la mayor parte de estas medidas no se conozcan en los pueblos nómadas; en países civilizados conocemos personas, de superior cultura literaria, que no son capaces de averiguar cuántos decímetros cuadrados tiene un metro cuadrado.

La geometría no se inventó por medio de axiomas, definiciones y demostraciones, sino que sus principios se fueron conociendo y estableciendo poco á poco por el trabajo práctico diario de los sastres, carpinteros, albañiles y agrimensores; los egipcios median el área de un triángulo multiplicando un lado por la mitad del otro, y un círculo cuadrando los $^{8}/_{9}$ del diámetro.

7. Almanaque. — La primera división natural del tiempo es la del día y la noche; el primero, como indica ya la ambigüedad de la palabra en castellano, se cuenta sólo desde la madrugada hasta el anochecer, y la noche aparece como mera interrupción del tiempo. Los negros distinguen las horas de la

noche por las estrellas, y los hiperbóreos dividen el día por mareas.

La semana relacionan algunos con los cuartos de la luna y otros con los planetas sagrados de los caldeos; pero es de notar que en euskera se llaman el lunes, martes y miércoles, primero, intermedio y último de la semana, teniendo los restantes días nombres que indican una adición consecutiva; la semana ternaria consta también como primitiva ó gentílica en el cuento español de aquel muchacho que descubrió un corro de brujas cantando:

lunes, martes, miércoles tres

á lo que contestó desde su escondite

jueves, viernes, sábado seis,

con gran contentamiento de las brujas, que le obsequiaron por este descubrimiento judaizante; enterado del suceso otro muchacho más inocentón, acudió al akelarre siguiente, y oyendo cantar á las brujas los dos versos anteriores contestó:

domingo siete;

aquí fué de ver el enojo de las brujas por la falta de compás y por el espíritu cristiano del muchacho, á quien azotaron de lo lindo y corrigieron su falta de picardía.

Los chinos [1] no tienen verdadera semana, sino quincenas y décadas.

---

1 P. d'Enjoy: *Le calendrier chinois:* «Bull. de la Soc. d'Anthr.»; 1896, p. 574.

El mes se regula por la luna, tanto, que los mayas tienen la misma palabra para estas dos ideas, y en vascuence se llama la luna luz del mes ó mensual; indicios de lo mismo se ven en alemán. Los papúas, polinesios, hiperbóreos é indios nutka, nombran los meses según los trabajos del campo y por los fenómenos de crecimiento de las plantas; análogo fundamento tienen los nombres de los meses en vascuence, y su nombre genérico es la misma palabra que sirve para muerto, sin duda aludiendo á la muerte de la luna al fin de cada mes. Son muy generales las fiestas de plenilunio.

Las estaciones se regulan principalmente por el clima; así, en Nueva Guinea dividen el año por el monzón; muchos indios de Norte-América cuentan los inviernos, no los años, y estos dividen en dos partes, fría y caliente; los malayos distinguen la estación seca y la de las lluvias; en el Occidente de Sud-América se hace la división por la marea viva equinoccial; en Guayana anuncian la seca las pléyades; cuando éstas aparecen al N. indican la vuelta de la primavera en Nueva Guinea. En muchas islas del mar del Sur el principio del año es en el solsticio de invierno de dicho hemisferio; los negros y los hiperbóreos determinan el solsticio por la posición del sol con relación á los accidentes del terreno.

El año es para muchos pueblos una abstracción extraña, y las lunas no concuerdan con él, pero la primera idea de las estaciones por la diferencia de calor y frío ó de seca y lluviosa, y la determinación

del solsticio ó el equinoccio implícitamente le contienen. Los polinesios añaden á los doce meses lunares otros dos intercalares, los indios nutka tienen trece meses y los indios zuñi empiezan á contar el año cinco días después que la sombra caiga en cierto ángulo de la meseta; distinguen éstos también los puntos cardinales, que para ellos son sagrados y seis, simbolizados por colores, N. amarillo, S. rojo, E. blanco, W. verde ó azul, Arriba negro, Abajo jaspeado ó castaño. Creen los ainos que el sol antiguamente salía por Poniente, lo cual se explica por la costumbre de decir derecha por Levante, é izquierda por Poniente; mirando al sol al Mediodía, ha salido por la derecha si estuviésemos al Sur del Ecuador; luego los que llevaron esta creencia habían atravesado el Ecuador [1].

El sol y la luna no en todos los pueblos son marido y mujer ó hermano y hermana; aparte de que los germanos y otros pueblos invierten los sexos de estos dos astros y los naturales del Sud de Australia mandan detenerse al primero hasta alcanzar lo que querían; los namacúas creen que el sol es de tocino y los bacairi que es una pelota de plumas. Las estrellas pasan por hijos de aquéllos, ó por nuestros antepasados, ó por la residencia de éstos; la vía láctea es una fila de chozas ó un montón de ceniza, y las estrellas fugaces anuncian la muerte de un grande hombre.

---

1 Dr. Albrecht Wirth: *Die Rassenfrage in Ostasien u. Ozeanien. Die Umschau*, 26 Febr. 98.

Respecto de los fenómenos meteorológicos, se pueden observar las explicaciones más candorosas dentro de cualquier país de los más civilizados, no siendo la menos arraigada la de la influencia de la luna, según sus cuartos ó según nazca con los cuernos para arriba ó ladeados (Andalucía), las cabañuelas de los pastores, los pronósticos de ciertos astrónomos y meteorólogos populares, etc.; los pastores de los Picos de Europa explican las diferencias de nivel en sus lagunas suponiéndolas en comunicación con la marea del mar por la ley de los vasos comunicantes, y creen que el mar está al mismo nivel de las cimas de las montañas, porque ven más espacio de él cuanto más suben por aquéllas.

8. Ciencias naturales.—Los conocimientos prácticos de geografía tampoco son privativos de los pueblos cultos, y ningún pueblo descuida el poner nombres propios á todos los accidentes importantes de su territorio; nombres que unas veces, comenzando por ser propios, pasan á ser genéricos, como sucede con algunos nombres clásicos de vientos, céfiro, austro, aura, ábrego, los nombres de montañas, volcanes y ríos en países en donde la importancia de uno de ellos hace que su nombre sirva como genérico en la difusión ulterior del idioma; ó sucede otras veces la inversa cuando los nombres pasan de una lengua á otra, como sucede en castellano con la raíz arábiga *Guad*, incluída hoy en el nombre propio de muchos ríos. Según Middendorf los tungusos saben trazar en la arena ó la nieve buenos mapas para describir los ríos, caminos, etc.;

los polinesios hacen mapas de cañas ó palillos, en los que señalan la posición de las islas, de éstas distinguen las chatas (coralinas) y las altas (volcánicas) y saben orientarse por las estrellas.

Los esquimales han observado los fósiles del interior y de lo alto de los montes, y los explican diciendo que la tierra estuvo algún tiempo inclinada hasta tocar el agua, ó que el mar se levantó en un gran diluvio y con una ola inmensa cubrió las montañas, dejando en sus cumbres los restos de los peces.

Los salvajes tienen nombres para cada pájaro y cada cuadrúpedo, cuyos gritos, sitios de reunión y emigraciones conocen con una exactitud que asombra á los naturalistas europeos, á quienes aquéllos sirven de guía por medio de las selvas y les ofrecen ocasión de rectificar muchas incredulidades y presunciones fundadas en la rígida sistematización de los sabios de gabinete: forman también sus grupos taxonómicos y distinguen muchas veces los animales y plantas con nombres que responden á la misma construcción que la nomenclatura binaria de Linneo, tales como aguara-guazú, andira-guazú, jaguara-pimina; como hay en castellano algunos, perdiz roja, tordo de agua, roble albar, ciruela claudia. El salvaje distingue, cuando descuartiza un ciervo, el hígado, el corazón, los pulmones, tendones, diversos huesos, etc.; en el período clásico ya no se confunden los nervios que parten del cerebro con los tendones que mueven los miembros, aunque para unos y otros continúe usándose la misma pala-

bra *neuron* ó nervio. Indicios de confusión semejante existen en francés con la palabra *reins* (riñones y lomo), y en vascuence con *gibela* (hígado y dorso).

9. Magos y curanderos. — En los albores del conocimiento los hombres confiaban más que nosotros en las inducciones fundadas en la analogía ó en la mera asociación de las ideas; y realmente, cuando el asunto puede someterse á una prueba práctica por la experimentación, este método es enteramente científico, como cuando los australianos empezaron á utilizar los cascos de botella por su semejanza con el pedernal en la fabricación de sus puntas de lanza. Pero el hombre se esfuerza también en saber el modo de librarse del rayo, el medio de matar á quien odia y no puede alancear impunemente, en conocer si sus enemigos le persiguen, etcétera, etc.; en tales materias tiene que limitarse el salvaje á obrar fundándose en parecidos ó analogías de pensamiento, que se convierten en los cimientos de todas las ciencias ocultas de la magia, que ha suministrado al conocimiento positivo auxilios y esfuerzos dignos de tenerse en cuenta, lo mismo en el descubrimiento de la brújula y en los catálogos caldeos de las estrellas, que en muchos procedimientos de la Alquimia y la Física y en astrónomos como Tycho-Brahe y Kepler.

En medio del sinnúmero de prácticas supersticiosas fundadas en la tan extendida creencia de que toda enfermedad y muerte es obra de maleficio, y entre la multitud de agentes terapéuticos fundados

en ridículas analogías, que á duras penas se han desarraigado de las farmacopeas europeas, encontramos procedimientos bastante racionales, como las unturas con friegas y tirones que practican los hotentotes en las torceduras, las sangrías y los baños fríos de los australianos, pieles-rojas y hotentotes, la purga de acíbar de los últimos, el amasamiento del vientre en el empacho de los botocudos, los baños de vapor sobre piedras calientes con plantas húmedas contra el reumatismo de los australianos, y, por último, muchas prácticas que la ciencia europea no ha llegado á explicar y admitir hasta estos últimos años con las antitoxinas, la organoterapia, el hipnotismo y la sugestión.

10. Evolución de los sentidos. — Los adelantos en las ciencias se han verificado mediante la observación, cada vez más prolija y completa, y el raciocinio, cada vez más escrupuloso y severo; sin embargo, hay que tener en cuenta también, según algunos autores, el perfeccionamiento ó evolución de los mismos sentidos. Así, por ejemplo, en la descripción de las cualidades agradables ó útiles de los árboles y demás plantas no se menciona el perfume en el paraíso del *Génesis* ni en el Rig-Veda, pero sí en el Yadjur-Veda. Según los estudios filológicos de Gladstone, Geiger y Magnus, así como hoy presenta la periferia de la retina una insensibilidad relativa para los colores, así en los primitivos tiempos parece que debió ser en toda ella, no distinguiéndose apenas más diferencia de color que el rojo y el negro, siguiendo la diferenciación en el tiempo de

la menor á la mayor refringencia; Geiger no encuentra distinción apenas del *rojo* al blanco en los himnos del Veda. En lengua bantu la misma palabra sirve para negro y azul, otra para blanco y amarillo y otra para el rojo. El idioma de los australianos de la colonia del P. Salvado no distingue más colores que blanco, negro, rojo de sangre y tierra encarnada. El color por antonomasia en castellano es también el colorado. En los poemas homéricos sólo se aprecian el rojo y el *amarillo*, y nunca se habla del verde de las plantas ni del azul del cielo, y en cambio se usan muchas palabras para expresar diferencias de intensidad de luz. Los árabes, el profeta Ezequiel y la Iliada sólo ven en el arco iris el rojo púrpura, confundiéndose en la última el verde con el amarillo pálido, y el azul y violeta con el color obscuro en general; Xenófanes no admite más que el púrpura, el rojo y el amarillo verdoso; Aristóteles el rojo, verde y azul ó violado como principales, considerando el amarillo como mezcla de rojo y vérde; en general los filósofos griegos tenian por principales el blanco, negro, rojo y amarillo; según Plinio, se pintaba sólo con blanco, negro, rojo y ocre, aunque esto puede parecer muy dudoso refiriéndose á Apeles y demás grandes maestros de la pintura griega.

Los mayas no tienen palabra para el *azul*, y ni en el Veda, ni en el Zend-Avesta, ni en el Antiguo y Nuevo Testamento se hace mención del cielo azul; en asirio el azul deriva del gris obscuro negruzco; en arameo y hebreo no hay palabra para azul; en

griego, glauco es un gris azulado: la palabra danesa *blâ* significaba primitivamente negro, de donde el inglés *black* y el antiguo *blâ-madhr* (hombre negro), viniendo después á originarse el *blau*, *bleu*, *blue*, que en alemán, francés é inglés representan hoy el azul; el chino *hi-uan* pasó de la significación de sombrío ó negruzco á la de azul; el birmán *no*, que en un principio expresaba lo húmedo, sucio y sombrío, significó después lo azul; la palabra asiática *nila*, que significa azul, en persa antiguo expresa lo mismo que la latina *niger*. En cuanto al modernismo del *violeta*, considerado hoy como distinto del azul, del negro y del púrpura, basta para convencerse de ello leer la disquisición del Sr. Fernández Duro sobre el pendón morado de Castilla.

Según Pelgrave, en árabe vulgar las palabras para *verde*, negro y pardo siempre aparecen confundidas; en hebreo y asirio el amarillo y el verde se confunden; Homero designa el amarillo como *ocros*, y Hesiodo usa para la rama verde la palabra *cloros*, que después siempre tiene la significación de verde amarillento, y Aristóteles le opone al verde propiamente dicho, que expresa por la perífrasis de una hierba ó una pera; sin embargo, Homero menciona una vez en el himno á Apolo una montaña verde, pero usando el mismo calificativo que para el color de la miel, del terror y de la angustia; en los idiomas tártaro-fineses la palabra *kek* ó *kök* nos revela al azul confundido con el verde y procedentes ambos del gris: en vascuence no existe palabra indígena para expresar el verde, y la palabra *urdiñ*

(moho; *urduna* húmedo) lo mismo sirve para el *Agaricus virescens* que para las boinas azules, así como *gorri* (colorado) sirve para las boinas rojas, las fuentes ferruginosas, la yema de huevo, el envés del *Agaricus campestris* y el pelaje rubio de los bueyes; en cambio el pardo aparece perfectamente distinto del azul y el verde.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que en general sólo se denominan aquellos colores que se obtienen artificialmente con materias colorantes, no los del espectro, y sin que esto obste para que, á pesar de la limitación de nombres, sea el sentido de los colores muy alto y normal [1]. Contra las aseveraciones de Magnus se podrían oponer los versículos 12, I, y 3, IX del *Génesis*, en que se habla de la hierba verde; los hebreos sabían distinguir los colores blanco, negro, rojo, rojo pardo, amarillo, amarillo verdoso, verde azulado y púrpura violado; la escritura cuneiforme de los asirios y acadios ó sumerios distingue el blanco, negro, amarillo con verde, rojo y azul; la torre de Borsippa y el ziggurrat asirio de Khorsabad, tenían siete pisos de diferentes colores; los babilonios calificaban á los planetas: de estrella blanca (Venus), roja (Marte), azulada (Mercurio), negra ú obscura (Saturno), asignando color púrpura á Júpiter, el oro al Sol y la plata á la Luna.

Augusto Charpentier establece dos grupos de colores por su percepción; los calientes, rojo y amarillo, se distinguen de un fondo incoloro más fácil-

---

1 J. Ranke: *Der Mensch.*, I, p. 585.

mente que el blanco; los fríos, azul y verde, más dificilmente [1]. Según Middendorf, los hiperbóreos confunden el amarillo, verde y azul, si son obscuros, y los llaman negro; trabajosamente distinguen sus más chillones matices; en cambio tienen, según Kirchhoff, muchas palabras para distinguir los matices de color del reno.

Respecto de los sabores, se puede citar la particularidad de la lengua bantu de no tener más que un adjetivo, al que hay que agregar la comparación con un objeto conocido, como el azúcar, la sal, etc. El sentido del oído parece el más tardío (véase página 348), y el que parece tener más relación con el juicio, como lo indican las palabras *gehorchen* en alemán, *entendre* en francés, *entender* en castellano, *aditu* en vascuence, etc.

11. Tradición.—Las tradiciones orales han caído en desuso en el mundo civilizado de tal modo, que apenas conoce uno los hechos ocurridos en épocas anteriores á la de su bisabuelo, á no constar consignados por escrito; y como ejemplo exagerado de ello podemos citar el de un aldeano que en el Norte de España hablaba de las reliquias de una batalla contra los moros en tiempo de la francesada. En el mar del Sur la tradición recuerda los tiempos antiguos, y en uno ó dos casos se trata de hechos que después se han estudiado y comprobado, resultando ciertos; en la isla de Rotuma había un árbol muy viejo, bajo el que, según la tradición, se hallaba

---

1 *Academie des Sciences*, 23 Abril 1883.

enterrado el asiento de piedra de un famoso jefe; derribado el árbol, se ha visto debajo de sus raíces un asiento de piedra, que debió estar oculto á la vista por siglos. En el grupo Ellice decían que sus antepasados procedían de un valle de la distante isla de Samoa, y conservaban un antiguo bastón, apolillado y recompuesto, que en las asambleas tenía el orador en la mano como signo de su derecho á usar de la palabra; llevado este bastón á Samoa, resultó ser de la madera que crecía allí, y las gentes del valle de Samoa tenían la tradición de que una gran partida había salido de exploración al mar y nunca había vuelto. Las tradiciones de los maories se hallan mezcladas con cuentos de encantamiento, á la manera de la mezcla de recuerdos reales y de fantasía mítica de la primitiva Grecia y Egipto.

Las tradiciones adquieren mayor fijeza cuando se transmiten por palabras fijas, lo cual pasa especialmente cuando los poetas las ponen en verso, á la manera de nuestros romanceros. La importancia del poeta como historiador fué grandísima; ansioso de excitar el ánimo de sus oyentes, de recrearles, de halagar el orgullo nacional y la vanidad del jefe ó caudillo, el trovador cita nombres y refiere acontecimientos reales, pero barajándolos como mejor cuadra á su propósito, y aun á veces canta su propia biografía: de Homero observa Gladstone que tenía por regla que ningún jefe griego de importancia fuese nunca muerto en buena lid por un troyano; de la misma manera que en todos tiempos han expli-

cado los vencidos su derrota, por traición ó venta ó por la intervención de alguna superioridad rival, como en Roncesvalles el supuesto Abderrahmán enfrente de Roldán: es el mismo fenómeno psicológico que hace al salvaje considerar toda desgracia como obra de hechizo, y todo hecho natural como obra de algún genio, hada ó brujo.

Mas, aunque la tradición perpetúe muchas fantasías lisonjeras, como la historia transmite muchas mentiras convencionales, precisamente en aquello que para el poeta apareció como secundario y libre del compromiso de adulación podemos encontrar datos verídicos de las emigraciones y del género de cultura del pueblo á que se refieren. Aun estos datos secundarios pierden por completo su valor cuando poetas relativamente muy modernos inventan por sí y ante sí tradiciones como las eúskaras de Chaho, ó componen poemas que luego presentan como antiguos, y de ello tenemos ejemplo en los poemas gaélicos de Ossiam y en el canto vasco de Altabizkar. Es curiosa la sustitución popular que en Roncesvalles han hecho de este nombre por el de Napoleón: así llaman á dicha montaña porque dicen que por allí pasó su artillería el héroe corso.

X

Religiones.

1. ¿Hay pueblos irreligiosos? — La primera cuestión que aqui se presenta es la de si todos los pueblos tienen alguna religión, ó si existen ó han existido tribus bastante salvajes para carecer en absoluto de toda idea religiosa. En este punto podemos decir lo mismo que respecto del lenguaje articulado y del fuego; es decir, que en realidad no se ha encontrado jamás una tribu que carezca de semejantes atributos humanos. Los mismos que afirman la existencia de algunas tribus, como las de Australia, en tales condiciones, sin noción de Ser Supremo, Creador y Juez; sin culto, idolos, templos ni sacrificios; sin dogma ni distinción entre lo natural y sobrenatural; sin siquiera opinión ni observancia religiosa ninguna, nos cuentan que los naturales son á veces atacados de una enfermedad parecida á la viruela y que la atribuyen á la influencia de Budyah, espíritu maligno; que cuando extraen los panales de una colmena salvaje dejan algunos trozos para Buddai; que en ciertas reuniones bienales

de Queensland se inmolan algunas jóvenes para aplacar á cierta divinidad malhechora; los bechuanas, supuestos ateos, designan las sombras ó manes con la palabra *liriti;* los payaguas, ateos según Azara, tienen, según el mismo, alguna noción de otra vida, y los guanas creen en un Ser que premia á los buenos y castiga á los malos. Tales confusiones nacen del criterio cerrado en punto al concepto de religión, á la manera que los conquistadores arios llamaban *adeva* (sin dioses) á los aborígenes de la India, y los griegos calificaban de ateos á los primeros cristianos; otra dificultad se origina de la aversión que sienten los salvajes para dar al indiscreto y desdeñoso extranjero los verdaderos detalles de su culto y conocimiento de sus dioses, que parecen temblar ante el Dios de los blancos; los andamaneses, por ejemplo, evitan hasta el hacer oir al extraño su grosera música: las tribus del Nilo Blanco y los isleños de Vancouver tienen también, según las citas de Kaufman, Brun-Rollet, Lejean y Sproat, ideas religiosas bien precisas. Se ha querido calificar de ateos á los budhistas, pero mal puede convenirles este calificativo á los que creen en dioses y demonios, á los que construyen templos, han hecho una institución de la oración, creen en la vida futura y la remuneración [1].

2. El alma. — La primera idea del alma nace de la consideración de la diferencia entre el cuerpo vivo y el cuerpo muerto, de la causa de la vigilia,

---

1 Tylor; *La civilisation primitive,* I, p. 308, etc.

el sueño, desmayo, catalepsia, enfermedad ó muerte, los sueños y las visiones: de aquí la admisión de un principio vital, de una inteligencia ó mente, y de un fantasma, visión, sombra, forma ó imagen, que identificados dan la idea del alma-fantasma, comparada con un vapor, una nube, una sombra, un hálito, un soplo; aparece en los sueños, es causa de la vida, del pensamiento y de la voluntad, se separa del propio cuerpo en los sueños para recorrer otros países, le abandona en la muerte, y sigue después de ésta influyendo, penetrando, dominando en el cuerpo de otros hombres, animales y aun objetos inanimados. Los tasmanios no tienen palabras diferentes para alma y sombra; lo mismo los algonquines, los quichés, los zulús, calabar; los aravacos designan con el mismo nombre el alma, la sombra y la imagen; los abipones identifican también con ellas el eco; los basutos llaman sombra al alma inmortal, y creen que, si aquélla cae sobre el río, puede un cocodrilo apoderarse del hombre por su sombra; de aquí se originan los cuentos del hombre sin sombra, como el Marqués de Villena. Los caribes confundían el alma con la vida y el corazón; la unión del alma con la sangre predomina en los papúas y en los semitas: los macusis de la Guayana identifican el alma con la niña del ojo; en Australia occidental y en Java, la misma palabra sirve para alma y respiración; ciertos esquimales creen en dos almas, la sombra y el aliento. En los lenguajes semitas y arios se ve también bastante clara la confusión original de estas ideas, y los romanos re-

cibían el último suspiro de su pariente moribundo. Los habitantes de Fidshi distinguen el espíritu obscuro (sombra) del espíritu claro (reflexión en el agua); el primero va á los infiernos, y el segundo ronda los alrededores del lugar de la muerte; los malgaches creen que el espíritu desaparece, que el hálito vital se transforma en aire, y que el fantasma persiste; los algonquines creen en un alma de los sueños y otra que está más unida con el cuerpo, y para la primera, después de la muerte, depositan alimentos junto al cadáver; otras tribus distinguen el alma racional y el alma animal; en Birmania corren á la caza del alma ó mariposa del enfermo para devolvérsela; los éxtasis se consideran en Australia como viajes al mundo de los espíritus; los tagalos no despiertan á un hombre dormido, porque está ausente su alma; las expresiones «fuera de sí» y «volver en sí» indican también reminiscencias de algo parecido; las doctrinas de apariciones individuales ó colectivas, la doble vista, las visitas de los muertos ó de los moribundos, son también muy generales, así como el horror á continuar habitando la morada del difunto, sobre todo si éste ha muerto violentamente. Es muy común también la creencia de que las mutilaciones del cuerpo alcanzan al alma, por lo que el australiano corta el pulgar derecho de su enemigo muerto, para que el alma no pueda dispararle una sombra de lanza; los chinos de un ingenio de Cuba cayeron en la monomanía del suicidio, y el remedio radical fué sencillamente cortar la cabeza y las manos á los suicidados. Es muy ge-

neral dar al alma atributos materiales, aunque más ó menos etéreos y sutiles, y de aquí, por ejemplo, el dejar abierta la ventana en el momento de la muerte. Los andamanes admiten en el hombre un espíritu y un alma; ambos sobreviven á la muerte; el primero es negro, causa de las buenas acciones; la segunda es roja, causa de las malas acciones.

3. Ultratumba.—La muerte nos rodea por todas partes en la naturaleza, pero no podemos observar la cesación de nuestra propia existencia [1]; de aquí que muchos pueblos no tengan palabra que signifique morir, sino únicamente ser matado, es decir, que la muerte se considera siempre obra de un agente externo; su analogía con el sueño, desmayo y catalepsia, en combinación con las apariciones de difuntos, sirve á la mente primitiva de comprobante para creer en la continuación de la vida del alma. Esta vida de ultratumba, en consonancia con las propiedades materiales, aunque sutiles, etéreas, vaporosas, que se le atribuyen al alma, ha de tener también algo de material, siendo como una continuación de la presente: los isinois creen que el alma inmortal alterna entre la vida en el otro mundo y la reencarnación en este; de aquí se deriva la doctrina de la transmigración ó metempsicosis, que prevalece aún en Oriente, y la de la vida independiente del alma después de la muerte; la primera, en su forma de reencarnación en un nuevo cuerpo humano, constituye una especie de resurrección

1 Meynert: *Popul. Vortr.*, 179.

terrestre y les sirve para explicar la semejanza fisonómica de los descendientes, los signos de nacimiento, la existencia de tribus lejanas hablando el mismo idioma, la llegada de hombres blancos considerados como espíritus de sus muertos reencarnados, etc. Los zulús y dinkas no creen en la resurrección de los muertos, pero creen en sus fantasmas; en las islas Tonga, la vida futura es el privilegio de los nobles únicamente [1]; en Nicaragua creen que el alma de los malos se aniquila por completo; en Fidshi creen en la mortalidad de las almas de los célibes; en Guinea creen que el gran juez condena á los malos al aniquilamiento de su alma; en las regiones turánicas del Asia se cree que los espíritus de los muertos que no han recibido sepultura revolotean por los alrededores del sitio donde está abandonado el cadáver, como el alma de Garibay.

4. Funerales.—Las ceremonias fúnebres suelen tener por base la idea de que el cuerpo no se ve inmediata y definitivamente abandonado por el alma, ó de que por lo menos conserva todavía cierta importancia para ésta; de ahí el cuidado que se toma por los cuerpos de los difuntos, dejándoles la choza ó caverna por morada, ó quedando insepulto el cadáver por unos días entre los negros y por un año entre los indios; la momificación ó embalsamiento, indicio de la creencia en la continuación de la vida material; el enterramiento en sepulcros con signos

---

1 Bastián: *Verbleibsorte der abgeschied. Seele*, 1893.—Tylor: *La civilisation primitive.*

que permitan reconocerlo, indicio de la creencia en la resurrección; la cremación, usada entre los indios, griegos y romanos y en la edad del bronce en Europa como costumbre germana ó pre-eslava, indica, por el contrario, la creencia en una sombra puramente inmaterial; la exposición en un catafalco, en las torres del silencio, etc., para que el aire ó las aves los consuman, indica la creencia en la transmigración. En algunos pueblos hay la creencia de que el alma volverá temporalmente al cuerpo que ha entrado en descomposición, y á este objeto los negros del Congo hacen en la tumba un conducto que se dirige á la boca del cadáver, y todos los meses se introducen por aquél alimentos y bebidas. Los bodos del Nordeste de la India celebran un banquete funeral, en que se hace la ceremonia de romper cada uno una pulsera en señal de romper toda relación con el difunto; los nagas de Assam celebran cada mes un banquete funeral, en que se depositan sobre las tumbas alimentos y bebidas; en el cementerio del P. Lachaise, en París, se ponen hojaldres y dulces en los sepulcros.

Ciertos pueblos, como los algonquines, potawatomis, ciertos negros del Congo, estonios y aun algunos modernos espiritistas ingleses, creen que el fantasma devora realmente los alimentos materiales ofrecidos; los maorís, indígenas mexicanos, indos y chinos exponen una idea menos grosera, diciendo que se nutren del vapor, perfume, esencia ó espíritu de los alimentos; los antiguos eslavos, en sus banquetes funerales, tiraban bajo la mesa trozos de

carne y derramaban vino, creyendo oir á los espíritus y verles nutrirse de las emanaciones de la comida, por lo que no recogían lo que caía al suelo; los cochinchinos creen que las ánimas se nutren de la esencia ó substancia, y no de los accidentes de los manjares; en el Japón colocan la ofrenda de arroz y agua en una cavidad hecha expresamente en una de las piedras del sepulcro, y poco les importa que los pobres y los pájaros se apropien los accidentes del arroz, porque queda la substancia.

De estas creencias pueden considerarse originados los banquetes fúnebres y las ofrendas que hoy persisten en muchos pueblos civilizados puramente como símbolo; en Rusia se repiten los banquetes fúnebres los días 9.°, 20.° y 40.° del fallecimiento, y en las Provincias Vascongadas llegaron á mostrar tal derroche en estos banquetes en la Edad Media, que el Fuero tuvo que poner coto, así como al abuso de las plañideras; á pesar de lo cual persisten aquéllos en forma de colación, aunque únicamente como costumbre, sin significación ninguna, buscando el pueblo la explicación del hecho en la necesidad de obsequiar con un refrigerio al acompañamiento que se ha molestado en venir de caseríos muy distantes. En el valle de Campóo de Enmedio se coloca un carnero sobre la sepultura, inmediatamente después del entierro, para comerlo más tarde. En el Norte de España cada vecino tiene un lugar en la iglesia parroquial, donde hasta hace muy poco tiempo se sepultaba, y en el espacio del piso que cubre la sepultura de sus parientes coloca todos los

domingos un paño, velas ó cerillas encendidas durante los Oficios divinos, y la ofrenda de pan, que recoge el Cura, por más que ahora se sustituye en algunos pueblos el pan por monedas de cobre.

Para el viaje al otro mundo hacen los australianos y araucanos los enterramientos en canoas; otras tribus cuelgan una canoa dentro de la tumba, y en otros lugares se da á la sepultura la forma de buque; los clavos remachados de las sepulturas de la edad de hierro simbolizan también canoas: para este viaje se hace que acompañe al difunto su mujer, como sucedía en la India, Persia y Fidshi, sus criados ó sus esclavos, como entre los caribes y ashantis, lo cual nos horroriza á los europeos, pero á los salvajes les parece muy natural, por la poca estimación que hacen de la vida; al difunto acompañan varios animales entre los esquimales, aztecas é indios; al guerrero europeo acompañaba su caballo, y todavía en 1781 se enterró en Treves al General Federico Casimiro con su caballo; los hombres prehistóricos de Cro-Magnon y de Furfooz depositaban con el cadáver sus armas, adornos, utensilios y provisiones; en tiempos posteriores á los prehistóricos se sustituían las provisiones por una moneda para comprarlas, y más tarde sirvió ésta para pagar el pasaje, como aun hoy en Irlanda; los prehistóricos de Menton pintaban de rojo el cuerpo de los adultos, y según Cartailhac más bien los huesos ya descarnados, y se dejaba provisión del cosmético junto al cadáver en una cavidad expresamente hecha para el objeto. En ciertos pueblos, más que la idea de un viaje predo-

mina la de estancia, por lo que la tumba tiene por dentro la forma de casa, que los indios transforman en túmulo y los griegos en templo ó mausoleo; forma de casa tienen también las urnas cinerarias etruscas y el féretro ó ataúd; en ellas se depositan todas las cosas de propiedad del difunto, y á éste sentado, como en muchas localidades de la edad de piedra en Europa, y hoy en muchos pueblos salvajes, mientras que las antiguas naciones civilizadas le colocaban echado. La dirección de la tumba y del cadáver, en relación con el culto del sol, en que su Levante representa el origen de la vida y su Poniente la muerte, suele ser muy frecuente según la ruta del sol: los australianos entierran cara al Levante, á pesar de creer en la existencia de una tierra occidental para los muertos, razón esta por la que los de Samoa y Fidshi y los Winebagos colocan los pies al Oeste y la cabeza al Este, para que al levantarse y echar á andar el difunto tenga el camino recto para encontrar su alma; los tungusos y peruanos entierran cara al Oeste; los ainos, guarayos y yumanas cara al Este, morada de su divinidad bienhechora; los tártaros construyen un túmulo colocando encima una estatua mirando al Este; los atenienses enterraban con la cabeza al Este, y otras ciudades griegas á la inversa; los cristianos, desde los cuatro primeros siglos, con la cabeza al Oeste. En Siam no duermen jamás con la cabeza al Poniente, porque así colocan á los muertos para quemarlos.

Los esquimales creen que todo peso es molesto ó doloroso para el cadáver, y entierran tan ligera-

mente, que los perros comen los restos; é igual origen debe tener la frase usual: «que la tierra le sea leve.» Los grandes túmulos sepulcrales de tierra ó los montones de piedras, colocados encima de los sepulcros de los hombres distinguidos, tienen hoy su reminiscencia en las montañas de Escocia, donde los asistentes al duelo colocan un montoncito de piedras en el sitio en que aquél se detiene.

En algunos pueblos antiguos sabemos que conservaban por mucho tiempo la momia en la casa, y en los pueblos que incineraban los cadáveres se observaba también la costumbre de conservar en poder de la familia las urnas cinerarias; en ciertos pueblos salvajes, donde no es posible conservar consigo todo el cuerpo, guardan la cabeza: los caribes se apropian los huesos pulverizados de sus allegados, tomándolos en la bebida; el deseo de apropiarse las virtudes del difunto indujo á algunos pueblos al *canibalismo*.

5. Culto de los muertos. — Muchas tribus de América nunca comen un manjar estimado sin dejar á un lado una porción para los antepasados; los kols de Chota-Nagpur son todavía más respetuosos con sus muertos, poniendo en sus jardines piedras para que puedan descansar sentados los fantasmas, y les hacen en ellas constantemente ofrendas y libaciones, transformándose así esta hospitalidad por las ánimas en un culto de los lares, á quienes se dirigen oraciones en las enfermedades; entre los turanios, los chuwashes y cheremises hacen ofrendas todos los años á sus muertos, y hasta envían men-

sajeros á la tumba si se hallan lejos de la misma. En China es donde más se exalta este culto, y en multitud de pueblos, los más diversos, encontramos la fiesta anual en conmemoración de los difuntos en la época de la siega, de la cosecha ó recolección, en el otoño ó al fin del año: cuéntase que hasta el siglo XVII existió en Europa la costumbre de disponer asientos vacíos para las almas de los parientes difuntos en la víspera de San Juan; los eslavos depositan alimentos sobre las tumbas en primavera; en el Tirol las ánimas, escapadas del Purgatorio, vienen á calmar el dolor de sus quemaduras con la grasa fundida de la *candela de las ánimas;* y en Paris creen ciertas clases sociales que las ánimas vienen á compartir los alimentos de los vivos; los cafres, para aplacar á los manes, sacrifican una vaca y la dejan encerrada para que el espíritu de la vaca llegue á la mansión de las sombras ó éstas vengan á buscarlo, y después el sacerdote y sacrificadores comen la carne.

En Inglaterra queda como reminiscencia el alimento que se da á los pobres á la salida de los funerales, y los pasteles de la Misa de Ánimas que las aldeanitas piden á la puerta de las granjas, y en Matamorosa (Santander) el colocar un carnero en el catafalco de la iglesia durante el Oficio de difuntos el dia de las Ánimas.

Los australianos creen que los fantasmas de los muertos insepultos se transforman en demonios, sin más ocupación que atormentar á los vivos; los neozelandeses creen que las ánimas no tienen mayor

goce que el hacer daño á los amigos y parientes, los caribes suponían que una de las almas del hombre iba á vivir á la orilla del mar y se entretenía en hacer zozobrar las canoas, y otras iban al bosque, donde se convertían en espíritus malignos; los siux temían tanto la venganza del fantasma, que entre ellos era casi desconocido el asesinato; en China, cuando se siente uno malo ó teme un mal negocio, quema vestidos de papel y monedas de cartón para aplacar á los señores de las regiones inferiores; en India é Indo-China se cree en la mala idea de los manes de insepultos, apestados, asesinados, célibes y mujeres en cinta, y los aplacan construyéndoles templos y dedicándoles ofrendas, llegando algunos á suicidarse por el gusto de convertirse en demonios vengadores. Sin embargo, en bien de la piedad por los enfermos y ancianos no han predominado este horror y este odio respecto de los antepasados divinizados; generalmente se les considera como espíritus bienhechores; los naches les dedicaban templos; los malgaches llevan ofrendas á las tumbas de los indígenas salvajes; los zulús tienen una genealogía de antepasados divinos hasta llegar á uno primero, Creador del mundo, el primitivo Unkulunkulu, ó el viejo viejo viejo; en la Guinea septentrional se adoran los espíritus de los malos por temor, y en la Guinea meridional el respeto por los ancianos se transmite también á los antepasados; los mogoles adoran á Gengiskan, como jefe de las divinidades bienhechoras; en el Japón subsiste el culto de los kamïs, antepasados á cuya época refieren los japo-

neses los instrumentos de piedra que se encuentran por todas partes; los chinos creen glorificar á sus antepasados y proporcionarles méritos, títulos y honores por los esfuerzos de sus descendientes, y de aquí la necesidad de tener un hijo legítimo ó adoptivo [1]; los aldeanos rusos esperan como á su libertador á Yermak, capitán de bandidos cosacos del siglo XVI; en Siberia y en Angola á Napoleón I [2], cuya sombra creyeron por mucho tiempo los aldeanos franceses que les prestaba protección; semejantes á estos son también los endiosamientos de la antigüedad clásica. Un mismo espíritu puede ser bueno para sus amigos y malo para sus enemigos, ó unas veces benévolo y otras cruel con su pueblo; los zulús piensan que las sombras de los guerreros muertos de su tribu los asisten durante las batallas y los conducen á la victoria, á la manera de Santiago en la batalla de Clavijo. La debilidad ó falta de salud se explica por la ausencia del todo ó parte del alma, por lo que el curandero piel-roja se esfuerza en pillar el alma holgazana del paciente y devolvérsela á su cabeza; la fiebre, el delirio, el ataque son causados por la posesión de un espíritu extraño dentro del cuerpo. Los lobos y tigres, comedores de hombres, se consideran poseídos por el alma de hombres malvados. El ruido más insignificante, el menor tropezón son atribuídos á la acción directa de

---

1 Tylor: *La civilisation primitive.*

2 Dr. Albrecht Wirth: *China u. Russland. Die Umschau;* 15 Oct. 98.

los espíritus, y la misma suerte ó fortuna del individuo está regida por el alma de un antepasado, por el genio (de los antiguos romanos), nacido con el individuo y que le acompaña hasta la sepultura.

6. Animismo. — Las religiones están íntimamente unidas con la imperiosa necesidad que siente el hombre de buscar para cada suceso una causa ó un autor; de modo que sus más hondas raíces están en contacto con las de la ciencia: esta necesidad se satisface con la tendencia á humanizar todos los fenómenos naturales.

La filosofía de los salvajes refiere todos los fenómenos que se producen en el universo á la acción buena ó mala de espíritus personales, por lo mismo que cree ver en la vida humana el medio de comprender toda la naturaleza; los espíritus no son más que causas personificadas, asemejadas al alma humana, con el mismo origen, bien que su poder y funciones sean muy diferentes.

Por generalización del concepto de almas se origina el concepto de espíritus, que se encarnan, que producen los fenómenos de posesión y obsesión, de inspiración, profecía, etc., que se pueden encerrar ó alojar en objetos materiales, en animales, etc.

7. Zoolatría. — El hombre salvaje adora á un animal porque ve en él fuerza, astucia, valor, superiores á los suyos, porque cree que tiene un alma que sobrevive á la muerte y conserva su poder; más tarde esta idea se confunde con el pensamiento de que el animal es un dios encarnado, y de aquí la Zoolatría, ó culto de los animales, basada en el te-

mor ó en el agradecimiento, y que en ciertos casos presenta la forma curiosa de pedir perdón y adorar al animal que se iba á matar y comer, como sucede en Cambodge, entre los pieles-rojas y los ainos; los ostiakos juran por el oso y le consideran como su dios, pero si llegan á matarle se vengan de él escupiéndole é insultándole, para después colocarle disecado en una choza y adorarle.

8. Culto de los árboles.—Por un procedimiento análogo al que condujo á la zoolatría, llega el hombre á adorar los árboles; muchas veces es difícil discernir si la creencia se refiere á que el árbol esté habitado por un alma propia, á la manera del cuerpo humano, ó á que esté poseído por otro espíritu que ha penetrado en él; el culto de los árboles, muy extendido por el mundo, incluso Livonia y las Hébridas [1], presenta reminiscencias en las tradiciones de sauces, que hablan cuando se los corta, que sangran, que lloran. Los árboles sirven también de abrigo á los espíritus, de soporte para colgar ofrendas y de altar para el culto, conservándose en los países cultos las tradiciones un tanto modificadas referentes á los árboles sagrados, que generalmente son los más añosos y corpulentos, y en forma más racional los árboles señalados como punto de reunión ó como límite; ejemplo: el roble de Guernica, el árbol Malato, etc.; la estimación por los árboles se transforma en costumbre útil en el valle de la Burunda, donde

---

1 Lubbock: *Les origenes de la civilisation.*

todo convecino debe plantar un árbol en fecha determinada y cuidarlo personalmente.

9. Culto de las piedras.—El culto de las piedras sobrevivió aun en la antigüedad clásica y hace un siglo, todavía conservaban ciertos montañeses noruegos piedras redondas, que lavaban todos los jueves y hacían con ellas otra porción de operaciones, considerándolas como talismanes; tal reminiscencia del culto de piedras toscas en pueblos adelantados, capaces de esculpir, tallar y modelar imágenes más artísticas, se explica en virtud de la santidad tradicional que el hombre está dispuesto á atribuir á lo que existe desde una antigüedad muy remota, como la famosísima de la Caaba en la Meca y otros muchos mojones ó mugas, etc.

10. Hechizo.—En la época de los descubrimientos en África llamó la atención de los portugueses la estimación de los naturales por una multitud de objetos diversos, comparables con los amuletos ó talismanes, y por lo que los llamaron *feitiço*, encanto ó hechizo; los franceses transformaron la palabra en *fétiche*, de donde se ideó luego el término *fétichisme*, aplicado á la doctrina de sentimientos subjetivos encarnados en ciertos objetos materiales [1], de espíritus ligados con estos objetos ó de espíritus que influyen por intermedio de tales objetos; el conjuro, por consiguiente, de trozos de piedra, madera, etc., y que se diferencia de la *idolatría* en la subordinación del *fétiche* al hombre que lo posee. El Sr. Antón re-

---

1 Bastián: *San Salvador*, p. 227.

chaza, con razón, como galicismo, las palabras *fetiche* y *fetichismo*, y considera más legítimo tomar las denominaciones del portugués, en el que primeramente se usaron en este sentido, diciendo *feliso* y *fetisismo;* nosotros recordaremos que por su significación y por su origen el portugués y el gallego *feitiço* son lo mismo que el castellano *hechizo*, derivando la diferencia únicamente de las leyes fonéticas del idioma, pudiendo llamarse *hechicismo* ó *hechicerismo* la religión en que los hechizos constituyen su parte fundamental y principal. Tales denominaciones tendrían la ventaja de aclarar las ideas, pues en realidad las creencias y prácticas de los negros *hechicistas* tienen el mismísimo fundamento, el mismo modo de desarrollarse, las mismas limitaciones, el mismo estado de ánimo, etc., etc., que lo que en castellano se conoce con las palabras hechizo (de *facticius*, hecho á propósito, de intento, adrede, con arte), hechizar, embrujar, encantar, aunque esta última palabra se ha usado ya tan á menudo como hipérbole, que su significación se ha desgastado.

Lo esencial en el hechizo es que á una fuerza oculta, á un espíritu benéfico ó maléfico se le obliga ó se le compromete por los conjuros, imprecaciones ó evocaciones, y por diversos artificios secretos, á residir en determinado objeto, y también con ciertos conjuros, votos, promesas y prácticas inventadas por arte de brujería se le persuade y convence á salir de su posesión; de aquí que ningún objeto es hechizo por naturaleza á perpetuidad, sino por ligazón tem-

poral y artificial, y que todo objeto pueda hechizarse, aunque en esto tienen los espíritus ciertas preferencias, sabidas por los hechiceros, que las enlazan muchas veces con virtudes terapéuticas reales ó con la comodidad de aplicación. La misma lógica tiene la hechicería de los negros que la brujería europea, con sus compromisos, pactos, juramentos, prohibiciones, privaciones, prestaciones al consumado artista de tales artes de encantamiento para vencer el desdén del adorado tormento, para saciar la venganza, para curar las enfermedades desalojándolas del cuerpo del enfermo y encerrándolas en mil objetos diversos, leer el porvenir, etc., etc. El espíritu ó fuerza personal, que reside en el hechizo, tiene naturalmente las mismas cualidades que la persona que lo imagina: podrá faltar al compromiso, engañar, bromear, vengarse, hacer traición, mortificar ó ser vencido por otro hechizo, y en ocasiones será preciso tratarle con dureza y castigarle.

11. Totemismo. — Esta palabra, que sirve para designar el sistema religioso de los pieles-rojas, deriva de *nind otem* (mi insignia de tribu); el objeto de veneración es un animal, que se considera progenitor de la tribu, y en que las almas de los antepasados encarnan [1]; diferénciase del hechicismo, porque el objeto del culto no es individual, sino colectivo ó genérico, y no está sometido al hechicero, sino que es su superior. Origina cierta simpatía y solidaridad entre los animales de determinada espe-

1 J. G. Frazer: *Totemisme.*

cie y los individuos de una tribu, así como de éstos entre sí, por lo que corresponde á una mayor concentración social; y no es de extrañar que el indio se equipare con el animal, pues ve á menudo que éste le aventaja en fuerza, en astucia, en agilidad, que vive también en tribus, que tiene las mismas necesidades, que tiene medios de entenderse con sus semejantes. Lubbock supone, como Spencer, que se originó de la práctica de dar á los individuos nombres de animales, nombres que luego llegan á ser de la tribu y se convierten en mitos [1].

Algunos autores diferencian del totemismo el *nahualismo* ó creencia en un espíritu familiar de animal, amigo del hombre y que le acompaña hasta la muerte; el primero ha llegado á ser la panacea de moda en los etnólogos á la americana, hasta el punto de que Jevons quiere explicar por el mismo los orígenes de la domesticación y el cultivo; pero creemos que habría por lo menos tantas razones para considerar determinados sistemas religiosos más bien como efecto que como causa, como una refracción, variable según las razas y el ambiente, y á través del espíritu de los pueblos, de las condiciones reales de la vida colectiva.

En el totemismo se pueden considerar incluídos, además de los pieles-rojas, algunas tribus de Australia, bechuanas y kol.

12. Shamanismo.—Esta palabra, derivada de *sramana*, ermitaño budhista, la emplea Lubbock para

---

1 Lubbock: *Les origines de la civilisation*, p. 220.

designar la creencia en divinidades superiores, más poderosas que el hombre y de naturaleza diferente, que residen lejos de este mundo, se cuidan poco de él y con las cuales sólo pueden entenderse los shamanes, recibiendo su visita ó trasladándose á las regiones etéreas [1].

Según Brinton, se adquiere esta creencia sobrenatural por medio de sensaciones internas, principalmente extásicas, por inspiración ó sugestión inconsciente; de donde su fuerza de convicción contra los argumentos de la razón: la aptitud para alucinarse se puede exaltar adrede con ayunos, narcóticos, etc. Es de notar que las palabras que para infinito y extraordinario emplean los indios dakota, peruanos y oceánicos, indican algo divino, pero no personal [2].

Esta doctrina no excluye prácticas semejantes al hechizo, como son ciertos conjuros y sortilegios de la *magia,* cuya eficacia se fija indeleble en la memoria con un solo caso de comprobación, que aniquila á diez casos de contradicción muy pronto olvidados ó excusados, de la misma manera que se fija la conexión entre una desgracia personal y algún incidente que la precedió.

13. Mitología.—Los samoanos creían en un dios de todos los buhos, y los acagches (californios) mataban, sin derramar sangre, y quemaban todos los años en cada aldea un águila, afirmando que sacrifi-

---

1 Lubbock: *Les origenes de la civilisation*, p. 290.
2 Daniel G. Brinton: *Religions of primitive peoples*, 1897.

caban cada año la misma ave y que el mismo individuo era sacrificado al mismo tiempo en todas las aldeas; los peruanos creían que todos los animales que viven en la tierra tienen un representante en el cielo para cada especie, y de ahí los nombres que daban á las estrellas; los pieles-rojas creen en un animal arquetipo para cada especie; cosa análoga sucede en la mitología rusa; los iroqueses creen en un espíritu ó dios de cada especie de árboles; los fineses creían en genios protectores de cada objeto natural, pero su protección se extendía también á todos los objetos de la misma especie, noción por la que se elevaban los fineses sobre los samoyedos, más individualistas. Tales genios ó divinidades de las especies se encuentran también en Egipto, Grecia y en la filosofía rabínica; restos de tales ideas de origen común para todos los individuos de la misma especie, aunque sean inanimados, tenemos en las frases «hechos sobre el mismo patrón *(patronus*, de *pater)*, y fabricados con la misma materia *(materia*, *mater).*»

La adoración de los grandes fenómenos de la naturaleza, volcanes, mares, ríos, peñas, nubes, etc., y el culto de los puntos cardinales, relámpago, nubes y lluvia, tan curioso en los indios agricultores del Arizona [1], se enlazan insensiblemente con la

---

1 Entre los diferentes ritos de este culto hay uno en que diez sacerdotes glotones ó payasos dan la vuelta al pueblo desnudos y cantando aires tradicionales, y las mujeres, que están en las verjas de los terrados de sus casas, vierten agua sobre les cabezas de dichos sacerdotes; quizás

adoración de los astros ó *Sabeísmo*, del que una de las supervivencias más caracterizadas son las hogueras de la noche de San Juan ó solsticio de verano, tan generalizadas en Europa, incluso el país vasco. Si consideramos la influencia que el animismo preexistente debió ejercer en tal culto de los llamados elementos y de los astros, comprenderemos la inmediata personalización de éstos, íntimamente relacionada con la *mitología*, que nace del deseo de explicárselo todo, deseo que obliga á los bárbaros á recurrir á explicaciones que basten para satisfacer su inteligencia; mas no se detienen aquí, sino que dan un paso más y convierten estas explicaciones de los hechos en cuentos con nombres de sitios y personas que llegan á constituir verdaderos mitos, relegados á un pasado remoto, para ocupar un puesto entre las tradiciones sagradas, y más tarde interpretados y explicados como expresión poética y alegórica de hechos posibles y prosaicos, ó de ideas y preceptos filosóficos y morales, siendo las más de las veces tales interpretaciones más fantásticas aún que el original.

Entre los *mitos* más primitivos podemos contar los *cósmicos*, ó sea la personificación y endiosamiento del sol, la luna, y las estrellas; los dos primeros aparecen casi siempre como de sexo diferente, varón la luna entre los Mbocobis de la América del

---

en un rito semejante debamos buscar el origen de la costumbre del Carnaval en Buenos Aires, en que las mujeres se divierten en echar agua sobre los transeuntes.

Sur y los germanos, varón el sol entre los algonquines y en la antigüedad clásica; muy común es también la creencia de que las estrellas han sido hombres, y de ella puede derivarse la astrología. El cielo y la tierra son los padres de todas las cosas para los maorís, los arios, escitas, chinos, etc. De los mitos *geológicos* [1] podemos citar las trombas de agua, que los chinos llaman dragones saltadores y los negros del África oriental gran serpiente de mar; el simún se considera como un demonio; el arco Iris es para los neo-zelandeses, los karen de Birmania y los zulús un monstruo viviente, para los askantis es una serpiente bienhechora, para los germanos el puente para llegar al Wahlhalla; conocidos de todos son también los elfos, ninfas, gnomos, sirenas, hadas, los demonios de la peste; se considera como realidad la semejanza aparente de las llamas, que lamen su presa, ó de la espada, que serpentea cuando se la blande. Los mitos *alegóricos* se originan por analogía y por lo que Max Müller ha llamado *enfermedad del lenguaje*, es decir, por personificación puramente verbal en un principio de palabras abstractas, nombres, epítetos, metáforas, tiempos del verbo, etc.; ejemplo *Nipinukhe* y *Pipunukhe*, en que los pieles-rojas han personificado la primavera *(nipin)* y el invierno *(pipun)*: la influencia que la existencia del género y de los nombres propios en la lengua puede ejercer en la formación de mitos, no es tampoco de despreciar. Entre los mi-

---

1 Prof. B. K. Emerson: *Geological myths.*

tos filosóficos se puede citar el de la montaña de imán para explicar la dirección de la brújula; el de la degeneración de hombres en monos; perfeccionamiento gradual de monos llegando á ser hombres de raza inferior á la conquistadora, como sucede en la India; transformación súbita ó metempsicosis, como entre los negros africanos; la teoría muy difundida de que los monos saben hablar, pero no lo hacen porque no los fuercen á trabajar; la confusión de los monos con los salvajes *(selvaticus)*, hombres de los bosques *(orang-útan* en malayo, *khon-pa* en siam., *cauiari* en brasil., *boschjes-man* en holandés); la creencia en seres intermedios, como eran para Castelnau los monos *coata* y han sido en otras ocasiones los sátiros y los *coata tapuya* de Sud-América; la creencia de los españoles en la cola de los judíos, y la de los chinos respecto de los Miaotsé: los mitos de gigantes y enanos suelen referirse á tradiciones de tribus indígenas y tribus invasoras; los gigantes aparecen en Europa como gentiles de la edad de piedra, que evitan el contacto con las tribus invasoras, porque detestan la agricultura y el tañido de las campanas; se los denomina hunos, chudes, ogros; los enanos se relacionan con los aborígenes lapones y con los mineros de la edad de bronce; en otros casos los gigantes se relacionan con huesos de mastodontes y otros animales fósiles corpulentos; en ciertos casos los enanos son monos que los viajeros han visto embalsamados en la India: á veces se originan los mitos por confusión de metáforas, como los caníbales, hombres-perros, acéfalos ó sin jefe, me-

dios hombres, con un sólo ojo, con pies vueltos del revés ó antípodas; los negros llamaban á los europeos metafóricamente cabezas largas. En otros casos hay que atribuir los hechos á alguno, y se le atribuyen á Moctezuma en Méjico, á Pedro *el Grande* en Rusia, al diablo en Europa, á los gentiles en Vizcaya, á los moros en España. Como supercherías de los historiadores, más bien que como mitos, pueden citarse la derivación de los bretones de un príncipe troyano Bruto, la existencia de los reyes de la Península Ibero, Hespero, y Hércules.

La gran deidad de los arios, el Dios del cielo, el firmamento, llamado *Dyu* [1], fué más tarde *Zeus*, *Theos*, *Deus*, y considerado como padre de los dioses, *Dyupitar*, Júpiter; en la mitología escandinava corresponde con él Odín ó Wotan. En ciertos pueblos hay un dios especial del trueno, como en los yorubas, los cuales dicen que *Chango* arroja con el relámpago y el trueno sus piedras de rayo, que son las hachas de piedra; los alemanes y los ingleses conservan la memoria del dios Trueno en su *Donnerstag* ó *Thursday*, jueves, que es lo mismo que *Dies Jovis*. El sol es adorado bajo los nombres de Vichnu, Ra, Febo, Apolo, etc., en muchísimas naciones, sobre todo en América, como el dios civilizador por excelencia, mientras en ciertas abrasadas regiones del África le aborrecen como á dios maligno;

---

1 Tangaroa (neo-zelandés), Num (samoyedo), Yankupong (acuapim), Nyankupon (oji), Taronhiawagon (iroqués), Aronhiaté (hurón), Tien (chino).

la luna es festejada en muchísimas tribus, entre ellas los antiguos cántabros, con danzas de plenilunio, y aún se saluda en Inglaterra á la luna nueva con una reverencia, así como se conserva la práctica de dar vuelta á la moneda de plata al ver la luna nueva, para que, conforme la luna crece, crezcan también las monedas [1]. El fuego, el *Agnis (ignis)* de los arios, divino sacerdote de los sacrificios, es adorado por los parsis, que por no contaminar el fuego sagrado quemando los cadáveres, como hacían los brahmanes, exponen sus muertos para que sean devorados por las fieras y aves de rapiña en sus «torres de silencio», y consideran como el lugar más sagrado el templo existente en los pozos ardientes de Baku.

Por los ejemplos citados puede comprenderse, con el sinnúmero de dioses del cielo, tierra, mar, viento, fuego, sol, luna, etc., el origen del *politeísmo*, que para Comte representa la transición intelectual de la preponderancia de las ideas específicas sobre las individuales del hechicismo; pero también observamos que una divinidad adorada en varios templos puede subdividirse en varias divinidades, y se originan nuevos dioses en naciones que se compenetran por alianza ó conquista, atenuándose el culto de los antepasados con la preponderancia de los dioses de los intereses económicos y sociales.

Estos dioses mitológicos tienen el mismo grado de cultura y las mismas prendas morales que los pue-

---

1 Tylor: *La civilisation primitive.*

blos que los imaginaron, sin los remilgos ni cortesías estilo Luis XV, y muchas veces son peores que sus adoradores, porque éstos no comprenden el mayor poder de aquéllos, sino los suponen fuera de la ley moral.

14. Monoteísmo.—En el culto de los antepasados, y también con las diversas categorías y genealogías de dioses, se llega á admitir uno como progenitor, criador ó hacedor supremo; pero en la mayor parte de los casos más se trata de criar que de crear, pues la mente de los bárbaros no suele comprender la creación de la nada, sino la generación ó el artificio, á partir de la materia prima, del caos, de las tinieblas, del mar, etc., etc. Al jefe supremo de los dioses se le suele figurar listo, astuto, maligno y amigo de bromas pesadas, á semejanza del cacique; ó, si su supremacía es debida á su mayor antigüedad, queda su personalidad más indefinida, más lejana y desligada de las cosas de este mundo; de modo que, aun creyendo en él, apenas se le dirigen súplicas directas, y se le reverencia menos que á otras divinidades inferiores.

15. Dualismo.—A partir de la observación directa de la luz y las tinieblas, el sol y la luna, la salud y la enfermedad, la felicidad y la desdicha, etcétera, se llegó á considerar el mundo como un campo de batalla de espíritus bienhechores y de espíritus maléficos, agrupados en dos ejércitos contendientes capitaneados por su respectivo dios, Motogón y Chinga de los australianos, Ormúz y Arimán de los persas, Goha y Gauna de los bosquima-

nes, Pûluga y tres malos dioses de los mincopis, etcétera, con la particularidad de que en África, Sud-América y los izedis de Mesopotamia es más reverenciado el dios del mal, porque puede más el miedo que la gratitud; el horror á la obscuridad, tan arraigado en el salvaje como en un niño mal criado, explica el por qué la luna tiene más importancia que el sol en las religiones inferiores. En el monoteísmo aparece una atenuación del dualismo con el espíritu de rebelión.

16. Religiones morales. — Aunque ya en las religiones inferiores se observa á veces cierta influencia moral, como en los basutos, en los mincopis y otros, sobre todo por el culto á los muertos, que vigilan las acciones de sus descendientes, pero que, no gustando de cambio en las costumbres, impiden las reformas morales, no se observa una decisiva acción de las creencias en este sentido, una religión moral, más que en las religiones de pueblos más civilizados, principalmente en las llamadas *religiones reveladas*, en que un individuo de la tribu, con ciertas condiciones de inteligencia y de carácter, un verdadero genio, se supone en comunicación directa con la divinidad ó encarnación misma de la divinidad, como Budha ó Sakyamuni, Zoroastro, Manco-Capac, Mahoma, etc., para imponer á su pueblo nuevas reglas sociales, trabajos, preceptos higiénicos, supresión de supersticiones, y, en general, una nueva norma de vida.

17. Culto. — Los actos del culto, los ritos en sus dos clases, ceremonias y medios de influir en la divi-

nidad, se comprenden fácilmente teniendo en cuenta que las deidades á que se tributan son verdaderas almas humanas, ó almas humanas transformadas, ó seres ideados á semejanza de ellas. Aun entre los salvajes se encuentra ya la invocación, que va estrechamente unida con el sacrificio, lo mismo que al dirigirse á su jefe vivo acompaña la ofrenda ó regalo á la petición del favor. Los sacrificios bárbaros no son meras muestras de respeto, sino principalmente alimentos que ha de consumir la divinidad, siquiera no sea más que en su sabor, perfume, vapor, humo ó esencia; en las religiones más elevadas el sacrificio no significa más que un acto de adoración, destruyendo una cosa estimada por el adorador; más tarde se sustituye el dón de valor intrínseco por un simple símbolo. El sol bebe las libaciones que le ofrecía el peruano; los grandes lagos consumen los perros que les sacrifican los pieles-rojas para aplacar las tempestades; el mar se aplaca con el sacrificio de aceite de palma que le hacen los negros de Guinea; la tierra se apropia las víctimas humanas que entierran los kond de Orisa; el fuego consume los restos de alimentos de los yakutos, que limpian así sus vasijas; en otros casos son animales sagrados los que consumen las ofrendas, ó es el sacerdote el que se irroga la mayor parte de las ofrendas. El salvaje compara el espíritu con el humo ó la niebla, por lo que los sacrificios de incienso, de copal en Méjico, el fumar tabaco en pipa en las ceremonias religiosas de los americanos, las bujías de goma y madera odorífera de los chinos, los incensarios de

Egipto; los algonquines tiran al fuego el primer bocado de la comida; los zulús creen que los espíritus lamen las ofrendas; los polinesios creen que se pueden enviar comisiones á los dioses por intermedio de una víctima humana; los otawas comen las ofrendas, cuya parte espiritual se apropia el dios.

En ciertos casos se ofrece á la divinidad la parte por el todo, siendo algunas veces ésta una parte del cuerpo del creyente, una falange del meñique en Tonga, unas gotas de sangre, como en India y en Estonia, ó algunos mechones de cabello. En Abisinia y Marruecos, como en el antiguo Egipto, sirven de trofeo y ofrenda las cabezas, las manos ú otros miembros de los infieles vencidos; en muchísimas regiones, aun fuera de la influencia semítica, se halla extendida la práctica de ciertas mutilaciones en uno y otro sexo como ceremonia de iniciación ó como ofrenda á su dios [1]. En Méjico se hacían ceremonias caseras sacrificando una estatuilla de hombre; en la antigüedad greco-romana y en India se sacrifican y ofrecen figurillas y estatuas; los chinos sacrifican recortes de papel; en el Cairo se sacrifica al Nilo desbordado un pilar de tierra, que llaman *arûseh* ó novia, porque anteriormente era la víctima una virgen, habiendo el mahometismo sustituído esta ofrenda por la más inofensiva del pilar. En Bulgaria sacrifican corderos á los san-

---

1 Letourneau: *Origine de la circoncision chez les juifs.* «Bull. de la Soc. d'Anthr.», 1893. — Zaborowski: *La circoncision chez les juifs et au Soudan:* ibidem, 1897.

tos y luego los comen; en Rusia se dejan restos de la cena para el demonio casero; en Franconia, antes de beber se hace una libación al suelo; en Francia se hace lo mismo con el caldo ó la leche; en Oxford se celebra la Nochebuena con la clásica cabeza de jabalí, que en otro tiempo se sacrificaba á Frey; en Escandinavia las madres de niños enfermos depositan un poco de grasa en unos huecos, en forma de copa, de ciertas piedras del campo [1].

Hay varios procedimientos para ponerse en comunicación con las divinidades: unas veces el ayuno, otras los narcóticos, bebidas excitantes y preparativos muy diferentes, canto, gritos, saltos, contorsiones, predisponen el ánimo para las visiones, la posesión, el éxtasis, el entusiasmo, la inspiración ó absorción de un espíritu, el descenso de la divinidad al cuerpo de un animal sagrado, á una piedra, á un ídolo; las convulsiones, la catalepsia, la ventriloquia, ayudan al efecto producido en el creyente.

La *oración* ha existido desde las religiones inferiores, aunque sin ninguna idea moral: en la isla de Tana, el jefe ofrece las primicias á los manes diciendo: «Padre compasivo, he aquí alimentos para ti, cómelos; sé benévolo para nosotros en cambio de lo que nosotros te hemos dado»: los zulús piensan que los manes ya están enterados de sus necesidades, por lo que sencillamente los llaman diciendo: «antepasados de nuestra familia»; cuando un zulú estornuda se pone en estrecha relación con los ma-

---

1 Tylor: *La civilisation primitive*, II, 401.

nes, por lo que basta mencionar lo que desea; cuando el brujo negro da una medicina que le ha sido indicada por el hechizo, la levanta primero hacia el cielo gritando: «¡Padre Cielo, dígnate bendecir esta medicina que yo voy á dar»; el yebú reza: «Dios que estás en el Cielo, protégeme contra la enfermedad y la muerte ¡oh Dios! concédeme felicidad y sabiduría»; los fineses rezaban en la forma siguiente á Ukko (el viejo), esposo de Akka (la madre tierra):

¡Oh Ukko! ¡oh Dios, que estás por encima de nosotros!
Tú, nuestro padre, que estás en los cielos,
Tú, que reinas en las nubes,
Tú, que conduces los corderitos de las nubes,
Envíanos la lluvia del cielo,
Haz que la miel descienda de las nubes,
Que el trigo doblegado por la sequía levante la cabeza,
Que la espiga llena tiemble de alegría.

En los pueblos bárbaros la comunión religiosa desarrolla la idea de nacionalidad exclusiva con odio á los infieles; tal fenómeno se manifiesta en las oraciones del Rig-Veda y las de las escuelas del Cairo. La oración se formaliza, se fija y se asimila al hechizo; el budhista, con su rosario, repite cientos de veces las fórmulas sagradas; en el Tibet se suple la oración con un molinillo que lleva sentencias escritas. Los aztecas oraban en honor del soberano nuevamente elegido, deseándole bienes morales en relación con su gobierno; los antiguos arios oraban pidiendo perdón de sus pecados.

18. Mestizaje religioso y degeneración.—Con la aparición de una nueva religión como producto indígena ó como importación de pueblos invasores, inmigrantes ó propagandistas, no se aniquila la antigua, sino que amolda gran parte de su contenido á las nuevas formas y nombres, como en el panteón clásico, ó sustituye mitos antiguos por leyendas semejantes, dioses ó genios protectores por patronos santificados [1]; pero todo aquello en que el antagonismo con la nueva religión es imposible ó muy difícil de reducir, no puede asimilarse y persiste como contradicción viviente con carácter de dualismo, transformándose los antiguos dioses en demonios derrotados, enemigos de los nuevos creyentes, pero admitiendo cierta consideración y respeto por parte de éstos; tal es el origen de las *supersticiones*.

Como talismanes se consideran aún en Europa las llamadas «piedras del rayo», azuelas y puntas de flecha de silex, que se guardan en saquitos de piel, se engarzan en plata y hasta se unen al rosario; en Extremadura usan como *amuletos* para los niños trozos de coral; y podrían citarse otros mil ejemplos, siendo una forma más elevada los «evangelios» que ponen al nene en el país vasco y en Suabia [2], y que consisten en unos versículos de un Evangelio, encerrados en un forro de tela bordada

---

1 A. Lefèvre: *Mythologie des slaves et des finnois*. «Rev. mens. de l'Ecole d'Antrh.», 1897. p. 225.

2 Barón de Andrian: *Ueber Wortaberglauben*. «Corresp. f. A. E. u. U.», XXVII, 1896, p. 113.

ó repulgada en forma cuadrada, rombal ó de corazón; esta costumbre parece indicar que el uso de tales objetos en el país es ulterior á la introducción del Cristianismo, ó que por lo menos la superposición ó sustitución de las formas y símbolos cristianos ha sido más completa que en otros países donde, con anterioridad al Cristianismo, ejerció influencia el paganismo.

Resabios del animismo primitivo son las preocupaciones corrientes en España de la buena y la mala sombra, y de que el que se pesa ó retrata á menudo morirá pronto; lo último es también creencia de los ainos. Los pieles-rojas consideran el nombre propio como parte esencial é integrante de la persona, que se puede dañar maldiciéndola; los esquimales trasladan el nombre de un difunto al recién nacido frotando su boca con agua y nombrando á aquél [1]; reminiscencias de esto encontramos en la costumbre medio-eval de nuestro país de tomar el nombre del abuelo, el puntillo de honra, las maldiciones andaluzas, la elección de ciertos nombres propios, las curas á distancia de los pastores franceses, la repugnancia á pronunciar el nombre del difunto; la afición á cambiar de nombre en Norte-América y Polinesia, así como en Sumatra nunca pronuncian su propio nombre y hablan siempre en tercera persona. En las islas Británicas no se puede pronunciar, ni en el campo ni en el mar, el nombre de la liebre, y en Andalucía el de la culebra. Los protestantes con-

---

1 Barón de Andrian: *Ibidem*, p. 115.

sultan para los asuntos mundanos la Biblia, abriéndola al acaso [1]. Restos de totemismo ó nahualismo son los nombres propios tomados de animales, y en España subsisten algunos como apellidos, ejemplo: Ochoa, García y Vela (Velazko, hijo de Vela), que corresponden á los nombres del lobo, el oso y el cuervo en vascuence [2].

Residuos de shamanismo aparecen manifiestos en las adivinadoras, tan en boga en París y en Nueva York, y que se anuncian en los periódicos al nivel de los médicos curalotodo y los específicos infalibles; escritores muy modernistas enumeran muy en serio como una de las causas de las desgracias de una nación el número de orden del nombre de su rey [3] y el *espiritismo* cuenta entre sus prosélitos á distinguidísimos físicos ingleses. Los duendes, trasgos, endriagos, la ojeriza ó mal de ojo, el embrujamiento y multitud de prácticas hechiceras, no han desaparecido de los países más civilizados, ni de las ciudades más cultas, ni de las clases más ilustradas [4].

No siempre son tales manifestaciones residuos de culturas inferiores y primitivas, que renacen con nuevos bríos al descomponerse el freno de la religión superior; otras veces son verdaderas epidemias hijas de la desesperación ó de una transformación

---

1 Achelis: *Moderne Völkerkunde*, p. 377.
2 Unamuno: *Del elemento alienígena en el vascuence.*
3 *La Revue des Revues:* Sept. 1898.
4 Véase Barón de Adrián: *Ueber einige Resultate der modernen Ethnologie.* «Corresp. f. A. E. u. U.», XXV, 1894, p. 63 á 65.

económica sin la guía necesaria en la transformación intelectual correspondiente, por donde el antagonismo dualista toma los procedimientos de las religiones inferiores: la brujería europea de los comienzos de la edad moderna usaba unturas de plantas narcóticas, capaces de producir diversas alucinaciones, tales como la belladona, beleño, estramonio [1], y quizás el *Agaricus muscarius (kulato falso* en vasc.); ejercía las artes mágicas, constituía sociedades ó sectas y se reunía en desenfrenado aquelarre, palabra ésta última que en vascuence significa pradera del cabrío y que quizás se introdujo en el castellano en la época del famoso proceso de Zugarramurdi.

Por su parte la religión superior, por aislamiento y consiguiente falta del alimento espiritual por la comunión universal, se atrofia, degenera y degrada, á la manera del cristianismo de Abisinia ó la misa de los curas tagalos que, por olvido progresivo, acaba por reducirse al amén.

Las figuras artísticas de los dioses, sus *ídolos*, son también, en el sentido que ordinariamente damos á esta última palabra, un producto de degeneración; es difícil definir la posición de la *idolatría* en la civilización, pues por un lado la vemos floreciente en las islas de la Sociedad, y por otro ausente en Tonga y Fidshi; los indos adoran ídolos, y el Parsi les tiene horror; el fenicio es idólatra, y el israelita iconoclasta. El ídolo reune en sí los caracteres del

---

1 Paul Ernst: *Hexenwesen; Voss. Zeitung*, n.° 46, 1896.

hechizo y de la imagen; se le adora, pero también se le golpea ó desprecia si no cumple con los deseos del adorador. Aunque parece en un principio responder sólo á la idea de representación ó imagen, bien pronto el pueblo lo individualiza y le atribuye virtudes exclusivas.

Á la par con la rigidez cadavérica del culto, con el fariseísmo y con la mezcla de supersticiones tradicionales y supercherías de embaucadores, viene la disminución de la influencia moral en muchísimos individuos que, como el indio de vida depravada se reconcilia con los dioses haciendo regalos y ofrendas á los shamanes, son también aquéllos á la vez bandidos y devotos: conocida es la frase con dejo morisco «si en el 5.° no hay perdón y en el 6.° no hay rebaja...», sin que quien tal dice cumpla mejor con los otros ocho.

19. Misiones. — La eficacia de la buena nueva entre bárbaros y salvajes depende en gran parte de la influencia favorable ó perniciosa de los demás elementos de cultura que simultáneamente se les presentan: conquista, comercio, esclavitud, revolución económica; depende también del tacto con que el misionero procede para asimilar el animismo, el culto de los muertos, los mitos cosmogónicos y demás creencias indígenas á la doctrina de la nueva religión, teniendo cuidado de no utilizar con demasiada ligereza ciertos nombres indígenas del Hacedor Supremo y otros, que con muchísima facilidad acarrearían lastre de supersticiones; contribuyen también las mejoras económicas, siempre que la so-

briedad y suficiencia de los naturales no vean excesivos cuidados y trabajos para comodidades que, según ellos, no merecen la pena, y teniendo cuidado el misionero de no convertirse en artesano, comerciante ó hacendado, sino que ha de ejercitar su misticismo, ascetismo y abnegación; convienen también algunos conocimientos de medicina, que ayudan á destruir muchas malhadadas supersticiones. Las mayores dificultades las ofrecen la esclavitud y la poligamia, como muestra de posición social y satisfacción de apetitos sensuales, motivo por el cual se difunde y arraiga más el mahometismo en determinadas regiones de organización social inferior.

Muy importante es el conocimiento previo del lenguaje, creencias, sociedad y economía indígenas, por lo que «los más inútiles han sido siempre los incultos misioneros, incapaces ni de comprender bien sus propias creencias, tales como los han enviado particularmente Inglaterra y Norte-América, gentes sin caridad, que en muchos casos más eran comerciantes ó agentes políticos que servidores de la religión» [1].

---

1 Ratzel: *Völkerkunde*, I, p. 60.

XI

Familia, Sociedad y Estado.

1. Familia animal. — Los animales superiores se constituyen en parejas si su alimentación es muy nutritiva y por consiguiente escasa, y sus crías necesitan largos cuidados por las condiciones en que nacen; tal sucede en la paloma, la cigüeña, los pájaros, aves de rapiña, fieras, etc. Aquellos otros animales que consumen alimentos más abundantes, se reunen en grandes bandadas, manadas ú hordas, y sus crías vienen al mundo en estado de poder utilizar su propio instinto de conservación; únicamente en la época del celo se establecen relaciones sexuales, pasajeras ó temporales, precedidas de una relajación de la solidaridad de la horda por las rivalidades de los machos; tal sucede en las bestias de pezuña y en las gallinas.

Ni las parejas animales se pueden comparar con la familia monógama indisoluble, ni las manadas en que la época del celo señala el triunfo de un macho se parecen á la poligamia de un serrallo con eunu-

cos, ni las hordas suponen promiscuidad continua á la manera de la prostitución; en cuanto á los monos superiores, parece ser que viven por parejas.

2. Familia primitiva. — Exigencias fisiológicas hacen que en la especie humana no pueda el varón ser normalmente sólo un advenedizo de la familia; lo natural es la monogamia, siquiera temporal, para la defensa y la manutención. La promiscuidad y el hetairismo ó trato carnal con solteras, que tan agradablemente suenan en los oídos de los libertinos europeos, y en los sistemas filosóficos que ponen el mal en el principio de todas las cosas, mal pueden considerarse como primitivas, pues las rancherías dispersas en medio de los bosques no son terreno muy abonado para ello, y el hecho es que no conocemos pueblo ninguno en que tal sea la regla de conducta. El mismo nombre de familia no puede ser argumento para la negación de la primitiva porque proceda de *famulus;* los nombres no son anteriores ni contemporáneos de lo que expresan, y para la idea de la familia primitiva hay la palabra más expresiva de *hogar*.

El desarrollo de tribus numerosas con unión de fuerzas constituyendo pueblos de alguna solidaridad, supondría una represión de los celos, la tolerancia recíproca de los varones y en un principio la ausencia completa de la idea de incesto [1]; pero tal indefinición no la observamos en la realidad, y el

---

1 Engels: *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, p. 62.

sistema de parentesco polinesio indicaría ya la prohibición de trato sexual entre las diferentes generaciones. Las cencerradas que se dan á los viejos que se casan con jóvenes, responden á una idea parecida.

3. Familia punalúa. — Ha dado Morgan [1] este nombre á la organización que tuvo la familia en Hawai hasta la primera mitad de este siglo y según la cual, cierto número de hermanas y primas eran mujeres comunes de varios maridos comunes, de los cuales quedaban excluídos los hermanos de aquéllas; los maridos no se llamaban entre sí hermanos, sino *punalúa* (consocio): á la inversa podía un cierto número de mujeres *punalúa* tener varios maridos comunes, que entre sí fuesen hermanos uterinos. Es decir, prohibición de uniones de hermano con hermana, y primo con prima, así como de padre con hija y madre con hijo; pero pueden encontrarse en el mismo *grupo conyugal* el padre y el hijo ó la madre y la hija, y así se explica mejor lo que dicen César de los bretones, Watson y Kaye [2] de los tikures al Norte del Ganges, y Herodoto de otros mucho pueblos [3].

Los australianos del monte Gambier se dividen en dos clases, los krokis y los kumitas; los krokis tienen por suya á toda mujer kumita, y á la recíproca: en las márgenes del río Darling las clases son cuatro, de las que la primera y segunda se ayuntan entre sí,

---

1 Morgan: *Ancient Society*, 1877.
2 Watson and Kaye: *The people of India.*
3 Engels: *Ibidem*, p. 73.

los hijos de madre de la primera pertenecen á la tercera; y si de la segunda pertenecen á la cuarta, la tercera y la cuarta se ayuntan entre sí, y según que la madre sea de una ó de otra, los nietos pertenecen á la primera ó á la segunda, es decir, á la de la abuela [1]. En la práctica este *matrimonio por grupos* parece á primera vista una monogamia disoluble, con poligamia de vez en cuando, con infidelidad ocasional ó con prostitución de la esposa; pero en realidad es que las mujeres pertenecen á la clase conyugal del forastero, y por consiguiente, son sus esposas natas. Otro hecho en armonía con esta clase de uniones es también el que los cónyuges vivan separados, cada uno en su tribu.

4. Exogamia y endogamia. — La prohibición de uniones entre individuos de la misma clase, tribu ó familia trajo consigo la exogamia, ó sea, el matrimonio con mujer de tribu ó familia extraña, considerándose lo contrario como un incesto. Algunos atribuyen el origen de la exogamia al deseo de evitar las rencillas entre los varones del mismo campo, prohibiendo toda relación entre los dos sexos en soltería, de modo que los muchachos tuviesen que buscar la mujer fuera; en un periodo más avanzado pudo también ser expresión de alianzas que aumentasen el poderío de los pueblos. En algunos casos llega al extremo de que los padres hablan diferente idioma que las madres, como ocurre en los caribes. La prohibición de casarse entre parientes ó perso-

1 H. Mathews: *Australian class systems. The Americ. Anthrop.;* 1896, p. 411; y 1897, p. 345.

nas del mismo apellido, totem ó kobong, está muy extendida en el África oriental y occidental, en Circasia, Indostán, Tartaria, Siberia, China, Australia, Melanesia y las dos Américas, y en muchos pueblos toman la mujer siempre de la misma tribu extraña.

En la primitiva dispersión y aislamiento consiguiente debió ser lo normal la endogamia y la ausencia de la idea de incesto; más tarde el orgullo de raza puede mantenerla, como en los yerkalas de India y los kalangos de Java, que al pedir la mano de una joven deben probar que descienden de la misma familia; los manchúes prohiben el matrimonio entre familias de diferente nombre; los guam se casan entre hermanos.

En los pueblos sedentarios la exogamia resulta topográfica en realidad, y á veces toma expresamente esta forma, como en varias anteiglesias de Guipúzcoa, donde se busca la novia siempre en otra anteiglesia, á la inversa de la endogamia topográfica de otros lugares de Guipúzcoa y el valle del Roncal, en que los matrimonios se celebran entre personas del mismo valle.

5. Poliandria y poliginia. — Las guerras de exterminio, la esclavitud, el infanticidio, la emigración masculina, pueden conducir á una desproporción de los sexos, hasta el punto de que en el Paraguay hubiese en 1883 doble número de mujeres que de hombres, y en Uganda siete mujeres por dos hombres. De aquí la poliginia, poligamia ó pluralidad de mujeres para un solo hombre en ciertos

pueblos bárbaros y guerreros, el régimen de queridas de la América tropical y los empreñadores de nodrizas feas en Galicia [1]. Entre las causas de la poligamia expone también Lubbock [2] la precocidad y pronta vejez de la mujer y la larga lactancia de tres y cuatro años por falta de leche de animales domésticos; la pluralidad de mujeres suelen considerarla los bárbaros como muestra de riqueza.

La poliandria ó pluralidad de maridos con una sola mujer es mucho menos frecuente y se observa principalmente en los tibetinos, Cachemir, Todas, Ceilán, siendo las más de las veces todos los maridos hermanos; se puede atribuir á la escasez de mujeres por infanticidio, al intento de evitar los peligros del celibato, y en algunos casos al exceso de inmigración masculina. El *ménage à trois* es también de hecho una diandria, y los naires de India tienen el matrimonio por club, pero pudiendo cada hombre alistarse en varios clubs.

6. Monogamia.— El matrimonio de una sola pareja con sus diversas atenuaciones de la disolubilidad, la fidelidad temporal de la mujer y el derecho á la infidelidad en el marido, etc., no sólo se halla vigente en los pueblos de cultura europea, sino también en muchos bárbaros y salvajes, pero principal-

---

1 Las amas de cría ó *añas* guipuzcoanas suelen ser casadas; la ilegitimidad no alcanza más que al 3 por 100, mientras que en Galicia al 10. *Nupc. y natal. en España*, Memoria leída por los Sres. Hoyos y Aranzadi en el Congreso internacional de Higiene y Demografía de Madrid, 1898.

2 Lubbock: *The origin of civilisation*, 1870.

mente en los pueblos hortelanos, donde la producción económica es por lo menos tan femenina como masculina, donde el hogar y la casa se individualizan; la mujer adquiere el derecho á la castidad, á no tener más que un hombre; y aunque trabaja mucho, suele gozar de más consideración real que en Europa. En tal estado viven los goras del Indostán, los dravidas del Dekán, etc., y los iroqueses, en que la opinión pública es manifiestamente hostil á la ruptura eventual de los cónyuges.

7. Bodas. — Según Lubbock [1] el robo ó captura es lo que únicamente y en un principio daba al salvaje el derecho de apropiarse una mujer; así que el primitivo matrimonio es independiente de toda consideración de simpatía, consentimiento, amor, ni nada que se le aproxime; los caribes robaban las mujeres de las tribus vecinas, y tenían tan poco trato con ellas, que hombres y mujeres hablaban lenguajes diferentes, principalmente en las palabras que indican el parentesco; en Australia, el hombre que no tiene mujer emprende una expedición para robarla de otra tribu; cuando encuentra alguna sin protección, la aturde con un golpe de maza, la agarra por los cabellos y la arrastra hasta el bosque más cercano, donde espera á que vuelva en sí para obligarla á acompañarle; en Bali (isla situada entre Java y Nueva Guinea), el raptor usa del matrimonio inmediatamente, lleva luego la mujer al bosque y se reconcilia con los padres de la muchacha, pa-

1 Lubbock: *The origin of civilisation.*

gándoles una cierta suma como compensación. En un estado más avanzado, la captura se transforma en simulacro indispensable para la realización del matrimonio, como entre los Kalmukos, que una vez hecho el contrato de venta, simulan un ataque del novio con sus amigos y una resistencia por parte de los hombres de la tribu de la novia; en otros casos, el novio debe atrapar á la novia al galope de su caballo, y si aquélla, que también va montada, no le quiere, no se da el caso de que se deje alcanzar; entre los mogoles la novia se esconde, su padre da permiso al novio para buscarla, y éste con sus amigos se dedica á registrar todos los lugares donde pueda haberse escondido, hasta que la halla y se la lleva; entre los esquimales la novia debe resistirse, luchando y gritando, á que su marido se la lleve; en Polonia, Lituania y Rusia, según Gaya, los jóvenes raptaban ordinariamente á sus amantes y después pedían el consentimiento á sus padres; simulacro de rapto se ejecutaba también no hace mucho en el país de Gales y en Circasia; aun hoy el marido separa á su mujer de sus parientes y amigos durante la luna de miel, y la resistencia queda en ciertos puntos de Inglaterra reducida á lanzar una zapatilla contra los novios en el momento de la partida.

Otro procedimiento muy extendido es el de compra, como entre los hotentotes; y algunas veces disimulado en forma de regalo que el novio hace á la casa de la novia, ó se establece un contrato bilateral entre los padres de los novios, sin apelación y hasta sin conocimiento de éstos, como entre los pieles-

rojas; en algunos pueblos interviene, para evitar susceptibilidades, una corredora ó casamentera (*Kuata* de los berberiscos). También se conoce el procedimiento de ganar la adquisición de una mujer sirviendo un número mayor ó menor de años en casa de los padres de ésta, ó con pruebas de fuerza y destreza como entre los esquimales. El interés del pueblo por su acrecentamiento se expresa en las colectas entre parientes, amigos y vecinos todos, como en el paseo del carro de la novia en el valle de Polaciones (Reinosa), echando cada uno en él la ofrenda que le parezca; el ajuste de Asturias, las donas de Cataluña, etc.

En Castilla, el que pela la pava, sobre todo si es forastero, debe pagar su derecho convidando á vino á los mozos del pueblo; según Diodoro de Sicilia, en las Baleares la novia pertenecía la primera noche á los convidados antes que al novio, y hoy sucede lo mismo entre los bareas de Abisinia; en Babilonia debía la moza ir al templo de Venus antes de casarse; en algunos distritos de Inglaterra y Austria, una muchacha no encuentra marido hasta después de haber tenido descendencia; en Llánabes (Picos de Europa) el galán entra por una escalera de mano en la alcoba de su futura, y la prometida suiza recibe á su prometido en ciertos días de la semana, reminiscencias éstas del casamiento á prueba ó á cala, de la libertad absoluta de las mozas, de la multa de prostitución limitada que en otros pueblos paga la mujer por adquirir el derecho á la exclusiva de un solo hombre.

En California y Australia queda como reminiscencia del matrimonio por grupos la reunión de varias tribus en festividades sexuales; y donde los ancianos, jefes y hechiceros practican en provecho propio la comunidad de mujeres, quedan obligados á permitirlas que se diviertan con los mozos en ciertas grandes asambleas [1]; residuo de la exogamia por grupos parece ser el deber de hospitalidad y amistad en que se considera el esquimal para prestar su mujer al forastero, y atenuación mucho mayor la costumbre asturiana de que las mozas calienten con su cuerpo la cama de los huéspedes. Más problemático sería considerar como resto del matrimonio por grupos el derecho de pernada, suponiendo al shamán, hechicero, cacique ó señor, representante de la colectividad; este mal uso, qne en Gerona estaba en vigor en el siglo XV, es un abuso de fuerza.

8. Parentesco. — El más evidente en todos los grados de cultura es el que se establece naturalmente por el cordón del ombligo del nuevo sér con su madre, y de aquí la consideración en que se le tiene; los negros de Uganda y los kiowas de Norte-América lo adornan con perlas, lo guardan toda la vida y lo entierran con el cadáver. Gran parte de las injurias é imprecaciones andaluzas se destina á la madre del objeto de su ira.

Fuera del parentesco entre la madre y el hijo se pueden señalar principalmente dos sistemas, el clasificador, que separa los individuos de la tribu en

---

1 Engels: *The origin of civilisation*, pág. 89.

clases sin tener en cuenta las relaciones individuales, y el descriptivo, que establece las relaciones individuales con una cabeza de tribu masculina ó femenina. Ejemplo del parentesco por clases tenemos en Hawai, donde se distinguen cinco generaciones, abuelos, padres, hermanos, hijos y nietos, de la misma manera que, según Nicolaus, los galactófagos llamaban padre á todo anciano, hijo á todo muchacho y hermano á toda persona de su misma edad, los hebreos llamaban hermanos á los primos, los huastecas llaman lo mismo al padre que al tío.

Los iroqueses, á pesar de ser monógamos, llaman hijos á los de sus hermanos, y recíprocamente llaman ellas hijos á los de sus hermanas y sobrinos á los de sus hermanos, indicio, según Morgan, de una organización anterior parecida á la familia punalúa.

Sea por la pluralidad conyugal, matrimonio por grupos ó poliandria, sea por las dudas naturales respecto á la paternidad, sea por la confusa idea de la participación del padre en la generación, considerándole como autor del alma, mientras el cuerpo se debe á la madre, se establece la filiación por la línea femenina en la mayor parte de los pueblos americanos y oceánicos y las agrupaciones consanguíneas que así se forman constituyen las diversas *gentes;* en cada casa grande todas las mujeres son de una gente y los maridos de diferentes gentes. De aquí también el que los germanos considerasen al tío materno casi casi como pariente más próximo que el padre, y la afección particular de aquél por sus sobrinos; la genealogía de los etruscos, locrios

y licios también se establecía por la línea femenina. En varias regiones de África la herencia del reino se establece por el hijo de la hermana; en muchas tribus de la India la herencia se establece también por la línea femenina; los timbus (India) tienen que pagar una cantidad á la madre del niño varón para que éste pueda entrar en la tribu del padre. En las islas del mar del Sud los niños son de la tribu materna, pero heredan la propiedad del padre. En algunos pueblos se llega al extremo de que el marido es un extraño en la casa de su mujer, se aparenta desconocerle ó se cubren la cara en su presencia, mientras que aquél por su parte evita el nombrar á su suegra y no tiene nombre en la casa hasta que el nacimiento de un niño le da derecho á tomar el nombre de su hijo [1].

Cuando el matrimonio fué más respetado, sobre todo en las tribus guerreras, en las naciones agrícolas ó ganaderas, allí donde hay más riqueza, donde se diferencian ya las clases, donde se ha verificado el tránsito del régimen democrático al aristocrático por la conquista, aparece la necesidad de acrecer la autoridad del padre, éste se ve impulsado por interés y por afección á reconocer explícitamente su paternidad, lo que se hace uniendo al padre y el recién nacido con un cinturón, ó por la costumbre, muy extendida por el mundo, principalmente en América, y que en bearnés se llama la *couvade:* consiste esta costumbre en acostarse el pa-

---

1 Ratzel: *Völkerkunde*, I, p. 168.

dre inmediatamente después del parto en sustitución de la madre, recibiendo las felicitaciones de los parientes y amigos con el niño en los brazos y cuidándose mucho de no tomar alimento que pueda dañar al niño; no sé quién atribuyó esta costumbre á los vascos, y sin cuidarse de comprobarla ha ido rodando la cita por muchos libros, pero el hecho es que en vascuence no hay palabra con que designarla; dícese que existía en los Valles de Pas y de Pozas.

El parentesco paterno vino á excluir el materno, como se observa en la América meridional, donde los cautivos son bien tratados por algún tiempo y hasta se los provee de mujer, para luego matarlos y comerlos, no sólo á ellos, sino también á los hijos que hayan podido tener durante el cautiverio; el juicio de Orestes prueba también el mismo extremo. Esta revolución en la filiación se ha verificado con facilidad en muchas tribus indias.

Hay casos en que el parentesco distingue de sexos y otros en que no; en vascuence tenemos diferente denominación para la hermana, según que la hable su hermano ó su hermana; los cakchiquel llaman lo mismo al tío que á la tía; las mujeres caribes llamaban lo mismo al hijo que á la hija. El francés y el maya distinguen el primogénito y el menor, mientras que muchos idiomas arios confunden los nietos con los sobrinos; ejemplo el latín *nepos*.

En Escocia los hermanos de leche se consideran tan hermanos como los uterinos; el pacto de sangre establece en muchos pueblos una hermandad con-

vencional; la adopción de niños en una casa y de hombres en una tribu, la legitimación de los hijos de esclavas y otra porción de parentescos artificiales hacen de muchas tribus ó pretendidas estirpes primitivas, organismos tan complicados y heterogéneos como las naciones modernas [1].

9. Nombres.—No sólo se expresa genéricamente el parentesco con calificaciones clasificadoras ó descriptivas, sino que cada grupo genérico ó gente toma un apellido propio, un totem, un simbolo ó blasón, un antepasado verdadero ó supuesto que la distinga de las otras gentes, y que será patronímico ó matronímico, según que la filiación se haga por la linea paterna ó por la materna.

En muchos paises aún no se han fijado estos apellidos, sino que se dice sencillamente fulano, hijo de zutano, como ocurre con la filiación árabe, aunque el mismo sistema sirva para apellidar las tribus, gentes ó cáfilas. Con la sedentariedad se complica este sistema, añadiendo al apellido el nombre fijo del solar ó caserío; tal sucedió en Castilla en los tiempos del Cid, Ruy Díaz de Vivar ó Rodrigo (hijo) de Diego de (el solar de) Vivar, fijándose más tarde con la expansión de la Reconquista los apellidos castellanos en *ez*, mientras que en los paises solariegos ó de caseríos prevaleció el apellido topográfico. Esta diferencia subsiste en los de nueva formación; el nomadismo ciudadano ó villano, el Juan sin tierra

---

1 Barón Andrian: «Ueber einige Resultate der modernen Ethnologie.» *Corresp. f. A. G. u. U.*, 1894, xxv, p. 69.

lugareño, inventa el apodo; el campesino vasco es más conocido por el nombre de la casa que por el suyo propio, y de aquí que cuando se casa fuera parezca tomar el apellido de la mujer. En cambio en Francia y Alemania la mujer al casarse pierde su apellido tomando el del marido, mientras que en España no coloca éste más que en segundo término, y sus hijos colocan el materno á continuación del paterno.

También merece notarse la frecuencia de ciertos apellidos en determinadas regiones y hasta en determinadas razas, como Echebarría (casa nueva) en los gitanos del país vasco, Montoya y otros en los de Andalucía. Muchos apellidos sirven para revelarnos formas anticuadas del idioma ó alteraciones de pronunciación fuera del país original, como los nombres godos subsistentes en los apellidos castellanos; Chávarri, Lechaga, Rotaeche, del vascuence Echebarri, Eleizaga, Errotaeche, etc.

El correspondiente á lo que entre cristianos llamamos nombre de pila puede responder á supersticiones reinantes, al deseo de poner al individuo bajo la salvaguardia de un hechizo, de un animal sagrado, de un genio, de un antepasado ó de una virtud; otras veces responde á la moda ó se prescinde de toda elección, tomándolo del santoral, como en muchísimos pueblos de España. Hay países en que no dura toda la vida, como en algunos de América, donde hay un nombre de leche, otro de la edad adulta y otro de la vejez.

10. Matriarcado y Patriarcado. — Con la filia-

ción y la potencia económica femeninas, la solidaridad de las mujeres de la gente y el matrimonio en la casa materna, se desarrolla la autoridad de la línea materna, ejercida unas veces directamente por la madre y otras por el tío ó el abuelo, respectivamente cuñado ó suegro del marido.

Con el desarrollo de la riqueza pecuaria en el antiguo continente, con la disgregación de las tribus en familias emigrantes, con la conquista y los esclavos *(fámulos)*, con el parentesco paterno, fortalécese de nuevo la autoridad del padre, que es señor absoluto de toda la familia, originándose así el patriarcado por el engrandecimiento natural y coercitivo de aquélla, que se convierte en tribu, descendiente ó sometida á un patriarca; cuando la tribu se ha formado por exogamia, conquista é incorporación, á falta de antepasado conocido á quien atribuir su origen, se inventa uno con nombre propio derivado del que la tribu usa, aunque se suponga lo contrario.

En el patriarcado aparece una nueva forma de comunidad, que á veces con el despotismo del patriarca conduce á la poligamia, como en los semitas, mientras que en otros casos atenúa la autoridad en una especie de hermandad electiva, como la *zádruga* eslava; de aquí se toma también el tipo para los merinos ó parientes mayores del Norte de España (pág. 169.)

11. Condición de la mujer. — En los países de despotismo patriarcal polígamo es la hembra instrumento de placer que, introducido en el serrallo por derecho de conquista, trae consigo el mestizaje

negro del Norte de África ó el caucásico de Turquía; su esclavitud y abyección no hacen más que disimularse con formas cortesanas, siempre que persiste su inactividad económica. En otra forma de esclavitud que convierte á la mujer en única fuente de trabajo se suelen volver fácilmente las tornas, convirtiéndola en reina y señora, como ocurre á menudo en África y América; en sacerdotisa influyente, como entre los malayos; en guerrera, como en el Dahomey, etc., etc.

«Aun en los países monógamos de preferencia, si bien no exclusivamente y menos por precepto, entre negros, malayos, indios é hiperbóreos, es costumbre que las mujeres habiten cuarto aparte en la casa (gineceo de los griegos), no coman del mismo plato que su marido y en todo orden de cosas vayan después de él» [1]. En el Roncal comen en el comedor los varones solos y en la cocina las hembras, apareciendo á los postres la mujer de la casa para preguntar si ha parecido bien la comida á los comensales. La división del trabajo lleva consigo el que á la mujer le correspondan los más fáciles y limitados, que dan menos honra y provecho; sin embargo, en muchos países, Berbería, por ejemplo, sabe ayudar á su marido en la pelea, llevar la voz cantante en muchas cuestiones públicas, llenar con nombres femeninos el santoral indígena y ser capaz de primogenitura; las iroquesas podían deponer al cacique y convertirlo en soldado raso. La misma causa natu-

1 Ratzel: *op. cit.* I, p. 113.

ral de su debilidad es, por otra parte, un nuevo manantial de su fuerza en la tribu, con la crianza de la nueva generación.

12. Condición de los niños. — Dicen los negros de Togo que «á ninguna madre le dura el enojo; no acaba de azotar al niño con una mano, cuando ya lo acaricia con la otra» [1]. El despego del padre tampoco es tan grande como se gozan en suponer los que quieren presentar á la civilización como nacida de la nada; por lo menos, donde no se forman hordas numerosas, sino que el hombre vive en grupos pequeños, en verdaderas familias, el aprecio por los hijos no es menor que el que puede hacer de su propia vida; más bien se nota que los niños de los salvajes son mal educados por consentidos [2]. En otro estado de cultura más avanzado, como entre los esquimales, se observa una paz doméstica verdaderamente admirable, y el respeto á los ancianos, la obediencia á los superiores, la sangre fría y serenidad de los pieles-rojas han llenado de admiración á los europeos.

13. Sociedades animales y humanas.—El hombre es un animal naturalmente sociable y odia la soledad; nunca ha podido vivir como una turba combatiendo cada uno para sí: como dice Hellwald, «quien siguiendo al gran sofista Rousseau vea en la sociedad humana el resultado de un libre convenio,

---

1 R. Prietze: *Zeitschrift f. afrikan. Spr.* 1893.
2 Steinmetz: *Das Verhalten zw. Eltern u. Kindern bei den Naturv.* «Zeits. f. Socialw.» VII, 1898.

aborrecerá sin duda á los que con mano dura destruyen este producto de la fantasía y retrotraen la formación de la sociedad á la ley de la necesidad. Siguiendo una ley natural, se ven los hombres forzados á organizarse en grupos de pueblos ó en Estados, que según la raza y el grado de cultura, se constituirán de diferente manera, pero que al mismo tiempo mostrarán en todos los grados de la civilización una sorprendente semejanza.»

Prescindiendo de aquellos animales cuyas madres solitarias mueren antes de poder conocer á su descendencia, la agrupación de individuos que encontramos más generalizada es la de la madre con sus crías; pero ésta, así como la de la pareja monógama con su prole, no responden á lo que entre humanos llamamos sociedad, sino más bien á la familia. No faltan, sin embargo, ejemplos de agrupaciones animales de mayor extensión que la familia, haciendo vida común gran número de individuos adultos. De estas sociedades, las que más han llamado la atención de los observadores han sido las de algunos insectos, por las diferencias individuales y del trabajo dentro de la misma sociedad, por las cosechas, elaboración y conservación de los comestibles, labranza y siembra de forraje, cultivo de setas, domesticación de otros insectos, construcción de edificios con distintos departamentos, comunicación entre los individuos, nacionalización de éstos por el aroma patrio, establecimiento de vigías, cuidado por los enfermos, guerras por la posesión de un territorio y la esclavización de la descendencia enemiga y alianzas por

tolerancia entre vecinos semejantes de igual fuerza que se vean obligados á vivir en proximidad [1].

Pero querer comparar con una monarquía la sociedad de las abejas, en que la reina no gobierna, y con una república la de las hormigas, en que todas las guerreras, obreras, esclavas, etc., que viven bajo un régimen de igualdad en los beneficios, aunque no en el trabajo, son verdaderas solteronas, amas secas de la sociedad, querer utilizar tales comparaciones en el estudio de las sociedades humanas, es abusar del razonamiento por analogía.

También se han querido comparar con las sociedades humanas los rebaños, bandadas ó manadas de rumiantes y otros mamíferos, y de aquí la calificación de *horda* para la reunión de seres humanos en tales condiciones; pero la supuestas hordas salvajes sin familia, sin religión ni tradición, sin lo que entre nosotros llamamos usos y costumbres, no son más que producto de la ligereza de juicio, estrechez de miras, cortedad de alcances, poca penetración y egoista desdén de muchos viajeros europeos.

En toda sociedad humana forma su base elemental la familia (tomada esta palabra en su sentido menos esclavizado por la etimología), el hogar, la consanguinidad, y difícilmente podremos considerar como algo más que eso la agrupación de 15 á 20 foguinos, de 20 á 50 australianos, que á más no llegarán los que vivan juntos; pero estos grupos no se

---

1 G. Budde: *Natur*, 15 Mayo 1898. — Wasmann: *Vergl. Stud. über das Seelenleben der Ameisen und der höheren Tiere.*

consideran absolutamente desligados entre sí, como hemos podido ver ya al hablar de la familia punalúa y exogámica.

14. Gentes. — La reunión de generaciones consanguíneas forma lo que se llama una *gente*, claro es que con la exclusión, en la familial matriarcal, de los hermanos, que van á multiplicarse en las otras gentes, mientras que en la familia patriarcal se incluyen las nueras procedentes de otras gentes.

Cada gente tiene su blasón, símbolo, totem ó antepasado, y entre los iroqueses, donde particularmente la estudió Morgan, elige en asamblea de hombres y mujeres su director ó consejero gentil y su capitán guerrero, que son deponibles; tiene prohibido el matrimonio entre individuos de la misma gente; la propiedad se hereda dentro de la gente, ésta venga ó defiende á sus individuos, adopta forasteros para reforzar la gente, tiene enterramiento común; varias gentes forman *hermandad*, y estas hermandades juegan á la pelota unas contra otras con sus mejores pelotaris, apostando siempre por los suyos; en el consejo se sientan juntos los directores y capitanes de la misma hermandad; y tienen otra porción de relaciones, que constituyen varias hermandades de una sola *tribu;* ésta tiene un país ó tierra propia separada de las vecinas por un campo, bosque ó desierto neutral, un dialecto propio, una mitología y un culto propios, un consejo de directores y capitanes de las gentes con derecho de exonerar á éstos, un nombre propio distinto á veces del que le dan las tribus veci-

nas, etc. La mayoría de los pieles-rojas no fué mucho más allá de la reunión en tribu, pero los iroqueses llegaron á fundar á principios del siglo XV y bajo la presidencia del jefe onondaga Hiawatha una gran confederación, que llegó á su apogeo en 1675 y conserva su constitución primitiva, con la intervención directa del pueblo en el consejo federal, con ejército voluntario, sin clases sociales, pero con una producción económica muy limitada, una densidad de población muy escasa y una sujeción muy grande del hombre á la naturaleza y á las fronteras de la tribu con sus sentimientos, ideas é instituciones inviolables [1].

Las gentes griegas de los tiempos heroicos, las de los primitivos romanos, las germanas, las célticas, etc., se diferencian de las iroquesas, principalmente, por la filiación masculina, lo que trae consigo una mayor individualización de la familia, una mayor tendencia á la propiedad hereditaria dentro de ésta, el acrecentamiento de la autoridad paterna; de donde el patriciado y el senado y la preferencia por la forma hereditaria en la sucesión de los jefes. El sistema de culto religioso de las gentes da nombre á lo que conocemos con el nombre de *gentilismo*.

15. Pueblos. — Ya en la organización gentílica se pueden descubrir tránsitos á otro modo de ser distinto de la sociedad, con la adopción de miembros extraños en la familia ó en la gente y con la federa-

---

1 Engels: *op. cit.*, pág. 152 y siguientes. — Horatio Hale: *The Iroquois Book of Rites*, 1883.

ción de tribus, cuyo parentesco sería muy difícil afirmar ni negar empíricamente; el tránsito de la filiación materna á la patriarcal, realizado más por motivos de protección y de propiedad que por convicción fisiológica, abre también en la sociedad consanguínea una brecha por donde entran á formar parte de ella los que en un grado de complicación mayor llegarán á constituir la servidumbre ó esclavitud; pero muy principalmente influyen en la transformación del gentilismo el desarrollo económico de la producción, que permite mayor densidad de población y hasta en cierto modo la exige, desarrollando el instinto guerrero de acometividad é incorporación, la división del trabajo y el consiguiente incremento de la distinción entre los asuntos privados y públicos, la complicación de estos últimos, pretexto para la creación de oligarquías y despotismos y para la división en clases.

Con la mayor sedentariedad va unida la importancia de los intereses comunes de los vecinos ó paisanos, sean ó no parientes, y de aquí que tiendan á sustituir á las gentes en la organización social los pueblos, aldeas, comunidades, valles; aunque en un principio conservan rasgos de la sociedad patriarcal, como en los cabezas de barangay de los tagalos.

16. Clases y castas sociales.—En muchos pueblos cazadores y pescadores, donde apenas hay más división del trabajo que entre el hombre y la mujer, no hay verdaderas clases sociales, y únicamente toman una posición preeminente los ancianos ó experimentados, los más aptos para el ejercicio activo de

la caza y los hechiceros: tal ocurre, por ejemplo, en los esquimales, foguinos, bosquimanes y muchos australianos; en los pieles-rojas aparece ya el gremio de los cazadores, que Dodge llama el estómago, ejerciendo un influjo decisivo sobre la cabeza ó cacique, y el corazón ó hechiceros. Donde los recursos naturales permiten una mayor concentración de gentes que, comenzando por estorbarse unas á otras y hacerse la guerra, acaban por unirse y hacer vida común, aparece la división en militares y paisanos, ya como división del trabajo, y tal ocurre en muchos pieles-rojas, ó ya como división original ó de castas, y tal sucede en caribes y arrovacos. En otros casos, como ocurre en Polinesia, se forma una casta noble, que mantiene sus prerrogativas hasta después de la muerte por la ley del *tabu*.

Con la concentración de los medios de producción en los pueblos pastores, y no bien los guerreros bárbaros dejan de quitar la vida al enemigo vencido y se lo llevan para que cuide de su ganado, aparece la principal distinción: la de *libres* y *esclavos*; pero la poca complicación de la vida de la tribu hace que éstos gocen de una libertad y de una consideración difíciles de comprender en Europa. En las luchas de pueblos nómadas, guerreros, pastores, salteadores, trajinantes (pág. 268) y piratas navegantes con los sedentarios labradores, hortelanos, artesanos, etc., sucede á veces que acaban por formar dos capas sociales: la de los señores y la de los siervos. El pastor masai mata á sus prisioneros, y el labrador y traficante wacamba los esclaviza; el wanyamwesi

hace la guerra para adquirir esclavos que poder vender al árabe; la poligamia incita á la adquisición de esclavas; en el centro de África se compran también esclavos para los sacrificios humanos que siguen á la muerte de un cacique. El piel-roja juega al azar su propia libertad; en muchísimos pueblos la esclavización es el medio de solventar las deudas, y esencialmente se reduce á lo mismo la servidumbre temporal á que quedan sujetos los braceros chinos de las colonias, y aun muchos emigrantes blancos (pág. 144).

Importancia de muy distinta índole tienen las llamadas *razas malditas* y *castas impuras*, como la de los parias de la India, los jetas del Japón y gitanos de Europa; estas castas despreciadas, dejadas aparte de la organización social, que viven fuera de la ley, sin servidumbre y sin derechos, ó separadas del resto de la sociedad por barreras infranqueables, no siempre deben su origen á diferencia de raza, sino que, á veces, radica aquél en la idea de impureza ó degradación que acompaña á determinados oficios. Con frecuencia ocurre que acaba por olvidarse el motivo original, y el pueblo y los eruditos á porfía torturan su imaginación para explicarse y explicarnos la maldición ó la impureza de la casta: tal dice que los chuetas de Mallorca descienden de judíos, ó que los vaqueiros de alzada en Asturias son moriscos desterrados; tal, que los *cagots* de Francia proceden de leprosos; el uno, que los agotes del país vasco toman su origen de los godos refugiados cuando la invasión agarena; el otro inventa un país que se llame

Gita para de él derivar los gitanos. También sucede, por ejemplo, en la cuestión de los judíos, que se hace hincapié en el significado de raza, se olvida el significado religioso de la palabra, se prescinde de su proselitismo, y, sobre todo, se deja de tener en cuenta que la naturaleza humana salva todas las barreras sociales, para sistemáticamente negar lo evidente ó querer demostrar transformaciones climatológicas sorprendentes. Los árabes y tibus consideran como cosa propia, no sólo ciertos oasis del Desierto, sino también sus habitantes ó cultivadores, apareciendo en la época de la cosecha para cobrar el tributo, es decir, para robar y saquear. En los Estados Unidos de Norte-América han caído en una situación muy parecida á la de los gitanos numerosos restos de la población indígena [1].

17. Sociedades secretas. — Á veces manifestación de resurrección de la raza, de vida de la gente, del oficio ó de la clase; á veces producto social nuevo con lazos de unión ó formas sectarias, con misterios, iniciaciones, pruebas, juramentos y castigos, son un importante factor en la vida de los pueblos; con la organización jerárquica de las sociedades secretas está estrechamente ligado el caciquismo de muchas islas oceánicas, y á su vez aquélla deriva en gran parte de la organización gentílica matriarcal; en la costa de Guinea combatieron el canibalismo los *empacasseiros*, que acabaron por fundar una nación nueva, y en Benin los aboni ex-

1 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 116.

tendieron el reinado del terror. Tampoco falta en el sexo femenino; enfrente del *nda* de los varones está la sociedad femenina de *nyemba*; ni los negros expatriados carecen del espíritu de asociación: testigo los ñáñigos de Cuba.

18. Gobierno. — En los pueblos cazadores y pescadores se confía durante las expediciones el mando, el timón ó la dirección del plan de campaña al más experimentado, hábil y resistente; cuando una tribu necesita guerrear con otra vecina, se precisa un gobierno más fuerte y más activo, y en tal caso el jefe debe ser un hombre en la plenitud de su vida, capaz de recursos nuevos y con fuerza y valor suficientes para mantener á raya su jefatura; por esta razón, los caribes someten al joven que ha de ser armado caballero á la prueba de ponerse un guante lleno de las terribles hormigas tocandeiras, y en la *Araucana* de Ercilla [1] se nos describe el procedimiento para la elección de caudillo de los caciques en la guerra:

> «éste será quien más un gran madero
> sustentare en el hombro sin pararse»;

certamen en que venció Caupolicán, aclamado por la asamblea como jefe supremo con las siguientes palabras:

> «sobre tan firmes hombros descargamos
> el peso y grave carga que tomamos.»

Este capitán no tiene autoridad más que para las cosas de la guerra, la caza ó la navegación; en toda

1 D. Alonso de Ercilla y Zúñiga: *La Araucana;* Canto II, octavas 35 y 58.

otra circunstancia y para cualquier otro asunto rige la organización gentílica.

En los pueblos pastores se desarrolla en mayor escala la concentración familiar y gentílica con grandes rebaños unificados, todo bajo la dirección del más experimentado, del más anciano, del patriarca; en los pueblos hortelanos y labradores hay mayor independencia en las familias ó casas, pero la necesidad de proteger la hacienda ó heredad, la mayor densidad de población compatible con la mayor producción del suelo, los intereses comunes, dan por resultado la formación de pequeños estados, con una diferenciación social también escasa, á la manera que vivieron los hebreos antes de su estancia en Egipto, y como viven todavía muchos montañeses de la India y ciertas comunidades de Rusia y otros países. En todas estas gentes pacíficas y de pocas necesidades las costumbres de los bisabuelos son la norma de la vida, y falta el aliciente y ocasiones para cambiarla por otra ó transformarla.

Las montañas, como dice Ratzel [1], son las barreras de los movimientos políticos y favorecen el desarrollo de las pequeñas naciones; cuando una raza está bien asentada en un país, dice Collignon, fijada al suelo por la agricultura, aclimatada por selección natural y suficientemente densa, opone una enorme resistencia á la absorción por advenedizos, sean los que sean [2].

---

1 Ratzel: *Politische Geographie.*

2 Ripley: *Racial Geogr. of Europe. Appl. pop. sc. monthly,* Febr. 1897.

19. Caciques.—En las tribus que viven en constante guerra, el capitán fácilmente se convierte en dictador permanente ó déspota, desapareciendo la misión del patriarca; pero las principales causas de arbitrariedad, más que en el poder del cacique, radican en la debilidad del sentido moral de cada cual, puesto que coexisten con un ambiente democrático que abarca desde el cacique hasta el último mono y con el contrapeso de un consejo de notables.

El caciquismo se refuerza por su unión con la hechicería, magia ó sacerdocio; por el monopolio del comercio, como sucede en muchos puntos de África; por el saber, como ha ocurrido á varios caciques blancos, mestizos ó indios ladinos; por el arte, como Lamert, que era el mejor herrero namacúa en su pueblo, y sobre todo por el talento estratégico: el juicio salomónico no le es tan necesario, porque los querellantes recurren á la hechicería ó porque coopera el Consejo.

20. Guerra.—Las guerras en los pueblos salvajes suelen ser menos sangrientas, pero su mayor duración y la escasa población de los países habitados por estos pueblos las hacen más destructoras, sin contar con las hecatombes, resultado de la sorpresa de tribus enteras, en las que se busca su total exterminio. En tales guerras de destrucción y rapiña, asesinato y crueldades, son maestras las tribus pastoras de color claro del África oriental, los cafres, los pieles-rojas. De esta guerra continua nace la zozobra y la desconfianza, que inutiliza las alianzas é imposibilita la cohesión nacional necesaria para la

independencia y el progreso. De la separación en pueblos hortelanos y pastores nace la primera realización de las fronteras con terraplenes y muros, como los de los cosacos y germanos, siendo el ejemplo más grandioso y más ineficaz la gran muralla que separaba al sedentario chino del nómada mogol.

21. Estados y naciones. — Si la tribu realiza grandes conquistas sometiendo á otras bajo el dominio del mismo déspota, se forman las hordas de bárbaros, que establecen el régimen militar bajo la voluntad suprema del rey, como en Dahomey, donde todo el reino es esclavo: los imperios asiáticos fueron teóricamente tan despóticos; pero el rey, aunque absoluto, daba leyes á que voluntariamente sometía su autoridad, y algo parecido sucedía en el imperio de los Incas del Perú y en el de los Faraones en Egipto, donde el rey era señor de vidas y haciendas, pero con leyes paternales y régimen comunista.

«La cultura de un pueblo, á medida que aumenta, va desligándose del suelo en que se ha desarrollado y crea nuevos órganos, que sirven más á los elementos del movimiento que á los de la radicación: podría decirse que el labrador sentía cierta debilidad natural por su poca familiaridad con las armas y por su amor á la posesión y á la fijeza de residencia, que debilita el valor y el espíritu de empresa. La mayor suma de fuerza política la encontramos entre los cazadores y pastores (en muchos conceptos señalados como antípodas del labrador), especialmente entre los segundos, que armonizan la movilidad con

la aptitud de aparecer reunidos en masas, y la fuerza con la disciplina. Las causas de esto son también naturales y fáciles de comprender, pues en ellos predomina aquello que hace difícil al labrador desenvolver sus fuerzas, la falta de fijeza, la movilidad, el ejercicio de la fuerza y del valor y la habilidad en el manejo de las armas. Así que las más fuertes organizaciones políticas de los pueblos semicultos son producidas por combinación de estos elementos; el pueblo chino, agricultor, está dominado por los manchúes, después de haberlo estado por los mogoles; los persas están en poder de soberanos turcos; los egipcios vivieron sometidos á los hiksos, árabes y turcos; en el interior del África los nómadas wahumas han fundado los más vigorosos Estados de Uganda y Unyoro; los aztecas subyugaron á los toltekas. De modo que las menos fértiles mesetas y las comarcas más inmediatas no fueron tan propicias al desarrollo de la civilización y formación de Estados porque ofrecieron un clima más fresco y más ventajosas condiciones para la agricultura, sino que la fuerza conquistadora y cohesiva de los nómadas se vino á enlazar con el trabajo activo del agricultor» [1].

Sin embargo, para que la conquista sea físicamente efectiva, ha de ser doméstica más que militar; el interés personal del colono vence al de su pueblo, y subsiste y triunfa el pueblo indígena á pesar del exterminio de unos cuantos cabecillas [2]. Es muy

1 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 26.
2 Ripley: *Racial Geogr. of Eur. Appl. pop. sc. monthly*, Febr. 97.

general el reinado de dinastías de origen forastero; pero los grandes Estados sin más lazo de unión que la fuerza coercitiva se derrumban con facilidad, y de ello tenemos muchos ejemplos en Asia y Africa [1]. «La conciencia nacional no brota hasta que entran en consideración los intereses morales de los pueblos; por esto, en casi todos los países que representan grandes unidades políticas hallamos diferentes nacionalidades, primero superpuestas y después yuxtapuestas; en los pequeños Estados sí que puede formar desde el principio una sola estirpe toda la población» [2].

En algunos casos, tribus distintas se reunen y forman alianza contra un enemigo común, como la de los iroqueses, ó, en un grado más elevado de civilización, Grecia y Suiza; y de estas alianzas, cuando se hacen permanentes, resultan las *naciones*, principalmente en los pueblos sedentarios, en que el lugar natal tiene tanta ó más importancia que el abolengo para la constitución social. Mucha más importancia que el territorio tiene, sin embargo, en la psicología social la compenetración del lenguaje, hasta el punto de que la distinción más radical de la sociedad suele no estar basada en la descendencia común ni en la diferencia del paisano al forastero, sino en la igualdad ó disparidad de aquél, como en la contraposición de *euskalduna*, el que habla vascuence, á *erdalduna*, el que habla idioma distinto del

---

1 Achelis: *Moderne Völkerkunde*, p. 432.

2 Ratzel: *Op. cit.* I, p. 132.

vascuence; distinción más dura establece el pueblo de Castilla cuando no admite que *hable en cristiano* el que no hable en castellano, y todavía va más lejos cuando es incapaz de comprender que los que no hablan en castellano se entiendan entre sí. Pero la solidaridad de los intereses acaba por triunfar de otras preocupaciones, y únicamente la hipocresía de los grandes Estados que intentaron apoyar su expansión en la lingüística hizo de rechazo, y como consecuencia lógica, despertar el panceltismo, etc.

22. Organismo social. — La división del trabajo en la sociedad, la acción recíproca de los pueblos con diferentes formas de cultura, las conquistas, la fundación de Estados, traen consigo una diferenciación social y política, una organización que algunos sociólogos no se contentan con poner en parangón alegóricamente con la estructura, órganos y funciones del individuo, sino que utilizan los argumentos por analogía, á la manera que las artes médicas cuando atribuían determinadas virtudes terapéuticas á ciertos tubérculos y raíces por su semejanza de forma con ciertos órganos animales, materializan y fijan las funciones sociales y endiosan el Estado burocrático. Estando hoy en litigio la teoría orgánica de la sociedad y atacada durísimamente por varios sociólogos, prescindimos de entrar en más desarrollos.

XII

Usos y costumbres.

1. Muertes. — R. y C. Kearton [1] dicen haber visto en Saint-Kilda (Escocia) que cuando dos aves quedan prendidas en los lazos á muy poca distancia una de otra, se atacan, sin duda echándose mutuamente la culpa de su desgracia; al menos, ya que ellas no nos lo cuenten, lo supondremos por el modo de razonar en caso semejante muchos individuos de la especie animal racional. La ira hay que descargarla de alguna manera, y se descarga contra lo que está más cerca, hasta el extremo de que el propio individuo, cuando no encuentra otro en quien desfogarse, se dé de cabezadas contra una peña sin verdadera intención de suicidarse.

El animal, que sabe atacar á su presa de modo que ésta quede completamente inmóvil é inerme, desfoga su ira contra su enemigo ó contra su rival sin fin premeditado, hasta cansarse, mientras que el sér

---

1 R. a. C. Kearton: *With Nature and a Camera*, 1893.

humano sabe matar de primera intención economizando sus fuerzas; á este descubrimiento atribuye Ferrero [1] capital importancia en la historia del género humano, derivando del mismo el delirio de persecución en que viven muchos pueblos salvajes, que no comprenden la muerte natural, y de aquí que hayan de buscar su causante y vengarse en el que suponen tal, aguzando su ingenio para inventar armas eficaces y llegando en ocasiones á suicidarse para atormentar en espíritu á quien les ha hecho daño.

Pero en medio de la crueldad que se desarrolla con la invención del asesinato en combinación con el animismo primitivo y alimentándose del pecado de la ira, es preciso no olvidar que la venganza hace suponer que el muerto no es indiferente á los supervivientes del mismo grupo social; el hombre nunca ha sido absolutamente misántropo, y el homicidio individual es más raro entre salvajes que en pueblos que empiezan á entrar en la cultura [2]. El que mata á un prójimo suyo, y como tal se considera sólo al próximo pariente ó de la misma gente en la organización gentilica, queda *ipso facto* fuera de ésta, perdiendo toda solidaridad con la misma, mientras que todo gentil es solidario responsable de lo que cada uno de sus prójimos cometa contra extraños [3].

---

1 Guglielmo Ferrero: *The idea of murder among men and animals*. «Appl. pop. sc. monthly», 1897, LI, p. 805.

2 G. Ferrero: *La morale primitiva e l'atavismo del delitto*. «Arch. di Psichiatria», 1896.

3 Achelis: *Moderne Völkerkunde*, p. 283.

El homicidio apenas es reputado por pueblo alguno como crimen en sí mismo, sino como una acción lícita ó laudable en ciertas condiciones, especialmente en defensa propia, en caso de guerra, de venganza, de castigo y de sacrificio. Sin salir de España podemos observar el contraste entre el sinnúmero de absoluciones por homicidio y el sentido de la opinión pública en la ribera del Ebro, mientras en el Norte al que muere ó mata en riña acompaña la unánime censura, y en el caso más benévolo el calificativo de mala cabeza. Muchas fercces tribus consideran el homicidio simplemente como un testimonio de valor: al joven siux no se le permite ponerse el adorno de pluma en la cabeza y tomar el título de valiente ó guerrero, hasta que ha matado á un hombre, y apenas puede pretender á una muchacha para casarse hasta que ha ganado la pluma: cosa análoga sucede con los dayak de Borneo, y el guerrero naga de Assam tenía que llevar á su casa un cráneo ó cabellera para manifestarse digno del taraceo y de tener mujer, la que había estado esperando acaso años para casarse con él; no era necesario que el trofeo fuese de un enemigo, porque podía obtenerse por la más negra traición y á condición de que la víctima no fuese de la tribu del matador[1]. En cambio los siux reputan como un crimen el homicidio dentro de la tribu y los dayak castigan el asesinato: de hecho resulta este contraste de que la tribu hace su regla de conducta, no atendiendo al

---

1 Achelis: *loco cit.*, p. 407. Tylor: *Antropología*, etc.

principio abstracto de justicia, sino á su propia conservación; su existencia depende de mantenerse en guerra de exterminio con las tribus vecinas, y así es que se premia á los guerreros que prueban su valor peleando contra los enemigos, aunque en días degenerados se llena la fórmula llevando en el trofeo del guerrero la cabeza de alguna vieja ó de algún infeliz extranjero que perdió su camino. Como ejemplos del contraste entre la justicia con la gente propia y la arbitrariedad con el forastero ó extranjero, citaremos la palabra latina *hostis*, que empezando por significar extranjero, pasó luego á significar enemigo; las costumbres de los «naufragadores» de casi todas las costas europeas; la distinta penalidad que el fuero de Madrid asignaba á los que ofendían ó defraudaban, según que la víctima fuese vecina de Madrid ó fuese albarrán ó forastero; la diferente idea que hoy todavía se forma el colono de Australia, América y otros territorios, respecto al asesinato de un hombre de color ó de un ciudadano blanco; la idea de que matar á un esclavo no es más que destruir una propiedad, etc., etc.

2. Venganza. — En el primitivo estado de las cosas, cada hombre tomaba la justicia por su mano, hacía lo que se llama justicia catalana, y era regular lo que llamamos venganza; el más sagrado deber de un australiano es vengar la muerte de su pariente más cercano, y si no lo cumple se burlarán de él las viejas; si es soltero, ninguna muchacha querrá hablarle; y si casado, sus mujeres le abandonarán. Si el asesino huye, teniendo en cuenta la doctrina

de que toda la familia del criminal es responsable, la parentela huye también, pues en otro caso, en ella se satisfaria la venganza; de este modo se consigue que la familia influya refrenando las pasiones de cada uno de sus individuos como un medio de conservación de la paz. Desgraciadamente, la utilidad de este sistema se desvirtúa por la ignorancia y la ofuscación; así, en Australia, cuando un hombre muere, sus parientes inquieren por la adivinación al encantador ó hechicero que le hizo morir; el vengador lo busca y lo mata, luego hay desquite por la otra parte y se establece una contienda hereditaria.

Entre los iroqueses la gente del matador hacia intentos de acomodo por medio de presentes; y si éstos no eran aceptados, nombraba la gente del muerto al vengador encargado de restablecer el equilibrio con la muerte del asesino.

Los israelitas mejoraron esta regla de conducta con la existencia de ciudades de asilo y distinguiendo entre el homicida moralmente inocente y el asesino que obra con premeditación; en las ciudades árabes se aceptó el pago de la sangre en dinero, y cosa análoga representa el Wehrgeld de los anglo-sajones y teutones: 200 chelines por un hombre libre, menos por gente más baja, menos por un galés que por un inglés. Además, donde la regla de la venganza es vida por vida, los daños menores sólo exigen un daño de la misma especie; la ley romana del talión ó ley de lo semejante, desagravio ó retaliación, ley bien especificada entre los judios, exis-

tente hoy en Abisinia, y que como tantas otras cosas ha habido quien sin ningún género de fundamento suponga existente hoy en Vizcaya, cuando ni siquiera hay memoria de ello, aunque sí de penas más severas

Cuando el asesino es de otra tribu ó clase, se reune en consejo la comunidad injuriada, como sucede en las selvas del Brasil, y casi siempre acuerda la guerra, si se atreve; sale en seguida una partida de guerreros, compuesta de los parientes más próximos del asesinado, con sus cuerpos pintarrajeados de manchas negras, para mostrar su oficio, y tras ellos el grueso de la tropa. Entre tribus vecinas comienza generalmente la guerra por alguna ofensa ó agravio, matan luego alguno de la otra tribu, y la venganza de su muerte se convierte en agravio de tribu, que ha de vengarse con sangre y en guerra de tribu, siempre dispuesta á estallar y transmitirse de generación en generación. Fué una antigua ley germánica que todo hombre libre que hubiese sido ofendido en su cuerpo, honra ó hacienda, pudiese vengarse por sí propio con auxilio de su propia gente, si no quería aprovechar la conmutación legal. De mediados del siglo XIV á mediados del XV duraron en las Provincias Vascongadas las interminables contiendas de oñacinos y gamboinos, bandos en que habían tomado forma las discordias de los señores, y acabaron merced á la energía desplegada en tal ocasión por Enrique IV de Castilla, apoyado por el país.

3. Propiedad y herencia.— Respecto del robo y

el hurto, es muy general que no se considere como inmoral siempre que se practique fuera de la tribu: tal es el caso entre los esquimales y los negros respecto de los extranjeros, y lo mismo sucedia entre los antiguos germanos; entre los balantes, un profesor de robo es honrado y bien pagado; los cafres admiran el éxito en el robo como prueba de destreza; los chukchis consideran meritorio el fraude en los negocios; los puelches tienen por perros á los tehuelches, porque no son ladrones de ganado; entre los koloches no es delito el robo; para los kurdos el robo á mano armada es honroso.

Entre los indios del Brasil la propiedad del suelo es de la tribu, cada uno de cuyos individuos tiene libre el usufructo de la caza, pesca, etc., hasta donde una roca, árbol, torrente ó muga artificial señala el límite de la propiedad de otra tribu, castigándose en ciertos casos con la muerte al extraño que pase la raya cazando, y así se explica la desgracia de muchos exploradores europeos; los hereros de Damara, para hacer insoportable un sitio al intruso inmigrante, llevan tantos rebaños y establecen tantos puestos de ganado junto á los rebaños, huertas, pastos y casa de aquél, que cansado de tanta molestia, y viendo el terreno de hecho devastado, resuelve abandonarlo [1]. La propiedad de la choza, el ajuar y la huerta cercada es de la familia que la construye y la ocupa; es de propiedad individual lo que cada cual usa ó lleva consigo, armas, adornos, vesti-

---

1 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 148.

dos, etc. [1]. En las comunidades de los lugares que tanto contribuyeron á constituir el Asia y la Europa, y cuyas huellas se conservan en Inglaterra, España, Suiza, Rusia y otras naciones, no sólo los terrenos de caza, pesqueras, praderas con pastos y montes de arbolado fueron tenidos en común, sino que las familias ni aun poseían los campos, labrados en común y repartidos de tiempo en tiempo entre aquéllas, tanto, que su patrimonio no alcanzaba más allá de la casa y del jardín anejo. Cosa análoga sucede en gran parte de la Nigricia y en América, incluso en el Imperio de los Incas.

Con el tránsito del matriarcado al patriarcado gana en importancia la familia á costa de la gente; en vez de ser preferido el hijo menor para conservar por más tiempo en las casas el ascendiente de las madres, se prefiere el mayorazgo, que á veces sustituye al patriarca en vida de éste para dar mayor robustez á la casa [2], y lleva consigo deberes de compensación y protección á sus hermanos menores; puede ser el mayorazgo masculino, como en los esquimales, ó puede ser de cualquiera de los dos sexos. El respeto que la conciencia popular exige para la unidad de origen de la familia, se revela, por ejemplo, en las ceucerradas al viudo ó viuda que se vuelve á casar.

La idea de una propiedad primitiva se revela en el hecho de que los bechuanas paguen á los bos-

---

1 Tylor: *Antropología*, p. 501.
2 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 111.

quimanes con una parte de lo que cazan, considerándolos dueños primitivos del territorio, y en el Nilo superior las lagunas y estanques son tan sujetas á propiedad como en España las tierras de labor y los viñedos, pues los peces y semillas de loto son la base de su alimentación; en cambio los prados no tienen más importancia que como sustento del ganado [1].

Por la roturación de un terreno inculto se origina la propiedad privada territorial en los maoríes, en Islandia, Gurhwal, etc. [2]; este patrimonio agrícola representa una acumulación de trabajo, un capital; y como este trabajo acumulado no ha de comenzarse de nuevo por el sucesor, explícase por sí misma la continuidad de la propiedad por la herencia y la importancia que para esto tiene el parentesco de sangre. Pero en el trabajo intervienen todos los individuos de la familia ó *casa*, de donde la comunidad casera ó patriarcal, manteniéndose la heredad ó hacienda indivisa á través de las sucesivas generaciones en la casa por medio de la institución del mayorazgo, por la zádruga ó hermandad eslava, etc.

El cultivo más intensivo y la mayor densidad de población consiguiente aproximan las casas y se forman comunidades locales de cooperación, como en las andechas, lorras, esfoyazas, seranas ó hilandares, las hermandades de pasto de Campóo, Ca-

---

1 Ratzel: *loco cit.*, I, p. 118.
2 Bastián: *Allgem. Grundzüge der Ethnol.*, p. 34.

buérniga, Ruente y los Tojos para los puertos altos, piaras y cultivos de cofradías (el marón y el prado de las ánimas en la Montaña) y la hornera de pan del concejo; la propiedad privada no aparece definitivamente separada del bien común en el siglo XVII en Irlanda, donde al extinguirse un hogar se hacía nuevo reparto entre los demás hogares del clan [1]; en Llánabes (Picos de Europa) hay jubileo de 25 años, y en multitud de pueblos de España existe al lado de la propiedad privada la colectiva, ó está sujeta á repartos periódicos, al trabajo ó al aprovechamiento en común [2].

«Con demasiada precipitación han achacado ciertos misioneros anglo-sajones al comunismo, que no exige de cada cual el uso de toda su fuerza en el trabajo, la causa de ciertas malas cualidades de carácter, como el alimento de la intriga en la ociosidad de los samoanos; hay disposiciones dirigidas concienzudamente contra la excesiva acumulación de capitales y que pueden haber ejercido una acción beneficiosa en la Polinesia» [3]: combínase con ellas la filiación femenina y la ginecocracia ó el matriarcado para impedir que la herencia salga del grupo gentílico materno. Así se originan las organizaciones políticas, que tanto chocan al europeo, acostumbrado á dar más importancia al solar que á la casta; un cacique nacido en una determinada isla y que al mando de los naturales de otra hace la guerra á sus

---

1 Engels: *op. cit.*, p. 241.
2 J. Costa: *Colectivismo agrario en España*, 1898.
3 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 117.

paisanos; pero es que éstos no tienen nada que ver con la parentela materna de aquél.

En cambio, como achaque del individualismo extremado se suele computar la impaciencia por la explotación, que hace degenerar en escoriales muchos suelos fértiles, aunque también habría que cargarla á la imprevisión y á la ignorancia; los italianos y alemanes mutilan indignamente los árboles que les quedan, y les dan el aspecto de estacas ó de escobas; los franceses del centro y los vegueros de Granada mutilan el olmo para dar las hojas al ganado menor y calentar el horno con las ramas, no dejando más que renacuajos, espárragos ó monstruos, y el sauce blanco, uno de los más hermosos árboles de la Europa oriental cuando crece en libertad, no se ve apenas más que en forma de tronco cavernoso de gruesa cabeza rugosa erizada de chamarasca, ejemplos todos que hacen ver cuán injusto es con los vascos Vinson al denigrarles por tal proceder con el roble, como si fuera especial del país, siendo así que el pecado es más venial que en muchas otras regiones de Europa; como ejemplo más radical se ven en la Carolina y Alabama partes conquistatadas á bosques vírgenes hace menos de medio siglo, convertidas hoy en eriales, del dominio de las bestias feroces, todo lo cual hace á Réclus exponer la consideración de que, donde el suelo se afea, la imaginación se extingue, los espíritus se empobrecen, la rutina y el servilismo se apoderan de las almas y las disponen á la somnolencia y la muerte. En China y los países mediterráneos, de civilización vieja

es muy común el que los bosques estén recluidos en los últimos rincones de las montañas, dejando aparecer la calvicie de la tierra [1] y todo lo más, donde el cultivo está abandonado, se forman matorrales que no llegan á repetir la vestidura primitiva, cuando no se descarna aquélla dejando al descubierto el espinazo en las sierras pedregosas.

Los pueblos pastores nómadas dan menor densidad de población que los hortelanos y labradores; pero exigiendo su patrimonio mayor custodia, la cohesión de las familias es mayor y de aquí la importancia del régimen patriarcal. Su mayor fuerza orgánica los suele transformar en guerreros saqueadores y esclavizadores, y el trabajo llega á ser más deshonroso que la rapiña; cuando los nómadas pastores se convierten en nómadas trajinantes quieren respeto á su propiedad. Con un espíritu de sedentariedad más desarrollado reemplaza al saqueo la conquista, á la esclavitud la servidumbre feudal y á la opresión económica de la ciudad la del campo.

La cohesión orgánica que da la disciplina y subordinación de los tripulantes á un patrón experimentado, convierte fácilmente á los pueblos navegantes en espoliadores de los costeños del continente, y más tarde en comerciantes; la piratería de origen normando privó, por ejemplo, á los vascos de la pesca del bacalao en Terranova é hizo decaer la

---

1 Queda ésta tan desnuda donde no hay sembrado, que en muchísimas localidades castellanas el país no es más que «la tierra».

pesca de la ballena vizcaina. Con la aparición de la moneda quedan la producción y el productor en manos del mercader, y el territorio, susceptible de enajenación, á merced de la primera; el inquilino ó arrendatario corre el peligro de convertirse en bracero sin hogar ni porvenir (Pellegrini), cayendo en el nomadismo del esclavo, que cambia á cada momento de dueño y de suelo.

La herencia, salvo en los casos en que la familia continúa viviendo con la propiedad indivisa bajo la dirección del mayorazgo, como sucedia en Europa desde hace cerca de mil años respecto de los terrenos dejados en feudo, y en las Provincias Vascongadas, donde se ha venido realizando en la forma de quedar el hijo mayor con la casa y la heredad, dejando á los demás que se busquen la vida, en otros casos se divide entre todos los hijos, ó sólo entre los varones, como en Australia Occidental, mejorando en ciertos casos al mayor con el derecho de primogenitura.

Las reglas antiguas, modificadas por nuevas circunstancias, hay que reconocer que han podido producir resultados que jamás previeron sus autores, y así el cabeza de familia llega á poseer el caudal de la familia para sí propio ó en su exclusivo provecho. En Inglaterra y en Navarra, el poder de la voluntad llegó á ser tan grande que, en principio, un hombre puede dejar sus bienes á quien le plazca; pero en la práctica esta facultad tiene sus limitaciones en los sentimientos morales y en la opinión pública. La costumbre de la división se llevó en la

Edad Media hasta el extremo de repartir el reino entre los hijos. En las ciudades inglesas de Hackney y Edmonton se observa otra costumbre, según la cual, las tierras del abintestato pasan al hijo menor; este derecho del más joven, subsistente en varios puntos de Europa, Asia y Norte de Australia, es una ley racional en las colonizaciones donde hay aún muchas tierras que tomar, y los hijos, según crecen y se casan, van á buscar nuevas propiedades, mientras el hijo menor queda cuidando á sus padres, por lo que los mogoles le llaman el guardador del hogar.

4. Justicia. — En todo pueblo hay reglas de conducta que fluctúan, por ejemplo, entre el derecho individual á matar al cogido in fraganti, aunque se trate de un hurto, y la multa con que se redime el delincuente en cualquier otro caso, como sucede en muchos pueblos negros y malayos; un principio fundamental es la indemnización del perjuicio [1], pero también influye la santidad de las tradiciones antiguas, sólo que no hay reglas fijas que ajusten á los precedentes todos los casos que se puedan presentar.

Para inquirir al culpable se hace uso de todas las ciencias ocultas, el hechizo, la magia, se compromete á intervenir á la divinidad con juramentos, pruebas ú ordalia, duelos, juicios de Dios y, lo mismo cuando decide el cacique á su arbitrio que cuando lo acuerdan los Consejos ó Asambleas, son

---

1 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 126.

las sentencias resoluciones instintivas que se suelen atribuir á inspiración divina; no se sabe el por qué se decide de tal manera y no de tal otra, sólo se ve que influyan el modo de ser individual de los jueces y su posición social; el juez y el legislador son una misma persona; los juicios son oráculos que no se derivan de un principio general y sólo sirven para una vez. Residuo de esta intervención directa de la divinidad es lo que hoy se suele llamar la santidad de la cosa juzgada, que impide la revisión de los procesos, y uno de los mayores desarrollos del *tormento* como elemento de prueba lo vemos en plena Europa, aún no hace cuatro siglos, pudiendo aquí transcribir las palabras del teólogo protestante Meyfart: «El sutil español y el astuto italiano tienen aversión á estas enormes brutalidades, y en Roma no es frecuente tener en el tormento á un homicida ó ladrón, incestuoso ó adúltero más de una hora, mientras que en Alemania se ha ido tan lejos, que la tortura se repite día y noche, y hasta cuatro días con sus noches, porque el verdugo no cesa de atormentar y el juez no deja de ordenar... Confesado el delito, se da lectura de él en el tribunal, se anota en el registro, se escribe á las facultades y se da cuenta á los príncipes y regentes como confesado voluntariamente y sin tormento» [1]. De fines del siglo XIX y de otro país sólo mencionaremos el siguiente: se ata al sospechoso codo con codo, y á la

---

1 Paul Ernst: *Hexenwesen*. Sonntagsbeilage núm. 46 zur «Vossischen Zeitung», 15 Nov. 96.

cuerda con que está atado se une otra que pasa por una polea del techo, tirando del cabo libre hasta que las puntas de los pies apenas toquen al suelo; ha confesado ya su delito antes de que lo presenten al juez, y éste no sabe nada de tal procedimiento, ni ve cardenales ni señales de paliza.

Las sentencias parecen muchas veces arbitrarias, pero la organización social y las condiciones de existencia las limitan, apareciendo la primera legislación con el recuerdo y comparación de los precedentes; de aquí empieza la costumbre, la tradición, tanto más reforzada cuando coopera en la sentencia un Consejo de ancianos [1]. Aunque la arbitrariedad del cacique no se halle limitada por nadie, tampoco tiene apoyo ninguno su autoridad fuera de la ley; á él se le hace responsable de todas las calamidades públicas, como se hace con los hechizos é ídolos, y por ende queda expuesto á la rivalidad de los fuertes y de los listos; enfrente ó aparte de esta organización de justicia tradicional ó del Estado, y como compensación á la debilidad ó ineptitud de ésta ó como exigencia de nuevas condiciones de existencia, nacen las sociedades secretas; tal es la célebre orden de Egboe, cuyo origen debió ser el mercado de aceite entre Calabar y Camerón, especie de liga hanseática para poner el orden necesario al crédito que el comercio europeo exige, y que á menudo declara en estado de sitio comarcas enteras suspendiendo los usos tradicionales y proclamando la ley

---

1 Post: *Grundlagen des Rechts*, p. 43.

marcial para hacer frente al exceso de esclavos y de mujeres [1].

La venganza privada y el odio de raza dan nacimiento en ulteriores desarrollos á la vindicta pública, el linchamiento y otros procedimientos, á menudo tan ciegos como sus progenitores; el último residuo es la acusación privada, y las causas á instancia de parte, por más que en muchos casos se siga considerando más noble el perdonar que el mostrarse parte en la causa, cuando no se ha podido tomar la justicia por su mano.

5. Tabu.—El *tabu* polinesio *(tapu, tambu* en Melanesia) esclaviza la vida tanto como el sistema de castas de la India, y no sólo divide á los hombres, sino también todas las cosas; éstas son sagradas *(moa)* ó comunes *(noa)*, y á veces basta un simple contacto sin intención para que una cosa pase de la segunda á la primera categoría, necesitándose determinadas ceremonias para la desvinculación, expropiación, vulgarización ó secularización de lo que una vez fué *tabu*. De él se valen las autoridades indígenas para gobernar, para prevenir el hambre de los años estériles, consagrando las cosechas (prohibiendo temporalmente su dispendio), para proteger la propiedad privada y para una multitud de reglas de policía; por lo que fácilmente degenera en una verdadera epidemia de prohibiciones con que los caciques y sacerdotes oprimen al pueblo, y éste queda todavía más cohibido por multitud de supers-

---

1 Bastian: *Rechtsverhältnisse*, p. 402.

ticiones ó preocupaciones á que han venido á parar antiguos *tabus*, cuya significación se ha olvidado. En cambio los esclavos suelen no tener *tabu* ni ser susceptibles de infringir el de otros, y de esto se valen sus amos para trampear la ley.

El *pomali*, *pali*, *padi*, *fadi*, *fosso* ó *sasie* de los malayos, como el *mugul* de los micronesios y el *uhum* de los dayacos, es de categoría más modesta y señala lo que es decente y justo, lo que es de mal agüero ó que trae desgracia, lo sagrado ó prohibido, lo que no se debe tocar; es *pomali* en Ternate el tocar á la mujer de un tercero y en ciertos distritos de Madagascar el matar pájaros, ó es *fadi* la gallina ó el perro, lo que trasciende á reminiscencias de totemismo, ó son *pomali* los sueños ó la carne de ciervo, puerco, etc., ó es *fadi* el día de los lares, y en ese día no se debe trabajar ni salir de cierto régimen alimenticio.

Muy fácilmente pueden los forasteros transgredir el *tabu* sin saberlo, y de aquí se originan muchos de los conflictos de los europeos en Occanía; pero ¿qué juicio formaría de Europa un polinesio que se viese tratado como un criminal y despojado de un luis á pretexto de *procès verbal* por ir acompañado de dos perrillos sin bozal, ó se le prohibiese el paseo por un coto de caza porque se podían espantar y no volver los pajarillos? ¿Qué opinaría del *tabu* de las fachadas de los cuarteles para los dibujantes, del *tabu* de las casas encantadas por la desgracia de sus primeros habitantes, etc., etc.?

6. Modales. — Lo que solemos llamar modales,

buenos modos, buenas formas, buena crianza, la urbanidad, la política, la cortesía, no son privativas de la civilización, de la *urbs* ó de la corte; lo que hay es que no son las mismas las reglas de buena crianza en los diferentes pueblos, diferentes países y diferentes condiciones de existencia. La desconfianza, el recelo y el miedo á los fantasmas guian la conducta de los encontradizos entre los negros africanos, motivan la frialdad con que reciben los australianos la vuelta de una persona conocida hasta dar tiempo á que renazca la confianza y obligan á los pieles-rojas á anunciar su visita con grandes alaridos guerreros ó con cantos. Es menester evidenciar la amistad de alguna manera, y de aquí los *saludos,* tan distintos de unas gentes á otras; los sudamericanos reciben la visita tendidos en la hamaca; los australianos saludan frotando el pecho y se despiden extendiendo las manos y levantándolas hasta la cabeza; los micronesios se frotan la cara con la mano ó el pie del interlocutor, y se recibe al forastero con una especie de recitado en coro; los polinesios, esquimales, samoyedos y lapones se saludan con las narices; los dinkas en otro tiempo se escupían; algunas tribus negras reciben con palmadas, y en Camerón con las palmas juntas; los árabes saludan con las puntas de los dedos, como quien da agua bendita, y muchas tribus negras con largos y simpáticos apretones de manos (véase también el principio de la página 277).

En las islas Palaos y entre malayos es una inconveniencia el preguntar ¿cómo te llamas? pero se

puede saludar diciendo ¿quién eres? (véase página 422); se principia la conversación preguntando ¿no hay novedad? y se despide diciendo únicamente: me voy. Los oyampi (América) abusan de la palabra *banaré* (amigo), á la manera de los andaluces, y de aquí el que las tribus vecinas les den el mote de *banaré*. Entre pieles-rojas no se debe mirar al que come, pero tampoco se debe rechazar un convite y hay verdadera porfía de comilonas; al amigo se le ofrece tabaco, y si se le quiere distinguir muy especialmente ha de dar algunas chupadas del cigarro del compañero; en cambio en el país del porrón resulta indecente el aplicar los labios, se ha de saber beber á chorro. Hijo del recelo es también el sentirse ofendido cuando hablan el lenguaje del país en presencia de un extraño, que á su vez se cree obligado á preguntar por una familia que no conoce y por porción de cosas que nada le importan: hay pueblos que se defienden con la reserva y consideran de mala educación el preguntar, mientras que otros se defienden con la mentira y consideran de mala educación el no satisfacer su curiosidad.

La misma desconfianza hace que se requieran ciertas *ceremonias* para cerrar los tratos, pactos y alianzas; el pacto de sangre mezclando la de los contratantes, con lo que figuran contraer relaciones de consanguinidad á la manera del rey de Cebú y el guipuzcoano Legazpi, que incorporó las Filipinas á la corona de España, es una ceremonia muy extendida por los pueblos malayos, negros y otros. Los Wakamba cierran un pacto rompiendo un cacharro,

los Wakikuyu degollando un cordero, atenuación de los sacrificios humanos del Centro de África; el pacto se puede, sin embargo, deshacer yendo, sin avisar al otro bando, al sitio donde se celebró la alianza, sacrificando una oveja y derramando parte de la sangre en un fragmento del cacharro ó en el suelo mismo. Los africanos de la costa oriental se sientan sobre un mismo cuero, para llegar á ser de una misma piel, ó hay permuta de anillos de la piel del animal que han comido juntos; la costumbre de comer y beber juntos como pacto de amistad dió origen á la frase ¿en qué bodegón hemos comido juntos? como contestación á una muestra de excesiva confianza; la comida en común es trascendental para la pareja matrimonial en el lejano Oriente, y para facilitar las explicaciones en una transacción tiene en muchos países gran importancia la pipa, la botella de rom ó la taberna. Se cierran los contratos, apuestas, etcétera, con un apretón de manos ó cruzando las armas; hace veces de firma la imposición de la mano ó la huella del pulpejo; se hace intervenir á la divinidad ó á los espíritus con juramentos ó imprecaciones; entre los ingleses vagabundos del siglo pasado, un hombre y una mujer uniendo sus manos por encima de un animal muerto significaban la promesa de no separarse hasta la muerte; en la antigua Germania un propietario transmitía á otro su hacienda dándole un terruño con una varilla verde hincada en él.

Fundados los modales en la desconfianza, si bien contribuyen á la verdadera educación y buena

crianza, enfrenando las pasiones y poniendo coto á la propagación por desvergüenza del vicio, no pocas veces se limitan á la hipocresía, como en las gazmoñerías de las mozas micronesias [1].

7. Moralidad y Carácter.—Uno de los instintos étnicos más primordiales es el amor maternal, y, sin embargo, se ve muchas veces contrariado por la necesidad ó por diversas exigencias de la tribu: entre los australianos se quita de enmedio con frecuencia á los recién nacidos, por pura necesidad, más que por dureza de corazón, pues muchas veces se ve á los padres desafiar los peligros del fuego y del agua, para salvar al niño que pocas semanas antes dudaban aún si matarlo ó conservarlo, y las madres llevar consigo el cadáver, ó por lo menos algunos huesos de sus niños difuntos; en la primitiva Grecia también se exponían á las fieras los niños contrahechos. En algunos puntos de las islas Salomón y Nuevas Hébridas, los recién nacidos tienen pocas probabilidades de salvarse como no sean hembras, porque la herencia es por línea materna; en cambio compran los niños de otras tribus ó adoptan con facilidad hijos de otras familias y los acarician mucho: es muy frecuente en Polinesia el infanticidio, ó porque la herencia suele pasar del padre al primogénito en vida de aquél, ó cuando son gemelos de distinto sexo porque los consideran como incestuosos, otras veces por la antipatía de la mujer á tener hijos antes del tercer año de matrimonio, y también lo mismo que el aborto

---

1 Ratzl: *op., cit.* I, p. 271.

por maltusianismo. Una atenuación á esta costumbre es el derecho de asilo que el *colchoncillo* de la antigua capital visigoda le concede.

La dura ley de la necesidad es también la que estableció costumbres como la de ciertas tribus brasileñas, que machacan la cabeza de los enfermos y viejos y hasta se los comen, si encuentran demasiado onerosa la asistencia ó piensan realmente, como dicen, que es un medio de acabar con una vida que carece ya del aliciente de la pelea, de las fiestas y el baile. El viejo jefe Puncah, ciego, hecho un armazón de huesos y pellejo, tiritando junto á unos palos encendidos, teniendo por choza una piel de bisonte sostenida en unas horquillas, y por alimento una taza de agua y unos pocos de huesos á medio roer, fué abandonado por su propio deseo cuando su tribu partió en busca de nuevos terrenos de caza, lo mismo que él años antes había dejado perecer á su padre cuando ya no se podía valer. En el estado agrícola, con cierta riqueza y comodidades, ya no hay excusa para matar ni abandonar á los ancianos, y, sin embargo, la historia nos manifiesta cuánto tiempo se conservó esta práctica en la misma Europa, no ya con el intento humanitario de poner fin á una prolongada miseria, sino más bien como una costumbre heredada de tiempos más rudos y difíciles; los wendes mataban á los valetudinarios y á los viejos, comiéndolos luego, como cuenta Herodoto de los masagetas: en Suecia se conservaban en las iglesias ciertas cachiporras llamadas «mazas de familia», algunas de las cuales

aún existen, y con ellas en los tiempos antiguos la parentela daba muerte solemne á los ancianos y enfermos sin esperanza de curación; es interesante seguir en las antiguas tradiciones germánicas el tránsito de tal barbarie á maneras más apacibles, cuando el viejo padre enfermo, dividiendo su haber entre sus hijos, es invitado á sentarse desde entonces para ser cuidado en el sitio que ocupaba el gato en el hogar[1].

En Polinesia asisten los niños impasibles á la muerte de sus padres, y los mogoles entierran vivas á las viudas solitarias y á los niños sin madre; en el Cáucaso no está bien el acariciar á los niños en público, á la parturienta se la expulsa de la casa como impura, teniendo que arreglárselas sola en una choza ó cuadra, y á los moribundos se les saca fuera de casa.

Para juzgar con imparcialidad de las relaciones sexuales en los distintos pueblos, es menester tomar por base la constitución de su familia y de su sociedad, tener en cuenta la desorganización y degradación que el contacto con las actividades europeas suele producir en aquéllas y dejarse, tanto de mojigaterías, como de lógica de lupanar. Los pueblos más disolutos parecen ser los polinesios, debido en parte al modo de ser su familia, á sus habitaciones comunes y á que son más hombres de club que caseros (pág. 140); el infanticidio femenino, el parto, los trabajos y privaciones, la brutalidad de los ma-

---

1 Tylor: *Antropología.*

ridos y el desenfreno, redujeron la población femenina de Hawai á la cuarta parte de la masculina [1]. La impudicia de los hiperbóreos puede provenir en parte del amontonamiento de casados y solteros en pequeños recintos por exigencias del clima y de las condiciones económicas, y en parte por la desmoralización que consigo lleva el aguardiente; á esto último y al rebajamiento de la sumisión al extranjero atribúyese la del bosquimán. Los negros, comparados con los polinesios, son más castos, á pesar de su desnudez, y más caseros; su sensualidad suele ser la ordinaria, no contra naturaleza. Depende de otras circunstancias el que se tenga por honroso ó por indiferente que las mozas paran ó lleven vida libre, como entre los serviciales Wakambas, el Japón y en los antiguos celtas; el que el pueblo cele la virginidad y castidad de las solteras, como entre los aristócratas Masai y los antiguos germanos [2]; el que á los mismos Masai no les importe la fidelidad de sus mujeres; el que en otros pueblos la hospitalidad se extienda hasta ceder, no quizás la mujer propia, sino una viuda, ó que se esté á la recíproca; el que la fidelidad conyugal sea cuestión, más que de sentido moral, de derecho privado del marido, que puede prostituir á su mujer ó quedar ésta libre de *tabu* en ciertas festividades, como en Melanesia. La monogamia suele no ser tal más que para la mujer, y con el mayor vigor del lazo conyugal y

---

1 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 250.
2 Engels: *op. cit.*, p. 251; y Ratzel: *op. cit.*, I, p. 113.

la distinción de clases suele aparecer la prostitución profesional como medio de precaver la relajación de aquél. No obstante, afirma Tácito de los germanos que se solían contentar con una sola mujer, y que la supremacía del hombre era más suave que entre los romanos; diferencias análogas se pueden ver hoy también en estos y otros pueblos menos distantes. El indio americano es flemático para el amor, y las obscenidades son muy raras en el lenguaje de los indios guatemaltecos, según Stoll; mientras que los mestizos llegan, hablando en castellano, hasta lo increíble; hay quien atribuye á esa frialdad india la disminución de su raza en provecho del mestizaje, y hasta suponen mayor fecundidad á la unión mestiza que á la pura: no es obstáculo tal flema para que llegasen los indios á vicios contra naturaleza, evidenciados en huacas existentes en el Museo Arqueológico de Madrid, si no bastasen otros muchos testimonios y costumbres que se han querido interpretar con hipócrita candidez puritana para tener el gusto de tratar de difamadores á los cronistas españoles. De los árabes, dice Ratzel que, aunque no son más inmorales que otros pueblos, es característica en ellos la falta de remordimiento, la manga ancha; la ley moral la aprecian sólo con el entendimiento, y entre sus pobres se ven vicios que en Europa se consideran hijos del lujo [1].

La crueldad en la guerra y en la venganza, aunque se suele llamar inhumanidad, es propia del hom-

---

1 Ratzel: *op. cit.*, II, p. 430.

bre, y la civilización no la atenúa más que por interés; así vemos que en la India coexisten la crueldad más refinada y la dureza más despótica para los hombres á la vez que la misericordia más extremada para los animales; no estando libres de aquel calificativo los Estados occidentales que más se precian de humanitarios, consintiendo, dando ocasión, incitando ó usando de crueldades previstas, siempre que así les convenga. Sucede también á veces que los viajeros se impresionan con lo que las tribus vecinas cuentan de otra enemiga suya [1] y lo toman por verdad inconcusa; hay que considerar, además, que en pueblos que en las condiciones ordinarias son de suyo bondadosos, inofensivos, compasivos y caritativos con el viajero, como los hiperbóreos, su cólera no reconoce límites y hay que enfrenar mucho la lengua y evitar el menor indicio de ofensa; por eso contrasta el trato tranquilo y reservado de los mogoles con el de los arios, en los que más que otra cosa parece una disputa. Los esquimales han llegado á evitar las guerras eligiendo sólo algunos campeones por cada parte. La fría crueldad con que los indios americanos ahogan á los enfermos que mejoran después de recibir los sacramentos, empaquetan á los moribundos ó despellejan la cabeza del enemigo, podría suponerse debida á la falta de imaginación para figurarse los sufrimientos del prójimo; pero tal su-

---

1 Esto se agrava otras veces con la propia fantasía del presunto viajero y con el placer malsano del comentador que, como el Sr. Berlanga, ve la paja antigua en el país ajeno y no ve la viga moderna en el propio.

posición es incompatible con el refinamiento de algunos tormentos y pruebas, lo que les asemeja á los malayos; en éstos son frecuentes el asesinato y el veneno, pero los hay también guerreros y piratas indomables. Más crueles son los abisinios, nubios y galas que los negros, y la fama de maldad de los batekes y mavitis deben de haberla adquirido entre pueblos que no lo sean tanto; el negro, aunque tiene serenidad para soportar la desgracia, es irritable, violento é impulsivo, tiene poco aprecio de la vida y es fácil para derramar la sangre. El polinesio riñe más de palabra que de obra, hasta en la guerra; pero su carácter tierno y agradable es en él compatible con el canibalismo, y cuando los blancos se le hicieron temibles recurrió á las emboscadas y traiciones.

La hospitalidad se encuentra muy desarrollada en el Norte asiático y africano; el montañés berberisco custodia hasta el confín de la tribu y recomienda á la vecina á su huésped, bastando á veces que éste lleve consigo una prenda de su patrón, que le sirve de salvoconducto ó derecho de neutralidad *(anaya)*; en el Cáucaso puede llegar hasta la hermandad, dando de mamar la mujer al amigo, que así se convierte en hijo de la casa, pero pierde los derechos de tal y se enemista si en otra ocasión opta por alojarse en otra casa; en América la hospitalidad es espléndida donde estén seguros de ser correspondidos, hoy por ti mañana por mí; en el África negra el traficante es huésped del cacique cuando no hay mucha desconfianza contra negreros y salteadores,

y en general la hospitalidad queda amortiguada por el interés, ejerciéndose únicamente entre amigos particulares (véase pág. 268).

El instinto varonil de invención, producción y propaganda se materializa en la propiedad; pero la antipatía nativa para el trabajo regular imposibilita la creación de grandes fuerzas económicas donde no haya subordinación organizada, por lo que la codicia de negros y malayos no produce todo su efecto útil; por otra parte, la esclavitud y la explotación desmedida del bracero no son lo más á propósito para que se manifieste la afición al trabajo. La pereza se desarrolla principalmente en los pueblos pastores, guerreros, salteadores y aristócratas, llegando los beduinos á un desprecio sistemático del trabajo manual, y el ser más trabajadores y capaces en Tonga que en Tahiti coincide con la ausencia de aristócratas en aquélla [1]. El espíritu de rapiña está tan desarrollado en Oceanía como en el Sáhara, donde lo del forastero se considera que es de todos, lo cual no obsta para que los papúas castiguen con la mayor dureza el hurto entre ellos y rara vez lo cometan; el hiperbóreo sólo en una extrema necesidad usa de la provisión que para sí ha dejado un cazador, y entre los indios americanos basta un simple símbolo para que se respete la propiedad; es verdad que en las aldeas difícilmente permanece incógnito el ratero. Las grandes desigualdades económicas originadas por superposi-

1 Ratzel: *Ibidem*, I, p. 175.

ción de razas y pueblos, conquista, etc., producen á veces la exaltación de los bandoleros (pág. 402), que se convierten en patriotas, en protesta viva contra el dominador, aristócrata ó acaparador [1], se captan la simpatía del país con sus generosidades fáciles y con su pábulo á las venganzas, y acaban por hacerse caciques.

La franqueza y espontaneidad ruidosa de los negros dependen mucho de su carácter demostrativo y dramático y su tendencia á la risa, están en consonancia con su afición á lo chillón en música y color y son perfectísimamente compatibles con la mentira, la farsa, la fanfarronería, la diplomacia ceremoniosa, la hinchazón, afectación, frivolidad y vanidad, que no faltan en éstos como en otros pueblos. En Polinesia se miente mucho y á veces cooperan en la farsa muchas personas; pero son tan infantiles, que su charlatanería facilita la acción de la justicia, pues no pueden guardar un secreto. En cambio el malayo es cazurro, desconfiado, disimulado, más calculador que recto, y evita las contestaciones decisivas con rodeos, conservando siempre una puerta de escape [2]. Los montañeses del Tonquín son valientes, trabajadores y justos; el tonquinés es, como el chino, juicioso y formal en los negocios, aunque más pródigo y rumboso; el annamita y siamés son charlatanes, alegres y curiosos, y para

---

1 Desde el otro punto de vista los patriotas son calificados de bandidos, *brigands*, etc.

2 Ratzel: *Ibidem*, 1, p. 419 y 203.

el barmán todo es broma, hace de la vida una comedia. La franqueza y probidad del mogol han cedido algo ante el comercio chino, indo y persa; en el Sud de la India es proverbial que un kurubar siempre dice la verdad.

En Melanesia, según Ratzel [1], no hay palabra para expresar agradecimiento; lo decente entre ellos es manifestarse indiferente á los beneficios, y no son raras las traiciones; los negros africanos tienen, en cambio, reputación de obediencia, docilidad, fidelidad y adhesión; la casta caballeresca y guerrera de los dravidas naires en el Sud de la India ha degenerado en polizontes, pero conservando el espíritu de disciplina, y si fallaron las tropas indias en los Estados Unidos no fué por falta de valor, sino de orden y perseverancia, y porque no querían cortarse la cabellera. En cambio el bondadoso y pacífico samoyedo revela su sentimiento de disciplina y orden en la uniformidad de sus trineos y en sus viajes y campamentos, siendo verdadero maestro y guía del ruso en los métodos de caza y pesca y en el descubrimiento de minas; su serena tranquilidad, sin la melancolía que el viajero se figura notar en su presencia, la comparte con el emprendedor y codicioso yakuto y con el tunguso animoso, valiente, cortés, sociable y elegante; valientes y arrogantes son también los montañeses del Norte y Noroeste de la India, y los cafres, que contrastan con sus vecinos los débiles hotentotes.

---

1 Ratzel: *Ibidem* I, p. 419 y 203.

8. Salvajismo y barbarie. — Indicada ya en las páginas 160 y 168 la acepción primitiva de estas palabras, hemos de notar aquí que de hecho constantemente acude á la imaginación al pronunciarlas la idea de brutalidad en la primera y de crueldad en la segunda, así como de torpeza y grosería en ambas. Éstas suelen ser hijas de la ignorancia ó del desprecio con que se tratan las reglas de buena crianza del país que se visita y de ejemplos de tal modo de proceder están llenas las historias de las colonizaciones, conquistas y exploraciones; por donde los hombres de color han tenido muchas ocasiones para llamar bárbaros y salvajes á los blancos con plena razón y justicia, y cosa análoga se puede decir de rústicos, villanos y urbanos.

Por lo que hace á la brutalidad, crueldad, ferocidad, falta de respeto á la propiedad y á las leyes, etcétera, etc., individualmente consideradas, no es menester ningún esfuerzo para convencer á cualquiera de que existen en los Estados y en las ciudades de civilización más refinada actual ó histórica. Colectivamente serán bárbaros ó salvajes los pueblos ó naciones, según se porten como tal colectividad con los otros pueblos ó naciones, sean éstos los que fueren: claro es que si nos dejamos seducir por las hipocresías de la civilización; si consentimos que un pueblo ó un grupo de pueblos se constituya en juez y parte para definir lo que es superior é inferior y para dar á lo primero todos los derechos sin apelación; si pasamos por que se llame rigor saludable á los procedimientos capciosos y de tormento y á las

hecatombes que se cometen para implantar ó sostener una determinada organización; si se sigue llamando derecho de conquista á la rapiña y piratería; si no se llama cultura más que á la que ha nacido en determinada región del mundo y ha seguido determinado camino; si se niega carta de naturaleza y dulzura de pronunciación á todo idioma que se desconoce por incapacidad, indolencia ó fatuidad, cada pueblo tendrá mil ocasiones de llamar bárbaros á todos los demás y nunca se hallará en el caso de llamárselo á sí mismo; será bárbaro el débil, el vencido, el pequeño, el modesto, el que ha sabido crear ó asimilar una cultura que no es la de su vecino, el que habla un idioma que no es entendido por el que se constituye en calificador, el que se resiste á la imposición de los *derechos del hombre* de otra nación á costa de los suyos propios; será bárbara la minoría, será bárbara la pobreza, será bárbara la desgracia. Pero todo pueblo que en nombre de la civilización califica de bárbaros á sus vecinos, siembra vientos fuera para cosechar tempestades dentro de sus mismos Estados.

EPÍLOGO

Calificación psicológica de los pueblos y razas.

1. La Psicología comparada en el estudio de las razas humanas. — Para poder formar juicio imparcial respecto de las diferencias mentales de razas, pueblos y naciones, es muy importante el método comparativo en Psicología, aplicado al estudio del alma de los animales y de los individuos humanos; pero si ha de dar resultados verdaderamente científicos, es menester que preceda el análisis de los factores externos, estado fisiológico, ambiente físico y social (clima, condiciones económicas, clase ó casta social, supremacías, etc.), educación (crianza, sociedad, ocupación, etc.), variados los cuales pueden las manifestaciones mentales del individuo, la raza, el pueblo ó la nación, ser muy otras de lo que eran en las condiciones anteriores; y lo que es más difícil, que la mente del investigador se despoje de la influencia que aquellos mismos factores ejercerán indudablemente en su juicio de una manera y en una dirección determinada.

Por el método subjetivo no podemos estudiar más que

la propia personalidad; si queremos estudiar las demás, nos fundamos en el conocimiento que tenemos de las operaciones del propio espíritu y de las manifestaciones que provocan en el propio cuerpo, y por analogía reconocemos, con el auxilio de las manifestaciones que se producen en otros cuerpos, las operaciones mentales de los otros espíritus, causa de aquéllas: tenemos, pues, que aplicar el método objetivo en el estudio de las operaciones mentales de los otros espíritus por medio de sus manifestaciones corporales, y de rechazo aplicamos los resultados de este estudio al de operaciones de la propia personalidad, de que directamente no nos damos cuenta.

2. Acción refleja, instinto é inteligencia. — El sér vivo ejecuta actos de los que no se da cuenta su mente; son actos útiles en las condiciones ordinarias de la vida, pero invariables, inmediatos, y en estricta proporción á la intensidad del excitante; estos actos infalibles y constantes, resultado del mecanismo nervioso-muscular, se llaman *actos reflejos*, y los actos *automáticos* no se diferencian de ellos más que en ser el excitante interior al organismo, como sucede en los latidos del corazón.

Cuando el sujeto se da cuenta de sus actos interviene la experiencia interna y los conduce por caminos, que responden á la excitación externa conforme á estimación, no precisamente en proporción á la intensidad de aquélla; hay una elección individual voluntaria, que relaciona las condiciones externas con la experiencia interna. Es menester suprimir todas las sensaciones que no pueden reunirse en una acción, ó prescindir de ellas; para el cazador en acecho, es el follaje tan transparente como para la dama el velo con que adorna su faz; elegir las sensaciones que

nos importan, es la base de la atención; la supresión de los actos no deseados, es función de la voluntad; y hallar datos para elegir entre los posibles movimientos de respuesta, es función de la *inteligencia*. Con la complejidad de las condiciones de vida crece la variedad de excitaciones, y con ésta la variedad de respuestas posibles; se desarrolla la inteligencia con la experiencia, juzgando los actos por sus resultados más que por sus motivos, y aprendiendo nuevas combinaciones ó modificaciones de las antiguas.

Una acción que empieza por ser consciente en el aprendizaje, manifestándose la elección intelectual en los titubeos, á fuerza de repetirse acaba por hacerse un hábito ó costumbre, y se ejecuta inconscientemente, sin darse uno cuenta, sin prestarle atención, como, por ejemplo, el movimiento de los dedos en el teclado ó de los pies en el baile, al mismo tiempo que se sostiene una conversación. La repetición de actos conscientes, la persistencia intelectual, forman la esencia del carácter personal, y es lo que ha llamado Starr Jordan [1] la herencia superior, para distinguirla de la que tiene su término en el germen; cada uno forma así con hábitos adquiridos su propia vida. Vemos que los actos intelectuales pueden convertirse por la costumbre en algo tan parecido á los actos reflejos, que Bechterew no duda en afirmar que los últimos fueron, en generaciones remotas, actos conscientes, y sólo con el tiempo y la repetición en generaciones sucesivas acabaron por quedar definitivamente excluídos de la vida cons-

---

1 David Starr Jordan: *The evolution of the mind. Appl. pop. sc. monthly.*, 1898, pág. 437.

ciente desde la primera edad [1] y encomendados al *brazo secular* (mecanismo nervioso reflejo).

El impulso interno, que incita á ejecutar ciertos actos y los dirige á un fin adecuado, sin necesidad de aprendizaje y sin que la mente se dé cuenta de la relación de los medios al fin, es lo que llamamos *instinto*, y se cumple de una manera uniforme, en circunstancias dadas de la vida de cada especie; distínguese del acto reflejo en que va acompañado de sensaciones y emociones á él referentes; y del acto voluntario, en que aquél es dominado por un solo motivo, y en este último hay elección entre diferentes motivos; el instinto da una respuesta única y definitiva al estímulo correspondiente, y la voluntad inteligente tiene que elegir entre varias, por lo que al principio es vacilante é ineficaz y á medida que se desarrolla se hace más despierta y adecuada á la variedad de condiciones vitales, ganando en libertad á medida que somete á su dominio á los instintos.

Dió, por ejemplo, Starr Jordan [2] á una mona joven un huevo, y aunque nunca los había visto, como era de una especie que suele comerlos, se las manejó por instinto para agujerearlo con los dientes, sorberlo, mirar al trasluz por si quedaba todavía algo dentro, y tirar la cáscara; dió también un huevo á un macaco adulto, y como esta especie no acostumbra á comer huevos, sino frutos que instintivamente sabe cascar y pelar, quiso cascarlo con los dientes y escupir la cáscara, pero se derramó el contenido, quedó por un momento perplejo mirándolo, y se decidió por

---

1 W. Bechterew: *Bewustsein und Hirnlokalisation*, 1898.
2 David Starr Jordan, *loco citato*.

recoger con ambas manos la yema mezclada con arena y con los pedazos de cáscara y engullirlo todo; era la primera vez que lo hacia, y, no dirigiéndole para ello el instinto, por falta de experiencia tenía que mostrarse deficiente su inteligencia.

La complicación y perfección de las acciones de ningún modo suponen inteligencia; Kogevnikov puso en una colmena vacía algunos trozos de panal, con huevos, larvas y ninfas antes de la eclosión, y pudo observar que, sin ninguna abeja que las adiestrase, cuidaban las nuevas, á los cuatro dias, de las celdas reales; cuando salió una reina, destruyeron las otras celdas reales, y, más tarde, habiendo avivado casi toda la prole, comenzaron á construir los panales con toda perfección; en otro ensayo, separadas dos celdas reales, y verificada la eclosión de las dos reinas fuera de colmena, éstas lucharon, por instinto heredado, como en las condiciones ordinarias, á pesar de que no había colmena en que reinar [1]. Se ha extremado, por otra parte, el automatismo de las hormigas, porque se reconocen por el olfato, residente en las antenas; si se lava con alcohol y agua una hormiga, sus compañeras la toman por extraña; pero si ha pasado suficiente tiempo antes del encuentro, para que principie de nuevo á despedir olor, la reconocen; una hormiga de distinta forma y tamaño, de diferente especie, pasa por compañera si se la ha impregnado con la materia olorosa del hormiguero [2]; el que los sentidos sean capaces de engañar, no supone falta de

---

1 *Biolog. Centralbl.* XVI, núm. 18.

2 *Ibidem*: Albrecht Bethe y E. Wasmann, S. J.; y *Plügers Archiv f. Physiol.*, 1898, LXX, p. 15.

nteligencia, y los mismos hombres se dejan engañar por e color de la bandera ó por el santo y seña.

Los peces encerrados en un botrino no pueden escapar, porque no tienen inteligencia para buscar la abertura por donde han entrado; pero si entra en aquél un pez mayor y voraz, los otros se espantan, y tarde ó temprano escapan, porque dejan de tantear la abertura de entrada, nadan automáticamente en línea recta, y estas líneas rectas acaban por tropezar con la abertura del botrino. Edward Thorndike encerró muchos perros, gatos y pollos en jaulas, de las que no podían salir aquéllos para alcanzar la comida, si antes no hacían girar un pestillo ó tiraban de un cordón ó bajaban una palanca; á fuerza de tanteos ó intentonas instintivas, acababan los animales por encontrar, por casualidad, el medio de abrir la puerta; en la segunda encerrona volvían á repetirse los tanteos, y la casualidad de atinar con el medio único de salir llegaba más pronto que la primera vez, hasta que, á fuerza de repetir los encierros, disminuía el tiempo necesario para atinar con aquel medio, y el animal acertaba de primera intención; los animales no aprendían á abrir la puerta viéndolo á otros compañeros suyos ó por la ayuda del experimentador, eran incapaces de deducir que pues otro compañero, tirando de un cordón, llegaba á poder alcanzar á los peces, ellos también podrían utilizar el mismo medio; ó que si ellos mismos podían alcanzar á los peces, porque el guardián empujaba el pestillo con una pata de aquéllos, también podrían hacerlo sin ser llevados de la mano; eran incapaces de imitar lo que veían á sus compañeros ya adiestrados: en una palabra, el aprendizaje era de la misma naturaleza que en la persona que aprende á nadar, usar el soplete, jugar al billar, silbar, an-

dar en bicicleta, etc. [1]. En cambio los monos tienen espíritu de imitación y curiosidad; así, por ejemplo, la hermana de Romanes pudo observar á un mono que descubrió, por sí mismo, que el mango de un escobillón estaba atornillado, consiguió desatornillarlo con facilidad, y después de varios ensayos notó que sólo por un extremo y en una sola dirección se le podía atornillar; otro mono, encadenado fuera del alcance del fuego, supo romper tiras de periódico y arrollarlas, á manera de cerillas bastante largas, para alcanzar al fuego.

Aunque en los aprendizajes antes indicados, y en más ó menos proporción, en todas las artes interviene el adiestramiento puramente mecánico é inconsciente, hasta el punto de que las reglas no sirvan, en muchos casos, para aprender, sino sólo para recordar mejor, y de las artes ya hechas nazcan ciencias, que por vanidad olvidan su origen (págs. 363-4); sin embargo, se abusa también de lo *inconsciente* [2], como cuando Wundt dice que, «lo que llega á la conciencia es sólo el trabajo hecho, relampagueando acá y acullá un nuevo pensamiento, que no sabemos de dónde viene, y habiendo pasado hace tiempo las incitaciones que pudieron darle origen, no dándonos la observación de nosotros mismos, como la observación en general, más que el fenómeno compuesto;» [3]; y Ribot: «cada estado de conciencia representa una pequeñísima parte de nuestra vida mental, porque á cada momento lo sostienen y producen esta-

---

1 *Psychological Review*, supplem. núm. 8, 1898.

2 Hoppe: *Psychol. physiol. Optik*:, Leipzig, 1881, págs. 24, 351, etc.

3 Wundt: *Vorlesungen über Menschen-u. Tierseele. Vorr.*, pág. v.

dos inconscientes: cada acto de voluntad procede de lo más profundo de nuestro sér; los motivos que le acompañan y aparentemente lo explican, son siempre una pequeña parte de sus verdaderas causas» [1].

3. Hombres de genio.—Los instintos heredados y el ambiente físico y social en que nace y vive el individuo, la forma de sus necesidades económicas y el modo posible de dar satisfacción á sus sentimientos, todo esto y algo más hace que la vida mental en los pueblos de escasa cultura y poca diferenciación social forme una masa homogénea en que apenas se distingan personalidades; Bastian llega hasta decir que «no son las personas las que piensan, sino la vida del pueblo, el mundo, el conjunto de sensaciones, lo que piensa en la persona» [2]; y Taine, en sus teorías sobre la influencia del ambiente social en los artistas, casi convierte á éstos en una especie de espejos ustorios, reflectores ó condensadores de los pensamientos y sentimientos colectivos en el foco de la obra genial. Contra la exageración de estas doctrinas, que reduce los grandes hombres á grandes muñecos ó gigantones, á catapultas de su pueblo, á la vez que diviniza la informe masa democrática, haciéndola árbitra de todas las cosas, brotó la reacción aristocrática de Nietzsche, según la que la vida mental de un pueblo reside en unos pocos, y no importa para eso saber á quién celebra la multitud; se considera muy difícil que la bondad de corazón y nobleza de carácter, que tan raras son en los individuos, existan en gran extensión en la masa social; se aprecia el interés social

---

1 Ribot: *La personalité*, p. 13.

2 Bastian: *Beiträge z. vergl. Psychol.*, p. 1.

del reconocimiento de una esfera individual, libre del Estado, de la sociedad y de toda ley de mayorías; se ve que la completa sujeción por fuerza del individuo á la colectividad estorba el logro de los fines superiores de ésta; se afirma que las creaciones sociales son siempre producto libre del individuo viril [1]; mientras que la fuerza social, sea cualquiera la forma en que se manifieste, sólo puede arreglar, nunca crear [2] (vése pág. 226).

La doctrina del *vox populi, vox Dei*, enfrente de un conflicto de dos pueblos, da la razón al más fuerte; el papel secundario que se hace representar á los genios en la vida de cada pueblo hace suponer necesario un conjunto de multitud de condiciones y circunstancias de clima, vida económica, historia, constitución social, etc., etc., para cada paso en el progreso de la cultura; se eleva á la condición de genio al vulgo de tal ó cual pueblo, y se declara á los demás ineptos para dar ni un solo paso en el camino de la cultura, calificándola de barbarie si va por otro camino que la propia, mientras que, si en algo se parecen, se da el tono de habérsela prestado [3], y en ocasiones se llega á afirmar que si los indígenas de tal ó cual país andan en dos pies, es porque se lo han enseñado los conquistadores ó los comerciantes de tal otra Nación ó Estado (pág. 362). Esto no obsta para que los representantes de un pueblo endiosado proclamen el derecho de las minorías allí donde no se sientan fuertes.

---

1 Miss. Ellen Key: *El mal uso de la fuerza femenina.*

2 Jellinek: *Das Recht der Minoritäten*, 1898.

3 Esto me recuerda aquel modo de juzgar dibujos del natural, que se calificaban de copiados si se parecían á otros, y de malos si no se parecían.

4. Razas superiores é inferiores.—La superioridad en uno ó varios elementos de cultura, que en una época de la Historia del mundo llevan al predominio, hace que los demás elementos de cultura se computen también por superiores; lo que las incidencias geográficas y topográficas, como la posición central en el mundo de los continentes, la extensión de las costas con numerosas ensenadas y ríos navegables, la extensión de territorio habitable, la fertilidad y salubridad del clima, etc., etc., posibilitan, se convierte en patrimonio del pueblo, transmisible por herencia á sus descendientes emigrados; lo que el desarrollo histórico del pueblo ó su modo de ser social con sus contactos y cambio mutuo de ideas y de sangre con otros pueblos ha producido, se atribuye á cualidades hereditarias del pueblo, considerado como raza (págs. 48 y 53), y todo esto se pone en parangón con los caracteres de raza que allí más abunden, ó con la raza ó casta que más bulla; con todo esto ya tenemos la base para la clasificación psicológica de las razas y los pueblos en superiores é inferiores.

Así, por ejemplo, Vierkandt [1] hace la siguiente escala, según la actividad ó pasividad, voluntad, previsión, intelectualidad: inconsistentes (australianos, negritos, foguinos y botocudos); naturales (indios americanos, hiperbóreos, montañeses del Cáucaso y de la India, negros al Sud del Sudán, oceánicos); semicultos nómadas (pieles-rojas, Norte de Africa, Asia central); semicultos sedentarios (Perú y México precolombinos, Sudán, Oriente, India,

---

1 Vierkandt: *Die Culturtypen der Menschheit*; "Archiv f. Anthr.", xxv, núms. 1 y 2, 1898.

China, Japón); mestizos cultos (efecto de la colonización española y portuguesa, adopción de la cultura en Japón, China y Oriente); civilizados (Europa occidental y algunas colonias); á lo que Laloy pone el reparo de que los obreros alcohólicos, viciosos y supersticiosos de Europa no son mejores que los negros; es que al europeo le sucede con las razas de color lo que al *boulevardier* en una aldea de otro país; todo le parece mal, nada le sirve, no hay ni siquiera cosméticos, la gente está llena de preocupaciones diferentes de las de la ciudad, y no conoce los modales de ésta. Si se analiza un poco, se encuentra que el alma del cortesano y del leido usan la capa de la urbanidad y del clasicismo, que llaman educación; algunos llegan hasta dormir embozados, pero cuando se descuidan en desembozarse, descubrimos la chilaba del bárbaro, y por entre los desgarrones de ésta divisamos que aquella alma con embozos de terciopelo conserva todavía los taparrabos del salvaje.

«Según á qué grupo particular se dirija su atencion, podrá encontrar el viajero á los negros de Farmville. Van, indolentes y criminales ó industriosos y ambiciosos, avanzando lenta, pero seguramente, en educación y moral; la tendencia general más parece ser la industriosa, aunque muy amenazada de inmoralidad; uno de los signos más confortantes es su fe en el gran porvenir del pueblo negro» [1].

No se han contentado los que establecen la completa identificación de la cultura con la raza, constituyendo en dogma la superioridad originaria y definitiva de las razas blancas, salvo el parecer de los japoneses respecto de los

1. Mr. W. E. B. Dubois: *Bulletin of the Department of Labor.*

blancos aínos; han ido más lejos, afirmando la superioridad también originaria y definitiva de una de las razas blancas (pág. 120 y siguientes, 126 y siguientes), que, con sus emigraciones de Norte á Sur, fué la verdadera productora de las civilizaciones mediterráneas é indas; y, plagiando á los hebreos, se considera hoy como el pueblo elegido por Dios ó naturalmente selecto; olvidan la influencia civilizadora de la compenetración de culturas, pueblos y razas, y caen en la ilusión de atribuir todas las adquisiciones á la capacidad de uno solo de los consocios, como el hidalgo se envanece con su apellido, sin querer recordar, de los diez y seis tatarabuelos, aquellos que no fuesen hidalgos, y á los que quizás deba él con qué poder envanecerse; no menos infatuado el mediterráneo con la espuma de su antigua civilización, sigue llamando entre dientes bárbaro á su colaborador; ingratos ambos con sus maestros de Oriente y de Africa, los miran por encima del hombro y tiemblan de miedo ante el porvenir de la cultura europea, porque las razas de esta parte del mundo no pueden suplantar á las demás sobre todo el haz de la tierra [1].

5. Carácter de las razas.—Si el carácter personal es, como dice Starr Jordan, la herencia superior, es decir, lo que el individuo adulto hereda de las adquisiciones mentales hechas por su mismo individuo joven, el carácter de las razas será lo que éstas hayan adquirido de su historia como patrimonio mental; pero como allí donde podemos seguir la historia, nos encontramos con razas ya formadas, y que, al aparecer á nuestra vista por primera vez, lo hacen en un verdadero torbellino de mestizajes y compenetra-

1 Véase J. Novicow: *L'avenir de la race blanche*; Paris, 1897.

ciones mutuas fisiológicas y mentales, el carácter que prácticamente podemos estudiar no es el de las razas, sino el de los pueblos.

Gran parte de lo que constituye este carácter adquiere el individuo, no de nación, sino del ambiente familiar y de vecindad en su infancia y del ambiente social en su juventud, por lo que tendrá tanta más consistencia cuanto más tiempo dure el periodo de *educación* y cuanto más hecho esté el de sus progenitores. El niño aprende sin sentir muchas cosas por la solidaridad en que vive con la civilización y la educación eficaz es la que por sí mismo adquiere con el buen ejemplo, con las buenas costumbres de la casa y del pueblo; por eso en los países en que son muy escasos los casamientos prematuros, los niños son mejor educados, no porque sus padres saben más cosas, sino porque han tenido más tiempo para formar su carácter, y los niños siguen siendo susceptibles de continuar educándose hasta más tarde; mientras que donde los niños adquieren pronto el modo de ser de los mayores, éstos siguen siendo niños toda la vida, y uno de sus rasgos de carácter es la inconsistencia.

Influye también mucho en el carácter el género de vida, el *ambiente económico:* si al bosquimán se le tacha de desconsiderado, indiscreto, y que decide todo por la inclinación del momento, hay que tener en cuenta, como circunstancia atenuante, su vida de cazador en un país desolado, lo que desarrolla sus aptitudes individuales, pero no los instintos sociales; en cambio la vida de los pueblos hiperbóreos es una excelente educadora para las virtudes sociales y se desarrolla el valor á la par que la previsión» [1]. El

---

1 Ratzel: *Op. cit.*, I, págs. 634 y 682.

espíritu de campanario, la independencia personal y la libertad local, que Topinard y otros autores señalan á los berberiscos, puede depender de su vida de terruño; la tendencia de los irlandeses á dividirse en bandos por un quítame allá esas pajas y, aunque Engels quiera ver en los banderizos reminiscencias de los antiguos gentiles consanguíneos con sus odios de raza, puede depender también de la causa antes indicada y de la organizacion económica correspondiente. «Los pequeños Estados africanos se dividen por sí, bajo el influjo de las relaciones de paz y utilidad, en innumerables cantones; los caciques son polígamos y cada uno de los muchos hijos que tienen quiere su parte de tierras y ganado; si el crecimiento de la propiedad impedía la buena armonía entre Lot y Abraham, tanto más en estos pueblos, donde la codicia personal del hortelano aparece en primera línea; el cacique pone en parangón su feudo con cualquiera de los mayores Estados del mundo; solamente un déspota, una persona de superioridad, de capacidad y sin miramientos, un conquistador que reparta botín, puede fundar un gran reino [2] y ser un Napoleón negro.

Más frecuente es la formación de grandes rebaños de hombres bajo un gobierno patriarcal en los pueblos pastores, y de su organización económico-social, como de su nomadismo, pueden considerarse derivados ciertos rasgos de su carácter; la haraganería, aversión al trabajo manual, espíritu aventurero, tendencias á la irrupción y rapiña, guerra y conquista, con la consiguiente esclavitud y aristocracia, orgullo, hospitalidad, generosidad, digni-

---

2 Ratzel: *Op. cit.*, II. pág. 26.

dad, retórica, intransigencia, rigidez, sobriedad, etc.; pero si tropieza con resistencias insuperables ó pierde la cabeza patriarcal, no conservando más que el fantasma abstracto y haciendo sus veces multitud de cabecillas, pueden degenerar en bandas de salteadores; si triunfan, se contagian con los placeres de la cultura sin el contrapeso del trabajo regular y personal. «La civilización con que se pusieron en contacto los mogoles era tan potente como dañina y despiadada; en las primeras épocas de su influencia tiene más de desmoralizadora que de civilizadora; en este período de transición, el mogol chinificado no muestra ni la rectitud mogola ni la asiduidad china» [1]. Los pueblos navegantes, que en cierto período de su vida pasan por la condición de piratas, tienen ciertos rasgos comunes con los anteriores; pero, en vez de transformarse su rapiña en conquista y ellos mismos en aristócratas, se transforma la piratería en cambio con ventaja (propia) y ellos mismos en plutócratas; no hay que olvidar tampoco la conexión que se suele establecer entre las artes y el comercio, y que contribuye á modificar y quizás mejorar el carácter de éste (páginas 170 y 269).

La influencia del *ambiente climatérico* sobre el carácter puede ser de dos maneras: ó por la que ejerce sobre la vida económica, ó por la que se manifiesta en la fisiología de la raza; respecto á la última bastará referirse aquí á lo dicho en el cap. VII de la I parte y en la pág. 113 y siguientes; y respecto á la primera, aparte de lo que se deduce de los capítulos I y V de la II parte, habrá ocasión de tratarla en la Antropogeografía.

---

1 Ratzel: *Op. cit.*, II, p. 392.

Analizado todo lo que se puede considerar debido al ambiente familiar, social, económico y climatérico, todavía queda en el carácter de los pueblos algo que nos vemos obligados á calificar de herencia fisiológica, de castizo, y atribuirlo, por tanto, á la *raza* predominante por su número ó por su prepotencia física ó mental. De los indios americanos dice Ratzel que en su instrucción no se puede pasar de cierto límite, no por la debilidad de su memoria, sino por su instinto de nomadismo, vagabundez ó libertad y la fuerza de la costumbre; les falta el instinto de imitación tan fuerte en el negro; los cristianizados conservan muchas prácticas gentiles, y cuando se han convertido de veras se vuelven fanáticos: el malayo sabría dominarse y mostrar tranquilidad y moderación al exterior, aunque la procesión ande por dentro; el dayak sería más ritualista que el batak, pero menos elevado y moral; el malayo sería el moro más fanático, el más difícil de bautizar el batak, y bastante tolerante el achinés: el negro es sanguíneo y resistente, con ciertos rasgos infantiles, tendencia á la risa, mentira, espíritu de imitación y curiosidad; es realista en diplomacia y acomoda sus exigencias á la condescendencia que se le muestra, sin que nos deba, por tanto, extrañar que no sea á la vez valiente y modesto; las razas enanas del interior de África muestran cierto cariño por los animales; caracterizaría á los ainos la bondad y la probidad; serían los mogoles simpáticos y sencillos y se habrían dejado de la vida de salteadores con más facilidad que los turcos.

6. Disposición.—No hay que confundir el carácter, el saber, la habilidad y el ingenio conforme al modo de ser actual del pueblo, con lo que ese mismo pueblo puede dar

de sí en otras circunstancias de lugar, tiempo, vida económica, educación, etc. La misma barbarie que no admite más humanidad que la de las caras pálidas, porque apenas consiguió chapurrear las ideas y sentimientos de los hombres de color, y niega la hermandad original de las razas, niega á la vez la originalidad de la riqueza mental de cada pueblo, con el fin de deducir que éste no es prójimo de quien se irroga la misión de árbitro; afirma que todo lo bueno que en ellos acertemos á encontrar es generosamente regalado por media docena de pueblos privilegiados, y todo lo malo es indígena; se va más lejos, y después de negarles toda originalidad en su cultura para calificarles de incapaces de inventar nada sin el auxilio de otros, se les niega también la capacidad de asimilación; quedan divididos los pueblos y razas en incapaces y capaces, y según el grado de capacidad que se les atribuye se les caza como á fieras, se les expulsa como animales inmundos, se les esclaviza como ganado mayor, ó se les reduce á proletarios sin espíritu étnico; ó más bien, según la conducta que con ellos se sigue conforme al grado de cultura moral del invasor y á las condiciones en que se verifica el contacto, así se inventan las sofisterías que descarguen la conciencia, ó se escribe una cosa en la ley y se hace otra en la realidad.

Con la excesiva ponderación de la cultura clásica se la dió un tinte aristocrático que supone pureza de raza, atribuyéndose la paternidad primero los mediterráneos, y después los hombres del Norte, sin acordarse de que nació del contacto y mestizaje mental de varios pueblos, y de que difícilmente podrían atreverse á considerar suya también la egipcia. «O. Müller refería las diferencias de cultura

de las gentes griegas á diferencia de predisposición: Th. Mommsen contradice la opinión corriente de que los romanos fueran el pueblo privilegiado con el místico dón del cielo para la jurisprudencia, y para ello no necesita más que indicar su vacilante y embrionario derecho penal: muchas veces se ha supuesto en los semitas una predisposición al monoteísmo: los americanos Nott y Gliddon llegaron á dividir las razas en superiores é inferiores, no poseyendo estas últimas más que instintos animales; las protestas de los etnógrafos europeos contra tales opiniones, todavía las ignoran muchos especialistas. Th. Waitz también presume que pueda originarse una desigual disposición por la herencia de la educación adquirida. «La admisión de una herencia individual—dice el barón de Andrian—está en oposición con la opinión de la mayor parte de los naturalistas, que decididamente la rechazan en las funciones cerebrales implicadas en el supuesto de las ideas innatas; además, se puede rebatir directamente y de una vez para siempre la aserción de la desigual disposición psíquica con la prueba de una historia de las ideas común á todos los pueblos; Waitz conocía ya muchos hechos referentes á dicha historia, pero se debe á Tylor y Bastian el mérito de haber fundado la significación sólida, las formas innumerables y las conexiones ideales de las representaciones animistas por medio de una vasta inducción» [1].

«La distancia entre las más miserables, contrahechas é incapaces tribus y los ideales vivos supremos de la humanidad, no es tan grande que no se pueda llegar sobre esta

---

1 Freiherr v. Andrian: *Uber einige Resultate der modernen Ethnologie;* "Corresp. f. A. E. u. U. xxv", p. 59.

base de pensamiento análoga en todo el mundo á una compenetración é inteligencia de todos los pueblos» [1]. «La conciencia humana, por pobre é indigente que sea, está á las puertas de nuestra evolución, como la célula en el punto inicial de toda diferenciación biológica» [2].

Sin embargo, reducidas á términos más modestos, las diferencias de disposición son hoy incontrovertibles; ni el hombre viene al mundo como tabla rasa, de modo que se pueda hacer de él todo lo que se quiere con la educación, ni toda la actividad mental descansa en la suma de ideas, ni el valor intelectual depende sólo de la riqueza en éstas, ni habiendo diferencias de disposición, aptitud ó vocación en los individuos, podemos negar que las haya en los pueblos ó razas. Estas aptitudes son susceptibles de modificaciones, de estancamiento, de atraso ó aborto, de desarrollo ó perfeccionamiento; pero no se pueden crear ni aniquilar por la educación. Al querer juzgar en concreto sobre ellas, hay que hacer la salvedad de que no se deben confundir con las habilidades adquiridas; si muchas de éstas parecen improvisaciones sin maestro, es porque no son más que nuevas aplicaciones de otras habilidades análogas fisiológica y mentalmente, aunque en los encasillados sistemáticos de artes, ciencias, cualidades, etc., aparezcan discordantes.

Tampoco se debe olvidar que en la educación de un pueblo no se puede contar sólo con la disposición de sus individuos, sino que la educación que se les da no puede ser más que una cooperadora de la que reciben por el ambiente

---

1 Geiger: *Ursprung u. Entw der m. Spr. u. Vernunft*, p. 1.
2 Achelis: *Moderne Völkerkunde*, p. 478.

social de sus consanguíneos y paisanos; y no sólo ejerce aquella el influjo constructor ó civilizador, sino también el destructor de los fundamentos de sus buenas costumbres antiguas, el desmoralizador; si, lo que no puede hacerse más que en casos muy raros, se aisla á los individuos de su ambiente social materno ó se les traslada á otro país, ejerce su acción depresora la nostalgia ó morriña, máxime cuando el pueblo ó Estado que se constituye en maestro no sabe hacerse simpático con su excesiva tiesura aristocrática, cuando no se da la cultura en su integridad y fundamento, que es como se puede asimilar, sino sólo en la letra que mata, cuando se escarnece á sus ojos todo el pasado indígena y se ahogan sus ideales propios para sustituirlos por un ideal de servidumbre.

«Se ha querido deducir la incapacidad de los indios americanos para la cultura superior por el carácter de sus idiomas y la falta de palabras abstractas (véanse págs. 292-6); pero hay muchos hechos en contra de tal deducción; no hubiera sido posible la historia de Juárez sin una capacidad mental superior, y no es el único caso. Según Humboldt, en México tienen gran facilidad para aprender, juicio recto, lógica natural, una inclinación particular á distinciones sutiles, aunque no la viva imaginación, el colorido de pasión, la fructífera fuerza creadora del mediterráneo y algunos africanos: son perezosos, poco curiosos, no tan elocuentes como se decía, pero sí muy gesteros. Los malayos asimilan fácilmente la cultura extraña, en ellos penetran las nuevas religiones con gran rapidez; son buenos imitadores, como se revela en su aptitud para falsificar moneda. Los polinesios revelan poca moralidad, pero hubo ya impulso indígena para reprimir el canibalismo y

los sacrificios humanos; su historia revela grandes corrientes y desarrollos de cultura indígena; no son incapaces de la vida económica á la europea, y en ninguna parte ha habido tan pronto como entre ellos misioneros y maestros indígenas, actividad misionera independiente y hasta sectas propias; su mitología tiene algún elemento filosófico y el arte de la navegación excitó en ellos el espíritu de observación. Los melanesios son artistas de muchísima fecundidad y productividad, habilidosos, ingeniosos; donde el blanco se vería en el mayor desamparo, son ellos capaces de encontrar toda clase de utensilios; la naturaleza es para ellos un bazar. Los kirguisos son más despiertos y asiduos que los rusos. Los negrillos tienen más destreza, inventiva, agudeza y cálculo para la caza que sus vecinos los mangbatu; el juicio es poco agudo y poco exacto en los negros» [1].

7. El niño y el inculto. — En diferentes ocasiones, y principalmente al tratar del lenguaje, las bellas artes y los juegos, hemos utilizado las manifestaciones de la actividad mental de los niños para las comparaciones etnológicas y se han podido apreciar ciertas analogías y diferencias con el modo de ser mental de los pueblos incultos: que no todas han de ser analogías, se puede prever desde el primer momento, sin más que considerar que el ambiente que les rodea, sus necesidades fisiológicas y sus recursos y auxilios son muy distintos; el niño tiene que acomodarse á la casa paterna (matriz familiar) y á las reglas de policía urbana ó rústica (matriz social), mientras que el pueblo inculto no tiene para sí nada que á esto sustituya, y el más atrasado

---

1 Ratzel: *op. cit.*, I, p. 460, 364, 176, 204, 718; II, p. 528, 12.

lleva tras sí una larguísima serie de generaciones que se han ido acomodando á las circunstancias y arraigando experiencia, habilidades y convicciones hasta un grado que contrasta tanto más con los rasgos infantiles que en él observamos. Es una diferencia análoga á la que hay entre los embriones animales, que siguen gran parte de su desarrollo como parásitos de su madre ó con abundantes provisiones, y conforme á esto se configuran, y aquellos otros embriones que muy poco después de la fecundación se encuentran desamparados y sin provisiones, teniendo que transfigurarse una porción de veces para poner en consonancia su género de vida con lo que permiten las sucesivas fases de su desarrollo.

«En cuanto empieza á jugar adquiere el niño el conocimiento (para el cual tenía ya disposición innata) de que lo que se observa eslabonado en el espacio [1] y el tiempo depende de algo; miles de ejemplos de inhabilidad ó de error de orientación nos muestran un resto de los ensayos fallidos de nuestros antepasados para acomodarse. Ideas claras, particulares y generales, principalmente de lo que libra de molestias (lo útil), existen ya antes de que se las designe con palabras, pero no por eso hay punto de apoyo en la observación del niño para la existencia de las ideas innatas. Por la multiplicidad de condiciones externas y la mayor limitación del sueño va ganando en individualidad; en sus primeros años tiene que ir suprimiendo muchos movimientos inoportunos, muchas reflexiones ilógicas, muchas

---

1 El sentido del espacio, por el que distinguimos el sitio de las diferentes sensaciones, está principalmente desarrollado en la punta de la lengua y de los dedos.

asociaciones de ideas contradictorias de la experiencia, para poder manejarse después más juiciosamente» [1].

En ciertos pueblos salvajes se observa como en los niños la inconstancia en sus resoluciones, cualquier incidente les distrae de su ocupación (cuando ésta no les interesa mucho), son fáciles para llorar y para olvidar las lágrimas apenas vertidas, son irreflexivos, de escasa atención, tímidos, impulsivos, insustanciales, informales, cabezas de chorlito, ni se acuerdan del pasado ni piensan en el porvenir, se abandonan al presente y reflejan los accidentes del momento con todas sus variaciones, no tienen proyectos pertinaces ni conocen la ansiedad; muchas de sus crueldades y brutalidades son hijas del aturdimiento y la espontaneidad, les falta la solidaridad moral, así como la intelectual, en extensión y en duración; Darwin hace observar que los foguinos difícilmente comprenden una alternativa; los indígenas de Sandwich, Marianas, Vanikoro, Tonga y Dammaras confunden la *r* y la *l*, como los niños y los andaluces.

»La moralidad no existe en el individuo en tanto que no descanse en la espontaneidad, en el sano empleo de un libre albedrío bien desarrollado. En las épocas de cultura inferior la sustituyen las costumbres y la ley, tomando una forma jurídica todas las máximas morales, presentándose en la forma estricta y absoluta de mandato ó prohibición; se establece la reciprocidad en todos los asuntos; en caso de ingratitud ante un regalo viene la reclamación; el acto más gratuito exige para tener efecto legal otro acto recíproco, por ligero que sea, en sentido de arras ó señal;

---

1 Preyer: *Die Psychol. des Kindes*, 1897.

la fidelidad supone siempre un compromiso formal con reciprocidad. Las palabras que en otras épocas expresaron sentimientos subjetivos, adquieren significación objetiva; *religio* no es ya el sentimiento religioso ó la creencia, sino el estado eclesiástico, *honor* es un feudo al que se liga cierto homenaje externo. En general, la conducta moral no se mide tanto por la intención ó los motivos y afectos internos como por ciertas acciones externas típicas; ningún rey pasaba por misericordioso si no derramaba lágrimas en el ejercicio de las obras de misericordia, ningún sacerdote podía ser modesto si no se defendía ante una preconización con abundantes lágrimas, hasta con la huída ó el escondite; sin estas demostraciones típicas, hubiera sido incomprensible la verdadera moralidad para un hombre del siglo x» [1]. De intento he copiado este retrato del alma medioeval del pueblo, que hoy se tiene por mayorazgo de la noble casta aria, para que se vea cuán poco difiere del alma del niño que define el querer «dar besos y regalar golosinas», ser bueno «dejar que el niño haga lo que quiera», chico pillo «el que tira piedras á las cometas», papá «una cara con barbas», etc., etc. Esta necesidad de ciertas demostraciones típicas para que se crea en la existencia de los afectos internos, podrá parecer una reminiscencia de la superficialidad del niño en los pueblos jóvenes; pero el uso de una franqueza ruidosa y proverbial acompañada de socarrona trastienda, la discordancia continua entre las sublimidades prometidas y las impurezas de la realidad, la travesura con un buen fondo al que nunca se puede alcanzar porque es muy profundo ó porque se ha desfondado,

---

1 Lamprecht: *Deutsche Geschichte*, II, p. 179.

el abuso de palabras abstractas, cuya vaciedad las trasforma en hechizos, amuletos ó señuelos, la adoración de las letras de molde y de la facilidad de palabra, el formularismo rígido, las ficciones legales que encubren horrores, etc., etcétera, son síntomas de algo mucho más lastimoso.

También se ha querido comparar con los pueblos incultos la parte más inculta y á veces la más criminal de las naciones civilizadas; pero al hablar de criminales no se tienen en cuenta más que los que se dejan coger en las mallas de la red legal, y por consiguiente sus semejanzas con los salvajes no son semejanzas de maldad, sino de inexperiencia ó ineptitud; se pasan por alto las grandes diferencias económicas, sociales, de educación, de tradición, de relaciones mutuas, que se revelan al observar por una parte á los salvajes y por otra á los aldeanos, los obreros de las ciudades, los advenedizos, los aristócratas, los parásitos de unas y otras clases, etc.; el rescoldo de una pasión recóndita hace resaltar la subjetividad del juicio, como en aquellos que insisten sobre la dureza de los idiomas más musicales sin más razón que porque no los entienden, ó los que llaman atrasados á los naturales de un país porque no maldicen, ni juran, ni abusan de palabras indecentes ni se insolentan contra los mayores.

8. Relación entre la diferencia mental y la anatómica en las razas.—Claro es que todos los rasgos del carácter étnico que dependen de la educación, género de vida y desarrollo individuales, de modo alguno pueden repercutir en el tipo físico hereditario de la raza; únicamente lo que podemos considerar como disposición congénita, si se presenta en condiciones de servir como distintivo de una raza, pondremos en parangón con las peculiaridades anató-

micas, principalmente con las que se refieren á la parte ú órganos corporales más íntimamente ligados con la actividad mental.

La observación de que el cráneo, como órgano protector del cerebro, se reconcentra formando bóveda sin esquinas, y la cara, como órgano exploradorpor los sentidos que aloja y órgano agresivo iniciador del ataque digestivo, se cuadra y extiende, trajo consigo la comparación de la superficie de sección de ambas partes, el ángulo facial, el ángulo occipital y otra porción de caracteres, que habían de dar una escala ascendente, empezando por loscuadrúpedos más estúpidos y acabando en el pináculo del parisiense ó del europeo del Norte; si las medidas no concuerdan con esta escala, tanto peor para las medidas, porque se ha convenido en que la raza superior lo es por todos sus rasgos intelectuales, morales y fisiológicos; si es más fuerte y más inteligente, será también más humana ó menos agresiva, ó por lo menos llamará humanitario al procedimiento más eficaz y rápido para deshacerse de estorbos indígenas.

Considerada la relación entre cerebro é inteligencia, se estableció otra escala por el volumen del cráneo; y si éste sobrepujaba en alguna raza á los cráneos parisienses, se dividía el cerco en preauricular y postauricular, suponiendo que la parte frontal acaba precisamente por encima del oído y que la mitad posterior del cerebro se dedica á menesteres más ínfimos que la parte frontal. Con la opinión preconcebida de la superioridad de la raza propia se eternizó, más que la del ángulo facial, la discusión sobre la superioridad de los braquicéfalos ó los dolicocéfalos, y tantas otras cuestiones que no es éste lugar para tratarlas circunstanciadamente.

Todos estos esfuerzos para formar escalas indicadoras de la capacidad mental de cada raza por medio de una simple medida geométrica ó mecánica pretenden por una parte que todos los rasgos típicos del carácter mental vayan ascendiendo al unísono en la escala, y por otra parte que una sola medida, basada en una relación físico mental problemática ó imperfecta, sea suficiente como indicador de aquella escala. Planteada así la cuestión es insoluble, lo mismo con el ángulo facial, con el de la base del cráneo, con el índice de aristocracia de la nariz ó con la anchura de quijadas, que con el volumen ó capacidad del cráneo, su desarrollo frontal ó su forma.

También falló la frenología, y sobre todo la craneoscopia, por la artificiosa clasificación de las inclinaciones ó aptitudes, la falta de base sólida para su localización y lo insostenible de sus relaciones con la formación del cráneo. Más recientemente se ha insistido en la doctrina de las localizaciones, pero no en campos tan estrictamente limitados, sino en territorios que se compenetran; el campo cerebral correspondiente á cada sentido se formaría en diferente período de la vida, pocos meses antes ó después del nacimiento, y tendría diferente estructura con células distintas; tendría el cuerpo en los ganglios encefálicos sus centros automáticos y reflejos, y en la corteza cerebral sus campos de acción conscientes.

El campo de percepción más extenso sería el que abarca las sensaciones tactiles y musculares, y en general las que dan la sensación del propio cuerpo; estaría colocado en la parte superior fronto-parietal, y se pondría en comunicación hábil con los nervios al principio del noveno mes: el menor sería en el hombre el olfatorio, colocado en el borde

posterior de la base del lóbulo frontal y en la parte interior del temporal, entrando en funciones al fin del noveno mes: el visual abarcaría la superficie interna del lóbulo occipital, y se desarrollaría á la mitad del décimo mes: el último en desarrollarse, el auditivo, se alojaría en las circunvoluciones trasversales del lóbulo temporal. Estos campos de percepción no ocupan más que un tercio de la corteza cerebral en el hombre; los otros dos tercios intermedios, que ni son sensitivos ni motores y que ocupan principalmente el lóbulo frontal, gran parte del temporal y occipital, un gran campo hacia la coronilla ú obelio y la ínsula, desarrollarían sus conducciones nerviosas después del primer mes á contar desde el nacimiento, y á los tres meses todavía serían muy pobres en ellas; serían los campos de asociación, de que carecen los mamíferos inferiores; están poco desarrollados en los monos inferiores y ocupan en los superiores casi la misma extensión que los sensitivos. Alteraciones del campo de asociación obélico darían manifestaciones de imbecilidad, y si las alteraciones eran más limitadas, incoherencia, debilidad de imaginación visual, olvido de melodías conocidas, etc, etc.: alteraciones de la ínsula, principalmente de la izquierda en los diestros, producen afasia: alteraciones del campo de asociación frontal darían manifestaciones de indolencia, atenuación en el empleo útil de las percepciones, falta de todo interés personal, de toda atención activa, de meditación; si las alteraciones eran parciales, se manifestarían peculiares alteraciones del carácter: alteraciones del campo de asociación frontal [1] y del de percep-

1 Paul Flechsig: *Localisation d. geistigen Vorgänge.* 1896. — *Ueber die Associationscentren des mensch. Gehirns*, 1897. — *Kienitz Gerloff: die Körp. Grundl. uns. Seelenlebens. die Umschau.* Junio. 1898.

ción del propio cuerpo, darían el obscurecimiento de la personalidad.

El objeto de estas recientes investigaciones no se ha extendido todavia á la comparación de las distintas razas, y sería por lo menos muy prematuro el utilizar sus resultados para deducir consecuencias respecto á la relación que algunos se atreverían á suponer entre el desarrollo de dichos campos de percepción y asociación, el tamaño relativo de las diferentes regiones del cerebro, las proporciones del cráneo y el ingenio ó el carácter de su poseedor, cayendo con este modo de proceder en el mismo defecto de Gall.

9. Evolución de la cultura. — «La experiencia enseña cuán cerca solemos estar en las investigaciones científicas del peligro de la preocupación; convencidos de una posibilidad, se compulsan demasiado poco las demás. Encuentra un hombre de ciencia imbuído en la idea de la evolución un pueblo atrasado con relación á sus vecinos en varios respectos: pues en seguida convierte involuntariamente este detrás en un debajo, es decir, en un peldaño inferior de la escala que sube del estado primitivo á la civilización: es el reverso de la idea de la edad de oro, que considera á todos los pueblos salvajes como degenerados ó rebajados» [1].

En realidad, la Etnología nos dice que no hay pueblo, gente ó raza humana que no hable, crea, razone [2], encienda fuego, fabrique armas y utensilios, en una palabra, que no posea todo lo esencial á los principios de la cultura; por

---

1 Ratzel: *op., cit.* I, p. 14.

2 Los argumentos del *porque sí, porque se puede* y otros más gráficos del castellano que no se pueden escribir, no indican siempre irreflexión, sino que muchas veces las otras razones se callan por demasiado sabidas, por pudores de la lógica ó por sinceridad.

tanto, el pueblo más inculto no carece en absoluto de ésta, sino que, hablando con más propiedad, es pobre en cultura.

Difícilmente podríamos concebir que se desarrollase una gran cultura mental sin estar satisfechas las necesidades corporales; por lo que se comprende su pobreza en los pueblos que viven en condiciones muy precarias: por eso nos admiran las dotes artísticas de los esquimales, y á su modo de vivir tuvieron que avenirse los normandos, y modernamente los exploradores árticos; gran parte del éxito de las colonizaciones rusa y portuguesa consiste en que se acomodan con facilidad á la sencillez de la vida. Con todo, por algo solemos decir que el hambre es la décima musa; es menester que el ambiente incite al trabajo.

Dadas las condiciones externas para el desarrollo de la cultura, se comprende que, en rigor, aquel no implique un progreso mental correspondiente en la raza; para quien vive en el ambiente social europeo, no supone más esfuerzo mental la invención del teléfono que para el hombre de los bosques la invención del fuego ó del arco y la flecha; el capital acumulado de riqueza mental que llamamos civilización está fuera de las aptitudes innatas de los individuos y los pueblos (pág. 88), y una generación sola no podría reedificarlo de nueva planta, aunque tuviese en todos y cada uno de sus individuos una capacidad genial y una ciencia infusa inmensas, un método y un criterio inmejorables. La verdad es que la estupefacción del europeo ante el *bumerang* del australiano no es de diferente naturaleza que la del azteca ante los caballos de Hernán Cortés, ni se ve la superioridad del ciudadano del interior, que no comprende la orientación de los puntos cardinales ni la dife-

rencia en las horas de la marea sobre el campesino ó el marinero que no entiendan las agujas de un reloj.

La influencia de las generaciones extinguidas sobre las vivientes se establece por su solidaridad no interrumpida, por la transmisión directa de su caudal mental en la educación, en los monumentos, en el idioma, en el modo de ser tratadas por los extraños que las rodean, etc., etc., (páginas 10, 192 y 226). La herencia mental, en su sentido estricto, como transmisión de aptitudes mentales de raza, es mucho más limitada, y al mismo tiempo menos precisa. Hay muchos europeos que moralmente son más animales que los australianos, y el que la brutalidad se manifieste con más ó menos frecuencia depende mucho del grado de capacidad para el disimulo, que se adquiere con la cultura, sin negar por esto que á fuerza de disimulo se consiga engañar y domeñar á los propios instintos. Los antiguos galos y germanos, con relación á los romanos, eran lo que hoy los polinesios y cafres con relación á los colonos blancos; los rusos de tiempo de Pedro *el Grande* no se podían contar entre los pueblos civilizados. Induce á menudo á error la comparación de la bárbara realidad en el choque de los indígenas con los colonos, viajeros, explotadores y exploradores, por una parte, con las apariencias legales, las mentiras convencionales, la hipocresía del papel y hasta las utopias políticas de las naciones civilizadas por la otra.

Si el hombre fué, como dice Ferrero, el primer animal que inventó la intención de matar y con ella pudo vencer á otros animales mucho más fuertes y más fieros, se explicará el por qué la crueldad se desarrolla con la cultura, siendo mayor en los pueblos semicultos y bárbaros que en los salvajes, y únicamente con una cultura mucho más

reciente y una religiosidad superior se inició su atenuación; todavía retoña con muchísima facilidad en los Estados cultos, cuando se da más valor á un puñado de peniques ó céntimos que á la expulsión de unos apestados, al capricho ó comodidad de unos que al atropello y atentado contra otros, cuando se llama libertad la de dañar, ofender ó molestar sin necesidad ni siquiera utilidad, como no sea la de la estúpida vanidad de la venganza; cuando fuera de la ciudad ó con los que no son conciudadanos no se considera nada digno de respeto; cuando fuera del mundo que se llama culto se hace uso de procedimientos que deben su eficacia del momento á su crueldad y que aquél ya no se atreve á utilizar más que como artículo de exportación y, en caso de necesidad, de matute.

10. El espíritu étnico. — Sin llegar al extremo de los que todas las peculiaridades mentales de una nación y sus distintas regiones las quieren explicar como producto de raza, y por consiguiente indeleble, no se puede negar que en los pueblos de historia continua debe ir arraigando en el ambiente mental el efecto de todas las vicisitudes de su vida desde los tiempos prehistóricos; aun en los pueblos de historia interrumpida, como, por ejemplo, los guanches, dado que no se extingue la raza, se conserva, además del tipo físico, algún residuo de tradición, ó por lo menos alguna peculiaridad de su género de vida, alguna costumbre, algún utensilio, alguna superstición, alguna manera de usar el idioma, algún rasgo de sus modales ó de su peculiar educación, algo que, aunque se transmita por el trato social, por la vida del hogar, en el regazo materno ó en los brazos de la niñera, es muy difícil separarlo de las inclinaciones, manías, simpatías y antipatías, aptitudes,

tendencias, maneras ó disposiciones congénitas. Así como la cultura influye favorablemente en el desarrollo corporal desde el nacimiento á la edad adulta, y muchas razas incultas deben gran parte de sus rasgos físicos á que, por las condiciones en que viven, se crían canijas, así también influye en el desarrollo intelectual, estético y moral, sin que por eso sea preciso negar lo congénito de alguna predisposición general. Entre las condiciones para el desarrollo de la cultura característica de un pueblo están el que el aislamiento no sea extremado, ni la inestabilidad muy grande; pero también el que los espíritus que la comprendan sean en gran número, se compenetren y relacionen de continuo é intervenga la debida proporción de inmigrantes, con todo lo cual aumentan las probabilidades de aparición de los pocos espíritus innovadores que pueden impulsar el progreso. Tampoco hay que olvidar la transformación íntima, que, aunque no aparezca en las formas sociales, se verifica con la dulcificación de la vida del hogar y por ende de la vida social, bajo la influencia de la actividad del corazón femenino; que no todo es en el mundo lucha por la vida.

Una vez formado el espíritu étnico de un pueblo, hay que tenerlo muy en cuenta; si es insensato combatirlo desde fuera por aquello de que los últimos serán los primeros, y cada pueblo tiene que vivir con todos los demás, tanto más insensato es combatirlo desde dentro, porque acaba por estallar, ó á fuerza de querer dejarlo en la obscuridad se desfigura y corrompe sin achicarse.

11. Cultura étnica. — Como resultado de multitud de concausas, de las que una puede ser la raza, aunque no sea más que porque en la formación y consolidación de

ésta han intervenido muchas de las causas mismas de caracterización de la cultura, han aparecido en el mundo formas diferentes de civilización; prescindiendo de las que apenas podemos presumir por las monumentales ruinas del Sud de África, son principalmente las americanas, orientales, clásicas y modernas.

Las civilizaciones que los españoles encontraron florecientes en *América* han sido muy ponderadas, unas veces para enaltecer más la conquista ó las conversiones, otras por efecto de imaginación ó hipérbole, y otras para impresionar más contra las matanzas en grande escala; se atribuye á los Incas el puente natural de Rumichaca sobre el rio Carchi, supone Las Casas que los españoles mataron en el Perú 40 millones de indios, en un territorio en que con las mejores condiciones imaginables de su civilización apenas podrían haber vivido 10 millones; se achaca á los conquistadores el aniquilamiento de civilizaciones ya extinguidas antes de Cortés, como sucedía con los monumentos anónimos de Yucatán, olvidados en medio de los bosques, sin noticias de su origen y con profundas impresiones de raíces de árboles. Todo en América revela una cultura de países de mesetas áridas, de tierras de trabajoso regadío, como en Mesopotamia, Persia, Egipto y gran parte de China é India; en Perú se ven acequias innumerables, alguna de 600 kilómetros de largas, unas veces sobre estacas, otras cruzando por encima de arroyos ó atravesando las peñas; se construían también pantanos artificiales; en México había jardines flotantes; la agricultura era el símbolo de la cultura superior. No habiendo pueblos pastores, no hubo tampoco éxodos en grande escala, pero sí emigraciones múltiples, frecuentes, repetidas en pequeña escala, que

contribuyeron á dar cierta semejanza ó fondo común á todas aquellas civilizaciones sin necesidad de darse á conocer directamente unas á otras; y los mismos rasgos de semejanza se observan en los pueblos incultos de los bosques; los cráneos peruanos no tienen rasgo que los distinga de sus vecinos salvajes. La escasez de madera en las mesetas hizo que se desarrollasen poco las artes derivadas del tallado de aquélla: la arquitectura fué inferior á la de Egipto y sentía predilección, no sólo por la pirámide, sino también por el cubo y el cuadrado, por los cuatro puntos cardinales, que se repetían hasta en la división del Estado en cuatro distritos. Adoraban la lluvia y el sol, y en México, donde los labradores toltekas fueron dominados por los guerreros del Norte aztekas, la religión, con sus sacrificios humanos, alentaba el espíritu de conquista; analogías religiosas se observan, no sólo en México y Perú, sino también en germen ó alteradas en las márgenes del Misisipí y el Plata, aunque no edificasen pirámides ni fundasen reinos. El totemismo, el matriarcado, el matrimonio por grupos, el comunismo gentil, son otros tantos rasgos de la sociedad americana; México era una federación de democracias guerreras, conquistadoras ó salteadoras, con un jefe supremo; su fuerza y su debilidad á la vez estaban en el carácter guerrero de los señores y su carencia en los súbditos. Tuvieron organización, pero faltaba individualidad; pues todo, incluso la familia, se sacrificaba á la tribu y al Estado. En Perú no había vagabundos ni mendigos, no se conocía la avaricia y la codicia, pero sí la pereza; á la muerte de un Inca sucedían verdaderas hecatombes humanas; la casa no era lo que metafóricamente llamamos un hogar; las fiestas se celebraban con desen-

frenadas borracheras y bacanales, y no faltaban pecados contra naturaleza. La obsesión que domina para buscar el origen de aquella civilización quiere utilizar leyendas locales que se refieren á héroes septentrionales ú occidentales, se apoya otras veces en la tradición oriental, que puede muy bien no tener otro origen que el nacimiento del sol, hace hincapié en la idea de que el civilizador fué de gran estatura, de color claro y con barba [1]; compara los monumentos, ornamentación, armas, utensilios, instituciones, etc., etc., y muchas veces quiere argumentar con semejanzas que muy bien pueden no depender más que de tener, como los demás, el americano cinco dedos en cada mano y no faltarle su alma en su almario.

La civilización *china* puede en muchos respectos ponerse en parangón con la europea, y la ilustración práctica del labrador chino aventaja á la de muchísimos colegas europeos; pero les falta para el progreso el aliciente del método científico, que en Occidente se inició ya con los griegos. Es una civilizacion agrícola con marcada oposición al nomadismo; la piscicultura está tan desarrollada como el cultivo del arroz; el carácter patriarcal se revela hasta en la acumulación de generaciones emparentadas bajo un techado; la vida de mercado, la concentración de gran número de ciudadanos en pequeño espacio, la abundancia de posadas, la afición á disfrutar de los ahorros retirándose á la vida del campo, el predominio de las pequeñas industrias, la metalurgia en pequeña escala, son también características; no hay clase obrera, en el sentido moderno de esta palabra y el trabajo femenino está muy extendido; las industrias

1 Ratzel: *op. cit.* I, p. 589-627.

artísticas alcanzaron mucha mayor difusión que en Europa; sus emigraciones se hacen siempre con la idea de volver; sus colonizaciones y trasiegos de habitantes en los territorios conquistados ayudaron á dar cierta uniformidad al imperio; el gobierno es en apariencia despótico patriarcal, pero en realidad una oligarquía burocrática en que no escasea la corrupción; la administración de justicia se caracteriza por el refinamiento de los procedimientos de tortura y de castigo, que muchas veces sirven de espectáculo y de asunto para los pintores; su organización militar adolece también de corrupción y de atraso. El ancho campo de acción de esta cultura la dió un carácter continental y de estabilidad como á ninguna otra; pero á la vez esta misma estabilidad y su uniformidad, la lejanía de otras civilizaciones que pudiesen rejuvenecerla y el espíritu de observación poco profundo, aunque agudo, de los chinos, produjeron el estancamiento.

La civilización de la *India* tiene tal complejidad, que no es posible derivarla ni de una raza, ni de una condición económica, ni de una circunstancia geográfica. El régimen de castas, que tanto llama la atención en la misma, puede ser en parte debido á diferencia de razas dominantes y dominadas, pero también á una organización interna más antigua y á fines económicos, que han contribuído á su difusión y conservación: los brahmanes de Orissa, patateros sin más signo de casta que un sucio cordón al cuello, los que se dedican á cargadores, pastores, pescadores ó alfareros, económicamente son muy distintos de los brahmanes que prefieren la muerte al trabajo manual; los vaizya, de labradores se convierten en comerciantes y banqueros, y de los excluídos sudra se forman castas de malhechores,

de que se sirvieron los ingleses para mejorar la seguridad pública, haciendo responsable de toda fechoría á su capitán. Llegan las prohibiciones á los extremos más denigrantes, y, sin embargo, las misiones han demostrado que las castas inferiores son muy capaces de educación. No faltan tampoco excepciones en la legislación, y conveniencias políticas han elevado tribus enteras á una casta superior; la tiranía de este régimen se parece en muchas ocasiones al sistema de gremios, y á veces se observan esfuerzos eficaces para elevarse. Da motivo el sistema de castas á confusiones de los etnógrafos, que cuentan como raza una clase social ó una condición económica, ejemplo las gentes que viven como cazadores montañeses, y así se explica la disminución de su población, que á primera vista es una extinción de individuos, cuando en realidad no es más que un tránsito á la vida sedentaria de labrador. La organización por castas está tan arraigada, que los mismos europeos plantadores de añil supieron en Bengala formar una casta, forzando á los labradores indígenas á la servidumbre por medio de la usura. El despotismo busca su justificación en el esplendor y el fausto, y no reconoce obligación de velar por el bien del pueblo, como sucede en China y Japón; á pesar de la feracidad del suelo y su multiplicidad de cosechas de regadío y secano, que permite una densísima población, los años de sequía traen consigo hambres espantosas. No toda la organización y legislación es de origen brahmánico; se reconocen influencias del Tibet y de la China, y también se pueden descubrir elementos de cultura propia en los dravidas, que conocían la labranza, el hilado y el tejido, daban nombre á los planetas, utilizaban los metales, entre ellos el hierro, fabricaban vasijas con patas,

tenían navíos y urnas cinerarias, muchas cosas que hoy no usan ya; los monumentos megalíticos prehistóricos con las supersticiones á ellos anejas indican también otra cultura. Los arios parece que entraron por el Noroeste y conservaron mejor su casta en las vertientes del Himalaya que en las tierras bajas, donde se mezclaron profusión de razas, mientras que en las montañas más al Sur se conservaron los obscuros aborígenes. En el Noroeste es donde se dignifica más á la mujer, se la considera como compañera del hombre, y en su trato hay ciertos rasgos caballerescos, mientras que la sensualidad de los meridionales contribuyó á rebajarla.

En *Egipto* hallamos también la estabilidad, como en China, basada en el carácter agrícola, trabajador y apegado al país de los naturales; no había moneda, pero sí hacendados; y los oficios de carpintero, alfarero, vidriero, tejedor, papelero, minero y herrero eran cosa de los siervos, á cuya cabeza había un sobrestante y contador; la división de clases no impedía que los muchachos aventajados de casas modestas se educasen juntamente con los hijos del faraón y alcanzasen los más altos puestos. La familia era monogámica, y hasta el mismo trono y el túmulo no lo podía compartir con el faraón más que una sola mujer; la mujer era la señora de la casa, y á ella se dedicaron muchas alabanzas en los escritos que de la antigüedad se conservan, existiendo verdadera vida íntima de hogar; cuando no había hijos la mujer heredaba al marido, y hasta el trono podía pasar á una hembra. Se hallaba muy penetrada la idea de inmortalidad hermanada con el sentimiento de la importancia de la tradición; recomendaban la eficacia de las oraciones y ofrendas, y creían en los premios

y castigos del Eterno Juez. Contrastaba con la iconoclastia semita su adoración de las imágenes; desarrollaron en gran manera la geometría y astronomía, y dejaron señales precisas é indelebles de sus cómputos exactos en los grandiosos monumentos de piedra que han legado á la posteridad. Todos los rasgos de semejanza que puedan hacer presumir orígenes asiáticos á esta civilización no podrán disminuir un ápice su verdadero valor indígena, su carácter típico, sencillo, ingenuo y preciso que, si puede ser influido por las condiciones topográficas y económicas que dieron fuerza á la unificación, sería, sin embargo, una prevención sistemática querer negar su filiación hamítica; ¡quién sabe si su decadencia se acentuó con el exceso de influencia semítica! Un escritor moderno hace notar que en el Egipto actual (falta saber si entre los coptos ó en la parte más arabizada) es muy rara la canción amorosa casta y en general la seria; los antiguos celebraban el culto de los muertos, pero los modernos se distraen cantando la borrachera del fumador y el amor físico; no menos que el mestizaje semítico, puede haber transformado el carácter del hamita la continua infusión del elemento negro en todo el Norte de África.

Babilonia y *Fenicia*, á quienes debemos no poca parte en la civilización, se consideran como pueblos semitas; pero se insiste mucho en atribuir aquélla á influencias turanias ó arias, y no sabríamos á qué raza cargar con la responsabilidad de la tendencia á los sacrificios humanos á Baal ó Moloc y á las sensualidades del culto de Astarte. La gran obra de los semitas en favor de la cultura ha sido la propagación del monoteísmo, y para ello recibieron una verdadera educación histórica de pueblo oprimido los *judíos;* no

poca influencia ejerció en su civilización el nomadismo, y no hizo más que reforzarla su asiento en la tierra de Canaán, tierra de cerros desarbolados y de campos sólo en primavera cubiertos de hierba y flores, en toda otra época pardos y requemados; en la historia de los semitas se transparenta también su carácter individualista, su mayor adhesión á la creencia y á la familia que al Estado. En los *árabes* es todavia más profundo el arraigo del nomadismo, que reduce su actividad como pueblo á la conquista y la expansión, sin paciencia para digerir y elaborar las culturas con que se ponen en contacto (el mayor esplendor musulmán no luce en paises arábigos); su extremada iconoclastia contrasta con su profusión de imágenes retóricas y su afición á la hojarasca de las hipérboles y zalemas; su civilización es la más inestable en cuanto á su asiento y á su contenido; con ella, antes que la tierra se canse de producir, el hombre aborrece el trabajo, el fatalismo paraliza su voluntad, y el harem, que por el origen y la educación de sus moradoras mantiene la incultura de la mujer, sirve de rémora á la cultura del hombre; los rasgos patriarcales, aristocráticos y guerreros, dejan en su carácter huella más profunda que la aparente democracia y cosmopolitismo de propaganda; su constitución social es una teocracia afianzada en la conversión por la fuerza y en la fácil difusión de sus sencillos dogmas; pero la difusión arábiga en el África no consiste sólo en el mahometismo, sino también en su actividad comercial, que los introduce como cuñas en medio del caciquismo negro, al que explotan y acaban por dominar; como negreros, han sido la mayor plaga del África (por ahora).

Se ha dicho muchas veces que la civilización, como el

sol, camina de *Oriente* á Poniente; no se observa ese tránsito entre China, India y Babilonia, ni la de Egipto se trasladó en esa dirección; la única manifestación de aquel movimiento la tendríamos en las civilizaciones de la antigüedad *clásica* á partir del extremo oriental del Mediterráneo, sin olvidar que la transmisión de cultura del Egipto á Grecia no responde á ese movimiento. La dirección de Levante á Occidente más bien encarna en las grandes emigraciones de pueblos á partir de la gran masa continental asiática, productora de gentes que se empujan unas á otras, y al llegar á las múltiples prolongaciones terrestres que constituyen la Europa occidental, cambian de dirección según la del eje de éstas. De que no todos estos movimientos acarrean cultura en la misma dirección, podemos convencernos sin más que citar un ejemplo: Atila. El efecto civilizador de los nómadas es indirecto; sin ellos la cultura sedentaria se desperdiga, desmenuza, aisla, estanca y marchita; los nómadas la rozan con la fuerza de su corriente, la remueven, dislocan, empujan y arrastran; mediante la fuerza de cohesión de éstos y la solidez de aquélla se forman los Estados; pero la civilización exige como condición previa suelo en que pueda cimentarse, como agente indispensable el trabajo y como alimento la división de éste y la diferenciación de aquél.

Que los helenos entrasen en el país de los pelasgos por el Norte llevando consigo unas dotes intelectuales superiores hijas de la musa de la necesidad en los rigores septrionales, que Afrodite tuviese ojos azules y Minerva verdes, que los héroes homéricos fuesen rubios; en una palabra, que los primitivos helenos fuesen como raza próximos parientes de los germanos, puede ser: pero no se

puede negar la influencia del país y de la vecindad con las civilizaciones del Asia y Egipto; ni tampoco se puede negar que en la época de su mayor esplendor los griegos no tenían el tipo físico de germanos, y, por consiguiente, el florecimiento de su civilización fué más que compatible con la formación de una raza mestiza en que entra como componente de importancia algún otro elemento demasiado poco tenido en cuenta. Ni todo era tan correcto, irreprochable y atildado como el academicismo neo-clásico hizo ver á las generaciones recientes: hasta los tiempos de Fidias llegó la adoración de ídolos, que no eran más que zoquetes ó vigas informes, tales la Artemis icárica, la Hera de Samos, la Atene de Lindos y los Dióscoros de Esparta; no faltan restos de zoolatría y sacrificios humanos, obscenidades que no basta el mayor apasionamiento para poder llamarlas cultas, presagios, augurios, sortilegios, la astrología y otras artes no más racionales, que cuando se citan á propósito de la Edad Media sirven para reforzar los argumentos denigrantes. Uno de sus mayores servicios á la causa de la civilización es el haber desligado á la ciencia de los lazos de la poesía y la tradición, y á ello contribuyó principalísimamente el espíritu de independencia exterior é interior, alimentado por la posición insular y la subdivisión del suelo patrio.

Si la influencia de la civilización griega en la romana no la negaron los mismos interesados, sin embargo, ocurre con la latinidad lo que con los grandes reyes de la historia; todas las grandes ideas políticas, económicas y sociales, todos los grandes hechos de su reinado quedan rotulados con el nombre del rey, sólo por excepción aparece el nombre de alguien á quien el rey y sus cortesanos dispensaron

este honor, y sin embargo ¡cuántas inteligencias y voluntades individuales anónimas fueron quizás más decisivas que las consignadas en la historia! Ninguno de los países sucesivamente incorporados al imperio romano estaba completamente desnudo de toda cultura, como van demostrando los descubrimientos de prehistoria; y el pueblo latino, como pueblo capaz de desarrollar cultura propia, es imposible que se viera privado de la capacidad de asimilación; no podemos menos de admitir que todo pueblo puesto en contacto con los latinos transmitió á éstos ó modificó algún elemento de civilización, tanto más, cuanto que no había exterminio previo del pueblo para sustituirlo del todo por colonos romanos. Ni las diferencias entre las lenguas nec-latinas se pueden atribuir exclusiva ni principalmente á diferencias entre los pueblos bárbaros conquistadores; el mismo pueblo indígena que formó la lengua vulgar había antes hablado un latín *sui géneris*, y sus provincialismos de origen indígena pudieron llegar en varias ocasiones á los escritores populares y al foco de concentración de todo el imperio. En toda esta complicación ¿qué se puede atribuir á una sola raza que se quisiera llamar latina?

Todavía es más difícil señalar la parte puramente castiza, étnica ó siquiera nacional en cada una de las civilizaciones *modernas;* á este propósito recordaremos lo que dice nuestro maestro D. Manuel Antón de «la aristocracia y la jerarquía ingénita en los teuto-escandinavos, guerreros y conquistadores: el individualismo y la democracia, que arrastran al libio-ibérico á la revuelta y al separatismo; la sociabilidad y el espíritu utilitario, que convierte en imperio así las repúblicas como las monarquías de la raza celto-

eslava» [1]: sin embargo, lo que los alemanes llaman particularismo, palabra que tienen mil ocasiones de usar en asuntos interiores y que también podría aplicarse más al Norte, no necesitaron tomarlo de los iberos para tenerlo en la masa de la sangre; y lo que entre gobernantes se llama ingobernable, quizás no sea más que mal gobernado; hay efectos que, más que de carácter, son de reacción contra la rígida uniformidad de páramo agobiador y absorbente y contra el régimen de la suspicacia ineficaz. Si la división del trabajo y diferenciación en los individuos es fructífera cuando se produce por impulso interno y no se petrifica, también ha de ser fructífera la división del trabajo en los pueblos y requiere necesariamente diferencias en ideas y sentimientos y en la organización social en que viven encarnados; sin tales diferencias no habría ni verdadero hogar, ni quedaría rescoldo para abrigar el sentimiento de amor á la patria, que, reconstruída con arquitectura de hospicio, muy empapelada para abrigar más parásitos, y sin más distinciones que los números de cada sala, acabaría por esterilizarse, reduciéndose á un bárbaro cementerio de las personalidades étnicas. La seguridad de la civilización depende de la coexistencia de organismos sociales diferentes, único modo de conservar la posibilidad para todas las adaptaciones futuras; la salvación está en saber estimar y querer conllevar todas las diferencias dentro de la familia, dentro de la nación y en todo el género humano.

---

1 Dr. D. Manuel Antón: *Razas y naciones de Europa*, discurso leído en la inauguración del curso de 1895-96 en la Universidad Central.

ÍNDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN 9

1. Etnología: p. 9. — 2. Cultura: p. 10. — 3. Pueblos incultos y pueblos cultos: p. 10. — 4. División: p. 11.

I. Preliminares. — Antropología filosófica.

I. *El hombre en la creación* 15

1. Categoría del grupo humano: p. 15. — 2. Reino Hominal: p. 16. — 3. El hombre mamífero monodelfo: p. 19. — 4. Orden bimanos ó familia hominidos: p. 20. — 5. El hombre y los antropoides: p. 23.

II. *Origen del hombre* 28

1. Lamarck: adaptación: p. 28. — 2. Darwin: selección: p. 29. — 3. Hæckel: el árbol genealógico: p. 32. — 4. Diversas tendencias: p. 33. — 5. Aplicación del transformismo al hombre: p. 34. — 6. La evolución mental: Romanes: página 34.

III. *Unidad específica del género humano* 38

1. Especie, variedad y raza: p. 38. — 2. Monogenismo y poligenismo: p. 40. — 3. Hibridismo: p. 44. — 4. Consecuencias científicas de estas dos doctrinas: p. 47. — 5. Raza y tipo ét-

Págs.

nico: p. 48. — 6. Realidad del tipo: p. 50. — 7. Mestizos: p. 51. — 8. Pueblos y naciones: página 53.

IV. *Antigüedad del hombre*..... 56

1. Fósiles: p. 56.—2. El hombre fósil: p. 58.— 3. Prehistoria: p. 61. — 4. Cronómetros prehistóricos: p. 63. — 5. El hombre terciario: p. 65.

V. *Patria primitiva del hombre*..... 68

1. Autoctonismo: p. 68. — 2. Centros de aparición: p. 69. — 3. Lemuria: p. 70. — 4. Quatrefagues: p. 72. — 5. Ranke: p. 75. — 6 El hombre primitivo: p. 78.

VI. *Dispersión del género humano*..... 80

1. Causas y posibilidad de la dispersión: página 80. — 2. Emigraciones terrestres: éxodo de los kalmukos: p. 82. — 3. Emigraciones marítimas: los polinesios: p. 84.—4. América: p. 86.— 5. Centros de atracción: p. 87. — 6. Errantes y nómadas actuales: p. 89.

VII. *Aclimatación*..... 92

1. El problema de la aclimatación: p. 92. — 2. Clima: p. 93. — 3. Cambio en el género de vida: p. 94. — 4. Peculiaridades étnicas: p. 96.— 5. Mestizaje: p. 98.— 6. Aclimatación individual: p. 99. — 7. Fecundidad: p. 102. — 8. Aptitudes relativas de las razas: p. 103. — 9. Aclimatación original: p. 105. — 10. Corrientes de inmigración: p. 107. — 11. Superposición y fusión de razas en un mismo territorio: p. 108.—12. Antigüedad relativa de los coterráneos: p. 109.

VIII. *Formación de las razas humanas*..... 112

1. El problema de su origen: p. 112.— 2. Mé-

Págs.

todo de investigación: p. 113. — 3. Influencia del ambiente: p. 113. — 4. Rubicundez germánica: p. 117. — 5. Criollización de los blancos y negros en América: p. 118. — 6. Influencia del ambiente social: p. 120. — 7. Cruzamiento: formación de razas mestizas: p. 124. — 8. Mestizaje social: p. 126.—9. Energía hereditaria: página 128.—10. Yustaposición y fusión de caracteres: p. 130.

IX. *Colonización*..... 132

1. Arraigo y expansión: p. 132. — 2. Constricción brutal y refinada: p. 133. — 3. Colonización y sus diferentes formas: p. 134. — 4. Aptitudes colonizadoras de las razas, pueblos y Estados: p. 136. — 5. Suerte de los aborígenes: p. 140. — 6. Criollos y mestizos: p. 142. — 7. El forastero: p. 143. — 8. Emigración miserable: p. 144.

II. — Cultura.

I. Cultura material ó económica.

I. *Alimentación*..... 149

1. Naturaleza de los alimentos: p. 149.—2. Antropofagia: p. 150.—3. Guiso: p. 152.—4. Fuego: p. 154.—5. Igniterebrador: p. 154.—6. Narcóticos y estimulantes: p. 157. — 7. Venenos: página 158.—8. Caza y pesca: p. 159.—9. El perro: p. 161.—10. Rudimentos de labranza: p. 163.—11. Hortelanos: p. 164.—12. Pastores: p. 166.—13. Labradores: p. 169.—14. Artesanos: p. 170.—15. Origen de las plantas cultivadas: p. 171. — 16. Origen de los animales domésticos: p. 176.

II. *Habitación*..... 187

1. Guaridas: p. 187. — 2. Cuevas: p. 187. — 3. Mamparas: p. 188.—4. Cobertizos: p. 188.—

Págs.

5. Tiendas: p. 189. — 6. Chozas: p. 189. — 7. Cabañas: p. 190. — 8. Bordas: p. 190:—9. Casas: p. 191. — 10. Techumbre: p. 193.—11. Hogar: p. 195. — 12. Establo y granero: p. 196. — 13. Muebles: p. 197. — 14. Palafitos: p. 198. — 15. Casas grandes: p. 199. — 16. Caseríos y poblaciones: p. 200.

III. *Vestido y adorno* 203

1. Material: p. 203. — 2. Trenzado, hilado y tejido: p. 204. — 3. Costura: p. 205. — 4. Fibras textiles: p. 205. — 5. Hechura: p. 206. — 6. Calzado: p. 207. — 7. Abrigo: p. 208. — 8. Pudor: p. 210. — 9. Adorno: p. 212. — 10. Arreos: página 213. — 11. Trofeos y recuerdos: p. 213. — 12. Insignias: p. 214. — 13. Moda: p. 215. — 14. Tinte: p. 216. — 15. Pintura: p. 216. — 16. Peinado: p. 218. — 17. Deformaciones y perforaciones: p. 220. — 18. Taraceo: p. 221. — 19. Limpieza: p. 223.

IV. *Artes mecánicas* 225

1. Utensilios: p. 225.—2. Invención: p. 225.—3. Armas: p. 227. — 4. Armas arrojadizas: página 229. — 5. Flechas envenenadas: p. 230. — 6. Armas defensivas: p. 230. — 7. Aperos de labranza: p. 232. — 8. Vasar: p. 233. — 9. Cestería; p. 233. — 10. Cerámica: p. 233. — 11. Molienda: p. 235.—12. Metalurgia: p. 236.—13. División del trabajo: p. 241. — 14. Paralización: p. 243.

V. *Transporte y comercio* 245

1. Portador humano: p. 245. — 2. Bestias de carga y de silla: p. 246. — 3. Narria y carro: página 248. — 4. Yugo y colleras: p. 256. — 5. Caminos y puentes: p. 257. — 6. Flotadores y bal-

Págs.

ses ó almadías: p. 259. — 7. Piraguas: p. 261.— 8. Esquifes: p. 262. — 9. Pancos de batanga: p. 263.—10. Remo: p. 263.—11. Vela: p. 264.— 12. Aislamiento salvaje: p. 265. — 13. Trueque: p. 266.— 14. Mercado: p. 267. — 15. Tráfico: p. 268.— 16. Comercio: p. 269. — 17. Moneda: p. 271.

II. Cultura mental (estética, intelectual y moral).

VI. *Lenguaje*..... 273

1. Origen del lenguaje: p. 273. — 2. Lenguaje con los animales: p. 275. —3. Gestos, guiños y señas: p. 275. — 4. Silbidos y teléfono: p. 277.— 5. Gritos emocionales é interjecciones: p. 277.— 6. Voces imitativas ú onomatopeyas: p. 279. — 7. Sonidos articulados: p. 280.— 8. Vocales: página 281. — 9. Consonantes: p. 282. — 10. Los nombres del padre y la madre: p. 284.—11. Partículas afirmativas y negativas: p. 285.—12. Modificaciones: p. 286. — 13. Afijos y particulas de la oración: p. 287. — 14. Formas gramaticales: p. 288.— 15. Sintáxis: p. 289.— 16. Transformación de las palabras y de su significado: p. 291.— 17. Palabras abstractas: p. 292. — 18. Relación entre el lenguaje y la cultura: p. 293. — 19. Afinidad ó parentesco de las lenguas: p. 296. — 20. Tipos y familias lingüísticas: p. 298. — 21. Relación entre el idioma y la raza: p. 302. — 22. Lenguas primitivas; desarrollo natural de los idiomas: p. 305. — 23. Dialectos: p. 306. — 24. Adaptación, cruzamiento y fusión de idiomas: p. 307. — 25. Relación del idioma con el pueblo y la nación: p. 309.

Págs.

VII. *Bellas artes plásticas y gráficas y escritura* 311

1. Motivos: p. 311.—2. Talla y escultura: página 313.—3. Dibujo y pintura: p. 316.—4. Decoración: p. 322.—5. Escritura: p. 327.

VIII. *Bellas artes rítmicas y juegos*..... 333

1. Ritmo: p. 333.—2. Métrica: p. 333.—3. Entonación: p. 336. — 4. Danza: p. 338. — 5. Máscaras: p. 341. — 6. Instrumentos de percusión: p. 342. — 7. Instrumentos de viento: p. 343. — 8. Instrumentos de cuerda: p. 345. — 9. Instrumentos de teclado: p. 346.—10. Música: p. 346.—11. Juegos y fiestas: p. 352.

IX. *Ciencia y tradición* 360

1. Origen de la ciencia: p. 360. — 2. Numeración: p. 363. — 3. Variantes de la numeración: p. 369. — 4. Mestizaje numérico: p. 370. — 5. Cuenta: p. 371.—6. Medidas: p. 373.—7. Almanaque: p. 375.—8. Ciencias naturales: p. 379.—9. Magos y curanderos: p. 381. — 10. Evolución de los sentidos: p. 382. — 11. Tradición: p. 386.

X. *Religiones*..... 389

1. ¿Hay pueblos irreligiosos? p. 389. — 2. El alma: p. 390.—3. Ultratumba: p. 393. —4. Funerales: p. 394. — 5. Culto de los muertos: página 399.—6. Animismo: p. 403.—7. Zoolatría: p. 403.—8. Culto de los árboles: p. 404.—9. Culto de las piedras: p. 405. — 10. Hechizo p. 405.—11. Totemismo: p. 407.—12. Shamanismo: página 408. — 13. Mitología: p. 409. — 14. Monoteísmo: p. 416.—15. Dualismo: p. 416.—16. Religiones morales: p. 417.—17. Culto: p. 417.—18. Mestizaje religioso y degeneración: p. 422.—19. Misiones: p. 426.

Págs.

XI. *Familia, Sociedad y Estado*..... 428

1. Familia animal: p. 428.—2. Familia primitiva: p. 429.—3. Familia punalúa: p. 430.—4. Exogamia y endogamia: p. 431.—5. Poliandria y poliginia: p. 432.—6. Monogamia: página 433.—7. Bodas: p. 434.—8. Parentesco: p. 437.—9. Nombres: p. 441.—10. Matriarcado y patriarcado: p. 442.—11. Condición de la mujer: p. 443.—12. Condición de los niños: p. 445.—13. Sociedades animales y humanas: p. 445.—14. Gentes: p. 448.—15. Pueblos: p. 449.—16. Clases y castas sociales: p. 450.—17. Sociedades secretas: p. 453.—18. Gobierno: p. 454.—19. Caciques: p. 456.—20. Guerra: p. 456.—21. Estados y naciones: p. 457.—22. Organismo social: p. 460.

XII. *Usos y costumbres*..... 461

1. Muertes: p. 461.—2. Venganza: 464.—3. Propiedad y herencia: p. 466.—4. Justicia: p. 474.—5. Tabu: p. 477.—6. Modales: p. 478.—7. Moralidad y carácter: p. 482.—8. Salvajismo y barbarie: p. 492.

Epilogo.

Calificación psicológica de los pueblos y razas..... 495

1. La psicología comparada en el estudio de las razas humanas: p. 495.—2. Acción refleja, instinto é inteligencia: p. 496.—3. Hombres de genio: p. 502.—4. Razas superiores é inferiores: p. 504.—5. Carácter de las razas: p. 506.—6. Disposición: p. 510.—7. El niño y el inculto: página 515.—8. Relación entre la diferencia mental y la anatómica en las razas: p. 519.—9. Evolución de la cultura: p. 523.—10. El espíritu étnico: p. 526.—11. Cultura étnica: p. 527.

CORRELACION

DE LOS

CAPÍTULOS, ARTÍCULOS Y PÁGINAS DE ESTE TOMO

CON EL

PROGRAMA DEL CURSO

Las cifras romanas indican los capítulos, las arábigas gruesas los artículos, y las arábigas sencillas las páginas; expresan la parte del tomo que más concretamente se adapta á la cuestión del programa y están ordenadas con arreglo á éste.

Antropología filosófica.

Lección 5.ª — **I. Preliminares.** — I (p. 15). **1** (p. 15), **4** (p. 20). **2** (p. 16), **5** (p. 23).

Lección 6.ª — II (p. 28).

Lección 7.ª — III (p. 38); **2** (p. 40), **4** (p. 47), **5** (p. 48), **1** (p. 38), **8** (p. 53)

Lección 8.ª — IV (p. 56), **2** (p. 58), **3** (p. 61), **4** (p. 63). **5** (p. 65).

Lección 9.ª — V (p. 68). **1** (p. 68), **2** (p. 69), **3** (p. 70), **4** (p. 72), **6** (p. 78).

Leccion 10.ª — VI (p. 80). **1** (p. 80), **2** (p. 82), **3** (p. 84), **6** (p. 89).

Lección 11.ª — IX (p. 132). **3** (p. 134), **4** (p. 136).

Lección 12.ª — VII (p. 92), (p. 28 y 29), **6** (p. 99), **7** (p. 102), **10** (p. 107), **8** (p. 103), **11** (p. 108) y **12** (p. 109).

Lección 13.ª — VIII (p. 112), (p. 94), **3** (p. 113) y **6** (p. 120), **5** (p. 118), **7** (p. 124), **10** (p. 130).

Psicología comparada.

Lección 31.ª — **Epílogo.** — **1** (p. 495), **2** (p. 496), **8** (p. 519), **7** (p. 515), **9** (p. 523).

Lección 32.ª — **Epílogo.** — **5** (p. 506), **10** (p. 526), **9** (p. 525).

Lección 33.ª — **3** (p. 10), **18** (p. 293), **1** (p. 504), **10** (p. 130) y **11** (p. 527), **8** (p. 126), **6** (p. 120), **6** (p. 142).

Lección 34.ª — **Epílogo.** — **9** (p. 523), **10** (p. 526), **3** (p. 502).

Lección 35.ª — **Cultura. II.** — VI (p. 273). **1** (p. 272), **3** (p. 275), **5** (p. 277) y **6** (p. 279), **7** (p. 280), **8** (p. 281) y **9** (p. 282), **5** (p. 277), **6** (p. 279) y **10** (p. 284), **10** (p. 284), **13** (p. 287), **11** (p. 285), **17** (p. 292), **14** (p. 288), **15** (p. 289).

Lección 36.ª — **Cultura. II.** — VI. **20** (p. 298), **22** (p. 305), **24** (p. 307), **21** (p. 302) y **25** (p. 309).

Lección 37.ª — VII (p. 311), **5** (p. 327), **3** (p. 316) y **2** (p. 313), **5** (p. 328).

Lección 38.ª — VIII (p. 333). IX (p. 360), **2** (p. 363).

Sociología comparada.

Lección 39.ª — XI (p. 445), **22** (p. 460), **11** (p. 448), **3** (página 10), **8** (p. 160), **12** (p. 168), **16** (p. 202) y **16** (p. 269).

Lección 40.ª— XI (p. 428), **1** (p. 428), **2** (p. 429), **4** (p. 431), **5** (p. 432), **6** (p. 433), **8** (p. 437), **10** (página 442), **11** (p. 443).

Lección 41.ª — XI (p. 448), **15** (p. 449) y **21** (p. 457). **6** (p. 89), **8** (p. 160), **12** (p. 167) y **13** (página 169), **16** (p. 450), **18** (p. 454).

Lección 42.ª — IV (p. 225). **3** (p. 227), **7** (p. 232) y tomo III.— **10** (p. 233).

Lección 43.ª—I (p. 149). **1** (p. 149), **8** (p. 159), **20** (p. 456) y **2** (p. 150), **4** (p. 154), **5** (p. 154), **10** (p. 163) y **11** (p. 164), **15** (p. 171) y **16** (p. 176). V. **12** (p. 265) y **13** (p. 266), **6** (p. 259) y **7** (p. 261), **17** (p. 271).

Lección 44.ª — III. **9** (p. 212), **15** (p. 216), **18** (p. 221) y **7** (p. 208).— II (p. 187).—VIII. **11** (p. 352).— X. **4** (p. 394).

Lección 45.ª— X (p. 389). **5** (p. 399), **9** (p. 405), **8** (p. 404) y **7** (p. 403), **10** (p. 405), **13** (p. 409), **6** (página 403), **12** (p. 408), **17** (p. 417), **19** (página 381), **13** (p. 415) y **14** (p. 416).

Lección 46.ª — XII (p. 461), **3** (p. 466), **1** (p. 461), **2** (página 464), **4** (p. 474), **7** (p. 482), **8** (p. 492).

Lección 47.ª — **Epilogo.— 11** (p. 527).